

10-2-52

EL HORIZONTE DE LA EVANGELIZACION ANGLOSAJONA EN NORTEAMERICA

Hacia un estudio comparativo entre la evangelización anglosajona y la Hispanocatólica en América.

Tesis para el Doctorado en Historia Universal

Sustentado Juan A. Ortega y Medina

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

México, Octubre de 1952.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**Al maestro Rafael García Granados
en cuya cátedra nacieron las inquietudes que
hoy cristalizan en este ensayo.**

Al maestro y amigo
Edmundo O'Gorman a cuyo "ejemplo", conse-
jos y orientación metodológica debemos la
confirmación de nuestra vocación históri-

I N T R O D U C C I O N

Como intentamos expresar en el título, a poco que se repare en él, lo que pretendemos con nuestro estudio es dar una impresión prima y premisal acerca de la colonización y evangelización inglesas en América.

La tradición española e hispanoamericana, por motivos históricos que sería largo contar ahora, ha deformado la visión -que hoy más que nunca necesitamos rectificar- de dicha colonización y evangelización anglosajonas, y ha forjado una contraleyenda o leyenda blanca a cuya sombra, primero el inglés y después su heredero norteamericano, dormitan como hombres excesivamente materializados, ametafísicos y, sobre todo, arreligiosos e incapaces, por lo mismo, o perversamente desdeñosos u olvidados de dar forma conceptual y práctica a un programa misionero orientado hacia la salvación de los indios durante la etapa colonial e independiente. Midiendo por los resultados se les ha negado en bloque la sal de la compasión y capacidad evangelizadoras.

La tesis nuestra es una contribución esclarecedora al problema de la mutua incomprensión, y con aquella aspiramos a reducir la añeja polémica histórica hispanoinglesa a unos límites menos fosilizados y más justos y vivos, demostrando que la colonización y evangelización anglicanas y puritanas no son radicalmente diferentes -según se pretende y proclama- a la evangelización y colonización españolas en América. Queremos demostrar que, en realidad, y hablando sinceramente, ha habido una evangelización inglesa en nuestro continente. Y añadamos que no sólo ha existido, y a lo largo de tres siglos, sino que dicha evangelización se inspiró en la obra misionera española bien para proseguirla metodológicamente, ora para orientarla hacia rumbos propios y espiritualmente heterodoxos. Más aun, y pese a que suene a enormidad o herejía, que la evangelización inglesa intentó aunque sin éxito la nivelación del indio con los blancos advenedizos. Los muchos puntos de contacto y sin taeto que uno encuen

tra entre las dos empresas espirituales apenas se asoma al tema, testifican que los ingleses y norteamericanos estuvieron tan empeñados como los españoles en ganar a los indios para la civilización cristiana. Ahora -- bien si los resultados son distintos y saltan a la vista, no se debe a que que los británicos y novoringleses ya anglicanos o separatistas poseyesen una perversidad natural, y especialmente una naturaleza conformada y proclive a la destrucción de los indios; mas a una teología calvinista sui generis que fué la que orientó fundamentalmente la tarea adoctrinadora -- y las subsecuentes relaciones sociales entre blancos y pieles rojas. Generalizar sobre la innata crueldad anglosajona resulta tan insostenible como hacerlo prejuiciosamente sobre el famoso hipo de oro de los españoles; lo que no quiere decir que la una y el otro no hayan existido.

Además resulta sumamente instructivo comprobar que en sus comienzos las empresas americanas de españoles e ingleses se parecen bastante más de lo que fuera razonable conceder. A medida que uno se va orientando y adentrando en las fuentes y penetrando en el tema va percibiendo que la obra colonizadora así como la tarea catequizadora de ingleses y españoles parten de premisas y presupuestos parecidos, por no decir iguales; pero -- también poco a poco y conformen se desarrollan las divergencias espirituales va uno encontrando y dándose cuenta de que los resultados comienzan a ser distintos. Es verdad, como afirma el erudito historiador norteamericano Lewis Hanke, que la declaración del misionero puritano John Eliot a favor de los indios resulta "un simple balido comparado con los rugidos de Las Casas;" ^{*} empero a dicho historiador con su entusiasmo lascasiano

(*) Vide La Lucha por la Justicia, p. 19.

se le ha olvidado añadir que sin poseer la estentoreidad y la resonancia batalladora y alegatoria del empecinado dominico, el sencillo y sabio -- Eliot, como evangelista auténtica y activo estuvo cien codos por encima del Obispo de Chiapa; y en cuanto a encaminar almas indígenas hacia su --

cielo puritano el número de los iniciados, aunque no tan incontabilísimo como el de las compulsadas hacia el paraíso -pongamos por caso- por el más modesto de los franciscanos, de seguro que fué superior al de las recogidas por el Padre Las Casas del que no hay noticias de que ganara por sí mismo ni tan siquiera una.

No intentamos por supuesto realizar un estudio comparativo formal entre las dos evangelizaciones, la protestante y la católica, sino -- que sólo hacemos nuestro parangón a requerimiento de algunos problemas -- que exigen cierta luz contrastante, o cuando nos vemos constreñidos a subrayar las imbricaciones y diferencias.

Nuestro trabajo está asimismo bien lejos de ser definitivo y -- concluyente, porque estamos al tanto de que con él no más abrimos brecha a los estudiosos para que en futuras investigaciones acaben por sacar del olvido a tan decisivo y vitalísimo tema. Con nuestro desbrozamiento únicamente preparamos el camino para que otros con mejores bríos y más buidos instrumentos complementen las etapas un tanto cubiertas a prisa y sin la reposada contemplación y descanso del panorama conceptual. El estudio comparativo de ambos métodos de evangelización bien merece un análisis despacioso y a fondo y exhaustivo de los dos sistemas evangelizadores y de los dos tipos religiosos de misioneros.

Admitimos no sin cierto pecadillo de vanidad y no también sin justificada desazón que entre los motivos que nos movieron a abordar el tema, uno de ellos, si no el principal a lo menos el de mayor compromiso vital para nosotros, fué el de querer corresponder de algún modo y desde nuestra aquendidad fronteriza, o, por mejor decir, desde nuestra circunstancia y dintorno hispánicos, al gran interés que los más lucidos historiadores norteamericanos del pasado siglo y de lo que corre del presente han proyectado sobre nuestra historia española y americana. Citar nombres de ayer y de hoy sería ocioso; pero añadamos que la vastedad y profundidad de sus estudios, y a veces hasta la claridad que arrojan los mismos,

representan un volumen tal de conocimiento histórico substanciado que -- nuestra aportación se ha de sentir pigmea frente a tan desmesurado cuanto esclarecido gigante. Bien sabemos lo difícil que es desde aquí llevar así sea siquiera un poco de reflexión y luz a uno de los grandes temas históricos norteamericanos hasta ahora prácticamente olvidado; mas a ello nos hemos visto obligados también por otra razón de gran peso: tratar de hallar una base de más clara comprensión entre las dos Américas, para que -- en lo porvenir más se entiendan y mejor convivan. Durante la última centuria y parte de la actual el diálogo hispanoinglés de antaño se trocó, como es archisabidillo, en una especie de monólogo americano dado que de los dos interlocutores sólo uno efectivamente hablaba, y con recia y amenazadora voz que únicamente se interrumpía de vez en cuando por tal o cual sonoro estacazo con el que se instaba al oponente --ya mexicano-- a admitir la sinrazón del argumento o de la exigencia. Sin embargo en nuestro tiempo se ha restablecido el juego escénico en unos límites sociales más justos, y la buena crianza entre los platicadores ha reemplazado a lo que antes eran, como en guñol, garrotazos y tente tieso. Hogañe el diálogo entre Angloamérica e Iberoamérica es fecundo, y aunque nunca faltan los mal entendidos se procura encontrar una base de conocimiento mutuo para coentenderse y aprovechar mejor las experiencias de ambos hemisferios culturales, raciales e históricos. Nuestro trabajo no aspira pues sino a recitar la parte mínima que le corresponda en el presente acto de la compenetración y mutuo buen entendimiento.

I N D I C E

Prólogo

Índice

PRIMERA PARTE

EL CONFLICTO COLONIAL HISPANOINGLÉS EN AMÉRICA DURANTE EL SIGLO XVI

I. España como Modelo: Imitación Emuladora

- 1.- La justificación histórica inglesa
- 2.- El sentimiento de aislamiento etc de la historia inglesa
- 3.- La justificación geográfico-nacionalista
- 4.- La justificación nacionalista. Imitación y emulación
- 5.- El espíritu de la imitación
- 6.- Ociosidad y actividad
- 7.- El mar y los protestantes ingleses
- 8.- El mar y los catolicísimos españoles

II. Historia de un Resentimiento. Raíz y Razón de la Doctrina del Destino Manifiesto

- 9.- Los rasgos espirituales de la doctrina: vocación ("calling")
- 10.- "The last age of the world"
- 11.- La barrera natural geotológica
- 12.- Otra muestra de la bondad divina a favor de Inglaterra
- 13.- Las primeras críticas al sistema evangelizador de España
- 14.- Una profecía manifiesta
- 15.- El derecho a la seguridad
- 16.- Un decreto divino: cultivar y aprovechar la tierra

SEGUNDA PARTE

TEOLOGÍA Y EVANGELIZACIÓN; SANTOS Y PURITANOS EN AMÉRICA

I. La Edad Dorada y el Buen Salvaje. Los Problemas de la Evangelización

- 1.- Pórtico
- 2.- Los primeros fracasos. El olvido de la misión espiritual
- 3.- La naturaleza del indio desde la postura puritana
- 4.- Pactos, alianzas y compromisos
- 5.- La responsabilidad teológica y política de pacto
- 6.- La significación y proyección territoriales del convenio. Un conflicto inevitable

II. 7 "Come over and help us"

- 7.- El mandato evangélico y la destrucción de los indios
- 8.- La vía evangelizadora puritana
- 9.- Unas preguntas incisivas
- 10.- La Iglesia Indiana

III. Los Enemigos de la Evangelización Puritana

- 11.- Cristianografía utópica
- 12.- Desafío misionero
- 13.- Taumatografía neumática
- 14.- El desafío el francés
- 15.- ¿Crueldad anglosajona?

Conclusión

Bibliografía

PRIMERA PARTE

EL CONFLICTO COLONIAL HISPANOINGLÉS EN AMÉRICA DURANTE EL SIGLO XVI

I

España como modelo: Imitación emulatória.

1.- La justificación histórica inglesa.

Madock hijo de Owen Gwyneth, Príncipe del Gales septentrional descubrió hacia 1170 las Indias Occidentales; tal es el despaupanante ~~noti-~~ tación histórico que nos da Mr. David Powell, Doctor en Teología. Aprovechando el ropón historiográfico y pragmático con que ahincadamente el Renacimiento recubrió los cronicados y anacrónicos encantos medioevales de la Historia, nuestro Doctor, exhumando lejanas y olvidadas leyendas, y

(1) Restos sin duda de noticias dejadas por la resaca vikinga después de los experimentos coloniales en Islandia, Groenlandia y Vinlandia. En la Biblioteca real de Copenhage existen tres manuscritos (s. XVII) que relatan los viajes de los normandos a América (s. IX): el Flateyjarbók, el Huabók y el Arna Magnúson. Dichos manuscritos se imprimieron por primera vez por Adam de Bræmen en su Ecclesiastical History (1599). Como puede verse por la fecha se trata de una reacción anticolombina y, por supuesto, antiespañola (V. de George Parker Winship, Travellers and Explorers, Acad. The Cambridge History of American Literature, The Macmillan Co., New York Cambridge, England: at the University Press, 1940, vol. 1, Cap. 1, p. 13) La popularidad de esta tesis antiespañola se explica, según O'Gorman, en tres los escritores ingleses, porque con ella se podía atacar a España y sus títulos al Nuevo Mundo. Así por ejemplo puede comprobarse en Cardoc of Lencarvan, The History of Cambria traducida al inglés por H. Lloyd, y corregida y aumentada por David Powell (1534) y Robert Harcourt, The relation of a voyage to Sulana, Londres, 1626 (Vide Edmundo O'Gorman La Idea del Descubrimiento de América, Centro de Estudios Filosóficos, Imprenta Universitaria México, 1951, p 206, Not 32).

adobándolas convenientemente lanza sobre el tapete de la justificación americana su tesis pretendiendo con ella nada menos que recobrar dos pájaros de un solo tiro: el derecho de España como primer descubridor y ocupante, y el del Papa, que fundado en un documento apócrifo sobre el pretendido legado de Constantino, raíz de toda la doctrina omni-insular, se abrogaba títulos espirituales sobre las nuevas tierras y gentes Y como

(2) Vide Luis Weckmann, Las Bulas Alejandrinas de 1493 y la Teoría Política del Papado Medieval, Publicación del Instituto de Historia, Editorial Jus, México, 1949 *passim*

en las crónicas hispanas relativas a América, bien que por diferente motivo, asienta el denodado Doctor que la Cruz y el Evangelio habían llegado a los indígenas americanos siglos antes del arribo de los castellanos. La Historiografía científicista comenzaba a dar, y a las mil maravillas sus primeras zapatetas utilitario-nacionalistas:

Esta tierra por fuerza tiene que ser alguna parte de ese país del cual los propios españoles afirman que ellos lo habían descubierto desde la época de Janos. Luego entonces es manifiesto que ese país fue descubierto bastante antes que Colón condujese a cualquier español allá (3).

(3) Vide "The most ancient Discovery of the West Indies by Madoc the son of Owen Gwyneth of Northwales, in the yeare 1170: taken out of the History of Wales, lately published by N. David Powell Doctor of Divinity". (Apud Richard Hakluyt, The Principal Navigations, Voyages & Discoveries of the English, Edition J. Macnair Sons, Ltd., London, 1919, vol. V, P. 79

Para reforzar esta afirmación nos hace observar David Powell ⁴ que en un cierto pueblo americano, en Acuzamil, se reverenciaba la Cruz;

(4) Señalemos desde ahora que los cronistas, los geógrafos, capitanes y navegantes ingleses estaban muy familiarizados con las crónicas españolas. Vide (la fuente inglesa para lo de Acuzamil) Francisco López de Gomara, Historia de la Conquista de México (Introducción y notas de J. R. Mírez Cabañas), 2 vols, Editorial Pedro Robredo, México, 1943, vol. I, p. 77 ("Había (en Cozumel)- escribe- una cruz de cal y canto tan alta como diez palmas, a la cual tenían y adoraban por días de la lluvia").

con lo que se comprobaba, según él, la existencia de cristianos antes de la llegada de los españoles.

(5) Op. cit., p. 80.

Por medio de este razonamiento objetivo, científico -lo escribimos sin reservas- Inglaterra colocaba el primer alegato de su derecho sobre el Nuevo Continente. Claro está que no todos los ingleses lo iban tranquilamente a admitir; pero el argumento no tenía nada de deleznable

Para los pueblos dehendidos de la Cristiandad, como tampoco lo tuvo para el español que tan presto estuvo a rechazar la Reforma. En cierto sentido el argumento inglés viene a ser una réplica, un alegato de razones semejantes a las imperialistas y españolas defendidas por Oviedo. Tanto ⁶ está como

(6) Según Oviedo las famosas Hespérides (de Espero 120. rey de España) referidas por Plinio, Isidoro, Seboso y Solino se deben tener por las Indias. Son, pues, señorío de España desde 1658 (A.C.); derecho antiquísimo de posesión que Colón devolvió a su legítimo dueño "Al cabo de tanto sí glos" Vide Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Oceano, por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Edición de José Amador de los Ríos, Publicación de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1851, vol. 1, pp. 17-18 y ss). Este y otros argumentos de Oviedo rechazarán las Casas por improbables, ficticios y frívolos. Todo el Capítulo XVI del libro I, así como el Capítulo XV, le sirven al tremendo dominico para rechazar las razones del Capitán. (Vide Historia de LAS Indias, Fondo de Cultura Económica, 3 vols., Biblioteca Americana, México, Buenos Aires, 1951, Vol. 1, pp. 73-90).

como el doctor inglés al rechazar la justificación trascendental apuntaban resueltamente a la posición immanentista; evidencia histórica tan válida como la que lo fuera más; es decir como la que lo fuera exclusivamente fundada en el poder espiritual del papado. Oviedo y Powell miraban cara a cara a la realidad y aportaban pruebas de valer y sabor históricos.

No cabe duda que los comerciantes y armadores ingleses aceptarían con júbilo unos razonamientos que halagaban, justificándolos, sus anhelos económico-patrióticos; que fortalecían al reciente nacionalismo y, sobre todo, que los aligeraba y desoneraba del menor escrúpulo y titubeos morales. La idea poseía además gran fuerza porque cuidadosamente se la hacía aparecer y pasar como el cumplimiento de un plan divino, y aunque pronto los eruditos británicos rechazaron por insostenible la tesis galesa, su esencia, como plan divinal, había saturado el ambiente. ²² Los galeses del Norte partiendo de las costas de Irlanda habían descubierto en su viaje hacia el Noroeste unas tierras desconocidas las mismas que, por tanto, sus descendientes británicos podían inmediatamente procurar recuperar- era porque a ello habían sido impelidos por un designio providencial y trascendente: Inglaterra era un reino que, como todos los de Europa entonces, se sentía guiado por la mano de Dios desde antiguo:

"Por su infinita bondad a Dios se plugo desde tiempos remotos tener extendida su misericordiosa mano sobre estos reinos."⁷

(7) Vide Sir George Peckham, A true report of the late discoveries, and possession taken in the right of the Crowne of England of the Newfoundland by that valiant and worthy Gentleman, Sir Humphrey Knight ... Written by ... the chiefe adventurer, and furtherer of Sir Humphrey Gilberts - as voyage to Newfoundland (Apud R. Hakluyt, vol VI. P. 69)

La prueba suministrada por el doctor David Powell es contundente, esto es historiográfica. No podía esperarse menos de un predicador inglés, y teólogo por añadidura, del siglo XVI. Debemos, con todo, no perder de vista que el beneficio del proyecto iba a recaer no tanto sobre las tierras y hombres desconocidos, cuando fundamentalmente sobre Inglaterra y sus habitantes.

2. El sentimiento de aislamiento eje de la Historia inglesa

Constituye hoy un lugar común interpretar la historia moderna de Inglaterra a base de su posición insular; pero más bien de enfrascarnos en lo documentalmente acertado o impropio de la tesis geopolítica convendría que buceáramos bajo las aguas del tiempo en que tal conciencia isleña se registró juntamente con las aportaciones auxiliares concomitantes. Cuando Shakespeare enuncia el tema lo hace ya de un modo completo, redondeado, sin abolladuras; y al hacerlo no es simplemente el portavoz de la era isabelina, ni tampoco, como sugieren los manuales de Literatura, la sincretización -por las obras- de una época introvertida, viva y rica, y económicamente arrolladora. Shakespeare no es el by-product estimable que nos quieren hacer tragar; si él es quien es dentro de la literatura inglesa y universal no lo es tanto por lo que su tiempo le confiere, sino por lo que el dramaturgo le aporta hasta incluso caracterizarlo convenientemente. El poeta inglés recoge el mensaje tradicional histórico en toda su intrinsiqueza, percibe el tono de esotérica extrañeza y originalidad de su pueblo y nos lo devuelve, por boca de Juan de Gante, brillante y acabado como una perfecta gema irisada de coruscantes y espléndidos

destellos:

- 40 Este real trono de reyes, esta isla consentida,
Esta tierra de majestad, esta mansión de Marte,
Este otro Edén, semiparaiso,
Esta fortaliza por naturaleza misma construida
45 Contra la infección y la acción de la guerra,
25 Esta feliz progenie de hombres, este pequeño mundo,
Esta piedra preciosa engarzada en el mar de plata,
Que le sirve de muralla
O como un foso defensivo a una casa
Contra la envidia de países menos venturosos;
50 Esta bendita parcela, esta tierra, este reino, esta Inglaterra.

(Ricardo II, Acto II, Escena I).

(8) Vida The Complete Works of Shakespeare, Editado por George Lyman Kittredge, Ginn and Company, New York, 1936, p. 515

El tono de laude que campea en el verso no es ciertamente privativo del excelso poeta inglés como tampoco lo es exclusivamente de Inglaterra. El canto extrañable y orgulloso de lo propio lo podemos encontrar en todos los reinos medievales de Europa ya en boca de Juglares, de clérigos e incluso de reyes; pero si en la Crónica de España se hace el "loor" de la nación por lo complida que es de todos bienes, asimismo se escribe el "duelo de Espanna" y las razones de por qué fuese destruida. La contrapartida del loor es el duelo; o como mejor lo escribiera el Marqués de Santillana lamentándose de la decadencia de España bastante antes por cierto, de que alcanzara su grandeza:

- 5 Tu gloria e laude tornó vituperio
e tu clara fama en escureca!...
Por cierto, España, muerta es tu nobleça,
8 e tus loores tornados lacerio.

(En Sonetos Fechos al Itálico Modo).

9) Cit. Roque Esteban Scarpa, Lecturas Medievales Españolas, Editorial Zig-Zag, S.A. Santiago de Chile, 1941, - p. 194

Hay que tener muy presente este contraste, este juego de luz y sombra porque ellos caracterizan no solo la Edad Media sino también el Re-

nacimiento; una cuestión a la que presto revertiremos. Insistamos, pues en que el loor no fué beneficiado únicamente en la Gran Bretaña, y por su más grande poeta, porque si respecto a España queremos una data menos lejana que la de Alfonso X El Sabio tendremos que recordar entre otros al propio Cómara, que los las glorias del español y encarece la deuda de gratitud contraída por todo el mundo con España a cuenta del descubrimiento, conquista y evangelización de las Indias. Se ha dicho que el pecado capi-
19.

(10) Vide. Francisco López de Cómara, Historia General de las Indias, Edición de la Biblioteca de Autores Españoles, t. XXII, vol I, p. 294

tal de la Edad Media fué la soberbia (Superbia) ¹¹; pero a ella habrá que añadir

(11) Vide. J. Huizinga, El Otoño de la Edad Media (Traducción de J. Saos) Publicación de la Revista de Occidente Argentina, Buenos Aires, 1947, p. 39

dir la codicia (cupiditas) — cosa que ya entiende el propio Huizinga aunada a la avaricia (avaritia) — y desde luego, la envidia (invidia). La diferen-

(12) Ibidem. Véase también sobre el tema en Sergio E. Fernández, Ideas Sociales y Políticas en el Infierno de Dante y en los Sueños de Quevedo. Ediciones de la Universidad Nacional, Imprenta Universitaria, México 1950 p. 44.

cia entre este pecado capital y los otros es que con grandísima facilidad se hace transitivo; es decir que sin dificultad pasa desde el amarillo bilioso al pavonado de la excesiva estima y orgullo extremado. Hay por tanto un doble mecanismo envidioso: la envidia sujeto agente y paciente; la que se siente y la que los otros nos sienten, y en la Edad Media, tan inestable de cuyo, el azar o el mero capricho de las esferas celestes trastrugan con facilidad las esperanzas y los acontecimientos felices. ^(envidiosos) Y dicho esto y para no apartarnos demasiado de nuestra meta volvamos a Shakespeare en cuyo verso puede sentirse y calibrarse la conciencia de ver a Inglaterra en un aislamiento feliz gracias al argentado mar, que también se ve como barrera y frontera del Continente, opuesto a Europa. El sentirse dentro de

isla bendecida y segura, el considerarse dentro de un liliuniverso
és, libre por eso de las asechanzas y vicisitudes de la guerra y de
la codicia trasmarina nos están diciendo de la peculiaridad inglesa de
vivirse como un mundo aparte, rico y venturoso y, sobre todo, prietamente
envidiado por sus cualidades edénicas, marciales y mayestáticas. Es la
envidia receptiva: la que Inglaterra percibe que los otros sienten; en-
vidia más típicamente renacentista como convenía a una nación que ya em-
pezaba a sentir dentro de sí los pujos de la modernidad. Pero antes de
ser así, la envidia inglesa era de signo contrario; era la que ella experi-
mentaba cuando miraba hacia el Continente. La desazón de verse los ingle-
ses alejados de las rutas comerciales y cultoespirituales de Europa; de
sentirse isla, aislados en medio de un mar de plata si mirado hacia las
costas de la Cristiandad; más inhóspito, fiero, legendario y septentrio-
nal- con toda la desolada cargazón que esto último, lo nórdico, tenfa pa-
ra la mente medioeval- hacia el lado del Occidente infinito y tenebroso
condicionaron toda la historia de Inglaterra. ¹³ Con el descubrimiento de

(13) "En los tiempos antiguos-escribe Traveyan- la relación de Inglate-
rra con el mar fué pasiva y receptiva; en los tiempos modernos activa y
adquisitiva. En ambas está la clave de su historia". G.M. Trevelyan.
Historia Política de Inglaterra (Traducción de R. Iglesias). Fondo de Cul-
tura Económica, México, 1943, p. 10.

las nuevas vías marítimas realizado por los portugueses las envidias ac-
tivas y receptivas y los envidiosos y envidiados reverdecen por toda Euro-
pa: los castellanos envidian y copian a los lusitanos; los franceses a
los españoles; y los ingleses, que llegan los últimos, a todos. El éxito
o el fracaso de las empresas nacionales tiene mucho que ver, como ya sa-
bemos, en este subibaja de pasiones e influencias. Los éxitos portugueses
y españoles afinan las ansias británicas; florece el optimismo, y las
rutas antes imposibles se presentan ahora saturadas de pronósticos provi-
denciales y de razonamientos científicos. La vieja apetencia inglesa
cambia de orientación por fuerza de las circunstancias descubridoras, y

ante el éxito también que no tarda en sonreírle Inglaterra se convertirá a los ojos de sí misma y de los otros en una codiciada envidiada; el tono de desesperanza ha dado paso al riente y firme propósito de Ser con todo y mayúscula, resolviéndose así el dilema tradicional y disyuntivo, shakespeareano e histórico.

El mar de plata que ante fuera un medio de acercamiento se convierte por obra de los nuevos descubrimientos marítimos en el valladar infranqueable, en el foso necesarísimo de defensa absoluta. Desde tiempos remotos las aguas del Canal de la Mancha habían separado tanto como habían unido. La Edad Media de Inglaterra puede entenderse como un intento permanente de reclinarsse sobre el Continente en busca de apoyo y substancia. La Guerra de Cien años entrañaba por fuerza la necesidad de mantener el cordón umbilical de la cultura eurocristiana a través de Francia; de aquí los heroicos esfuerzos para conquistar las ciudades francesas y para justificar las intervenciones so color de enrevesadísima y absurdas herencias. Se defiende además la invasión con razones tan pueriles que nos haría sonreír si no supiéramos que bajo estas infantiles e ahiladas alegaciones yace y late el problema tremendo de definirse, de ser o no ser, de querer expresarse europeo, mas sin dejar de hacerlo a la inglesa; algo así como el delicioso acento anglosajón que imprimían a su francés la corte y los reyes normandos de Inglaterra. Ya no extrañaré, pues, a nadie que esté en el intríngulis el que un rey medioeval a la vista de las ciudades de Calais y Dover le recomiende a su hermano que las guarde como si se tratara de sus propios ojos:

Mi hermano,
Si entre todas tus ciudades hubiese que escoger dos
Para guardar y vigilar el mar y navegar de aquí para
allá pronta y bien;
Para ir a guerrerar afuey para, si acaso, recobrar
tu reino:
Elige y mantén seguras estas dos Ciudades
Tal como si se trataran de las niñas de tus ojos:
De igual modo defiende el Canal. (14)

Este consejo que el Emperador Segismundo de Luxemburgo (1410-1437) daba al rey Enrique V era, en verdad, notable; porque aquellas dos ciudades eran como cabezas de puente, vanguardias de penetración igualmente eficaces para atacar o para repeler; verbigracia para preservar inglesa la línea de comunicación a través del Canal. Ambos puntos eran las llaves del estrecho, y dueña Inglaterra de ellos tenía en su poder la clave de la confianza o del temor, del éxito o del fracaso, de la paz o de la guerra. Tanta importancia tuvo-aún la conserva-el dominio del Canal que Eduardo II (1327-1377), que vivió un siglo antes que el caballeroso vencedor de Azincourt (25IX-1415), le llamaron en las crónicas Dominus MARIS et transmarini passagii.¹⁵

(15) Cit. Hans Kohn, Historia del Nacionalismo, Fondo de Cultura Económica, México, 1949

En manos de Inglaterra el Estrecho se convertía en una ratonera peligrosísima para todo enemigo que intentara atacarla; para ella además era un puente natural y decisivo de su vivir, o mejor será decir de su supervivir: el eje de la historia británica. Si en la Edad Media el Canal de la Mancha fué la vía acuática de la invasión guerrera y cultural y fué asimismo el foso de defensa; en la Edad Moderna tales características se acentuarán todavía más, y la visión provinciana, regional de antaño se va a ampliar a través de ese mismo Canal y del Océano circundante de un modo grandioso y ecuménico.

A mediados del siglo XV, Gutiérrez Díaz Cabax, alférez de la buete capitaneada por el intrépido Pobo Niño, observaba con motivo de una expedición punitiva contra las costas de Inglaterra que los ingleses eran gente muy rara, y que se diferenciaban bien — notablemente de los habitantes de las otras naciones cristianas; y que el propio territorio británico poseía una geografía típica que contri-

bua específicamente a dotar a los ingleses con un carácter significativo. Inglaterra resultaba ser una nación única entre todas las de la Cristiandad: la nación sin miedo por virtud del mar:

Los ingleses- escribe el portaestandarte de don Pero Niño - son unas gentes muy diversos en condiciones e desaheridos de todas las otras naciones. Estas maneras an ellos por muchas razones: la primera es porque les viene así de su naturaleza de aquellas gentes donde ellos vienen; la otra es porque biben en tierra muy abastada de viandas e buires o rica de metales. E la otra es que son muchas gentes en poca tierra, aun que la tierra es grande; mas dígolo a respeto de la mucha gente que en ella hay. Dizen que en aquella tierra nunca ay montandad, ni mal año. Otro sí son cercados de mar por lo que no an miedo a ninguna nación (16)

(16) Gutiérrez Díaz Gámez, El Victorial: Crónica de Don Pero Niño, Editorial Espasa y Calpe, Madrid, 1940, p. 142.

Según esta descripción Inglaterra era un país fabuloso y único, providencial. El que no se malograsen las cosechas, el que la abundancia de gente hiciese escasa la tierra y, sobre todo el que estuviera libre del azote medieval de las pestes - por supuesto no del todo, pero como es comprensible el mar resultaba ser una barrera también sanitaria y profiláctica- la hacía perfilarse como algo insólito, fuera de lo común en el concierto de las naciones cristianas. Por lo mismo que la tierra era diferente lo eran asimismo sus pobladores: los anglos eran celosos y engolletados para con los forasteros, desamorosos de la caballería andante extranjera. No nos lo dice abiertamente Gutiérrez; mas del contexto de su obra se deduce que los orgullosos británicos no toleraban el éxito bálico heroico de los extraños, que no soportaban la asistencia de los caballeros errabundo del otro lado del canal. En resumidas que los ingleses al igual que todos los europeos de aquel tiempo espichaban medieval y activamente de amarillitita en vía. Cosa que no era típica ni exclusiva de la Gran Bretaña, pues los mismos odios existían de condado a condado o de clan a clan en Inglaterra que en el Continente.

No an amor-prosigue Gutiérrez- a ninguna nación, e si acaece que algun caballero valiente pasa allá, como acontece muchas veces de algunos caballeros e gentiles-hombres, que andan por algunas partidas del

mundo con brío de corazón a buscar vida, o a hacer armas, o a mirar embarazada, ellos buscan manera como lo deshonren o lo echen en alguna grand vergüenza. Así que, como suso dixé, son muy diversos de las otras gentes. (17)

(17) Ibid, 182

A pesar de estos desahogos medioevales del Alférez hay que aceptar con cierto recelo el retrato espiritual que nos da de los ingleses. Aunque el Confaloniero al escribir así no lo hacía apremiado por miras propagandísticas, lo cierto es que las incursiones de Pero Niño y las represalias de Hasting respondían a la rivalidad ambiente de la época; el encono especializaba y enrarecía el aire cristiano de la civilización medioeval. Sin embargo aunque el cronista no se propusiera crear una literatura combativa, reclamista y desprestigiadora como la que se creará en los siglos XVI y XVII por motivo de los desencadenados apetitos nacionales descubridores, lo cierto es que al leer la crónica nos queda una especie de eco y reflejo en la conciencia a causa de una cierta extrañeza o rareza que hacía de las islas británicas y los ingleses unos entes raros, aparte y distintos del resto: una extrañeza que, por cierto, aun hoy conservan y que ellos se complacen en prorrogar en expresiones tradicionales infinitamente reveladoras: el Inglés pudiente cuando sale de su isla para viajar por el continente anuncia a sus familiares y amigos que va de gira por Europa.

Según el leal saber y entender de Gutiérrez, los ingleses, desde muy atrás en el tiempo, formaban rancho aparte en el conclave de los pueblos europeos. En tanto que a los franceses, explicaba el Alférez, les acontecía el ser naturalmente ardidos, que no se acordaban hasta no estar sobre los hechos, lo que los hacía orgullosos y presurosos; a los ingleses, por contra, les era propio el acordar siempre antes de tiempo, y de aquí que resultasen reflexivos y prudentes. Lo curioso es que en pleno siglo XVIII, cuando ya el diálogo hispanoinglés se ha resuelto en un modelo británico, más universal; un modelo al que aspirarían a remedar los

españoles de cierta talla intelectual, sin bien infructuosamente- el be-

(18) Véase sobre este tema en Consuelo G. Coronado, El Diálogo Hispano-
Inglés (Tesis para la Maestría en Historia Universal), Facultad de Filoso-
fía y Letras, México, 1947.

mediotino Fray Benito Feijó y Montenegro (1676-1764) insistiese --
en las ventajas de los ingleses respecto a los demás europeos a causa de
su mayor aplicación, ingenio, agudeza y penetración intelectual; carac-
19

(19) "Cartas Eruditas" (Prólogo y notas de A. Millares Carlo) Clásicos
Castellanos, Ediciones "La Lectura", Madrid, 1928, tomo IV pp 209 a 214

terísticas que, a la vista salta, son el correlato del espíritu reflexi-
vo observado por Gutiérrez entre los ingleses de su tiempo. Los castella-
nos, valvamos a nuestro cronista, son "ociosos²⁰ e contiolectivos"; es a sa-
20

(20) El rasgo de la ociosidad que destaca el Alférez tiene un valor
incalculable supuesto que viene a reforzar dicha característica hispana
puesta de manifiesto en el análisis fecundo y convincente realizado por
Américo Castro en su luminoso libro, La ociosidad, rasgo constitutivo
hispanico, con la que todo español e hispanoamericano- suponemos también
que hispanofelipinos- parece avenirse como algo consustancial y propio
no parece afectarles lo más mínimo; al contrario una vez conocida miran-
la incluso hoy como signo de distinción (Vease Américo Castro, España en
su Historia: Cristiano, Moros y Judíos, Editorial Losada, Buenos Aires,
1948.

BER: inactivos y sempiternos habladores. A través de la historia de es-
tos tres pueblos el clisé espiritual impresionado por Gutiérrez Díaz Ga-
mez se ha mantenido y mantiene con una seguridad y p^{er}sistencia asombro-
samente fidedignas.
21

(21) Op. cit., 226

3.- La justificación geográfico-nacionalista.

En 1527, esto es treinta y un años después de la patente de
descubrimiento concedida a Sebastián Cabot para su viaje, un comerciante
de Bristol, Robert Thorne, residente y casi vecino de la ciudad de Se-

villa enviaba una carta abierta al rey Enrique VIII persuadiéndole de la necesidad de emprender cuanto antes una serie de exploraciones marítimas hacia el Noroeste. Aparece claramente según puede leerse en el texto entre líneas- que el Septentrión ha perdido ya su carácter negativo y que, por el contrario, se ha teñido de significaciones prometedoras. El Mar Septentrional, antes un obstáculo, se ha aligerado de la impedimenta legendaria y se ha abierto a la intrepidez y ambición de los hombres británicos una vez que se le ha sustraído el terrible encanto de lo maravilloso y se ha vencido el secreto de su innavegabilidad. La carta o declaración de Thorne respira seguridad, entusiasmo; el mar se ha transformado de obstáculo en acceso. Inglaterra se ve favorecida por él y se siente gozosa de la circunstancia de ser, ahora sí, una isla y de hallarse lo suficientemente lejos del Mediterráneo como para no tener que temer la amenaza turco-berberisca. Gracias a la nueva ruta que el destino le depara, Inglaterra podrá dedicarse de lleno y sin temores a la ambicionada actividad comercial que antes le estaba casi vedada o que le era sumamente embarazosa. Lo que antes tanto anhelara de aquí que de repente se le me-

(22) Thorne, Robert, A declaration of the Indies and lands discovered, and subdued unto the Emperor, and the king of Portugal; And also of other parts of the Indies and rich countries to be discovered, which the worshipfull M. . . merchant of London (who dwelt long in the citie of Sevil in Spain) exhorted king Henrie the eight to take in hand (En R. Hakluyt, vol I, p. 212).

(23) Véase el Libelo ya citado. El comercio hispánico, el holandés y el veneciano especialmente sangraban, a juzgar por los lamentos del anónimo autor, las riquezas del reino: "Also they bere the gold out of this land" (Asimismo sacan ellos el oro de esta tierra) (En Hakluyt, vol I, p. 164).

tía por las puertas, y las del mar Océano, libres y de par en par le aseguraban a su vez vías de comunicación "quite out of the way from the other countries" Inglaterra experimenta que se ha librado de una pesa-

(24) "Enteramente libres y parte de la ruta de otros países" (Peckham, 71).

dilla, de algo que la hacía menos, que la rebajaba y subsumía frente a Europa; pero gracias a los descubrimientos geográficos de golpe y porrazo se da cuenta de que se halla en una posición geográfica en extremo favorable y por ende envidiable. El Océano es ahora su mejor aliado, y los prudentes y reflexivos ingleses, como los calara Gutiérrez, agradecen a la Providencia su situación y no se arredran ante los peligros.

(25) cf. Thorne, 213-4.

Allende este la posición misma de Inglaterra, escribe el comerciante bristolés, la hace más próxima y por lo tanto más apta para posesionarse de las nuevas tierras situadas al Norte de las descubiertas por los españoles; posesiones, además de tránsito, en rumbo hacia la Especiería. Este segundo título, proximidad, descansa en un argumento bastante viejo y tradicional. Inglaterra aprovechaba bien las enseñanzas que recibiera a lo largo de su dilatada experiencia medioeval, solo que ahora proyectaba a escala gigante los principios y las razones, porque ya no se trataba de las costas de Francia o de Flandes, sino de las de unas nuevas regiones septentrionales más cercanamente situadas de Inglaterra que de cualquiera otra nación cristiana; circunstancia providencial que sonreía no únicamente a la Gran Bretaña, sino también a los dos reinos ibéricos que por este motivo andaban un poco a la greña justificativa y titular.

El Padre Las Casas siempre entrometido y conturbador, consumiría un dilatado turno en la disputa y declarararía que las costas de Portugal, en realidad, estaban aún más cerca de las Indias que las de España. Si por

(26) Vide Tratado comprobatorio del imperio soberano y principado universal que los Reyes de Castilla y León tienen sobre las Indias, Sevilla, 1553. Apud Colección de Tratados, Buenos Aires, 1924 (Cit. Hanke, Op. cit., p. 394).

tugal por un lado y España por el otro habiéndose aprovechado de sus circunstancias geográficas providenciales favorables y habían tomado contacto hacia las tierras y mar del Medio día; Inglaterra tenía la posibilidad y

mismo a parecído título justo para rodearlo en su turno y para ir descubriendo las partes y costas de él situadas al Norte, La mayor proximidad de dichas costas con respecto a las de Britania dáble a los ingleses una autoridad y dominio indiscutible sobre aquellas nuevas partidas septentrionales del mundo:

Así que ahora quedan por descubrir las dichas partidas del Norte, las cuales según me parece, es el cargo y deber de Vuestra Alteza revelarlas por varias causas: porque vuestro reino está más cerca de las mismas y es el mas apto ende de todos los otros; y porque vos ya lo habeis tomado bajo mano... Por tales razones y por la gracia de Dios no dudo de que vuestro proçóitos se llevarán a efecto (27)

(27) Thorne, 214.

§ § §

Prácticamente las tradicionales razones históricas invocadas por David Powell han sido puestas a un lado; pero a los razonamientos prácticos añadiré Thorne prontamente los espirituales que contrapesen y equilibren el proyecto; en suma que lo hagan cristiano. Obsérvese no obstante lo dicho, que la argumentación descansa más que nada en fundamentaciones topográficas— mejor sería decir talasográficas— con las que se intenta influir en la decisión real; ahora bien, estos argumentos justificativos no son, como hasta hace poco se ha creído, exclusivamente ingleses, y como ya hemos demostrado, en mas de un cronista español de Indias — se encuentran considerandos justificatorios del derecho, o títulos españoles que se fundan no sólo en las bulas papales, sino también en razones semejantes a las fraguadas por los ingleses: así entre otros Antonio de Herrera, Fray Benito de Pañalosa y Mondragón, Pedro Fernández de Pulgar, Juan de Solórzano y Pereira y Jiménez de Quesada, este último conquistador de la Nueva Granada, que defenderá el derecho de España a las Indias invocando un título netamente talasográfico: por la partición que toca a la frontera de nuestros mares". La modernidad europea comenzaba a manifes-

(28) Marco Jiménez del la Espada, Juan de Castellanos y su Historia del Nuevo Reino de Granada, Madrid, 1839 p. 69

tarse por medio de pruebas reales y relegaba así a la Providencia a segundo término; pero los caminos divergentes que los pueblos europeos siguieron cada vez se apartarían más hasta llegar el momento de desconocer el común y original punto de arranque cristiano y católico, es decir universal. Inglaterra iría poco a poco desplazando a Dios del lugar prominente que este siempre tuviera, y perquiriría terrenos más sólidos y positivos en que apoyarse para el futuro.

4 La Justificación nacionalista. Imitación y emulación.

Para Sir George Peckham, uno de los factores del viaje de Sir Humfrey Gilbert a Terranova, el derecho inglés sobre las nuevas tierras se fundaba en la Crónica Galesa y en la legendaria expedición de Madock. Como conocía bien las crónicas españolas prueba su adopción de la tesis galesa recurriendo al testimonio del propio Moctezuma cuando declarara éste ante Cortés el origen extranjero de su pueblo indio en el dominio de las tierras del Anáhuac.²⁹ Mas Peckham, empapado también de espíritu emulativo, no se limita a estos asertos, sino que basándose en la patente de escubrimiento concedida por Enrique VII a Juan Caboto (5-III-1496) especifica que dicha patente era legítima y tan legítimos los descubrimientos obtenidos por el veneciano como los descubrimientos y conquistas realizados por los españoles (Cortés, Colón, Balboa, Pizarro y otros)³⁰

(29) Op. cit., 58

(30) Idem 60. En realidad no es Peckham el que aquí habla sino el propio Hakluyt que incluyó en relación del anterior en su famoso Discurso sobre la colonización de Occidente (A discourse of the necessity and commoditie of planting English colonies upon the North partes of America, (1584), vol VI, pp. 42-73)

¿Qué necesidad obligaba a justificar de tal manera la futura obra colonizadora de Inglaterra? A nuestro juicio dichas justificaciones se asientan como por el título del informe se echa ver, para disipar cualquier escrúpulo levantado entre la gente por la actitud religiosa del rey frente al

catolicismo romano; más como por otra parte era lógico esperar, dado que se trata de un alegato escrito sin muchas pretensiones, la legalidad del título y los derechos de la Corona para otorgarlo quedan en entredicho; es decir sin el consenso espiritual de la tradición, de la suma autoridad católica. ³¹ Faltos los ingleses, a consecuencia de la Reforma,

(31) Estos argumentos son, pues, estrictamente temporales, porque tal es el espíritu intencional de todo el Discurso, como opina Lewis Hanke (Op. cit., p. 366). Tal será también la lección aprendida por el amanuense y continuador del Haklyt al insistir, como su maestro, en la ineficacia de las bulas. Además Purchas arrojara por su cuenta y riesgo un nuevo motivo de monoprecio e inanidad sobre la bula de Alejandro VI (Bula de Donación 3-X-1493) por venir de quien venía: de las manos de "Rodericus Borgia, a spaniard of Valentia" (Apud Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimages. James Maclehose and Sons, Publisher to the University, Glasgow, MCMV, vol. II, p. 43). Pero ni en esta expresión era Purchas original, pues ella es copia de una parecida de Hakluyt.

de un entusiasmo legitimista en que apoyarse, a diferencia de los españoles que lo hacían y bien a sus anchas, sobre las famosas bulas; comenzaron a mostrar ciertas rarezas justificatorias. ¿Por qué no han de ser nuestras exploraciones y futuras conquistas tan legítimas y válidas como lo son las de los españoles? ³² ¿Qué tienen ellos— parece insistir Hakluyt— que no poseamos nosotros? Interrogaciones que, como puede suponerse, se referían a hechos concretos, a realidades físicas; a un mundo en el que Dios se encontraba por fuerza punto de quedar en paro forzoso. Pero no se crea que esta actitud era exclusiva de los ingleses; por las cortes europeas resonó la frase de Francisco I, que por lo sarcástica y famosa me ~~(32)~~ Discurso, passim.

reció ser incluida en la Historia de Paulo Jovio: "El sol brilla para mí tanto como para los demás. Me gustaría mucho ver la cláusula del testamento de Adán que me excluyó de mi parte al dividirse el mundo".

Las anteriores afirmaciones no son, por consiguiente, únicamente anglosajonas, sino europeas; de un mundo ya embarcado en el bajel de la mundanidad nueva. El caballero inglés antes citado obraba parentoria.

mente, estaba acicateado por la falta del asenso de Roma; constreñido a buscarse explicaciones satisfactorias y prácticas que se ajustaran a la ambición expansiva nacionalista y espiritual; de aquí el empeño fervoroso de Hakluyt en demostrar que de los tres hijos de Juan Caboto, dos (Sebastián y Sancio) "habían nacido en Inglaterra"³³, Argumento que, siguiendo

(33) Ibid., 60.

A su protector e inspirador, repetirá después Purchas.⁽³⁴⁾ Esto no es un da-

(34) Op. cit., vol XIII, p. 3, Introducción; y vol. XIV, p. 300

to más como alguien pudiera pensar, mas una decisiva vindicación forense. Y por si fuera aún poco recurre Hakluyt a una idea mostrenca que iba y venía en el ambiente del tiempo; se trataba nada menos que de imitar a los españoles para emularlos y rivalizar con ellos y sacar así a Inglaterra de su letargo:

Para ese fin necesito esforzarme por medio de argumentos para probar que mediante ellos nuestra marina podría ser aumentada y ensanchada nuestra navegación, siendo que no habría necesidad de otras razones, sino las que han puesto de manifiesto a este reino los ejemplos de sus más cercanos vecinos los reyes de España y Portugal, los cuales después del descubrimiento primero de las Indias no solamente han engrandecido poderosamente sus dominios y se han enriquecido grandemente ellos y sus súbditos; sino que también, según un cálculo prudencial, han triplicado el número de sus naos, capitanes y marineros; una materia de no poca im-

portancia también.(35)

(35) Op. cit., p. 61.

Inglaterra aceptaba así la modernidad y lo hacía del brazo de la imitación, y muy atenta y celosa por el éxito económico de los vecinos esperaba amularlos y aun excederlos. Volvía a repetirse la eterna historia que ya contamos al hablar de la envidia: los españoles habían imitado a los portugueses; éstos a catalanes e italianos; los franceses suspiraban por hacer algo parecido y los ingleses se dieron a la tarea inspirados como todos en los resultados del prójimo. La inmanencia y el mejor cantilismo abandonaban las aguas Mediterráneas y saltando de las galeras

a las naos transatlánticas no dejarían puerto europeo a donde no llevaran su mensaje triunfador. Lo que se desea ya ardentamente es la riqueza sin tapujos, el tanto más cuanto; pero la inercia del pasado no puede menos de arrastrar consigo la cauda obligada de viejos ideales.

Los ingleses esperaban mucho de su príncipe Isabel, y se las prometían muy felices en las empresas de ultramar, que serían no menos honrosas y lucrativas que las de Colón," y tendiendo no menos que las acciones de los españoles a la gloria de Dios³⁶". Todavía permanecía Dios en el dintorno espiritual de la vida cotidiana, y helo, pues, aquí de nuevo en funciones, aunque ya casi traído de los pelos (no se olvide que Hakluyt era teólogo) para que diese fe del éxito económico, político y espiritual por venir. Hacían los españoles ya para este tiempo un uso demasiado exclusivo de Dios para que los ingleses pudieran tolerar-

(36) Cf. R. Hakluyt, Prólogo a "A Notable Historie containin foure voyages by certayne Brech Captaines into Florida... by Monsieur Laudonniere (traducción del propio Hakluyt. vol. VI. p. 230).

lo, porque el reclamar a Dios no debía ser, como no lo era en efecto, una excepción española, y quien más quien menos de continuo lo asaltaba demandándole justificaciones y gollerías y hasta el oro y el moro, sin importar lo que hiciera desde este o desde el otro lado de la Reforma. Por lo mismo los ingleses tenían que subrayar que Dios estaban también con ellos; pero como se lee a remolque de la prosperidad burguesa; lo que tampoco constituía una novedad, porque pocos reyes fueron más burgueses (es a saber: más antif feudales y modernos) que Fernando de Aragón e inclusive el propio Emperador, ; y que no será decir de Francisco I. de Francia!

5. El espíritu de la imitación.

En vísperas de la proyectada invasión de Inglaterra por Felipe II el equipararse a los españoles en riquezas y pertrechos no era cosa efectivamente de poca importancia, porque se trataba de un momento histórico

decisivo. Por qué nuestra nación- se pregun Hakluyt- ha de desmayar? Y por qué habríamos de desmayar más que lo hicieron los españoles, que en estos pocos años transcurridos han sido hábiles para conquistar, poseer y gozar tan gran espacio de tierra en las Indias Occidentales? Los in-

(37) Discurso, vol VI, p. 72

gleses se sentían con sobrados arreos para sobrepasar la obra de España; el ejemplo español era para los hombres interesados un constante motivo de preocupación incitatoria. Hakluyt, cuyas son las palabras arriba transcritas, ardía de impaciencia cuando releía las Décadas de Pedro Mártir y los relatos de la conquista de México y Perú. El objetivo

(38) Op. cit., p. 47

que él perseguía era despertar el interés de los ingleses que al parecer se encontraba como dormido o descuidado: "... en conclusión para despertar a algunos de nuestros mas dignos concidadanos de ese pesado sueño en el que tan largo tiempo han dormido". Había que avivar las energías

(39) Ibid., 48.

medoradas de Inglaterra, despertarla de su sueño e ignavia insulares, ponerla en camino de lo que naturalmente debería ser su línea de expansión; responder, en una palabra, a las inmejorables capacidades merine-ras que en sí misma había descubierto. Richard Hakluyt en la epístola dedicatoria de la primera edición de su obra (1589) se dirigía al caballero Sir Francis Walsingham, Secretario del Rey, lamentándose del poco provecho que obtenían sus concidadanos de la singular oportunidad de que gozaba Inglaterra gracias a la paz que reinaba en todo el país, y le advertía a tan poderoso personaje que una tan agradable coyuntura le hubiera venido de perlas a cualesquiera de los países vecinos. El intento de Hakluyt iba encaminado a despabilar el interés de sus paisanos, por eso toda su vida la dedicó a impulso tan generoso a través de su importante

40
excerpta; prosa épica al decir de Froude, de la moderna nación inglesa.

(40) Cf. Edward John Payno, Voyages of the Elizabethan Seamen (Notas adicionales por E. Raymond Leazley), Oxford: At the Clarendon Press, 1936, p. VII de la Introducción.

Piénsese bien que a pesar de la "milagrosa victoria" de 1588⁴¹ el compila

(41) R. Hakluyt, Op. cit., vol II p. 369

dor insiste en zarandear a la gente hasta hacerle ver la necesidad de sacar el máximo partido de la ventajosa situación geográfica de Inglaterra. Para eso nada le parece mejor que transcribir un parágrafo de la obra de Popiliniere, L' Admiral de France:

"Ce qui m'a fait autrefois rechercher les occasions, qui empeschent, que les Anglois qui sont d'esprit, de moyens, & valeur assez, por s'acquerir un grand honneur parmi tous les Chrestiens, ne se font plus valloir sur l'element qui leur est & doit estre plus naturel qu'a autres peuples: qui leur doivent ceder en la structure, accomodement & polige de navires: comme j'ay veu en plusieurs endroits parmi eux" (42)

(42) "Lo que me ha hecho buscar de nuevo, como antiguamente lo hice, cuando los son las circunstancias que impiden que los ingleses, que tanto ingenio, mediana y suficiente valor poseen para adquirir gran renombre entre todos los pueblos cristianos, no se hagan valer más sobre el elemento que les es y debe serles más natural que a otra gente; naciones que deben ceder ante ellos en la estructura, acomodamiento y política naval, así como yo lo he visto entre ellos en diversos lugares" (Cf. Hakluyt, I, 2).

A los que objetaban subrayando los peligros y dificultades implícitos en los viajes y exploraciones marítimas, se les respondía, buscando el lado favorable de la reacción psicológica, que los riesgos no habían detenido a los españoles y portugueses. Este espolazo dado en lo vivo de la vanidad inglesa—recuérdese la caracterización de Gutiérrez—se convertía en el gatillo psicológico más efectivo y afectivo para la acción:

No obstante estos peligros y su ignorancia ellos no han impedido a los españoles y portugueses y otros descubrir con grandes riesgos muchos reinos desconocidos. En consideración de los cual (y considerado que vuestros graciosos súbditos pudieran tener la misma luz que aquellos) los

vasallos de su graciosa Majestad parecerán faltos de actividad y valor al dejar de realizar estas gloriosas y nobles empresas. (43)

(43) Thorne, , 215.

Se creía sinceramente que dedicándose a la actividad marinera se enderezaría el espíritu y vigor de la gente, y la holgazanería sería desterrada, porque " Por esta conyuntura no solamente un gran número de hombres, que a la sazón vive en el país perezosamente siendo una carga para éste y costoso e inprovechable para el reino, podrá por este camino ser puesto a trabajar, sino también los muchachos de doce a catorce años de edad, o de menos incluso serán preservados de la ociosidad al ponerseles a producir un sinnúmero de objetos ligeros que sin duda serán una buena mercancía para esos países" descubiertos. De esta manera América iba a contribuir al desarrollo del capitalismo mercantil que desde siglos antes había estado incubándose en los puertos del Mediterráneo y entre las ciudades centro y nordeuropeas. La oportunidad se presentaba

(44) Hakluyt, Discursos, 77 y p.61

calva para Inglaterra. Lo que Venecia, Flandes, Portugal y España realizaban podía ser asimismo factible en las Islas; con lo que se aseguraría la futura grandeza de las mismas; se ahuyentaría la ociosidad de ellas y se permitiría el florecimiento de las ciudades al ser desembarazadas de la carga de pediguñeros e indigentes que pululaban por todas partes. En suma lo que Hakluyt quería fundamentalmente solucionar era el problema de la mendicidad y la miseria que la Edad Media no pudo resolver nunca a pesar de la condena de la usura, de la teoría del precio justo; a pesar de las cárceles y las horcas; la guerra y las peates; los conventos y la sopa boba. Lo que a él le interesaba es el lado práctico de las cosas: la grandeza de su nación, las riquezas y poderío de la misma, y el liberarse del lastre corrompido e inútil de la canalla. Ahora bien la solución

inglesa nada tenía de original, y a tal respecto recuérdese que para las empresas colombinas se emplearon como tripulantes de las carabelas un buen número de malhechores; los "homicidas" de los que tanto se lamentaría después el Padre Las Casas. Los portugueses, por su lado, en los viajes a la India y Brasil emplearon con frecuencia a forzados que como marineros y colonos redimían sus penas.

El fondo espiritual protestante dotaba al hombre inglés con la capacidad de poder vivir conforme a un proyecto consciente. El programa de transformación imaginado por Hakluyt había partido originalmente de un afán imitatorio y había desembocado en algo sólitico: la regeneración mediante el propio esfuerzo. El inglés desde su base religiosa protestante había fabricado algo que substancialmente era imposible que se le hubiera ocurrido o que lo hubiese podido realizar un español del siglo XVI: forjarse un plan de vida estrictamente humano, ¹¹⁵verbigracia con abscisas y ordenadas rigurosamente racionales. El español sabía al dedillo que

(45) Es sabido que el dualismo ético protestante permite una ética para el interior del individuo y otra para actuar en el mundo; algo que no tiene posibilidad de realizar el hombre católico. (Vide Angélica Mendoza Fuentes del Pensamiento de los Estados Unidos, Colegio de México 1950. p. 8.

estaba realizando un plan sobrenatural, no importa que en su realización dejara mucho que desear; el anglicano, en cambio, o el puritano de Inglaterra sabían de carretilla que la razón humana y las Escrituras formaban un todo armonioso: es a saber que las Escrituras eran razonables, por eso los colonos futuros de Virginia no se verán impulsados por hechizos sobrenaturales; por zarzas ardientes o columnas de fuego y humo tras las cuales se manifestaren la guía y poder divinos, sino que su impetu colonizador será examinado a la luz de la razón y teniendo en cuenta el correcto encadenamiento de los argumentos. El espíritu ^{santo} ni se les presentó como blanca paloma ni como fugaces lengüecillas de fuego, sino que discretamente los saturó con el espíritu de sabiduría y comprensión; el

46

(46) Foerster, Norman, Editor de American Poetry and Prose, Houghton Mifflin Company, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1947, p. 215; véase también en Purchas, Virginia Verger; or a discourse shewing the benefits which may grow to this kingdom from America English plantations, and specifically of Virginia and Summer Island, vol. XII, p. 267.

Espíritu Santo y el Alferez de marras coincidian.

En un pequeño gran libro de Edmundo O' Gorman se hace un análisis de la imitación tan extraordinario y subyugante, y sobre todo útil, que nos vemos irresistiblemente tentados a utilizarlo, pues que también nos viene ahora que ni pintiparado. El imitador aspira a posesionarse por completo del modelo, a ser igual que él, pero sin dejar de ser lo propio. Lo que en última instancia intenta es dominar al dechado, subyugarlo, aprehenderse (hasta aquí O' Gorman)⁴⁷. Véase en primer lugar que el patrón in

(47) Edmundo O' Gorman, Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica, Imprenta Universitaria, México, 1947, pp. 153-4

glés es el español al que se admira e imita. Richard Hakluyt en la epístola dedicatoria a Charles Howard (segunda edición de la obra, 1598 se congratula por el hecho de haber llegado a sus manos los descubrimientos náuticos de Chaves y el de marear de Zamora, y propone que se deba seguir el ejemplo de España estableciendo para ellos una cátedra de navegación en Londres similar a la que se daba en la Casa de Contratación de Sevilla; los tratados además le parecen a Halluyt excelentes.⁴⁸ Antes de esta fecha,

(48) Op. cit., vol. I. p. 17

en Enero de 1563, el famoso navegante inglés Stephen Borough, que había visitado Sevilla en 1558 y visto la Casa de Contratación en donde se preparaban maestros y pilotos, fué nombrado piloto mayor y uno de los cuatro maestros en el Medway. " Casi no admite duda - escribe Haring - que el objeto de crear el cargo de piloto mayor fué la emulación de los españoles mediante la instrucción y examen de los marinos ingleses en la ciencia y práctica de la navegación."⁴⁹

(49) Clarence H. Haring. Comercio y Navegación entre España y las Indias (Versión española de Emma Salinas, Fondo Cultural Económico, México. 1939, p. 49

Insistiendo sobre el mismo asuntos Hakluyt en la epístola a la edición de 1608 (observese lo repetido de las ediciones, lo que prueba el gran entusiasmo que despertó la obra) dirigida al caballero Sir Roberto Cecil, Secretario de su Majestad, asienta lo siguiente:

Lo cual (la esp[er]ación) si ellos lo entiende así y lo encuentran bueno y beneficioso para nuestros marinos, espero que éstos lo aceptarán de buena gana y lo imitarán gustosos, o bien descubriendo ellos - mismos alguna excelente forma buscarán el modo mejor para inducir a los que son de tal oficio a una mayor perfección y gobierno de su más loable necesaria vacación. (50)

(50) Hakluyt, vol I, p. 51

En 1553, Richard Eden publicada su "Nueva India" con el plausible intento de inducir a sus paisanos a "establecer empresas en el Nuevo Mundo a la mayor gloria de Dios, provecho de nuestro país"; pero co-

(51) Apud E. J. Payno, Op. cit., p. XXIII.

rrían los tiempos de la reina María, esposa y tía de Felipe II, una época en que soñábase, como le ocurriera a Eden, en un reparto equitativo de las tierras americanas entre España e Inglaterra. Entusiasmado el ingenuo Eden con aquellas posibilidad por él imaginada-no conocía bien a Don Felipe- y arrebatado por el modelo español se da a la tarea de traducir las tres primeras Décadas de Pedro Mártir, añadiendo de su cosecha, inspirada por la llegada del tesoro de Felipe II a Inglaterra (50000 libras de plata y 27 cofres de 40 pulgadas de largo llenos de tejos de oro y plata, amén de 99 caballos y dos carretas cargados de plata y oro), algunas ideas relativas a la futura prosperidad inglesa gracias al nuevo ciclo histórico hispanoinglés que acababa de inaugurarse. Eden veía el modelo español y le parecía posible imitarlo. Sus Décadas constituyen la primera co
leg

ción inglesa de viajes, y en ella no se recata de alabar los **héroes** heroicos de los españoles, mercedores, según él- que aclara que no era español- de alabanzas. G.P. Winship quiere explicarse este hecho al parecer tan inaudito fundándose en razones históricas: el reinado de la reina María. Sea desde por esta explicación estimamos también que parte de estas alabanzas se debió al entusiasmo imitativo despertado en Inglaterra (En Winship, Op. cit ., p. 25.) En 1507 Hakluyt traducía la Relacion Verdadera del anónimo Caballero de Elvas, y el título que le puso el traductor es, como ya explicaremos a su debido tiempo, verdaderamente significativo: Virginia Richly Valued by the Description of Florida her Next Neighbour (1609). Antes de esto en 1587 se tradujo también al inglés la relación de Antonio de Espejo (1582-1583) sobre Nuevo México; una versión que más que el atractivo literario buscaba el interés imitativo y emuladorio.

Pero volviendo al tema imitatorio que dejamos líneas atrás, añadamos que a lo que se aspira a superar y lograr es el éxito ajeno; mas desde la propia orilla, porque el objetivo específico que se persigue es terminantemente inglés. Existe ciertamente para el imitador el peligro de dejar de ser él mismo; pero el riesgo se evita acudiendo a la espiritualidad distintiva y soterraña, y, en último extremo, echando mano -disimúlese lo grueso de la expresión- hasta de los caudales de la historia y cultura propia. El inglés se siente atraído por el señuelo de las riquezas, por el sueño e ilusión del poder, por el envido del contrario; de aquí sus ansias de querer y ser y obtener más que él. En 1590 Sir Walter Raleigh levantaba el entusiasmo de los aventureros (inversicnistas) pintándoles con vivísimos colores los beneficios que se obtendrían de la conquista del "grande, rico y hermoso imperio de Guiana", y asegurábale al capitán que la intentase que lograría más, muchísimo más que lo alcanzado por los conquistadores españoles y, desde luego, tantas riquezas y dominios que dejarían tamañitos los que poseía el rey de España:

De esta suerte le aseguro mucho, pues él llevará a cabo más ha-

zañas que las realizadas por Cortés en México o por Pizarro en Perú -al conquistar el uno el imperio de Moctezuma, y el otro el de Gascar y Atba hualpa-, y cualquiera que sea el príncipe que lo posea (Imperio Guiana) dicho príncipe llegará a ser Señor de más oro, y del más hermoso imperio y será dueño de más ciudades y más gente que los que posee el Rey de España ■ el Gran Turco (52)

(52) The Discoverie of the large, rich and beautiful Empire of Guiana, with a relation of the great and golden citie of Manoa. L. by Sir Walter Raleigh (1595) (Apud R. Hakluyt, vol VII, p. 296).

De lo que se trata, por consiguiente es ^{de} hacer poderosa a Inglaterra a costa de todos sus vecinos, y fundamentalmente a costa del más alejado, España. Había que dar jaque mate a esta nación despojarla de su imperio ultramarino recién formado; y a esta tarea se dieron de lleno Hakluyt y Purchas por medio de una arma al parecer ^{tan} inofensiva como lo es la pluma. La obra ingente realizada por ambos viene a ser una Summa de la navegación inglesa: una Suma, pozo de inspiración para los hombres marinos de Inglaterra; de aquí el amor que aquella generación tuvo y mantuvo para con las dos obras. Inglaterra necesitaba también justificarse ante los demás porque los preparativos españoles de invasión se iban perfilando con perspectivas sombrías. Los ingleses ven en el éxito español el modelo que les hacía falta, el maestro al ^{que} superar, cumpliendo la regla tradicional del buen discípulo. Antaño el modelo estuvo allén de las aguas del Canal de la Mancha; hogaño se encontraba en la Península Ibérica. Inglaterra emula primero para preponderar después; y no es que ello fuera ilegítimo, por ahí no va nuestro razonamiento, porque a lo que aspiramos es a poner en claro el impulso prémegnio de la expansión moderna inglesa, que obedeció tanto a las normas religiosas puestas en circulación por el protestantismo, como a una reacción y resentimiento frente a España, que parten asimismo de las fuentes teológicas de la Reforma. La reacción fue mayormente profunda supuesto que Inglaterra se interesaba más en los fines que en los medios; más en los resultados que en los procedimientos puestos en juego, sin importarle cuales fueran es-

(53) No ignoramos que la empresa española en América poseyó una base de aspiraciones materiales; pero ella no se hubiera realizado como lo fué sin la segura plataforma que le prestó la marejada espiritual del catolicismo.

6 .- Ociosidad y actividad.

El trabajo fué el nepente descubierto por los europeos para cicatrizar las viejas heridas, para poner fin a la necesidad y estrechez. España no fué ajena tampoco a esta dirección, salvo que en ella la persistencia espiritual del medioevo hizo imposible la aplicación feliz de los remedios ideados. Hubo muchos tratadistas y, en especial, arbitristas que abordaron el asunto; pero araban en el mar, porque contra la idea de la regeneración por medio del trabajo- doctrina de pura esencia e inspiración protestantes- se alzaba la concepción bifronte de considerar tan indigno este como decoroso el pordiosero. Los ingleses al hablar del trabajo estaban pensando en la noción reformista del "calling", en la vocación dignificadora mediante la actividad; mas el español desde muy antiguo lo pensaba en términos oportobiosos- salvo en el brevísimo paréntesis del impero erasmiano del siglo XVI; y recuérdense a este efecto los consejos del buen rey a su hijo, en los cuales tanto se alaban las artes mecánicas, cuanto se condena la mendicidad ejercitada por pobres, frailes y clérigos, y se dirigen acerbas críticas contra la infructuosa vida monástica si bien de modo velado.- y antes que rebajar su dignidad encontraba prefe

(54) Vide Alfonso de Valdés, Diálogo de Mercurio y Carón. Ediciones "La Lectura", Clásicos Castellanos, Madrid, 1929, p. 205; vease también el mismo autor el Diálogo de las Cosas Ocurridas en Roma. (Edic. "La Lectura", Clásicos Castellanos, Madrid, 1928) pp. 138-140; en el que se ataca asimismo la vida inútil y los vicios sin cuento de ciertos clérigos.

rible comerse los carruscos así vinieran de las manos petitorias de un pícaro lazarillo. "El holgar- dice un manuscrito anónimo del siglo XVII-

es cosa muy usada en España, y el usar oficio muy desestimada, y muchos quieren más mantenerse de tener tablero de juego en su casa ó de cosa semejante, que usar un oficio mecánico, porque dicen que por esto pierden el privilegio de la hidalguía, y no por lo otro⁵⁵ Y González de Cellori-

(55) Cf. Manuel Colmeiro, Historia de la Economía Política en España, Imprenta de Cipriano López, Madrid. 1863, tom. II, P. 23.

de en su Memorial de la Política Necesaria y Util Restauración de la República en España, hace hincapié en la flojedad de los españoles, y censura el hecho de que "era más estimado y respetado del vulgo el que seguía la holgura y el paseo, que quien vivía de oficios, tratos y ocupaciones virtuosas".⁵⁶ Gutiérrez de los Ríos encontraba por la misma época

(56) *Ibid.*, p. 25

(siglo XVII) remedio a la ociosidad en su Exhortación y Honra del Trabajo; y sin que nadie le hiciera caso escribía lo que sigue: "Quien hace las repúblicas fuertes y temidas sino el trabajo? ¿Quién las enflaquece, sino la ociosidad? Del trabajo que tanto menospreciamos, salen las alcabalas y tributos... y la riqueza de los estados. Con solo él sin tener Indias, es rica la república de Venecia".⁵⁷ Ajeno sin embargo, a la virtud del trabajo al que considera enemigo de la mendicidad, El Padre Soto en la Deli-

(57) *Id.*, 40

beración en la Causa de los Pobres (capítulo VII) defiende, en nombre de la caridad cristiana, a todos los mendigos sin hacer distinciones entre verdaderos y simulados.⁵⁸

(58) *Id.*, pp. 30-35.

Es notable observar el distinto significado que la palabra holganza posee para españoles e ingleses durante los cruciales siglos XVI y XVII, Los hispánicos respondiendo a su petrificación, y a la vez renova-

ción, espiritualista medioeval, a su desvivir en el mundo, entendieron por holganza algo que era completamente distinto a lo que entendían y calificaban como tal los británicos. Para un anglicano o para un puritano el holgar resultaba execrable puesto que revelaba el horrible pecado de desden hacia el cumplimiento del "calling" individual: la ociosidad excusaba el trabajo; es decir estorbaba la realización del ascetismo intramundano, dignificante y salvador. La tabla axiológica era distinta porque el español de entonces entendía por haraganería precisamente lo que con más afán y fervor religiosos realizaba el inglés: el trabajo personal productivo:

Yo he oído decir - comentará Gage, el famosísimo fraile apóstata y viejero por la centuria décimoséptima en la Nueva España que se maravillan los españoles que los ingleses no se interesaran más en el país (Virginia y la Nueva Inglaterra); menester es mucho miedo a los indios o sobrada pereza para practicar una vida holgazana y cultura de cuatro matas de tabaco a la conquista de una tierra empedrada de oro y plata!

59)

(59) Véase en la Nueva Relación que contiene los viajes de Tomás Gage a la Nueva España (Prólogo y Notas de Artemio del Valle Arizpe), Ediciones Tschittl, México, 1947, p. 98

El subrayado de arriba es; por supuesto, cosa nuestra: pero la intención que nos guía al presentarla así se encamina a poner de relieve la del propio Gage cuando descubrió, y quién mejor y con más títulos, la significativa y radical diferencia entre el Ser español y el Ser inglés. Para un español de aquel tiempo siempre dispuesto a dispararse desde su resortera medioeval y fidalguela, el esfuerzo no tenía sentido si no era el heroico, y todo otro, pese a lo lucrativo que fuera, que se apartase de este impulso primordial caballerresco resultaba innoble, impropio e indigno de su espíritu y aspiraciones señoriales. Esto constituye lo que ha sido denominado certeramente por Américo Castro "un vivir desviviéndose"⁶⁰, una vida en conflicto consigo misma e incapacitada, por lo mismo

para sintetizar dialécticamente la disyuntiva crudelísima planteada entre la necesidad que corría las entrañas y el ideal, ya terreno o celestrial, del hidalgo triste y famélico o del místico exangüe, incluidos los tipos intermedios entrambos extremos: los pícaros baldragueros y los inarros frailes, ubicuos e ignavos. "El español- como afirma Américo Castro- fué el único ejemplar en la historia de un propósito de vida consciente y sostenido, fundado en la idea de que el único posible y digno oficio para un hombre es ser hombre , y nada más"⁶¹. Para Hakluyt, según ya sabemos, el ideal humano era otro y se desarrollaba también aquí en este mundo: pero mediante el esfuerzo y sudor humanos, mediante la askesis; en suma por medio del ejercicio o ejercicios intramundanos tan gratos a Dios; "Todo lo cual (sin que ningún hombre lo dude) son cosas gratas a nuestro Señor Jesucristo, El Salvador, y tendiendo al honor y gloria de la Trinidad"⁶²

(61) Ibidem. 623.

(62) Discurso p. 77

7 El mar y los protestantes ingleses.

En páginas atrás hemos ya más de un par de veces anunciado la importancia que adquiere el mar a la mirada y acción de los ingleses en el siglo XVI, y asimismo hemos de aquí para allá, según convenía al hilo de nuestro discurso, expresando diversas ideas referentes a este tema; pero creemos que ha llegado la hora de hacer el balance para recoger en un todo articulado lo que hasta ahora se ha ido diciendo de un modo accidental, fraccionado y trunco. En el siglo XVI las nuevas rutas marítimas descubiertas ponían a Inglaterra en una situación envidiable; ella se siente libre de la minorvalía que lo nórdico había impuesto hasta entonces. El Leviatán oceánico, como afirmaba Eden, había perdido el dominio del mar a partir de 1492. El salto económico del eje de Europa desde el Mediterráneo al Atlántico tuvo para Inglaterra el valor de una gran revelación, de un renacimiento total. El país deja de sentirse aislado pues el Océano es ahora su camino, vía de acceso segurísima; la nación se siente en confianza y conformación de su ser insular envidiado y único.

La proximidad indiscutible de sus costas respecto a las nuevas que hacia Occidente se acababan de descubrir le conferían el derecho indisputable de reclamarlas como suyas. Inglaterra, como lo hacían las demás naciones cristianas, exigía su parte con razones estrictamente geográficas e históricas al menos en este primer momento. La reforma inglesa había roto con la autoridad papal; de aquí que las bulas esgrimidas por los españoles, como ya hemos analizado, carecieran de autoridad a los ojos británicos. Pero no bastaba con desdeñarlas, había que demostrar, como lo hiciese Hakluyt, que ellas no poseían no se diga ya un valor transcendental, mas ni siquiera legal: la infabilidad del Papa quedaba en entredicho y la concepción temporal-espiritual otorgada ex cátedra, por los suelos.

No escasean razones históricas ^(las) con que los ingleses justifican sus demandas, la Crónica Galea, por ejemplo, indicaba con meridiana claridad la postura nacionalista británica empeñada, como lo hiciera España por vía y obra de Oviedo, en utilizar el pasado legendario para justificarse ante sí y ante los otros. Mas con todo y lo dicho no está aún completo el cuadro; todavía tenemos que remontarnos un poco para recoger algunos rasgos ^(de los) espirituales que trazan el perfil psicológico del nuevo hombre inglés y protestante. En el siglo XVI el hombre británico reformado descubre que vive en el mundo, y aunque parezca una peregrilla da no lo es; que vive en un mundo insular, Inglaterra. Se percata también de que vive en una sociedad protestante que aspira paradójicamente a realizar la Ciudad de Dios agustiniana, lo cual está tal vez en contradic-

(63) Cf. Angélica Mendoza, Op. cit., p. 15.

ción con el primer descubrimiento ya anotado -de aquí, sin duda, el para-
logismo flagrante-; empero dejando al hombre en completa libertad para
poder realizar el plan ascético intramundano a que le incita su vocación.
Ni que decir tiene que la actividad incesante, el trabajo productivo co-
tidiano se traducirá en beneficios económicos que tienen por mira super

rior la seguridad en la propia salvación Si como ha sido dicho el anglicanismo permaneció católico en el ceremonial; pero se hizo puritano en lo teológico, podemos afirmar que el viejo código puritano relativo a la vida ascética llegó a ser interpretado como un ponerse en camino por la vía del éxito mundanal; Si se poseen las virtudes puritanas la falla es imposible; si no se tienen es asimismo imposible el éxito. El trabajo no

(64) H.L. Reade, Success in business, or money and how to make it, Hartford, Conn., S.S. Scranton & Company 1875, p. 66

es sólo la vocación dignificadora, sino que además constituye el más importante elemento de la vida económica. La soledad del protestante y el

(65) Vide Merle Eugene Curti, The growth of American thought, Harper & Brothers Publishers, New York and London, 1943. p. 38

individualismo seco y profundo y puro originado en el terrible decreto predestinatorio no podían encontrar otra salida al dilema de la gracia más que en el trabajo productivo, en el éxito material, mundano; único arbitrio ideado por el hombre protestante para asegurarse la elección La zambullida dada por el protestantismo en el océano bíblico dotaba a las innumeras sectas de "un impulso misionero de acento hebraico y profético y del una conciencia de pueblo elegido por Dios para cumplir una misión redentora en el mundo"; pero una misión que no por divina dejaba de tener sus ri

(66) Cf. Angélica Mendoza, Op. cit., p. 16

Estas razones; obra, en fin, trascendental, mas humana. Esta expectativa mesiánica condujo antes que nada a la expansión marítima de Inglaterra. La modernidad va acompañada con el descubrimiento del mar y aunque comenzó a bordo de las galeras mediterráneas medioevales según dijimos pronto extendió su influencia embarcada en las naos portuguesas y castellanas; sin embargo serian los protestantes ingleses lo que llevarían la modernidad a sus últimas consecuencias al ver al océano no como el obstáculo que vencer, si-

no como una vía acuática providencial, de divina perfección, como lo expresaría mas tarde Robertson en la segunda mitad del siglo XVIII, ruta de

(67) En William Robertson, History of America. Printed for W. Strahan; T. Cadell, London, MDCCLXXVII, vel the firsts, p. 64, libro II.

ejercicios marineros bendito. No fué sino hasta el reinado de Enrique VII cuando Inglaterra comenzó a despuntar como potencia mercantil y naviera; antes de esta fecha la nación fué un carácter fundamentalmente ganadero y agrícola, y su único comercio con el exterior eran las lanas que enviaba a Francia y Flandes; el espíritu inglés por aquel entonces era eminentemente terrícola. Los ingleses pensaban que el mejor modo para asegurarse contra el mareo era no embarcarse; ⁶⁸ como afirmara un cortesano de la

(68) "The only cure for seasickness is to sit on the shady side of an old brick church in the country" (Proverbio inglés marineros).

corte inglesa, George Herbert (1593-1633), hermano menor de Lord Herbert de Chertbury, que, después de haber iniciado la carrera de cortesano y hombre público; tomó órdenes y ejerció con fervor el sacerdocio- si bueno era alabar el mar; mejor resultaba quedar en tierra. ⁶⁹ Sin embargo para

(69) "Praise the sea, but keep on land" (Apud. Jacula Prudentum).

desentrañar los misterios del mar y para comprenderlos había que arriesgarse- como siglos después lo escribiera Longfellow- ⁷⁰ y desafiar sus pe-

(70) Vide The Secret of the Sea, St. 8

ligos, y como para Herbert, en su fe ardiente anglicana, todo se vuelve bello si se hizo por amor de Dios, ⁷¹ y toda actividad humana por humilde

(71) Cf. Santiago Prampolini, Historia Universal de la Literatura, Uteha. Argentina, Buenos Aires, Vol VII, p. 523.

que sea, se trueca en fatiga embellecida, volverá sobre sus pasos y aconsejará que para aprender a rezar se debe ir en busca de mar. ⁷² Para su

(72) "He will learn to pray, let him go to sea" (Apud. Jacula Prudentia)

época el mar era aún un obstáculo; pero poco a poco se le iba dominando y poniéndolo al servicio de la espiritualidad y actividad marineras anglosajonas. Tres cosas había indomables según el viejo refrán galés: los idiotas, las mujeres y el mar salado.⁷³ Ahora bien los navíos tudorianos al repetir e mular las hazañas viajeras y descubridoras ibéricas habían comenzado a sojuzgar la indomable bestia oceánica: Shakespeare había elaborado un gran programa de doma para todas las Catalinas del mundo; más hasta la fecha que sabemos, no se ha encontrado ningún método efectivo para domesticar a los tontos.⁷⁴

(73) "Three things are untamable: idiots, women and the salt sea!"

(74) Vide "Taming of the shrew" (La fierecilla domada)

De los dos pueblos ibéricos el portugués fué el que más pronto y mejor se abrió paso hacia el rumbo de la modernidad transatlántica; la modernidad y el descubrimiento del mar son dos de los factores operatorios del complejo proceso renacentista. Pero los ingleses aportaron a su actividad marinera, viajera y descubridora una característica espiritual nueva que no puede pasar desapercibida. No es ninguna casualidad que la primera novela del mar en la literatura europea sea inglesa: "Las aventuras del capitán Roderick Random" (1749) de Tobías Jorge Smollet (1721-1771). Resulta sumamente ilustrativo que a pesar de haber sido los lusitanos los primeros marinos transatlánticos europeos y que no obstante sus grandes descubrimientos oceánicos y colonizaciones su visión del mar no es muy optimista que digamos. Castellanos, portugueses e ingleses sentían las actividades marineras como oración, penitencia y ascetismo; mas con esta diferencia, que para los dos primeros el mar, como muestra vida, no les prometía "seguridad ni firmeza alguna largo tiempo"⁷⁵, para los segundos

(75) Vide Miguel de Cervantes y Saavedra, Los Trabajos de Persiles y Sigismunda, en Obras Completas, M. Aguilar, Editor, Madrid, 1946 p. 1757

el mar es el escenario natural del éxito; de la oración intramundana. Hasta Camoens, el máximo cantor épico de los tiempos modernos, no puede disimular el pesimismo que le asalta al enfrentarse al mar:

"¡Oh, maldito el primero que en el mundo 528
" al agua le entregó vela y madero,
" digno de estar en penas del profundo,
" si es justa la ley que seguir quiero! (76) 531

(76) Luis de Camoens, Los Lusíadas (Traducción de Luis Gómez de Tapia) Barcelona, Mantaner y Simón Editores, 1913 Canto IV, p. 130

A pesar de los éxitos portugueses y de la parte activa que en ellos pusiera el poeta, éste no pudo menos de ver el futuro con cierta zozobra, en su canto heroico cuenta, sin duda, mucho la tradición. ¿Cómo es, clama el Viejo del sueño, que estando los enemigos de Portugal a sus puertas (moros) los portugueses anden ansiosos de nuevas tierra? ¿Hacia dónde vamos: qué es lo que nos deparará el futuro?

"¿A qué nuevos destinos determinas 576
" de llevar estos reinos, esta gente?
" ¿Qué peligros, qué muertes le destinas
" debajo de algún nombre prominente?
" ¿Que promesas de tierras y ~~man~~ de minas 580
" de oro, que le darás tan fácilmente?
" ¿Qué famas les diras tener, qué historias
" qué triunfos, qué palmas, qué victorias? (77)

77 Ibidem, 129

y

Este acento portugués es latino y católico y brilla por su ausencia en Hakluyt, que fué para Inglaterra su gran cantor épico, pues los grandes poetas de su tiempo dejaron sus cantos heroicos para empresas de menor cuantía tal vez porque no acertaron a ver la trascendencia real y espiritual que las hazañas de sus compatriota habían de tener andando el tiempo. En Hakluyt no hay desesperanzas ni temores futuros, sino seguridad, fe en el porvenir, ascesis espiritual y material; éxito, triunfos y salvación en todos los sentidos. En la expansión marítima de Inglaterra:

coadyuvarían no menos los intereses económicos que la inspiración bíblica, todo lo cual daría por resultado una Bibliocracia oceánica de altos vuelos políticos y de amplios basamentos materiales y económicos. Más tarde será transferida la expansión en la Nueva Inglaterra "al plano de la ... territorial y política, a veces como una fuerza conquistadora e imperialista, otras con intención liberadora"; en suma en algo que acabará por ser denominado el Destino Manifiesto.

(78) A. Mendoza, OP. cit., p. 16

En el mar encontraron los ingleses, al igual que lo harían otros pueblos también protestante, un medio ideal donde ejercitar su vocación espiritual, donde llevar a cabo con éxito el ascetismo intramundano revelado por la textura espiritual ya luterana y calvinista. La vocación inglesa había encontrado en los asuntos de este mundo su más espasmosa y efectiva aplicación. El hombre inglés se siente seguro de sí mismo; al fin y al cabo lo que importa en última instancia, ora por tierra ya por la mar, es que cada quien se halle cumpliendo su ineludible misión. Así es como lo entendía y la acataba el virtuoso Humfrey Gilbert, firme, resueltamente empleado en "descubrir, posesionarse y reducir al servicio de Dios y de la piedad cristiana aquellas remotas y paganas tierras de América ⁷⁹ todo lo que se dice un excelente programa vocacional intramun-

(79) M. Edward Hale, A report of the voyage and success thereof attempted in the yeere of our Lord, 1583 by sir Humfrey Gilbert knight, with other gentlemen assisting him in that action intended to discover and to plant Christian inhabitants in place convenient, upon those large adjacent COUNTRIES EXTENDED Northward from the cape of Florida, lying very temperated Climes, esteemed fertile and rich in Minerals, yet not in the actual possession of any Christian prince, written by M. Edward Hale Gentleman, and principally actcut in the same voyage, who alone continued unto the end, and by Gods speciall assistance returned home with his retinue safe entire (en R. Hakluyt, vol VI, 37 The manner how our Admirall was lost" (en lo sucesivo lo citaremos como Informe).

dano y, por lo mismo misionero. Navegando de regreso para Inglaterra y en medio de una horrorosa borrasca la fragata de Gilbert volaba más que navegaba sobre las olas. El General seguro y dueño de sí, sentado tran-

quillamente en la popa leía su libro de oraciones y en alta voz ex-
clamaba: "Tan cerca estamos del cielo por mar como por tierra. Hermo-
sas y valientes palabras de un hombre inglés y reformado del siglo XVI
que sentía muy dentro de sí la responsabilidad espiritual a la que estaba
comprometido y atado sin temores ni escapes ascéticos extramundanos, aje-
nos a la realidad de este mundo, pese a lo extrañada y angustiosa que el
puediera presentarse en un determinado momento. El paraíso para los es-
pañoles era más bien la prolongación del Wabala germánico, premio para el
ascetismo heroico y guerrero; el paraíso inglés venía a ser algo así como
una especie de Tlalocán; lugar de delicias acuáticas y galardón del as-
cetismo marineró.

Los distintivos rasgos ingleses señalados se pueden fácil-
mente reconocer en el párrafo que Samuel Purchas escribiera en el siglo
XVII, al
(80) Ibidem 35.

~~Resaltar~~ en él las excelencias e importancia del mar. El mar es el cam-
po propicio para todas las actividades que se le brindan ahora al nuevo
hombre inglés; el mar es el foco de la máxima atracción. En las empresas
marítimas sentirá, pues, Inglaterra que está su destino histórico, su ser
su religión, su vida, sus ansias, su justificación: ;Todo!

Lo mismo que Dios-traducimos de Purchas- ha combinado el mar y
la tierra en el globo, así su ayuda mutua se hace necesaria para la felici-
dad y gloria seculares. El mar cubre la mitad de este patrimonio terrenal
del hombre. Por tal circunstancia perdería inmediatamente éste la mitad
de su herencia si el arte de la navegación no le facilitase el modo
de dominar dicha indomable bestia, haciéndola servicial por medio de la
brida de los vientos y la silla de los navíos. Por lo que se refiera a los
servicios, los que el mar presta son numerosos: él es el gran abastecedor
de los productos del mundo; el portador de las demasías de los ríos; el
que pone en comunicación, mediante el tráfico comercial, a todas las na-
ciones del mundo. El mar se presenta a la vista adornado de variados co-
lores y animado de movimientos, y en él se encuentran, cual si fueran rí-
cos broches, muchas islas que le sirven de ornato. El mar es en tiempo de
paz campo abierto para el intercambio de mercancías; y en los de guerra es
campo abierto para el intercambio de mercancías; y en los de guerra es
campo abierto para las luchas más terribles; de él se obtiene diversidad de peces
y aves para la alimentación; materiales diversos para formentar las rique-
zas; medicinas contra las enfermedades; substancias medicinales; perlas y
joyas para el adorno; ámbar y ámbergria para el deleite. El mar ofrece
en su seno profundo todas las maravillas del señor como vehículo de ense-

manzanas; la variedad de sus creaturas para utilizarlas; la multiplicidad de su naturaleza la entrega a la contemplación; y la diversidad de accidentes, a la admiración; hace breve el camino y proporciona saludable evacuación al cuerpo. A la tierra sedienta le da humedad y fertilidad; a los amigos que se hallan lejos un medio de agradable encuentro; a las personas fatigadas fresco delicioso; a los estudiosos, un maná de condimentos; ejercicios de temperancia; hábitos de continencia y una escuela de meditación, oración, devoción y sobriedad; un refugio a los afligidos; para los comerciantes transporte; nuncio a los viajeros y aduanas para el príncipe. A la tierra le da lagos, fuentes y riachuelos. El mar tiene calma y tempestades para castigo de los pecadores y ejercitación de la fé de los marinos; posee múltiples propiedades que dejan estupefacto al más sutil de los filósofos; firme y movable fortaleza para los soldados; y, como ocurre con nuestra isla, el mar erige con ella un valladar de defensa y una guarnición acústica para preservar el estado. El mar cubre al sol con vapores; a la luna se somete; proporciona a las estrellas un espejo natural y llena el cielo de nubes. Al aire le da templanza, al suelo blandura y al valle fertilidad. El mar contiene los materiales más diversos para provocar meteoros; contiene salmoso las formas más diversas, las más variadas y numerosas especies de monstruos; los más grandes, deformes, disformes e informes. ¿Pero, para qué distraer más tu atención? El mar incita al cuerpo a actuar; a la mente, a meditar; y atrae a la gente hacia el mundo por medio del arte de todas las artes, la navegación. (81)

(81) En Purchas, Op. cit., vol IX, pp. 46-7

Una lectura de este párrafo, aunque se haga muy superficialmente, pone de inmediato al descubierto la mentalidad protestante del autor. En los subrayados intencionales realizados por nosotros hemos querido llamar la atención, con especialidad, sobre los rasgos espirituales que obligaron a Samuel Purchas a expresarse así. Nótese que, aparte las ideas generales de amplia divulgación popular con que caracteriza al mar, y las típicamente inglesas, ya analizadas por nuestra parte en el texto de Shakespeare y en los de Hakluyt, Thorne, Peckham y Haie, nuestro autor va penetrando en el tema conforme va dibujando e indicando las propiedades del mar; propiedades que están en estrecha relación con el bienestar, riqueza y confort humanos. El mar se convierte en manos de Purchas en un ^{de} vasto receptáculo dispuesto expresamente por Dios para recibir en su ⁸²

(82) Discutiendo Thorne los razones y los derechos ingleses a descubrir y comerciar por los nuevos mares y tierras aconseja a Enrique VIII la ruta del mar septentrional, que los cosmógrafos de quel período consideraba helada, fundado en que *Nihil fit vacuum in rerum natura*. Esta ausencia de vacío en la naturaleza le permite a Thorne suponer que "no

40
hay tierra inhabitable ni mar innavegable" (Cf. The booke made by the
right worshipful M. Robert Thorne in the yeere 1527. to Boctour Lev.
Lord ambassadour for king Henry the eight. to Charles the Emperour, being
information of the parts of the world, discovered by him and the King
of Portingal; and also of the way to the Moluccaes by the North. In Hakluyt
vol I. P. 228

líquido elemento la avasalladora vocación marinera que los ingleses en
sí mismos habían descubierto; inmenso ámbito donde orientar y llevar a
cabo el intramundano y trascendental llamado vocacional. Para que nada
falta el mar es también escuela de oración, de enseñanza, castigo, me-
ditación, amparo, consuelo y reflexión: escuela además de actividad y
sobriedad, de continencia y templanza, síntesis ético, en suma de toda la
doctrina protestante ya anglicana o calvinista. El dogma de Calvino ja-
más hubiera rebasado las fronteras cantonales suizas sin el escenario
del mar. Sin temor a errar mucho podemos afirmar que el gran Dios ponía
a disposición de los hombres reformado-holandeses e ingleses ante todo
un universo oceánico recién parido y virginal por vía de acción y ejerci-
cio para salvarlos. En la nueva rosa náutica soplaban vientos de asce-
tismo marineró precursores del futuro dominio del mar por Inglaterra:

; Oh Britania, orgullo del Océano
El hogar de los hombres atrevidos y libres,
El santuario de la adoración marinera,
No hay tierra que pueda compararse contigo! (83)

(83) David Taylar Shaw, "The Red, White, and Blue"

6.- El mar y los catolicísimos españoles

La literatura inglesa, fundamentalmente la de los siglos XVI y
XVII, "huele a mar". Desde los tiempos de Roewulf, pasando por los de Sha-

(84) Cf H.G. Rawlinson, Narratives from Purchas his Pilgrims, Cam-
bridge, At the University Press, 1931, p. VII de la "Introduction"

kespeare, Marlowe, Gerge Chapman, Daniel Drayton, etc, aires salerosos.

y marineros han perfumado las páginas mejores de las obras más hermosas. Por contra en la literatura española de la misma época el mar está casi ausente y su aroma hay que ir a oliscarlo a las crónicas de viajes. Cuando en la obra cervantina aparece el mar, nos referimos especialmente a la obra ya reseñada, Los Trabajos de Persiles y Sigismunda, éste se presenta por regla general con su cara trágica y naufragante; sin los abundantes zombrosamientos no nos imaginamos como hubiera podido llevar a cabo el Príncipe de los Ingenios la primera parte de la novela. Para un talento tan sutil como el de Gracián, y tan adverso al mismo tiempo a las cosas de la navegación, "una nave no es otra que un ataúd anticipado" ⁸⁵

85) Gracián, Baltasar, El Criticón. Biblioteca Mundial Sopena, Buenos Aires, 1940, vol I, p. 9

Pero si todavía se quiere una muestra más acendrada de cariño marinero, baste leer el Arte de Marcar e Vida de las Galeras de fray Antonio de Covarr, Obispo de Mondoñedo, en cuyo arte se encuentran parrafillos de tan amoroso espeño como el que sigue:

Es privilegio de galera que en haciendo un poco de marea, o en andando la mar alta, o en arreciándose la tormenta, o en engoliándose la galera se te desmaye el estómago, se te quite la vista, comiences a dar arcadas y a revesar de asco lo que has comido, y aun echarte por aquel suelo; no esperes que los que te están mirando te denrán la cabeza, sino que todos muy muertos de risa te dirán que no es nada, sino que te prueba la mar, estando tu para espirar y aun para desesperar". (86)

(86) Cit. en Rafael Estrad, El Almirante Don Antonio de Oquendo, Espasa y Caplem Madrid, 1943, p. 22.

En una época en que España se jugaba en el mar su destino, uno de sus hombres representativos sólo tenía ojos para mirar lo embarazoso y negativo. Claro que se nos podrá decir que se trataba de opiniones de un clérigo, y así es efectivamente; pero clérigos fueron también Hakluyt y Purchas, y aunque el segundo no viajó nunca más de dos millas, las que

hay entre Eastwood y Leigh-on-Thame, escribió incansablemente sobre los viajes de sus compatriotas especialmente, deseando con dichas narraciones como también lo quería su maestro Hakluyt, levantar el espíritu inglés e inclinarlo por las aventuras marítimas, en las cuales, adivinaba, estaba escrita la futura grandeza de Inglaterra.

El mar, como intentamos demostrar páginas atrás, es descubier to por los ingleses a comienzos del siglo XVI el Océano Atlántico se convierte ende en el obstáculo providencial y necesario; Para los españoles, pese a sus brillantes hazañas marineras, el Océano fue un mal irremediable. No está por demás aclarar que no nos referimos al espíritu de la raza sino a los sistemas económicos y políticos puestos en vigor por la monarquía española; especie de antesala celestial con todos los defectos terrenales que se puedan imaginar, como corresponde en justo castigo a los que sueñas con imposibles, y sin ninguna de las virtudes escatológicas. La historia naval española la podemos resumir en dos sencillos rasgos: la construcción de enormes galeones hasta de dos mil toneladas- los mayores

(87) "Incluso en fecha tan posteriora como lo es 1670, de 1232 buques registrados dicho año en la Gran Bretaña, solamente doscientos y pico eran mayores de 80 toneladas, y únicamente 5 eran de más de 200 toneladas de carga" (Vide. William H. Clark, Ships and Sailors, L.C. Page & Company, Boston, 1938, p. 5 España, como se ve, era la excepción.

vasos que jamás navegaron por la mar -88 y un sentido clásico-medioeval de

(88) Cf. William L. Schurz, The Manila Galleon, E. P. Sutton & Co., Inc. New York 1939, pp. 239-40

la lucha o combate naval. A esto hay que sumar también el receloso y cerrado monopolio económico ejercido por la Corona que arruinó por completo el espíritu de iniciativa privada, y con él arruinó asimismo el de la marina mercante y de guerra.

Lepanto había sido una espléndida victoria naval (1571); una batalla que cerró el ciclo mediterráneo de las que iniciaron cretenses, fenicios, griegos, cartagineses y romanos siglos antes de la Era Cristia-

na. La arquitectura naval española del siglo XVI se orientó hacia la construcción de fortalezas flotantes, y ni la pérdida de la Invencible ni las posteriores derrotas a manos de los holandeses e ingleses variaron un dedo los escantillones de este tipo de barco: el enorme galeón. El abordaje más que la maniobra fué la táctica favorita de los españoles en sus luchas contra los navíos enemigos, y es que Lepanto pesó mucho en la tradición marinera española. En 1588 el contador Pedro Coco de Calderón observó que la escuadra inglesa mandada por Howard venía puesta en ala con muy buen orden"⁸⁹ Medinasidonia distribuyó sus naves según los cánones vic

(89) Cit. en Cesáreo Fernández Duro, Armada Española, Editorial Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1897 t. III p. 456.

toriosos de Lepanto, e imitó en todo la disposición tomada por Don Juan de Austria, Doria y Santa Cruz en aquella memorable jornada; pero la escuadra inglesa no hizo caso del reto medioeval y se guardó de embestir frontalmente los buques españoles, haciéndolo en cambio en forma a todas luces antirreglamentaria, pero moderna: a la hila, ⁽⁹⁰⁾ Viente el Duque,

(90) En el España de Navegantes de Alonso de Chaves se indica que es antirreglamentario "ir a la hila los barcos unos tras los otros, porque se seguiría grande daño que no podrian pelear más de los delanteros" (En Duro, Op. cit., t. I, Apéndice 12, p. 387) Esta sería la táctica adoptada por Howard y Drake; una táctica antirreglamentaria, según hemos dicho, pero de felicitísimos resultados frente al despliegue medioeval de la escuadra española.

continúa Coco de Calderón, no le quería embestir el enemigo, siguió su su derrota". Trasládese el término náutico a su acepción militar y se ten-

(91) Ibidem, II. 456.

drá un relato sucinto de lo que aconteció en aquella batalla tan decisiva para los destinos del mundo occidental. Lepanto, fué pues la vanda que impidió ver los cambios técnicos, tácticos y estratégicos que se

(92) En 1539, Fletcher de Rye, el gran amigo y promotor de la marina tudoriana, descubrió el arte del viraje (Tacking) que tan importante fué

en los anales de la navegación y la maniobra.

iban operando con el transcurso del tiempo y gracias al alcance mayor y más efectiva penetración de las bocas de fuego, y a la mayor maniobrabilidad de los navíos. Pero España estaba sorda y ciega ante los cambios no por orgullo, obstinación o tontera, como muchos han insinuado, sino porque desde su ^(scr) propio e íntimo nacía una decida antipatía para todo lo que significara cambio o evolución. El conflicto contra Inglaterra lo fué fundamentalmente entre la tradición y el progreso, La bandera tridentina y monárquica

(93) Cf. J. K. Neale, Queen Elizabeth, The Belford Historical Series, Jonathan Cape Thirty Beldord Square, London, 1944 p. 292

se constituyó en la única verdad de España; a ella debio su grandeza primera y su decrepitud material posterior.

Durante la lucha sostenida por el Revenge, comandado por el valiente Sir Richard Renville, contra la flota de galeones de la cual era comandante general Don alonso de Bazán, hermano del Marqués de Santa Cruz, se puso de relieve el estilo anticuado de lucha adoptado por los españoles. La artillería inglesa, los mosquetes y las picas hicieron inútiles los obstinados abordajes de los soldados españoles sobre el barco inglés. Sólo después de una prolongada y heroica resistencia se rindieron los ingleses no sin antes haber hundido una urca y un galeón, y haber dañado dos galeones más que se hundieron posteriormente, y, sobre todo, después de haber causado más de mil bajas entre los alantantes que intentaban el abordaje. Por supuesto que nos hemos atendido para este relato a su fuente inglesa; mas por exagerada que sea lo cierto es que aquel combate puso de relieve la incapacidad de los españoles para un combate naval moderno. Ahora bien la gloria alcanzada

(94) And Sir Walter Raleigh, A report of the truth of the fight about the isles of azores, the last of August 1591, betwixt the Revenge, one of Majesties Shippes, and an Armada of the king of Spain (En Hakluyt vol V p. 1. -14

por Inglaterra aquel día (31-VIII-1591) no debe oscurecer el éxito de la nueva

táctica defensiva inaugurada por los españoles para preservar la flota de Indias de los asaltos de los piratas o de los escuadrónes ingleses y holandeses. El sistema de protección adoptado fué el de convóy; pero esta modalidad

(95) Cf. J. R. Black The Reign of Elizabeth (1588-1603), Oxford At the Clarendon Press, 1937, p. 359.

dad, pese al éxito con que se mantuvo durante dos siglos, pone de relieve el hecho de que España iba a abandonar definitivamente todo serio intento de carácter ofensivo en el mar: la supremacía naval acababa de irsele de las manos. Los reyes de España no quisieron revolucionar el sistema naval y subordinaron todo a la reglamentación militar que tantos éxitos lograra al hacer de la infantería española la más temible de Europa durante dos siglos. Es cierto que en los famosos tercios existió cierto ambiente de igualdad social que permitió al soldado valeroso y de suerte escalar puesto de alguna responsabilidad y distinción. Pero también es muy verdad que pocos de estos valientes y afortunados soldados pasaron más allá del grado de capitán; las coronelías y generalías eran coto cerrado para los que no pertenecían a la nobleza. Los puestos de mayor responsabilidad estaban en íntima relación con la jerarquía nobiliaria; y lo raro es que durante dos siglos coincidiera la jerarquía de la sangre con la del valor e inteligencia militares. Pero si en el ejército las cosas marchaban mal, en la marina navegaban peor aún:

" Los Españoles - criticaba agudamente Hawkins - en sus armadas imitan en todo la disciplina, el orden y provisiones de los oficiales que ellos emplean en el ejército". Esta subordinación de lo naval a lo militar tenía por

(96) Vide The Observations of Sir Richard Hawkins knight, in his voyage into the South Sea. Ann. Do. 1593 (En purchas Op. cit., vol XVII. p. 165

fuerza que fracasar frente a sistemas eminentemente marinos, y que además se hallaban fortalecidos por los sanos, aunque inhumanos, principios del capitalismo mercantil como ocurría con Inglaterra y Holanda. La artillería naval era escasa o anticuada, mala; la superioridad artillera de los barcos in-

gleses contó siempre fundamentalmente en los combates que hubieron de sostener contra las armadas españolas. Además—seguimos con Hawkins— los artilleros eran alemanes flamencos o extranjeros. Pero si ser artillero pa-

(97) Ibidem. 165

Ma un español era un serio motivo de menosprecio, el ser marinero era estar situado a una altura social que casi se confundía con la que ocupaban los galeotes. La marinería en los barcos españoles siempre fué escasa, mal retribuida, peor equipada y esclava del resto, afirma con justicia Hawkins. Y por lo que toca a la lucha el marino inglés sólo admitía en los españoles dos ventajas: eran más sufridos que los ingleses y más sobrios que éstos; según se desprende de Hawkins los ingleses entraban al combate completamente borrachos. La táctica de combate en los barcos españoles seguía muy de cerca los lineamientos establecidos para el combate terrestre; lo cual explica con creces las continuas y sangrientas derrotas: Ellos—escribe Hawkins— buscan muy poco el cañoneo, y esto acontece, según juzgo, del error de poner capitanes de tierra como gobernadores y comandantes de mar; de aquí que ellos rara vez sepan comprender lo que se debe hacer y ordenar”

(98) Idem. 166.

En un combate que sostuvo Hawkins contra los barcos españoles observó la manera anticuada que tenían los tripulantes de llevar a cabo el combate: “Inmediatamente, y contra lo que nosotros esperábamos y contra lo que es costumbre en los navíos de guerra, nos abordaron por la banda de sotavento y si nuestro artillero no hubieses sido el hombre que él era, nuestro buque hubiera recibido gran daño por esta manera inusitada de abordaje”

(99) Idem., 165

Una batalla naval ya ganada o perdida significó, pues, siempre para España una horrosa matanza; en 1607 el almirante holandés Heerskerk atacó la escuadra española fondeada en Gibraltar; más de tres mil bajas.

españolas por menos de cien holandesas son una prueba más que concluyente del anticuado sistema de combate sostenido contra viento y marea por los almirantes españoles. De los barcos hispanos anclados en Gibraltar no se salvó ni uno. En 1675 el gran almirante holandés Ruyter hubo de intercalar para su campaña en el Mediterráneo a los barcos españoles entre los holandeses para lograr sostenerlos en línea de combate moderno y evitar una catástrofe. En la batalla de Trafalgar (1805), la batalla más decisiva, digamos aunque de paso, para la independencia de Hispanoamérica, la escuadra española encajada en la francesa, que mandaba el inepto Ville-neuve, repitió con sin igual bravura la eterna historia. En Santiago de Cuba y en Cavite (1898-1899) las escuadras de Cervera y Montejó en un intento supremo, heroico y absurdo decidieron reducir el alcance y la potencia de los barcos norteamericanos embistiendo a los navíos enemigos.

100

100 Cf. Victor M. Concas y Palau, La Escuadra del Almirante Cervera. Librería de San Martín, Madrid (Sin fecha de Impresión, pp. 142-152)

Conforme la técnica fue desplazando el espíritu bélico-heróico los españoles fueron perdiendo batallar tras batalla; pero en esta repugnancia por la técnica cuenta mucho, sin duda, la herencia espiritual del catolicismo. Hasta un hombre como Unamuno, que parte de las más recóndita y acrisolada creencia hispano-católica, se revolverá entre airado y soberbio contra la "Tecniquería" occidental no sin cierto rencoroso despecho ibérico: ¡Qué inventen ellos!

Pero veamos ahora otra corriente de pensamiento económico-político que de haber encontrado en España el calor que necesitaba tal vez hubiera hecho cambiar los destinos de España y con ellos los de todo el mundo. A comienzos del siglo XVII, todavía el ímpetu de la raza no había sido desviado, frenado o limado por el monopolio económico-espiritual y egoísta de la Corona y de la Iglesia españolas. Merodeando Sir Walter Raleigh por el Mar de las Antillas tuvo la mala fortuna de toparse con la escuadrilla que había sido enviada desde España al mando del impetuoso y nove-

lesco capitán Alonso de Contreras para alejar a los piratas, corsarios y bucaneros(1618). Los cinco bajeles de Contreras se engacharon contra los cinco de Guatarral—este es el nombre que el Capitán, según a él ^{le} Honapa otorga al inglés—obligándolos a huir; repitiéndose siempre la misma historia cuando los barcos españoles combatían contra los inglés. Pero dejemos que nos lo cuente el propio protagonista con su inimitable y sabroso estilo:

A los dos días vino nueva de que Guatarral había fondeado con sus cinco bajeles cerca de allí, Santo Domingo. Traté con el Presidente de ir a buscarlos, y le pareció bien, aunque los dueños de los navíos protestaban que si se perdieran habían de pagárselos. Arme los dos que traje de Puerto Rico y otro que había venido de Cabo Verde cargado de negros. Y junto con los míos salimos del puerto, aparentado se bajeles de mercaderías, camino de donde estaban; cuando el enemigo nos vió, hice que diésemos la vuelta como huyendo. Cargaron velas los enemigos sobre nosotros, que de industria nos huíamos, y al poco rato estuvimos juntos. Los volví la proa, arbolé mis estandartes y comenzamos a darnos ellos y nosotros. Eran mejores bajeles de vela que los nuestros, y así cuando querían alcanzar o huir lo hacían, que fue causa de que no me quedase con alguno en las uñas.(101)

(101) Véase Aventuras del Capitán Alonso de Contreras, Colección Avantureros y Tranquilos, Edición de la Revista de Occidente, Madrid, 1943, p.

175
(Recuérdese el descubrimiento de Fletcher o Rye. (Nota 992) y relaciónelo con lo que aquí expresa Contreras).

A los dos días de combate, hallándose Contreras tan sólo con un galeón armando encontró a uno de los barcos ingleses fondeado frente a la isla de los Pinos. Desprovisto de su superior nanejabilidad marinera el barco inglés fue abordado sin remedio tras un prolongado e intenso cañoneo, pues Contreras no hera hombre que no supiese bien su oficio. Los ingleses fueron hechos prisioneros(21 en total) y le contaron a Contreras que el hijo de Sir Walter Raleigh había muerto en la refriega y que el

102
que el hijo de Sir Walter Raleigh había muerto en la refriega y que el

(102) Aquí Contreras se apunta un tanto de mas, porque el hijo de Raleigh había muerto combatiendo contra los españoles ese mismo año en los establecimientos de la isla Trinidad. Precisamente los navíos de Raleigh procedían de tal punto.

propio Raleigh iría ya rumbo a Inglaterra aunque maltrecho. Al llegar el

otrera favorito de la reina Isabel a su patria fué inmediatamente puesto en prisión, procesado y condenado a muerte; en su desgracia no poco influyó el malhadado encuentro que tuvo con nuestro Capitán.

Contreras nos relata a continuación la falta de previsión y buen sentido que animaba—y cuando no es Pascua— a la política española, cuyos representantes desaprovechaban a los mejores hombres con que podían contar y recurrían en cambio a los mas inhábiles—pero, eso sí, recomendados como lo eran los panaguados y lambiscones— para las empresas en el mar, El compadrazgo, el favoritismo, el cohecho e la prosapia y lustre del apellido— como es patente en el caso del pobre de Medina Sidonia, que hasta se mareaba a bordo— eran por gracia y desgracia reales las únicas vías de seleccio. Contreras, que en Inglaterra se hubiera convertido bien pronto en un otro Drake, En España no encontraba comodidad para demostrar su habilidades. A Contreras se le fué de las manos el Despacho de Almirante que con tanta insistencia e incluso insolencia solicitara, y él explica su fracaso a cuenta de la malevolencia con que lo distinguiera el Presidente del Consejo de Indias: mas no fue el mayor obstáculo el del Presidente, porque el supremo de todos estaba en la inaudita y desorbitada pretensión del Capitán que aspiraba nada menos que a la obtención de una patente de corso; cosa en verdad sacrilega no tanto por motivos humanitarios y espirituales, cuanto porque dicha concesión hubiera significado el primer paso hacia la libertad de comercio, y por supuesto, la destrucción del monopolio real. El mismo año del encuentro de Contreras con Raleigh, el General de la armada, Coasola, "que iba—escribe—Contreras— de mala gana"

(103) Ibidem , 177.

Goadyuvó por su impericia a la destrucción de la flota (seis galeones armados y dos pataches, bastante bastimento y mil soldados excelentes) que iban en auxilio de las Filipinas que estaban siendo amagadas por los ubieous holandeses. Pero de aquella flota sólo se logró salvar del desastre los dos pataches y 30 piezas de artillería que hubo de rescatar el propio Contreras,

con grandes trabajos y peligros bajo las meras barbas de los piratas berberiscos. Todo se perdió, inclusive el General. "Se dijo—añade nuestro Capitán— que tuvo la culpa el Almirante, que no era marinerero, ni había nunca entrado en la mar. Se llamaba Fulano Figueroa, y después para enmendarlo, le hicieron almirante de una flota para sustentar el yerro primero"¹⁰⁴. Salta al vista la ironía del Capitán que ~~se sentía antésiste~~

(104) Ibid. 173.

y otros casos semejantes injustamente olvidado.

Un hombre como Antonio Pérez, Secretario famoso de Felipe II, había insistido ante su amo, aunque sin éxito, en la necesidad de que España se hiciese dueña del mar a como diera lugar: es decir con procedimientos legales de fuerza o por procedimientos extralegales, empero asimismo contundentes: "Porque si su Majestad se hace dueño del mar— escribirá Pérez — no tienen ellos fuerzas ni medio como dar sobre nosotros, que contra su poder sobre las Indias bien basta el de España, no sólo a defenderse, mas aún a consumirlos y acabaflos"¹⁰⁵. Para lograrlo adelantaba un consejo que frente a la cerrazón monopolista de la Corona resultaba terriblemente blasfemo: "Permítanse—aconsejaba el sagaz Secretario— que armen por su cuenta, y que anden en corso vasallos de su Majestad de todas las costas de estos reinos, pues los de ambos solían ser antiguamente llamados y temidos en las mismas Naciones a quienes tenemos ahora nosotros, y para este mismo ejercicio"¹⁰⁶. Antonio Pérez estaba en lo justo,

(105) Cf. Antonio Pérez, Morte de Principes, Editorial Americana, Buenos Aires, 1943, p. 122

(106) Ibidem. 123.

Recuérdense las correrías de Pero Niño que tenían, por ejemplo, en constante sobresalto las costas de Inglaterra y Francia. Más el consejo del Secretario cayó en saco roto o sólo se cumplió a medias; fallando desde luego todo lo relativo a los corsarios, a pesar de haber sido la guerra.

en curso una práctica española corriente durante la Edad Media. Las Prácticas corsarias exigían la libertad de comercios marítimo y, desde luego la erección de puertos francos donde vender los frutos de la rapiña y del contrabando; pero la monarquía española mostró durante siglos más temor a estos procedimientos salvadores que a la propia piratería extranjera y enemiga. Los cambios propuesto por Antonio Pérez implicaban una transformación absoluta del sistema económico español; la adopción, en suma, del capitalismo mercantil y las prácticas librecambistas. "Pero su proyecto fue rechazado y la Invencible, respuesta naval de la Contrarreforma, fracasó entre otras causa, por carecer del apoyo de auténticos corsarios y piratas—máxima expresión de la iniciativa privada—, puntas de flecha del incipiente capitalismo mercantil. Dentro del concepto bullionista Pérez tiene una significación particular por cuanto desconfiaba de la riqueza metálica que se extraía de las Indias: así aconsejará al Rey: ¡Ojo con las Indias!, queriendo indicar con ello que para evitar la decadencia política de España se hacía necesario el desarrollo de la manufactura y del comercio"

(103) Cf. Antecedentes de la Conquista: Philosophia Christi y Contrarreforma (Editado por Rafael García Granados en su Cortés ante la Juventud, Sociedad de Estudios Históricos, Editorial Jus, México 1949, p. 129)

Lo anterior explica no solamente el fracaso de la primera Invencible, sino también de las siguientes que se enviaron contra Inglaterra por Felipe II y su hijo Felipe III. El primero de los citados resentido por el fracaso de la primera armada envió al Adelantado Don Martín de Padilla, Conde de Gadea, con una poderosa escuadra que antes de arribar a las costas británicas fué dispersada por la tempestad. Los vientos, esta vez sí, se habían conjurado para arruinar a España y librar a Inglaterra. Felipe II no pudo sufrir este desastre que la providencia divina otorgaba al pueblo más católico de Europa y murió pocos meses después del terrible fiasco (1598): El lema holandés de 1588 se había, ahora sí, probado: "Afflavit Deus et dissipati sunt".

Historia de un resentimiento: raíz y razón de la doctrina del
"Destino Manifiesto"

9.- Los rasgos espirituales de la doctrina: vocación ("calling")

Todas las decisiones y acciones humanas son, según M. Edward Hale, cronista de la expedición de Sir Humfrey Gilbert a Terranova, resultado de un "calling" con el que Dios favorece a su elegido. A veces Dios iluminaba a los predestinados con procedimientos sumamente curiosos; como, por ejemplo, cuando inspiraba a los dramaturgos de la época con entremeses, pasos y juguetes escénicos que en ciertos espectadores, precisamente entre los seleccionados por Dios mismo, despertaban locas y emulativas ansias conquistadoras, marineras y descubridoras. Debemos

(1) "Tal vez las entusiásticas referencias a América que se encuentran en las piezas populares del día, hayan inspirado a Sir Humfrey y a su hermanastro, Walter Raleigh para explorar la costa de Norteamérica durante los años de 1570 y 1580" Ccf. William Harvey Nash, Society and Thought in Early America, Longmans, Green and Co., New York-London-Toronto, 1950, p. 22.

añadir a lo dicho que en las literaturas nacionales europeas de los siglos XVI y XVII especialmente, aparece la preocupación por el vecino con una insistencia y un vigor extremados; por lo que se refiere a la inglesa el tema crítico sobre lo español es bastante rico, y afiliados a él aparecen figuras tan prominentes como lo son Shakespeare, Thomas Kid y John Dryden, Falstaff y Fletcher; por lo que toca a la literatura francesa combativa baste con citar las sabrosas "Rodomentadas Espagnoles" (Pa-

(2) Vide Shakespeare, Love's Labour's Lost (Penas de amor perdidas); Thomas Kid, The Spanish Tragedy (En The Chief British Dramatist, Editors Paul Robert Liedert y Brander Mathews, Mifflin Company, The Riverside Press Paul Robert Liedert y Brander Mathews, Mifflin Company, The Riverside de Press Cambridge, Mass., 1924, pp. 856-7); John Dryden, The Spanish Friar (En The Mermaid Series, Edición, introducción y notas de George Saintsbury, London Ernest Benn Ltd., New York, Charles Scribner's Sons). Oldham también escribió cuatro Satiras contra los Jesuitas, y por lo que se refiere a Dryden sus antecedentes son Falstaff y el Spanish Curate de Fletcher.

(5) Los "tres-~~sa~~ouventables, terribles et invencibles Capitains, Matamoras, Crocodell et Rajabroqueles". En Edomontedes Españoles, Chez Jean Broine, Paris, 1625 (Cf. Lucig Pfandl. Estudios del siglo de Oro, Apéndice Núm. 4, Editorial Araluce, Barcelona, 1926. p. 323.

ris, 1625).

Volviendo al tema marineroy justificativo digamos que para los ingleses el título de mayor legitimidad y valer sobre las tierras descubiertas o por descubrir era después de todo espiritual. Para asegurarse el éxito de la colonia establecida en "New Foundlan" fué condición esencial la propagación del Evangelio entre los pueblos idólatras que la habitaban. Aunque el derecho inglés de posesión se fundaba en el descubrimiento de los Cabotos, justificación pragmático-histórica y geográfica era más seguro apoyarse en lo religioso; es decir sobre el ineludible compromiso de predicar y difundir la religión de Cristo entre los nuevos paganos; mandato divino que no podía ser contravenido ni desechado:

Y lo que es todavía mejor; la semilla de la religión cristiana ha sido sembrada entre estos paganos, los cuales a esta sazón podrían haber obtenido una cosecha más abundante y una mayor congregación de cristianos; cosa que debe ser el intento principal de toda tentativa que se haga por tal camino; porque si se hiciere de otro modo cualquiera cosa que se construyere sobre diferente fundación jamás obtendrá feliz éxito ni continuidad. (4)

(4) El título del informe es excesivamente largo pero revelador: "A Report of the voyage success thereof, attempted in the yeere of our Lord 1583 by Sir Humphrey Gilbert Knight, with other gentlemen assisting him in that action intended to discover and to plant Christian inhabitants in places convenient, upon those large and ample countreys extended Northward from the cape of Florida, lying under very temperate Climes, esteemed fertile and rich in Minerals, yet no in the actual possession of any Christian prince, written by M. Edward Mait gentleman, and principall actour in the same voyage, who alone continued unto the end, and by Gods speciall assistance returned home with his retinue safe entire (Cf. Kakluyt, vol. VI, p. 2)

No sería, por consiguiente, legítima cualquier fundación que no cumpliese con el requisito espiritual. Desde el punto de vista protestante anglicano todo se reducía a un "calling", a una tarea que impelía hacia Dios y que dependía asimismo absolutamente de Él y a la cual se sentirían impelidos e inducidos los paganos a su debido tiempo: "Dios no ha peralti-

que una gracia tan abundante como lo es la luz de su palabra y conocido de Él les sea revelada a aquellos infieles antes del tiempo fijado para ello".

(5) Ibidem.

La manera y el tiempo de revelarse a Dios en la conciencia del hombre quedaba a su ^{no} ~~omnido~~ designio; pero tratándose de los hombres indios Dios tenía que utilizar, para hacerles patente su palabra, a los colonos; el arribo de los ingleses al Nuevo Mundo indicaba, pues, el primer paso hacia el reconocimiento del dios verdadero. La cosa sin embargo, no iba a realizarse en un parpadeo, sino paso a pasito. Los colonos, espero, deberían prever tan contingencia y prepararse por lo mismo para el momento en que a Dios la pluguiese manifestarse para llamar a los paganos y hacer que ellos se convocasen bajo la bandera de la Cristiandad. El caballero Antonio Parkhurst enviaba en 1578 a Richard Hakluyt un informe sobre el estado y medios con que contaba Terranova, y a la par le agradecía los desvelos que sufría por dicha colonia y le felicitaba por sus indudables dotes de animador de gente. La llegada de nuevos colonos significaba la seguridad y confianza en la derrota de Satanás, primera alusión que encontramos sobre el carácter satanésco de las nuevas tierras; un tema sobre el que muy pronto volveremos con mejores alientos y más adecuados recursos que ahora:

Confieso que Dios os ha hecho un instrumento (A Hakluyt) para mover a los hombres de cierto poder a la tarea de redimir al pueblo de Terranova y liberar así a éste como a todos los de aquellas partes, de la cautividad del diablo, ese Paraón espiritual. (6).

(5) A. Parkhurst, A letter written to N. Richard Hakluyt of the middle Temple, containing a report of the true state and commodities of Newfoundland? BY M... Gentleman, 1587 (Cf. Hakluyt, v. V p. 343

La doble tarea del estupendo Capitán Araña que fuera Hakluyt está magníficamente retratada en las líneas transcritas de Parkhurst; pero también puede hallarse expresada claramente esta tendencia del primero en su discurso de colonización. Hakluyt quería aumentar el rebaño de Cris-

to encaminando a las pobres ovejas errantes y descarriadas, a los indios hacia la luz y la verdad.

(7) Op. cit., p. 77.

Para los aventureros ingleses- y en esto no se diferenciaban mucho de los aventureros españoles, portugueses o franceses- la vocación consistía fundamentalmente en "un eficaz y completo descubrimiento y posesión por los cristianos de aquellas amplias comarcas y de las riquezas que las mismas ocultaban". Dios hacía tal donación a su pueblo para que utilizara

para

(8) Cf. E. Haie, Op. cit., p. 2.

dichas regiones y riquezas; pero ello entrañaba una obligación seria, la de que el esfuerzo, trabajos y medios puestos en la ejecución del mandato divino deberían servir como lo aconsejara San Agustín, de instrucción y aprovechamiento para el pagano, en este caso para el indio: las siembras y las varias actividades a desarrollar resultarían, pues, didácticas; el beneficio del salvaje y del blanco civilizado sería, por tanto, recíproco. El trueque sería beneficioso para los dos grupos; cambio de espiritualidades por temporalidades, como lo quería San Agustín.

Me esforzaré describe Hakluyt- en demostrar y espero lograrlo con toda confianza (a través de la asistencia divina y pese a que conocimiento y habilidades sean simples), que el viaje ultimamente emprendido para comerciar, traficar y colonizar en América- el de Humphrey Gilbert- es una actividad que tiende al aumento legal de las posesiones de Su Majestad, y que asimismo resulta beneficioso a todo el reino un general y provechoso en particular para los inversionistas, y beneficioso para los salvajes, amede que es un negocio que se puede alcanzar sin mayores peligros o dificultades. (9).

(9) Op. cit. p. 48

Hakluyt no tiene inconveniente en señalar los beneficios espirituales y materiales que habrían de recibir los indios al entrar en contacto forzoso con los colonos ingleses, aunque no contaba para recomendar tales declaraciones con un programa espiritual previo y regio en que apoyarse; ni

aun siquiera de manera velada o formalística se encarecía tal cosa en 1.
patentes reales otorgadas por Enrique VIII o Isabel ¹⁰ Sin embargo compren-

(10) Vide "The Letters patents of King Henry the seventh unto John Cabot and his three sonnes, Lewis, Sebastian, and Sancius for the discoverie of new and unknown lands" (En Hakluyt, V. V., pp. 83-84.) Vease también The Letters Patents granted by her Maiestie to Sir Humfrey Gilbert Knight for the inhabiting and planting of our people in America" (Apud Hakluyt, V. 349-355). Y por último The Letters patents, granted by the Queenes Maiestie to W. Walter Raleigh, now Kenight, for the discovering and planting of NEW land and Countries, to continue the space of 6 yeeres and no more Ibidem 115-121.

diento Hakluyt el valor argumental y defensivo que se otorgaba a la empresa descubridora y colonizadora se apresurará a conferirle el carácter espiritual de la que si bien no estaba avuna por lo menos hallábase harta necesitada; y más valía, pensaría Hakluyt, pecar por exceso que por defecto. Así también lo comprendería años más tarde Jacobo I al conceder sus patentes, en ellas ocupa un lugar preferente la misión espiritual. ¹¹

(11) La Carta de Jacobo I. para Virginia (1606) expresa que el propósito de la empresa colonizadora debe ser primordialmente "la propagación de la religión cristiana entre los pueblos que viven aún en la oscura y miserable ignorancia del verdadero conocimiento y adoración de Dios"; y en la segunda Carta también para Virginia" (1609) se afirma que "El principal efecto que Nos deseamos y esperamos de esta acción es la conversión y reducción de los habitantes de esos lugares al verdadero culto de Dios" y de la religión cristiana" (Vide Samuel Stucas, Chartes of the Old English Colonies in America, London John W. Parker, 1850, pp. 2 y 18).

Por lo que llevamos dicho hasta ahora se ve que la empresa inglesa descubridora, colonizadora y evangelizadora no difería apenas en nada de su coetánea española; Las dos marchaban en pos de un parecido ideal religioso y material; Sepúlveda, Oviedo y Cámara hubiesen dado su consentimiento a la empresa con tal de que esta se tracare en católica y española.

A pesar de no haber contado con el asenso real orientado hacia la actividad misionera, Raleigh, al llegar a Guiana utilizó los medios más persuasivos y atractivos para ganarse el favor de los indios oprimidos. Los ingleses poseían ciertamente el arte de conciliar a los nativos, con especialidad los de aquellos territorios en donde dominaban los españoles. ¹²

(12) Cf. Milton Waldman, Sir Walter Raleigh, Collins Clear-Type Press, London and Glasgow, 1943, p. 100

pero estas alianzas eventuales no sabemos hasta que punto se hubieran prolongado y hecho perpetuas, y de buena fé, una vez desaparecido el enemigo común. Sin embargo a juzgar por los proyectos de Raleigh hay que imaginar piadosamente que las relaciones de los ingleses con los indios se habrían tal vez desarrollado en términos tan humanos como lo hicieron algunos españoles, aunque todavía quedaría en pie el interrogante acerca de cómo se hubiesen comportado con indios menos salvajes que los virginianos y guianenses; es decir con indios de los que se podían extraer beneficios económicos al explotarlos. Insistamos, con todo, en que la maravillosa conquista de Manoa que iba a realizar Raleigh se pensaba en términos pacíficos; pero si estos fallaban entonces se haría de modo violento; la superioridad técnica y espiritual de los ingleses sobre los indios aseguraba, según Raleigh el éxito. "Tratarlos con blandura—escribirá Hakluyt—mientras las maneras blandas se encuentran que sirven, será lo mejor sin comparación; pero si el blando pulimento no sirviere, entonces no dejaremos de pedir martilladores y albañiles—quiere decir soldados veteranos entrenados en los Países Bajos,—para que los desbasten y los preparen para las manos de nuestros predicadores".¹³ Según vimos en el programa que adelantamos al hablar de

(13) Cit. E.C.R. Taylor, The Original Writings And Correspondence of the Two Richard Hakluyt London 1935 (2 vols., p. 503) (Cf. Lewis Hanke. La Lucha por la Justicia en la Conquista de América (Traducción de R. Iglesia) Editorial Suramericana, Buenos Aires, 1949, p.)

Hakluyt, lo primero que éste aconseja es hacer cristianos a los indios después antes capaces de convivir en sociedad; en suma hacer de ellos hombres civilizados. Pero si los indios, pensaba Hakluyt, pareciéndose mucho en esto al protavoz de los intereses colonizadores españoles, al Dr. Sépúlveda, a cambio de todos sus bienes sólo recibieran el de ser convertidos al cristianismo, podrían darse por bien recompensados.¹⁴

(14) Op. Cit. v. I, pp. 68-69. La dominación española la concebía fundamentalmente Sepúlveda, según el canon tradicional aristotélico y católico medioeval, como una obra religiosa, cristiana y civilizadora a la cual no le era ajena la compulsión salvadora (V. de, J.C. Sepúlveda. Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios. F.C.E. México 1941 pp. 133, 135, 155, 149 171).

Al llegar aquí conviene pararse un poco para recapacitar en el hecho de que la obra española e inglesa en América, como parte del fondo común cristiano medioeval aun no deformado por las exigencias reformistas y contrarreformistas, todavía no presenta diferencias hondas; las dos empresas colonizadoras siguen en cierto sentido un desarrollo paralelo; sin embargo poco a poco los matices espirituales diferenciadores se irán presentando y dando color y sabor según el genio y la espiritualidad típica adaptada por cada nación. Lenta pero tenazmente la empresa inglesa se va apartando de los carriles trillados tradicionales y va apretando a su labor colonizadora y evangelizadora su peculiar espíritu y religiosidad.

10 "The last age of the world"

Edward Hale creía, como los misioneros españoles de su tiempo admitían, y como después lo creyera, asimismo Purchas, que la postrera edad del mundo era llegada. En realidad estas creencias habían ya perdido para entonces su vigencia vital; se vivía en la última edad del mundo, mas ya no se vivía tal creencia; su dramatismo había desaparecido, ya no era cosa de contar con ella sino de pensar en ella; en suma más que de una creencia se trataba ahora de una idea. ¹⁵ El arrastre histórico a lo largo de la Edad

(15) Vide, Jose Ortega y Gasset, Ideas y Creencias. (En Obras) Espasa y Calpe Madrid, 1943, vol II. pp. 1661-1185.

Media del Apocalipsis de San Juan y la era de los descubrimientos y conquistas volvieron a recrudecer la vieja creencia y a hacerla, por consiguiente, re-tema de la época; es a saber volvieron a revivir racionalmente sobre ella. Todo el desarrollo social, político y económico de la misma contribuía a verla como madura, completada; las grandes cosas y sucesos ocurridos no

podían ser sino agudos de añafiles indicadores de la próxima destrucción, lo terriblemente paradójico del caso es que se trataba de una cosa en la que ya pocos creían, pero que todos vivían, como dijera líneas atrás. Se imaginó, pues que Dios estimaba ya propicio el momento para permitirse recibir a los gentiles americanos "En su gracia"¹⁷ verbigracia para que fueran percibiendo ya su palabra. Matata a pundo de cerrarse el ciclo que el Evangelio recorriera de Oriente a Poniente y de Sur a Norte, y la inminencia de la catástrofe - que tanto hiciera apresurar a los misioneros y evangelizadores hispano, y que tanto les impulsara a prodigar conversiones y bautizos- se manifestaba según Haie, por medio de una prueba providencial o, para decirlo más claramente, en la confirmación de la vocación anglosajona para llevar a cabo la expansión de la fe cristiana hasta el Oriente, mas por el camino de Occidente, penúltimo remate de la etapa fatal y finita..

Era la primera vez que se registraba no ya la palabra significativa "far West"¹⁸ expresada tácitamente por la contraria que queda implicada,

16) "The last age of the world", la última edad del mundo. El establecimiento de las colonias inglesas en Virginia y en la Nueva Inglaterra coinciden con el periodo de senectud (1600-1666) en el que se suponía había caído el mundo tras delizarse por el plano decadente de la chochez. Esta idea fue incluso anterior a 1600. En comparación con las edades pasadas el Occidente se sentía vitalmente empequeñecido, disminuido y desfalleciente. Hasta 1700 perdurará la desconfianza; pero también desde esta fecha comenzará una etapa ascendente de optimismo y confianza iluminadas por la razón (Vide H. Kohn Op. cit., pp. 145-147) Sobre la última edad del mundo y la necesidad de adoctrinar a los indios escribiría Purchas lo que sigue como pregame de su tiempo: La gloria de la conquista apostólica, y la esperanza de enseñanzar la Iglesia en esta última edad del mundo gracias al conocimiento de las artes y lenguas y por medio asimismo del beneficio de la imprenta y de la navegación" (Op. cit., I, 166-178).

17) Haie, Op. cit., p. 3.

18) "Una comedia popular de entonces - escribe Carlos Pereira - "Eastward ho", título que podría traducirse: Al Oriente! - reproduce el dialogo imaginario que esta vez lecen dos personajes simbólicos, el Codicioso y el Marino. El Codicioso pregunta si realmente hay tantas riquezas como dice el vulgo, y el Marino que la gente no puede tener idea de la opulencia que esconden aquellos países encantados" (Vide Breve Historia de América, Editorial Zig Zag, Santiago de Chile, 1938p. 271).

sino el convencimiento y sentimiento íntimos de los ingleses ante una vocación religioso-nacional que los impulsaba hacia Poniente en cumplimiento de la voluntad divina. Esta voluntad se manifestaba también en un dere-

de ocupación de las nuevas tierras y pueblos descubiertos; y la justificación y título único de este derecho yacía en la imperiosa obligación de implantar y propagar el cristianismo en el nuevo habitat humano. Como en la última edad la tarea devenía inevitable e irremediable; por lo que se inclinó sin ^{re}medio hacia el plan religioso de cristianización y apremiante además por la inexorabilidad del decreto de Dios. Pese a la resistencia y a las empresas de otras naciones la nación inglesa tenía derecho a los territorios septentrionales no solamente por haber sido ingleses sus descubridores, sino principalmente porque así le placía al Todopoderoso. Dios favorecía naturalmente el sagrado intento de los ingleses consistente en plantar la religión cristiana en las nuevas regiones del mundo. Había llegado el momento escogido por Dios para insuflar en el corazón inglés la ve- ra visión necesaria, además de que el próximo fin del mundo se acercaba como demostraba entre otras cosas el camino que recorriera el Evangelio en esta tarea regeneradora.

Existía además en el movimiento expansionista del cristianismo

una doble y paralela mecánica espiritual singularísima: Oriente-Poniente, Oeste-Septentrión; lo mismo que en Europa el Evangelio se había extendido siguiendo la dirección Norte Sur, en América iba a ocurrir otra tanto. Pero más original es, cabe que esta visión evangélica geográfica y viajera.

9) Los dos párrafos anteriores en Haie, Op. cit., p. 4.

Esta típica marcha del Evangelio unida a la idea de hallar un paso o camino navegable hacia las riquezas orientales constituyó una serena reocupación que adiestraba a los marinos europeos en la búsqueda de un estrecho o pasillo a través de las tierras americanas recién descubiertas. En la etapa expansionista norteamericana la atracción del lejano Oeste se da la nueva forma que adquirirá la herencia histórica inglesa; el "Slogan" correspondiente a las nuevas circunstancias y ambiciones. La expansión anhelada hacia Occidente estará, pues, influenciada por el interés: primero fue un sueño, camino del tránsito hacia las riquezas orientales (Supra pta 15); después, ya mucho más recortada en sus pretensiones, una fronteira económica indo-inglesa interesada en el comercio de pieles; y por último un incontenible e insaciable apetito de nuevas tierras alimentadas sin cesar por las oleadas migratorias de Europa (Vide Edward D. Beach, Westward the Romance of the American Frontier, D. Appleton-Century Company Inc., New York-London-1935pp. 5 y ss).

sería el reparto de las zonas de influencia. La voluntad divina, según lo atentiguaban las Escrituras y las profecías, había delimitado perfectamente los campos: El Norte sería para Inglaterra, como el Sur ya lo era de España. No había nada que temer a este respecto porque así estaba escrito, decretado: Estas consideraciones—escribe Hale— pueden ayudar a suprimir todos los temores que podamos tener con motivo de los intentos hechos por otras naciones a este respecto"²⁰ Ante el inminente cumplimiento de la pro-

(20) Ibid., 5

fecia apocalíptica los ingleses habían recibido un encargo trascendental materializado en un destino manifiesto, preciso y razonable: extender la esfera del cristianismo en la zona acotada expresamente por Dios para ellos "Dios nos ha reservado dicha zona para que sea reducida a la civilización cristiana por la nación inglesa"²¹. Los Ingleses eran atraídos por las pers-

(21) Idem 3.

El Profesor Weinberg tiene que remontarse hasta Grocio y Herder para hallar las fuentes de la idea de barrera natural e incluso astroológica, una de las principales para la fundamentación del llamado Destino Manifiesto. Sin embargo el profesor Weinberg no tenía por qué subir tan alto ni por qué salirse de casa en busca de los fundamentos de dicha doctrina supuesto que a poco que hubiera reparado la habría encontrado insita en las crónicas inglesas recogidas por Hakluyt y Purchas. La barrera antes que geográfico-astroológica fué teológica, como el propio Hale lo da entender, y como nos lo comprueba asimismo Weinberg, aunque sin ser tal vez consciente de ello, al recoger para su tesis un editorial (Nashville Republic and State Gazette, Reimpreso por St. Louis Beacon, 9-IX-1929) que así lo expresa: el río Grande había sido providencialmente "Designado por la mano de los cielos como frontera entre dos grandes naciones de diferentes objetivos" Apud Albert K. Weinberg Manifest Destiny. A Study of Nationalist Expansion in American History, The Johns Hopkins Press, Boston, 1935, p. 57)

pectivas económicas, por el ansia de riquezas, único punto en que concordaban unánimemente todos los europeos; mas para realizarlo necesitaban los británicos expresar sus aspiraciones, digamos con la regla descubierta por

²² Max Beer. a través de la ideología dominante, que en este caso no era otra sino

(22. Vide Historia General del Socialismo y de las Luchas Sociales I.P. Márquez. Editor México. 1940 v. I. P. 176

la del protestantismo inglés.

10 La Barrera natural geoteológica.

Los fracasos colonizadores de las otras naciones cristianas, fundamentalmente los fracasos españoles, constituía la prueba concluyente de la secreta mano de Dios que reservaba para Inglaterra la realización de un vasto designio en el inmenso campo de acción de las regiones septentrionales de América. Los propios españoles, que tantos éxitos alcanzaran como conquistadores y colonizadores por las regiones meridionales del Continente, habían fracasado en sus intentos de extender los dominios de España por el Norte. A pesar de los esfuerzos de muchos y muy valientes hombres el malogro había sido el premio obtenido por sus trabajos; parecía como si Dios estuviera empeñado en limitar la zona de influencia española haciendo que todo intento encaminado a desbordarla estuviera de antemano frustrado. Habiendo cambiado para los ingleses lo nórdico de signo gracias a los descubrimientos, que habilitan el Océano haciéndolo vía de tránsito entre los mundos terrestres y por ende apropiándose como parte activa del ecumene, ellos se sentían pues, los dueños absolutos e indiscutibles de las regiones que la Providencia les había expresamente reservado. Allí donde los españoles habían fallado triunfaban los ingleses; quiere decir que las dos empresas hasta ahora en cierto sentido paralelas habían comenzado a diferenciarse hondamente, y la divergencia cada vez sería mayor porque era Dios el que estaba interesado en que así fuese, de modo que a los hombres no les quedaba sino trabajar por el camino de la discrepancia providencial e hiperbórea:

Y dondequiera que después los españoles (muy prósperos en todos sus descubrimientos por el Sur) intentaron alguna cosa en la Florida y en aquellas regiones que se inclinaban hacia el Norte se hizo patente su desgracia, y al final de cuentas se sintieron extraordinariamente descorazonados por el duro y lamentable éxito sufridos por muchos hombres va religiosos o de armas al esforzarse por sumar dichas regiones septentrionales a la jurisdicción de España; parece como si Dios hubiese prescrito límites fijos a la nación española, los cuales ella no debería ni podría traspasar:

(23)

A pesar de los esfuerzos de Estebán Gómez, de Pánfilo de Narváez de Lucas de Ayllón de De Soto, de Moscoso de Alvarado y de Coronado la colonización española no había podido asentarse permanentemente en las regiones nortálicas. Hoy nos son perfectamente conocidas las causas que motivaron aquellos fracasos exploratorios y colonizadores: pero en aquel entonces resultaba mucha más dramático e históricamente humano y divino atribuir los descalabros a una secreta e inexorable decretación de Dios. No habiéndolo imperios indígenas que conquistar y despojar los españoles no tenían nada que hacer por aquellas regiones septentrionales; los mirajes de Cibola, Quivira y las famosas Siete Ciudades se habían esfumado tras el movedizo horizonte tráfuga, y a los conquistadores no les quedó otro camino sino volverse, pues que, por otra parte, bien sabían ellos que hacia el Norte sólo de frío y desdichas sería la cosecha. Pero fué Inglaterra la primera nación quizás que se propuso demostrar la impropiedad de la ciencia medioeval que caracterizaba lo septentrional de hostil, incierto y pobre; porque los hombres—según dicha ciencia—yendo hacia el Norte no podían encontrar ni recolectar más que peligros, desdichas y miserias. Se suponía como lo supuso Colón²⁴, que tan estrecho estaba a lo medioeval, que solamen-

(24) Carta del Almirante B. Cristóbal Colón al Sr. Rafael Sánchez, Tesorero de los Reyes (Edición facsimilar), Imprenta Universitaria, México 1939, p. 4.

te hacia el Sur, rumbo a la zona tórrida, quemada o ecuatorial se podrían descubrir riquezas metalíferas. Hacia las regiones boreales arreciaba el frío, el contrario y enemigo del calor, y por lo tanto hostil a los metales preciosos que encontraban en éste, según las creencias alquímicas aseguraban, su mejor aliado y espollador. Los ingleses, pues, al dirigirse hacia las regiones septentrionales de América esperaban encontrar en ellas los metales preciosos que los españoles rescataban o hacían sacar de las minas o placeres meridionales, y únicamente después de haber cavado infructuosamente sin encontrar oro o plata se dedicaron a las faenas agrícolas y pesqueras; humildísimas tareas que, como vimos, motivaron las burlas

y desprecios de los habitantes de la Nueva España. Un inglés viajero por el México de la centuria décimo sexta había observado que los españoles estaban extrayendo metales preciosos de regiones situadas al Norte del virreinato, acordado por este hecho no dejará de llamar la atención sobre cosa tan extraordinaria, y en su relato, que fuere recogida por Hakluyt, se hace exo de tal extrañeza y llama la atención de sus compatriotas para que recapaciten en ello:

Hay mayor cantidad de plata en las minas ubicadas en el Norte que en las que se encuentran en otros rumbos; y como dicen siempre los hombres de más experiencia en estos, ellos hallan las minas más ricas hacia lo más septentrional. (25)

(25) Vide a relation of the commodities of Nova Hispania and the manners of the inhabitants, written by Henry Hawks merchant, which lived live years in the SAYE COMPANY, and drew the same at the request of M. Ashmole Hakluyt Esquire of London in the country of Heraior" (En Hakluyt v. VI, p. 282).

Esta noticia de Hawks de consumo con la idea providencialista inglesa fincaría con mayor y atractivo, andando el tiempo, la idea de barrera geográfico-teológica que acotaba los territorios septentrionales de América y los convertía en campos propicios para la futura acción vocacional anglosajona. Inglaterra se sentía satisfecha, agradecía de Dios; no tiene por consiguiente, nada de extraño que los ingleses creyesen y deglutiesen las justificaciones sutiles discurridas por eruditos y teólogos. La nación se creaba así unos títulos que al vindicar para sí las regiones norteadas de América, se fundaban pronto en razones teológicas inextricables como en pruebas geográficas e incluso mitogeográficas, tal por ejemplo, según vivos, la de la proximidad esgrinica y defendida por Thorne. también el -----

(26) Webigracia la de Beekham cuando se congratula de que la nueva ruta oceánica inglesa no tenía que cruzar "la línea quemada" Op. cit., p. 71). De orientación algo parecida puede considerarse que es la idea de encontrar en pasaje hacia Occidente a través de la región de los Grandes Lagos (ibid, 62) Ralph Lane, General en Jefe de la primera colonia establecida en Virginia (1565) defendería la fundación a cuenta del hipotético estrecho, o de alguna posible mina productiva que pudiera hallarse (cursivas nuestras). Justificaciones que, como puede verse, son esencialmente económica-geográficas, pero también divinas: "Porque no otra cosa sino el descubrimiento, por providencia divina, de una buena mina, o el de un pasaje hacia la Mar del Sur, o algún

otro camino de llegar a ella, puede hacer que esta comarca se convierta en atractiva como para ser habitada por gente de nuestra nación" (Quod An extract of Master Ralph Lanes letter to M. Richard Hakluyt Esquire, and another Gentleman of the Middle Temple, from Virginia. Cf. Hakluyt v. VI, p. 150).

Y

clima constituía un elemento tajante de división y diferencia, y la argumentación en que se fundaba tal diversidad descansaba, y no poco, en razones astronómicas, las cuales de acuerdo con el lenguaje y conocimientos de la época llamaremos razones astrológicas. Entre el Septentrión frío e inhóspito y el Sur seco y ardiente se entendía una región ideal privilegiada, de conjunciones siderales felicísimas, la "Golden Meane" que correspondía exactamente al lugar escogido por los colonos ingleses para fundar sus establecimientos coloniales. Más tarde en las nuevas colonias, Virginia, Marylandia, Plymouth etc., se disputaba con pasión acerca de la mayor o menor proximidad o coincidencia de cada colonia con dicha zona intermedia aurea. En 1703 la "golden meane" se localizaba en Georgia, y más tarde en las Se mudas, que fueron recomendadas "Como una comarca adecuada a los temperamentos de los ingleses"²⁷

(27) Cf. Ralph Hall Brown, Historical Geography of the United States, Hart court, Grace and Company, New York, 1948 pp. 7-8

Para el Capitán Smith la temperatura de Virginia resultaba apropiada a la Constitución de los ingleses: "La temperatura de este país concuerda muy bien con la complejión de los ingleses una vez que se aclimatan"²⁸. Pe

(28) Cf. Description of Virginia by the Cap. Smith. (Seleccionado en la edición de J. Franklin Jameson, Original narratives of American History, vol. V, New York, 1907). En Louis Morton Hacker, The Shaping of American Tradition, Columbia University Press, New York 1947.

ro no sólo esto: Smith encuentra también que la porción continental que les había sido acordada graciosa y manifiestamente a los ingleses era, a diferencia de las que poseían en el sur los españoles menos peligrosa y mortífera; además allí no había nada pernicioso, ni serpientes, ni moscas ni insectos dañinos. Por otra parte las gallinas, pollitos y huevos no eran

atacados y destruidos por bestezuelas dañinas como ocurría en Suramérica, entendiéndose por tal denominación todas las regiones americanas ocupadas entonces por los españoles. En suma las regiones septentrionales eran privi-

(29) Ibidem. 32

legiadas y adecuadas, por tanto, a las características somáticas y espirituales de los ingleses. Cuando los padres peregrinos proyectaron su viaje discutieron bastante acerca de las dos comarcas propuestas para la colonización: Guayana y Virginia; ni que decir tiene que se decidieron por la última, y entre otras razones hubo dos poderosas: no ponerse dentro del alcance fácil de los fanáticos, cneles y asesinos españoles, y evitar también los climas y países desmoralizadores:

Tales regiones cálidas están sujetas a graves enfermedades y muy molestos impedimentos de los cuales están libres otros lugares más templados; aparte de que aquellas no se avienen bien con nuestros cuerpos ingleses. (31)

(30) St. Bradford's History of Plymouth Plantation (editado por J. Franklin Jameson), Charles Scribner's Sons, New York, 1908, vol I. p. 50

(31) Ibidem. 50.

Así, pues los ingleses se sentían distintos a los españoles los cuales si podían vivir y prosperar en regiones cálida, que por eso mismo quedaban vedadas a la ambición británica al menos por entonces. En

(32) Un pensamiento muy parecido ha sido exteriorizado modernamente hasta donde llega el arrastre de la herencia tradicional, lo cual es comprensible si no se pider de vista la estirpe histórica típica de los ingleses. George Trevelyan se felicita parece que fuera ayer de que las expediciones de Raleigh, Drake, Hawkins, etc. contra las colonias americanas de España fracasaran "De este modo afirma se forjaba un futuro más grande para la colonización aglosajona que si los isabelinos se hubieran aprovechado de la oportunidad ofrecida por la guerra (1588) de anexionarse las colonias tropicales de España y Portugal, dirigiendo con ello la corriente de la emigración inglesa hacia esos climas profundamente desmoralizadores. (el subrayado es nuestro) (Op. cit., p. 247).

Verdad que Bradford, cuya es la cita, se encontraba entusiasmado por una disposición tan sabia y divina que convertía a los ingleses en dueños indiscutibles de unas tierras para las cuales Dios los había dotado de un

modo peculiar , y de las que, por supuesto, los españoles estaban desahuciados sin duda por idéntica y a la vez contraria razón. El concepto de discriminación trascendental y por ende racia~~s~~l acababa de ser fundado; pero no era Bradford, Gobernador de la Nueva Inglaterra, el que había lanzado la primera piedra, sino más bien la segunda, porque el iniciador de la pedrea racista y espiritualmente diferenciadora había sido, como pudimos comprobar, el romántico y fabuloso capitán Smith.

11. Otra muestra de la bondad divina a favor de Inglaterra.

Conectado con lo anterior se defencía asimismo la coyuntura favorable en que se encontraba Inglaterra para asegurar los nuevos territorios fundándose en la paz de que gozaban las Islas a diferencia de la inquietud y amargos conflictos bélicos y políticos que experimentaban las naciones continentales en sus terribles pugnas dinásticas y económicas. Esta posibilidad que se le presenta a Inglaterra es interpretada como un signo indiscutible de la bondad del cielo; una segura señal de que Dios favorecía especialmente a la Gran Bretaña. Richard Hakluyt había pretendido levantar el ánimo de sus compatriotas presentándoles las proficuas y agradabilísimas posibilidades que se les brindaban a los ingleses en las aventuras de ultramar gracias a la circunstancia favorable de hallarse Inglaterra, a diferencia del resto de las naciones europeas, en plena concordia y provechosa quietud. La paz era efectivamente una justificación más que añadir a los argumentos exclusivistas y reivindicativos de los ingleses. Los ingleses vieron con gran recelo que los franceses estaban interesados en las mismas regiones septentrionales que ellos habían declarado de pertenencia única; los establecimientos hugonotes franceses de la Florida y los bojeos amenazados por las costas de Terranova y territorios limítrofes tenían en ascua a los ingleses. Francia, argumentaban éstos, podía estar interesada en las mismas regiones que reclamaba para sí Inglaterra; empero aquel país, desde el punto de vista británico, que era reflejo del divino, no podía te-

ner, como teníanlo los ingleses, a Dios de su parte; y si no, de dónde le venían a los franceses las innúmeras guerras que estaban obligados a sostener? No tenía, pues, Francia muchas oportunidades para llegar a ser una nación colonizadora, la frecuencia con que sostenía terribles guerras intestinas e internacionales, sobre todo de las primeras, eran un obstáculo invencible que se oponía a su carrera; una dificultad, por contra, de la que estaba providencialmente exenta Inglaterra. Los franceses que habitaban ya las nuevas regiones ultramarinas no podrían por tanto esgrimir el mismo derecho que enarbolaban los ingleses:

Sin embargo los franceses no pueden desafiar tal derecho ni demostrar mayor interés a las dichas comarcas como lo hacemos nosotros, ni tampoco estos últimos años han tenido ellos oportunidad ni medios suficientes para descubrir y colonizar (por estar vejados con las calamidades de las guerras intestinas) como lo hemos tenido nosotros gracias al inestimable beneficio de nuestra larga y feliz paz. (33).

(33) Cf. Haie, 1.

Obsérvese que 264 años más tarde - El informe de Haie es de 1583-el argumento favorito erigido como exculpatorio para el despojo a realizar a costas de México (1847) será idéntico. Razonamiento que, como podrá verse, resulta tan viejo y capcioso como la propia historia de las Trece Colonias; de aquí que los justipreciemos como uno de los que más han contribuido a la formación de la teoría política denominada "Destino Manifiesto". En uno y otro caso el despojo se justificará a cuenta de la incapacidad para mantener la paz. El 29 de mayo de 1747 el reverendo Jonathan Mayhew, refiriéndose a los papistas franceses justificaba su furor contra éstos a causa de que ellos, según afirmaba Mayhew estaban "sembrando la desolación a través de todo el país"; es decir promovían guerras intertribales (Cf. Albert K. Weinberg, Op. cit., p. 20). La carencia o debilidad del "orden legal" era un argumento más que suficiente para absolver a los santos y puritanos de las más descaradas anexiones e intervenciones. (Ibidem, 153)

Francia podría haber alcanzado gran éxito, añade Haie con poca sinceridad, si no hubiese estado por los disturbios caseros impedida: "impeached by their garboils at home"³⁴; y los ingleses sabían muy bien, y por una

(34) Op. cit., 2.

fuerza infalible, que el origen de los tumultos hogareños no se encontraba tanto en el temperamento fogoso de los franceses, cuanto en la inexcrutable voluntad divina que así lo acordaba e imponía. El descrédito francés esta-

ba más que probado a causa de los bochinches internos, asentabase de este modo al precedente legal de disputar al vecino el patrimonio colonial o nacional so color de una situación doméstica inestable. Aquello era todo lo que se dice un grandísimo y repercutente descubrimiento: bajo este rubro se abarcarían con el transcurso del tiempo los mismo a los franceses que a los españoles; por igual a los inquietos hispanoamericanos que a los infelícísimos pielesrojas.

12. Las primeras críticas al sistema evangelizador de España.

Los ingleses admitirían el patrón español en tanto este les sirviera y les cayera a la medida de sus deseos; mas en cuanto sus propios proyectos se pusieron en marcha tuvieron que divergir y por su puesto chocar con los que España había para sí reservado, fundada en las donaciones papales, y que abarcaban todo el ámbito americano. Lo primero entonces que hicieron los ingleses, según vimos, fué discutir el fundamento de la autoridad papal para conceder tales regalos; y como ya la Reforma había expresado sus puntos de vista en lo relativo al poder temporal-espiritual del Papa, sólo había que llevar los resultados obtenidos al terreno de los hechos; es decir al terreno americano. Salvo el argumento espiritual relativo a la autoridad potestativa del Santo Padre, Inglaterra usó todos los que le salieron al paso para justificar sus derechos colonizadores y evangelizadores. Resuelto lo anterior había ahora que atacar la obra americana de España para sostener la propia; de aquí las críticas a la labor misionera y catequizadora que realizaban los españoles. En realidad estas críticas estaban montadas sobre una exigencia espiritual ineludible, la tesis reformista arremetía velientemente, como tenía que ser, en el nuevo campo americano de la querrela religiosa; se trataba no unicamente de defender y ganar la tierra, sino lo que era más decisivamente dramático y heroico, de salvar las almas de los indios. Si se demostraba la perversión del sistema espiritual español, bien fácil sería a continuación mostrar las depravaciones del mecanismo político; y si ambos resultaban tan perversos como se les

crefa, Inglaterra, se ganaba por derecho propio el de su seguridad y preminencia en América. La fórmula y método españoles de evangelización tenían que ser combatidos- no importa la bondad y valores que pudiera poseer por españoles y por católicos; es decir por papista, término que entonces abarcaba por igual lo político y lo religioso. Además los ingleses no podían de manera alguna excusar la lucha puesto que se trataban de levantar un dique a la expansión católica en América y de rescatar y purificar los territorios y habitantes inficionados con el virus católico. La colonización y evangelización inglesas tenían que ser por fuerza combativas: lucha contra Satanás para adoctrinar a los indios, por una parte; y por otra lucha a ultranza contra los servidores del Maligno, los papistas españoles que con sus papisterías habían contaminado el ambiente americano.

Con objeto de ilustrar los casos en que la guerra podía ser considerada justa- eco del tema de la época-; es decir cuando los cristianos la estimaban lícita por ser realizada y decharada contra los pueblos infieles que atacaban a la cristiandad, Hakluyt mete baza en la discusión escolástica y adoptando una postura beligerante decide que el modo como los españoles difundían el cristianismo no era legal: "He estado en lugares donde esta manera de plantar la fe cristiana ha sido pensada por algunos que era escasamente legal"³⁵. Como se ve no es que Hakluyt tome posición con respecto a la famosa discusión referente a la naturaleza del indio; porque su participación en la disputa no era a cuenta del modo cristiano de evangeli-

(35) "Discourse", 58

zar, sino que lo que a él le interesa es el sesgo propagandístico que adoptaba el debate: en el combate teológico Las Casas vs. Sepúlve, Hakluyt apostaba naturalmente por Inglaterra.

Distingue asimismo él dos tipos de colonias; las fundadas con beneplácito de los indios, y las establecidas sin el consentimiento de éstos. Los cristianos deberían intentar siempre el primer sistema; pero si

les fallaba podían recurrir al segundo, procurando convencer a los indios por medio de "hermosos discursos" y "buenas manera de persuasión". Como ³⁶

(36) Ibidem, 50

De no tener éxito por estos procedimientos pacíficos aconsejaba con lo que se apartaba de la probable influencia lascasasiana- en empleo inmediato de la fuerza (Ibidem).

Hakluyt es un entusiasta interesado de LAS Casas, siguiendo la sombra del temperamental fraile aconsejará que el mejor modo de atraerse a los indios, que de suyo los veía él temerosos y apasionados, deberá ser el de quitarles primero que todo su eterna desconfianza por medio de signos amistosos y corteses señales, y, sobre todo, llevándoles paz, tranquilidad y seguridad necesarias, y también con especialidad buhonerías, que aunque de poco valor los indios las estimaban y tenían en mucho ³⁷. De esta manera pen ---

(37) Ibid. ., 51-52

saba resolver el problema de la convivencia entre cristianos y salvajes, y por los medios que sugiere se nos antoja ver en su proyecto un eco o inspiración lejana de Las Casas en el experimento que éste realizara en Texulutlán (La Tierra de Guerra) ³⁸. La inclusión de nuestro comentarista en la

(38) Vide Miguel Othón de Mendizábal, La Conquista Espiritual de la Tierra de Guerra y su Obstrucción por los Conquistadores y Pobladores, Cuadernos Americanos, Núm. 2 (marzo-Abril) México, 1943 pp. 125-136. En este interesante estudio se recogen los esfuerzos práctico-espirituales realizados por Las Casas para incorporar a los lacandonos, mopanes y acalanes a la civilización cristiana.

causa espiritual del fraile es naturalmente sólo aparente, y todo optimismo al respecto tiene que ser inmediatamente rechazado. El no era, como lo fue Las Casas, un prerracionalista, y menos un pacifista; pero también sería injusto identificarlos con Sepúlveda, y no precisamente para desdicha del inglés, sino para desgracia del español, porque aunque el teólogo británico coincidía con el hispano en el concepto aristotélico de la servidumbre natural, le faltaba precisamente lo que más abundaba en el humanista,

el fondo escolástico que jurídicamente humanizaba las relaciones entre españoles e indios.

Desde el punto de vista de Hakluyt los ingleses tenían derecho, por razones de seguridad, a repeler las agresiones de los indios violentamente, y a utilizar toda suerte de represalias y prácticas de desquite, porque en caso de justa guerra era legítimo "resistir con violencia a la violencia." ³⁹ Era igualmente legítimo para los colonos el conquistar a los

(39) Op. cit., 52

indios y posesionar de sus tierras si ya una vez ~~eran~~ cristianizados renegaban del grado o por fuerza de su nueva religión.

La posición de Hakluyt no respondía en realidad a un riguroso encuadramiento doctrinal; sus ideas son más bien resultado del naufragio de las de su tiempo, una época en la que la carabela escolástica se iba a pique sin remedio y pese a todos los desesperados esfuerzos calafateadores y espirituales de España; ~~de aquí que la tarea de Hakluyt consistan en recoger por aquí y por allá los restos que flotaban en medio de las aguas revueltas de la Reforma,~~ ⁴⁰ y que se hallaban al alcance de todos los pescadores

¶40) Hakluyt (Vide pp. 51-52) acudía a los argumentos de fuerza, que son tan abundantes en la Biblia, para probar la justicia y necesidad de la conquista. Los indiferentes a la palabra de Dios tendrían que oír la a su pesar o sufrir las consecuencias terribles como las sufrieron los filisteos de su voluntaria sordera. El poder persuasivo de la época llegaría a ser muchísimo más eficaz que las cornamusas de Josué frente a las murallas de Jericó.

ambiciosos. Lo que él quería expresar es que la fuerza no era un argumento propagandístico, mas tampoco desdeshable si venía al caso; se la podía y se la debía emplear aunque con cierto tino, y especialmente sin la impiedad y peor uso con que la utilizaban los españoles. El terror, el pánico, esta

(41) Cf. Purchas Op. cit., v-XVIII p. 497 (Nota)

era la huella que dejaban los españoles en los indígenas, y contra este se levantará también Purchas proclamando la virtud de una vía media (media turissimus ibis.) en las relaciones con los indios; una buena distribución de la admiración y del temor. El método evangelizador español había fallado

(42). Ebidem.

unas veces por exceso y otras por defecto, y previendo esto es por lo que aconsejará Purchas que los indios no deberán ser considerados ni bestias ni cristianos, sino hombres incivilizados; de qui que la tarea primordial sea intentar civilizarlos. Nadie explicaba concretamente en que consistía

(43) Idem.

la falla española; pero como la religión de los españoles había permanecido irreformada, católica, el fracaso de la misión evangelizadora se atribuía integralmente al catolicismo. Se imponía por lo mismo, desde el punto de vista reformado inglés, la necesidad—según dijimos—de purificarlo de regenerarlo: la pugna saltaba así del Viejo al Nuevo Mundo.

(44) Este argumento de la regeneración será utilizado con habilidad suma siglos más tarde por los norteamericanos para justificar doctrinalmente su intervención no solamente en México, sino en el resto de Hispanoamérica. "La inspiración moral de los expansionistas se derivó de la concepción de un deber religioso capaz de regenerar al pueblo infortunado del país enemigo atrayéndolo hacia el vivificante santuario de la democracia americana." (Cf. Justin H. Smith The war with México, The Macmillan Company New York 1919, v. II. p. 243). Y sobre el mismo tema de la regeneración el "Heraldo de Nueva York" (New York Herald) del día 15 de mayo de 1947 escribía lo siguientes: "La universal nación yanqui puede regenerar y emancipar al pueblo de México en unos pocos años, y creemos que es una parte de nuestro destino el civilizar ese hermoso país y facilitar a sus habitantes el modo de apreciar algunas de las muchas ventajas y bendiciones de que ellos gozan" Cf. Albert K. Weinberg, Op. cit., p. 171). No creemos que sea violentar de demasiado las cosas el intentar explicar la corriente regeneratriz anglosajona por su fuente reformista original; pero tenemos que dejar para un poco más adelante la comprobación de nuestra tesis. Añadamos por ahora que hoy siguen los Estados Unidos aferrados a este ya inútil intento o sueño de regeneración político—que en el fondo lo es espiritual, de tradición religiosa reformista—frente a los hispanoamericanos, hispanofilipinos, japoneses, chinos, coreanos de todos los puntos cardinales, e incluso nazis. aunque actualmentedándole a la doctrina purificante un matiz acusadamente político: democratización; cortina de humo con la que se pretende si bien inútilmente tapar el son deslumbrante del imperialismo nefasto de Wall Street.

Como no podía ser menos la voz de Las Casas se hace sentir es-
tentóreamente a pesar del filtro traductor, y de sus alegatos, convertidos en
argumentos denigratorios para España, gracias en gran parte al cambio de
sentido operado en la Historia, ponen al descubierto el sistema español de
extorsiones y crueldades sin cuento ejercidas sobre los indios. Los ingle-
ses acuden con rapidez al reclamo y se solazan proclamando a los cuatro
vientos las críticas dejadas caer por el famoso cuante exagerado dominico,
y construyen con ellas un armazón de razones poderosísimas con las cuales
se socavará el derecho español a las Indias al par que se fundamenta y de-
fiende el propio:

Tampoco ellos en ningún tiempo han invadido pese a lo que alegan,
los reinos de las Indias y el Perú, y otras partes, salvo para obtener ya
oro o Impericia, en lugar de emplearse en reducir a la gente al cristianismo.
En una sola isla llamada la Hispaniola los españoles han destruido trescientas
mil almas, además de muchos otros millones de gentes en otros lugares
de las Indias; a un pobre e inécente pueblo de Dios que podría haber sido
ganado a su conocimiento, como muchos lo hicieron, y casi tantos en número
a los que fueron persuadido a ello. La historia de lo dicho se encuentra
~~en un largo escrito redactado por un Obispo de la propia nación española~~
llamado Bartolomé de las Casas, y ha sido traducido el relato al inglés ba-
jo el título de Las Crueldades Españolas. (45)

(45) Cf. Raleigh, Op. cit., p. 13.

El impacto de la Breve Historia está bien visible, el redillo de
la leyenda negra se había puesto en movimiento para ya no descansar jamás;
pero el hombre Las Casas como asimismo la verdadera intención de su obra
quedarían bloqueados por el volumen impresionante de los hechos atroces dis-
puestos en batería por los historiadores para emplearlos exclusivamente co-
mo experiencia utilizable, combativa y reclamista. Hakluyt no pudo sustraer
a este deseo, la revolución historiográfica, por un lado; y por el otro las
fuerzas desencadenadas de los interesados nacionalismos europeos puestos
frente a frente le brindaron una oportunidad denigratoria que él no podía
ni quería dejar pasar. Es un motivo de seria reflexión el observar que en-
tre los más aprovechados por el nuevo sentido renacentista de la Historia
los ingleses ocupan el primer lugar; y, en general, que los países protes-

tantes fueron los que arramblaron con las más apetitosas tajadas de la experiencia y pragmatismo históricos. Fué natural que así ocurriera, por que sin libertad trascendental, sin sanción moral y con un dios incomprendible e inadecuado para salvar al hombre, no le cabía a éste sino recurrir a la Historia para justificarse, para sentirse con existencia, siendo ya.

Entre las primeras victorias historiográficas se han de contar estas críticas alcibaradas -inspiradas la mayoría en Las Casas- que contra lo realizado por España hemos ido pizcando y glosando en el zarzal de las crónicas inglesas de ultramar. La piedra de toque para percibir el sentido de todo esto se encuentra en la distinta forma en que españoles y británicos abordaron, como ferzosamente tenía que suceder, el problema religioso, y en la manera dispar como cada quien lo comenzó a proyectar en la tarea de evangelizar un nuevo continente. Los ingleses se dan cuenta de que sólo subrayando las diferencias les es posible fundamentar la legitimidad de sus títulos americanos, de basar su derecho a evangelizar y propagar la doctrina cristiana desde su postura espiritual típica que rechazaba la anuencia papal, que se declaraba combativa, reformada y anticatólica, y que enfocaba la actividad misionera desde el punto de vista racional del "calling". Señalando que los españoles lo hacían mal expresaban que ellos lo harían bien; apuntando y destacando el pecado español resplandecería la virtud inglesa; poniendo al desnudo la codicia ajena disimularían la propia: "En materias de religión -escribe Raleigh- ello requeriría un volumen especial si yo me decidiera a exponer cuán irreligiosamente los españoles cubren su insaciabilidad y ambiciosos pretextos bajo el velo de la piedad"⁴⁶. De esta forma oponía Inglaterra sus peros al título más legítimo

(46) Ibidem, 12.

que poseía España, el espiritual.

13. Una profecía manifiesta

El siguiente paso consistió en dar rienda suelta al ideal expan-

sionista que ya no quería encontrar estorbos, y soñaba, como lo hizo Raleigh durante casi toda su vida, aunque fuese Inglaterra la única dueña de las Indias Occidentales. Los obstáculos para los ingleses estaban sobrando, se los saltaba o se los derribaba porque la meta era hacer de América una exclusiva propiedad británica. América, parece decir el arrogante Raleigh, para los ingleses: "Yo viviré hasta que la vea convertida en una nación inglesa".⁴⁷ Esto era abarcar más, muchísimo más que lo dado por la rei-
na

(47) Cf. William Wood, Elizabethan Sea-Gogs, Yale University Press, New Haven, 1918, p.207.

Isabel en la carta patente de 1578 otorgada a Gilbert, o en la de 1584 concedida a Raleigh, en la que se autorizaba la toma de posesión de todas las remotas tierras paganas que para entonces no estuvieran en poder de un príncipe cristiano.⁴⁸ Ahora podemos mejor entender el por qué del decidido empe-

(48) Vide Hakluyt, vols. V. y VI, pp. 351 y 115 respectivamente.

ño británico en demostrar la insuficiencia, por anticristiana, del título concedido por el Papa a los españoles. Era necesario arrebatar sus colonias a España para poder difundir en ellas, como era debido, la verdadera y única religión de Cristo. Se imponía en definitiva aquella misión regeneradora a la que antes aludimos. Las Cartas hablaban de respetar los derechos de los príncipes cristianos; pero no decían nada, por lo mismo tal vez que insinuaban francamente mucho, de hacer lo propio con los territorios coloniales pertenecientes a un príncipe anticristiano como lo era, por ejemplo, el rey de España desde el punto de vista inglés.

Sir Humfrey Gilbert, hermanastro de Raleigh, quería proveerse de barcos, vituallas, municiones y suficientes hombres, cinco o seis mil, cifras entonces muy abultada, para desembarcar y asegurar Terranova como base desde la cual emprender la reconquista espiritual, y por supuesto militar, de los territorios americanos mediatizados por España; estupendo remedio, pensaban los ingleses, y no se equivocaban, para defender los suyos.⁴⁹

(49) Todavía por 1918 William Wood no podía ocultar su entusiasmo por el frustrado intento de Gilbert; sin duda que el clima bélico de su tiempo más el incentivo de la invasión a Veracruz patrocinada por el pacifista presidente Wilson contribuyeron mucho a avivar la admiración de aquél por el audaz marino isabelino; por lo menos tanto como para escribir lo que sigue: "Cuán lastimosa su ejecución! Y, sin embargo, cuán inmensurable y mucho más allá de sus más desforados sueños el presente desenvolvimiento de hoy día!" (Op. cit. 209). Es decir Estados Unidos es con creces la materialización del sueño expansionista isabelino; y no se crea que esto constituye una idea en la que nos encontremos solos, antes bien nos hallamos muy bien acompañados, como lo demuestra el siguiente párrafo: "El Imperio Británico actual y la república de Estados Unidos se han construido sobre aquellos sueños (los de Raleigh en este caso). Vease, pues, que después de todo él realizó el propósito de su vida plenamente y entregó a la raza inglesa "unas Indias mejores" que las del rey de España" (Cf. John Buchan, Sir Walter Raleigh, Tomas Nelson and Sons, Ltd., Londo, Edimburgh, Paris and New York 1938 (7a. Edición), p. VI de la "Dedicatoria").

El proyecto iba a ser costado con la riqueza pesquera de la isla: Regio Saccolcarum o Sacchallaos, como se complacía en escribir Richard Eden; la riquísima Terranova, la Colchos inglesa transmarina en donde crecía el "Vellocino de Oro" en los lomos de las ovejas de Neptuno, continuamente en sazón para ser cortado". Terranova se convertía así en las Indias

(50) Cit. Edward Chase Kirkland, Historia Económica de los Estados Unidos (Traducción de Eugenio Imaz), F.C.E., México-Buenos Aires, 1947 (2a. Edic) p. 26.

de la Gran Bretaña, inexhausto vivero de riquezas para Cyntia, la Señora del Mar (Isabel, reina de Inglaterra) y para los pastores del Océano, entre ellos primerísimamente Raleigh, el inspirado autor de aquel nuevo y original género, que mejor que bucólico llamaremos náutico, bien pasadito por agua: "The ocean's Love to Cyntia". De la riqueza pesquera dependía por tanto la futura debelación de todo el continente. La Nueva Inglaterra poderosa y bien armada que Gilbert quería fundar podría con el tiempo batir a los españoles, y por principios de cuentas comenzaría por arrebatarnos la Nueva España.⁵¹ La empresa de Sir Humfrey Gilbert no puede reanarse

(51) Apud W. Wood, Op. cit., p. 209.

por falta de recursos económicos, incluso la colonización de Terranova - primer paso en el esquema - falló lamentablemente. Poco a poco se fué ol-

vicando el proyecto hasta desaparecer casi por completo, y escribimos casi porque no se esfumó totalmente sin antes dejar hondamente impresionada la memoria histórica anglosajona, la cual, como la de los paquidermos—según es público y notorio— permanecería siempre despierta e indeleble esperando su hora.

Sir Walter Raleigh con su plan de conquista del imperio de Guiana anhelaba expulsar a los españoles de las tierras americanas. Toda su vida la dedicó, como el mismo lo confesara, a perseguir tan gratísimo sueño, más la realidad siempre se queda más corta que éste y eso fue lo que precisamente le ocurrió al señorador marino. Pero si no se podía destruir el poder español al menos había que intentar obstaculizarlo; y a esta tarea se dió de lleno Raleigh.

Por eso durante toda mi vida he trabajado, de acuerdo con mi escasas fuerzas y persuasión, para llevar adelante todos aquellas tentativas que podrían ya devolvernos un provecho, ora al menos que podrían ser un impedimento al rosegado curso y espléndido comercio de la nación española, la cual, según mi pequeño juicio, por medio de tal tipo de guerra que se le hiciera fácilmente estaría en peligro y sería abajada de su poder hasta quedar al nivel de cualquiera otra nación europea. (52)

(52) Op. cit., 280

Esto podría ser el acta fundacional de la piratería inglesa en el siglo XVI. Si se disminuía el poderío español se le obstaculizaba aumentaba la prosperidad inglesa; he aquí un descubrimiento bien sencillo pero muy importante. Qué mejor cosa que substraer a la acción española el inmenso y fantástico imperio de Guiana, con sus tierras fabulosas de Manoa gobernadas por un poderoso monarca al que le servían sus senescales en vajilla de matalas preciosos. Un rey fantástico que guardaba estatuas y vestidos de oro y plata en cantidades inimaginables)

(53) La imaginación de Sir Walter Raleigh no fue inferior a la poseída por cualquier español de la misma época; con la diferencia de que en Inglaterra se pagaban muy caros estos lujos improductivos. Envidiando el modelo español el marino inglés se hispanizó hasta el punto de confundirse con aquél, como lo prueba el que trocara un intencionado chisme español por indígena en espejismo imperial. Los que mucho tiempo se odian y combaten acaban irremediabilmente por parecerse. Cuando en 1603 el gran parlamenta

rio Coke increpaba al marino caído en desgracia, y que ya no era ni siquiera una sombra de lo que fué, lo comparaba con algo que en realidad debió doler a éste mucho por lo ofensivo e injusto: "Tienes un corazón español, eres una víbora del infierno" (cit. Trevelyan, Op. cit. p.274)

Raleigh confiaba en llegar con su pequeño ejército a la riquísima ciudad de Manca en donde el rey inca le prestaría su apoyo para juntos combatir a los españoles, de los cuales-estimaba Raleigh- habría oído hablar el monarca, así como de sus crueldades y perversiones. Y si el inca no había oído hablar de aquéllos él se encargaría de proporcionarles la información pertinente, entregándoles incluso un número considerable de ejemplares de la Brevisima, y con toda seguridad de los ilustrados por De Bry. Con tal de librarse de los castellanos el poderoso rey no tendría inconveniente en pagar tributo a sus libertadores y mentores, y si por último no lo quería otorgar de grado se vería obligado a cederlo por fuerza; la presencia de los ingleses y sobre todo la superioridad de las armas británicas decidirían en última instancia el puntillo de la permanencia. "Respecto de lo cual- escribe Raleigh- no tengo ninguna duda que él pagará tributo con gran contento con tal de verse libre de los españoles, y si no, él no tiene armas de fuego ni de hierro en todo su imperio, y por eso éste podría ser fácilmente conquistado"⁵⁴

(54) Este programa lo hubiera aceptado sin pestañear cualquier capitán español, y la única novedad que hubiera añadido al mismo habría sido tal vez la del sacerdote o fraile castrenses rasadores de conciencias al estilo de los Olmedos y Valverdes.

Pero Raleigh no se limitaba a exponer sus francas intenciones conquistadoras-ganándose la mano en ello a los españoles- sino que además dignificaba su proyecto con la cimentación y texturas espirituales necesarias. Para poder convencer a su favorecedores tenía que recoger en su plan los afanes y ambiciones que por doquier, al decir de Trevelyan, especaban el ambiente y que todos aspiraban con fruición; aventuras y dividendos, poesía e imaginación; pero que, ante todo, era cumplimiento de un quehacer, reali-

zación de una tarea incontrovertible; ejercicio, en suma de la vocación. Raleigh la presentaba ahora de un modo original y atrayente, como un "calling" profético que expresaba la voluntad de Dios al que ponía Raleigh por testigo de sus palabras. Pero antes de habérselas con Dios, Raleigh hubo de entenderse con don Antonio Berrío, Gobernador de la isla Trinidad. El encuentro entre aquellos dos "caballeros errantes del Eldorado" se ha hecho famoso; si el español era imaginativo no le iba muy a la zaga el soñador Raleigh; y de aquel delicioso coloquio de visionarios, salió el atrevido empeño raleighiano de regalar a su reina unas Indias mejores que las que poseía el rey de España; y un estrambótico nombramiento: "Isabel de Inglaterra Gran Cacice de Guayana". Pero lo que más obsesionó a Raleigh durante

(55) Cf. Enrique Bernardo Núñez, Cúbegua, Publicación del Ministerio de Educación Nacional de Venezuela, Caracas, 1947 (3a. Edición). Citado por Vicente Sáenz, Latin America Against the Colonial System, Pub. de la Unión Democrática Centroamericana, Departamento Editorial, México D.F., 1949, p. 40
(56) Ibid. 32. (Encabezado del Cap II: "Elizabeth of England Great Chief-tainness of the Guiana").

toda su vida fué la misteriosa conseja incaica que Berrío le comunicó:

Y además recuerdo que Berrío me confesó a mí y a otros (lo cual ante la Majestad de Dios juro que es cierto) que las profecías del Perú (por el tiempo en que el Imperio fué reducido a la obediencia española) guardadas en sus principales templos y las profetizadas por otras diversas personas prevenían la pérdida del Imperio ante dicho, y que por Inglaterra aquellos Incas lo recobrarían y restaurarían a su debido tiempo, y serían liberados de la servidumbre a que los tenían sometidos los susodichos conquistadores. (57) 1/2

(57) Op. cit. 350.

El terreno que pisaba Raleigh no era nuevo; pero ¿que pueblo se ha resistido o resiste a sentirse instrumento de un designio trascendental? Ninguno que sepamos.

Ya estaba por consiguiente redondeada la doctrina vocacional, le había faltado el tono lejano y atrayente, misterioso y fascinante, que resaca psicológicamente a los hombres a la tierna infancia, a la ilusión de los Reyes Magos; pero la predicación oída de labios de Berrío había dotado a la vocación inglesa justamente con aquello de que estaba más necesitada.

Un "Calling" profético valía para los ingleses más que todo el almacén de experiencia histórica utilizable, pues el atrayente augurio era superior a todos los recuerdos exhumados, a todos los discursos, volúmenes y sermones. El vaticinio no comprometía, se realizaba o no se realizaba; pero no cabían en él objeciones ni pruebas; salían sobrando las críticas y las fuentes por muy empingorotadas que fueran. A la empresa de Raleigh no le faltaba por lo mismo, el tufillo semitrascendente de que tan escasos andaban los ingleses; y la profecía peruana, fingida o real—esto no importa al caso—servía a las mil maravillas para conformarla y darle fuerza definitiva. Con el vago y vaporoso contorno de irrealidad se lograba un ingenio y vitalísimo son profético en el que cabían todas las ambiciones, ansias y deseos; todos los apetitos y aspiraciones de los hombres de aquel tiempo: la vocación está en su punto, sólo cabía ponerla en movimiento.

14.— El derecho a la seguridad.

Todas las crónicas y relatos hasta ahora estudiados así como los que empleemos en adelante están íntimamente ligados a las inquietudes e intereses de la época, y son fiel reflejo de las vicisitudes y circunstancias de la misma. Al comentar las epístolas dedicatorias de Hakluyt habíamos indicado cual fuera el objetivo madrugador que ^{se} propusiera; despertar a Inglaterra. Las riquezas de las Indias eran tentadores y muy apropiadas para poner en vigilia a todos los ingleses interesados en ellas, que eran naturalmente los más. Los ingleses, por boca de Raleigh, quedaban retratados como hombres ávidos y deseosos de poseer; hasta peleaban con mayor entusiasmo y coraje cuando andaba por medio la posibilidad de botín: "Además cuando nuestros hombres se ven constreñidos a luchas no tienen la misma esperanza que cuando ellos lo hacen presto y animados por el deseo de despojos y riquezas"⁵⁶. De esto a la afición a la piratería y al comercio interlo-

(58) Cf. Raleigh, Op. cit., p. 279.

Especialmente aumentaba el coraje de los ingleses cuando luchaban contra los enemigos de su religión, los españoles. Con razón ha podido escribir Vicente Sáenz lo que sigue: "Los ingleses odiaban a los españoles por católicos, y les robaban sus perlas y oro Biblia en mano" (Op. cit.: p. 28)

pe no había sino un pequeño tramo que recorrer.

Raleigh conocía muy bien la parte principal que jugaban las riquezas americanas en manos de España, como asimismo la repercusión de las mismas en los órdenes militar y diplomático; se daba cuenta de que ellas suponían para Inglaterra un problema de vida o muerte, un amago permanente. A pesar del desastre naval de 1588 España se alzaba intimatoria como una siniestra tormenta amenazando con destruirlo todo. Y bien sabía Raleigh

(59) Op. cit. p. 279.

que no era el comercio español de vinos y de naranjas, sino el oro de las Indias el que desataría la tempestad que se iba cerrando sobre Inglaterra. España, por su oro, era un peligro para Europa; era la causa de los disturbios y de la deslealtad europeas:

Nos hallaremos con que estas habilidades y potencia no se obtienen por el comercio de vinos (sacks(60)) ni naranjas, ni tampoco de lo que España o Portugal o cualquiera otra de las provincias produce; es el oro de Indias el que pone en peligro las naciones europeas y las perturba; él compra inteligencias, penetra cautelosamente en los Concejos, y pone fin a la libertad y lealtad en las grandes monarquía de Europa. (61)

(60) El "sack" es el vino seco jerezano, el de las ordenanzas del Jaime I Enrique IV y en las Alegres Comedias de Windsor, y asimismo alegremente citado en la Pasquial Palinodia (1619)
"sack", el el Jerez (Xerez, sherry) tantas veces citado por Shakespeare en
(61) Cf. Raleigh Op. cit. p. 279.

Se imponía la necesidad de combatir la preponderancia española ya arrebatándole el imperio a España, ora impidiendo el libre tráfico entre las colonias y la metrópli. Haciéndolo así Inglaterra podía desecher los temores de invasión. Si el monarca hispano lograba tener a raya a los ingleses impidiéndoles su tráfico mercantil y nulificando el proyectado bloqueo al comercio español marítimo, el peligro para Albión se presentaba peor que nunca:

Si el rey de España logra mantenernos alejados de las empresas

remotas extranjeras y nos impide los obstáculos que ponemos a su comercio ya por medio de una invasión ora asediándonos en Eritania en Irlanda o en cualquier otra parte, entonces él habrá llevado en gran adelanto el trabajo para ponernos en peligro. (62)

(62) Ibidem.

Como el nervio del poderío español se cifraba en las riquezas metalíferas que se extraían de América resultaba, pues un problema de seguridad para Inglaterra el obstaculizarlo; así lo creía Raleigh y así lo era en realidad; por eso quería poner él a los pies de su reina un imperio que alquitarase no menos tesoros que los que destilaba el rey de España de las Indias Occidentales y Orientales. ⁶³ Destruir el poderío español era, se-

(63) En realidad Raleigh no era tan modesto tocante a sus pretensiones como en la alambicada y metafórica versión que himos dado puede leerse, por que él hablaba de "quantities of treasure" (Op. cit., p. 260).

gún vinos, restituir la paz a Europa, y significaba, por encima de todo, asegurar el porvenir de Inglaterra. Arrebatar sus colonias a España era anular la tiranía; impedir el arribo de los tesoros a Sevilla, suprimir para siempre las causas de la guerra. Convencido también de esto el impaciente Hakluyt echaría ~~su mano~~ a espadas y tagarotearía con fabril impaciencia lo que sigue:

Si le tocáis las Indias a Felipe II es como si le tocáis la nariz de sus ojos a causa de que le quitáis su tesoro, que es el nervus belli, y le quitáis así mismo lo que él tiene fuera de las Indias sus veterana bandas de soldados, que de este modo pronto estarán dispersas... su poder y fuerzas disminuidos, su orgullo abatido y su tiranía totalmente suprimida (64).

(64) Cit. John Rydjar, Foreign Interest in the independence of New Spain Duke University Press, Durham North Carolina, 1935, p. 39

El derecho a la seguridad, que después llegará a ser uno de los pilares de la expansión nacionalista, tiene, por consiguiente, sus raíces in Inglaterra y brotó del conflicto hispano- inglés del siglo XVI. Tres si-

glos más tarde será invocado, este mismo derecho de seguridad por los Estados Unidos ante el temor de que dos potencias europeas, Inglaterra y Rusia, retuviesen la Alta California y Nuevo México; y al parecer Norteamérica tenía serios y fundados motivos para sospecharlo y temerlo. La mayor parte de los norteamericanos daban importancia al problema del aumento territorial -escribe Weinberg- solo como un medio inapreciable de seguridad. Y

(65) Cf. A. K. Weinberg, Op. cit., p. 20.

Pero como atinadamente respondiera D. Crecencio Rajón, Secretario de Relaciones, a Wilson Shannon, jefe de la misión norteamericana, la intranquilidad de la nación norteamericana por su seguridad llevaría a la asimilación del continente entero (Véase Carlos Bosch García, Los Diplomáticos y un Problema, Revista de Historia Mexicana, Núm. 1 (Julio-septiembre), México, 1932, p. 62).

el derecho de seguridad sería endosado al cuadro de los naturales del hombre de una manera bien clara y precisa en momentos cruciales para el país:

Toda nación, como todo hombre, tiene por eso un derecho, el no permitir que nadie obstruya su preservación, su perfección y felicidad; es a saber el derecho de preservarse de todo daño. Este derecho de autopreservación de todo mal es el que se llama derecho de seguridad. (66)

(66) Cf. Artículo en el "New York Evening Post" (10-I-1803). Cit. A. K. Weinberg, Op. cit., p. 32.

Forbes, un viajero inglés (siglo XIX), recelaba más de la llegada a California de los pioneros yanquis, los "back-settlers" que de los rusos de Alaska, Oregon y Bodega, y aconsejaba al Gobierno de México que cediera a Inglaterra los territorios codiciados por los norteamericanos:

Sería una sabia medida por parte del Gobierno de México -escribe Forbes- que éste pusiese a un lado la vanidad de querer retener grandes porciones, la cesión de tal una porción separada de la República como lo es California sería una ventaja para México. (67)

(67) Cf. Alexander Forbes, California. History of Upper and Lower California, Smith, Elder and Co., Cornhill, London, 1839, p. 152.

Empero no eran únicamente ideas de viajero diplomático, como fué

el caso en Forbes, sino también proyectos e intriguillas de las cancillerías. En el siglo XVI la amenaza española a la seguridad y persistencia nacional de Inglaterra había llevado a este país a chocar con España; un choque que por fuerza tuvo su natural prolongación durante los siglos XVII y XVIII en aguas y territorios americanos. Por motivos de seguridad espiritual y territorial colonizaron los castillos Georgia (1732) y por motivos de tantos quilates como estos en 1666 había emprendido Cromwell con elementos ingleses, y auxiliares de Barbados, Nueva Inglaterra, Virginia, etc, la conquista de las Indias Occidentales. Centurias más tarde (s. XIX), invocando si no el mismo derecho de seguridad de tanto algo, sí, que se le parecía mucho, Norteamérica despojaba a México; y si bien será difícil y hasta cuestionable remontarse en la pista histórica para ver de hallar los rasgos ingleses originales de la herencia norteamericana, lo cierto es que aunque los actores en uno y otro caso no eran los mismos, a lo menos se parecían bastante: una sola cosa, eso sí, sería común, la coherente justificación del razonamiento.

15. Un decreto divino: cultivar y aprovechar la tierra

Toda empresa de descubrimiento, colonización y evangelización dependía de la autenticidad y sinceridad del "calling"; por eso todo hombre que intentase emprender algo debería primero examinar sus propias nociones despojándose de toda avaricia y malsana ambición, porque no fuera a sucederle que pensando ir por seguro camino lo hubiera errado; que creyendo que su inspiración le venía de Dios, éste le hubiese abandonado. De aquí, pues, - que el feliz término a la más insignificante tarea dependía, como ya sabemos, de la autenticidad de la vocación; es decir de que esta no proviniera del sórdido interés, sino de un purísimo espíritu de acción, en esfuerzo y trabajos de anátesis en suma. La vocación había dormitado ignorando su propio poder; pero según palabras había llegado ya el momento de poner a un lado la imaginación y dedicarse entusiastamente cada hombre hasta llegar a ser un laborioso agente de sí mismo:

Ve aquí, buen compatriota, los múltiples beneficios, provechosos y placeres hasta ahora desconocidos que nos han sido revelados por la bendición especial de Dios; pero no sólo esto, sino que también repara en cómo él nos ha sido infundido en nuestros pechos, los cuales hasta ahora estaban como dormitando en ignorancia, y acotentianos lo que a los gatos que sienten repugnancia por la presa ante el temor de mojarse las patas; cuando si ahora finalmente nosotros despertamos y con capritu deseoso (poniendo a un lado imaginaciones frívolas) procuramos llegar a ser instrumentos industriozos de nosotros mismos (cursivas nuestras), inquestionablemente no únicamente alabaríamos por este camino la gloria de nuestro padre celestial, sino que también con harta comodidad alcanzaríamos el fin de todo buen propósito que pudiéramos desear o apetecer. (68)

(68) Cf. Peckham . Op. cit., p. 71

Lo que aquí se aconseja y se exalta no es algo sólito, y no obstante tampoco ~~propó~~terero, pues si no no tendría sentido el consejo. Lo que se recomienda es la glorificación de Dios; más a través de la exaltación del hombre, que ^sesto equivale el intento de querer convertirlo en instrumento industioso de sí mismo. En el lenguaje protestante ello quería decir dar curso y fin, como ejecutores, a la propia vocación.

~~Quando los primeros colonos ingleses se pusieron en contacto con~~
los indios su principal tarea fué iniciarlos y ponerlos en camino de que ellos mismos descubrieran su vocación, que no podía ser otra, más la analizada líneas arriba: el salvaje debería llegar a ser un diligente ser de sí mismo y para sí propio. Es de suyo comprensible que el cambio no iba a resultar muy sencillo; saltar de la etapa cazadora-recolectora a la del homo faber y oeconomicus era operación casi imposible de realizar, y mucho más si se piensa que a la transformación- según explicaremos más adelante- no habría de concurrir ninguna compulsión por parte de los ingleses, sino únicamente la palabra de Dios a través de la predicación y el ejemplo.

La misión evangelizadora en el siglo XVI se entendió simplemente como el acto de comunicar la palabra divina contenida en la Biblia, la pura Verdad, sólo el Verbo. Nada de procedimientos pacíficos o semiviolentos; nada de ingeniosas atracciones o suaves presiones para conseguir la catequización: la médula de la teología protestante al excluir las obras en

(69) Aludimos aquí a la forma española de evangelización practicada por los misioneros del siglo XVI, uno de cuyos representantes más destacado fue sin discusión Don Vasco de Quiroga, Obispo de Michoacán. El se reservaba la fuerza no para destruir, sino para convertir a los indios atrayéndolos sería pero dulcemente al regazo de Dios, a la civilización: "Así que por la sujeción y pacificación y sosiego de aquesto bárbaros tales, debajo de poder de príncipes católicos cristianos para instruirlos, ruega la Iglesia pero no para destruirlos, sino para humillarlos de ~~su fuerza~~ y bestialidad y humillados, convertirlos y traerlos al gremio y ministerios de ella y al verdadero conocimiento de su creador y de las cosas criadas. Contra estos tales y para este fin y efecto, cuando fuerzas hubiese, por justa, lícita y santa; ~~servatis servandis~~, ternía yo la guerra, o por mejor decir, la pacificación o compulsion de aquestos, non in destructionem sed in reedificationem como lo dice San Pablo, 2a. ad Corinthios" (Vide información en Derecho del Lic. Quiroga sobre algunas provincias del Real Colegio de Indias Apud Don Vasco de Quiroga, Compilación de Rafael Aguayo Spencer, Biblioteca Mexicana de Historia, Editorial Polis, México, 1940p.312)

TRonizaba una nueva idolatría, la de la palabra, con ella y con el ejemplo-imitación de los cristiano- los salvajes podían llegar a la confirmación de su "calling" y, por tanto, a ponerse en franco camino de salvación. Esto quiere decir que el indio no tenía frente a sí más que una alternativa trabajar; pero el modo único como lo entendía el hombre occidental protestante. El trabajo, según Sir George Peckham, era beneficioso para el indígena; a saber espiritualmente útil. La actividad intramundana exigía del hombre ^olabores y esfuerzos para aprovechar los recursos naturales, y entre éstos ninguno más necesario y urgente que explotar que la tierra. A las miradas atónitas de los colonos ingleses las inmensas y semivirgens tierras americanas se presentaban no menos promisorias que las de Canaán a los israelitas; eran un don del cielo que había que utilizar para proclamar la gracia y bondad del Omnipotente. Los indios deberían practicar el mandato que era más grato a Dios, el cultivo del suelo; los colonos tenían, pues el deber imperioso de enseñanzar a los indios a cultivar la tierra o a hacerla producir más. Todo lo que fuera ^apartarse de este orden divino era claro indicio de condena, de inmadurez, de insuficiencia o ausencia de la vocación y, por lo mismo, motivo de desprecio, odio y hostilidad; de ahí los anatemas de los ingleses contra la supuesta pereza de los indios. Lógica y no menos comodamente podían deducirse desde este punto de vista teológico consecuencias gravísimas particularmente para los indios.

Estos podían ser sin que a los ingleses les recordiera

la conciencia lo más mínimo, desposeídos de sus tierras "considerando la gran abundancia que tenían de ella y la poca cuenta que hacían de la misma al no obtener otro frutos sino los que por sí misma producía la naturaleza".⁷⁰ Ralph Lane escribiría a Hakluyt relatándole los tesoros que

(70) Cf. Peckham Op. cit., p. 52

encerraba Virginia y explicándole asimismo de qué manera se podría aumentar la riqueza de la misma, que él pensaba debería ser llevando a ella animales útiles y semillas europeas supuesto que había tierra suficiente y, sobre todo, dado que el salvaje, por serlo, no conocía el uso de la misma.⁷¹

(71) Lane erraba pues los indios sí sabían hacerlo e incluso mejor que los ingleses; por lo menos en todo lo referente al cultivo del maíz y abono del campo" Los indios- dice un historiador- le enseñaron a los puritanos como pescar y cultivar maíz, y como fertilizar los campos con pescado y conchas pulverizadas" (Cit. Samuel Wood Bryant, The sea and the States. A Maritime History of the American People, Thomas Y. Crowell Company, New York, 1947, p. 17)

Entre los beneficios que ~~habían de recibir los salvajes~~ al arribo de los ingleses se encontraba en lugar prominente el cultivo intensi-

(72) Peckham, por ejemplo, hace un somero inventario: "...además del conocimiento que han de recibir de como cultivar y preparar las siembras, los indios serán reducidos a un buen gobierno y a una bien gobernada riqueza común, abandonando sus desordenados escándalos y compañías, y además aprenderán ocupaciones mecánicas, artes y ciencias liberales" (Op. cit., p. 69). Obsérvese que el paso primero para desarraigar la barbarie es convivir en sociedad y, por supuesto, en una sociedad cristiana, económicamente activa.

vo y extensivo de las tierras, No es que los indígenas no supieran cultivar las en esto Peckham era mucho más justo que Lane-, sino que no sabían extraer les el debido rendimiento; pero esto iba a cambiar bien pronto y los indf-⁷³

(73) "La teoría- escribe Weinberg- de que el cultivo del suelo estaba ordenado por Dios y era un motivo de moralidad ha figurado no solamente a lo largo de toda la historia de las relaciones con los indios, sino asimismo ha estado presente en todos los casos en que los americanos han deseado el suelo ocupado por una raza inferior" (Op. cit., p. 73). Este mismo será el argumento que se esgrimirá frente a México. Como los mexicanos, argüíase,

no hacían uno uso extensivo e intensivo de su suelo fueron juzgados inferiores; declarado y demostrado esto no cabía ya sino emprender la usurpación. Estas fueron, entre otras, las razones para que se nos arrebataran las tres cuartas partes del territorio nacional: "Texas, Nuevo México y California. A nadie le iba ya extrañar que para asentarse los ingleses en Virginia y en la Nueva Inglaterra emplearan con anterioridad argumentos idénticos.

El crecimiento y desarrollo de Estados Unidos descansaban desde los meros principios coloniales sobre el principio ético-religioso del mal uso y peor empleo del suelo por los indios. El cultivo de la tierra era necesario para la civilización, y era fundamentalmente la ejecución de una disposición divina; cumplimiento de la vocación. Desde este innocuo ángulo de visión los despojos hechos a los indios podían justificarse. Este mismo argumento, ya indicamos líneas arriba, serviría contra México para disculpar la rebatida norteamericana; la escasa densidad de población e incluso el atraso del sistema de explotación agrícola excusarían, desde el punto de vista estadounidense, la rapina del 47. "Ello afectó a la tierra los mexicanos— escribe Weinberg— quienes eran cultivadores del suelo, pero que no lo cultivaban eficientemente o que lo hacían pero sólo en pequeña parte" (Op. cit., p. 83). Y en el informe de la asamblea democrática del Estado de Nueva York (1845) se establecerían en nombre del beneficio humano que había que quitarse con todo México: "No nos lo quedaremos para uso nuestro, sino para el de los hombres. El trabajo fué el medio consagrado al hombre cuando fué creado para subvenir sus necesidades. Hacer la tierra y subyugarla fué la misión ordenada al hombre y fué también su destino" (Ibidem, 89) (Reproducido por Weinberg del "Nile" a "Register" N.º. LXXIII, 1848, 391). Nótese que en lo relativo al espíritu expansivo todos piensan lo mismo; lo mismo las caberas representativas norteamericanas que ~~aquel tiempo que las del montón; por igual, si se nos ha seguido hasta aquí las del siglo XVI que las de tres siglos más tarde.~~

genza no tendrán por que quejarse de ello. En última instancia se invocabá a Dios para justificar el cambio e incluso el despojo que se llevaba a cabo:

Y admito que ellos tienen el conocimiento de como lograr cierto fruto de su tierra; sin embargo se les pide arrancar de su ignorancia y traerlos a la civilización y conocimiento, y de modo tal que les hagamos entender que la décima parte de su tierra puede ser trabajada y empleada para que rinda más provecho al uso necesario de la vida humana de lo que rinde ahora. Creo que Dios creó la tierra a fin de que por medio del cultivo y la labor produzca las cosas que son necesarias a la vida del hombre

(74)

SEGUNDA PARTE.

TEOLOGIA Y EVANGELIZACION: SANTOS Y PURITANOS EN AMERICA.

I.

La Edad Dorada y el Suen Salvaje. Los problemas de la Evangelización.

1.- Pórtico.

El mundo clásico dejó como herencia al medioeval y moderno el sueño de una edad dorada para siempre ida. Con el descubrimiento de las Indias dicha edad se puso de vuelta de moda; pero entonces, a diferencia de otras épocas, el hombre pudo encararse con algo concreto para ordenar sus ensueños y aspiraciones de un mundo nuevo y mejor. Uno de los primeros que dió expresión al tan suspirado ideal fué Pedro Mártir al escribir acerca de los viajes de Colón y de las nuevas insulas y habitantes descubiertos:

Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua es común, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, semillas de todos los males, pues se contentaban con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada. (1)

(1) Pedro Martir de Angleria, Décadas del Nuevo Mundo (Edición y versión españolas del Dr. Joaquín Torres Asencio), Editorial Bajel, Es. As., 1944, p. 41.

Con anterioridad a Pedro Mártir había relatado Colón sus impresiones viajeras, y en ellas había descrito el inefable encanto que él sintiera a la vista de unas islas edénicas muy bellas, de montes sublimes y agradables a la vista, de campos feraces habitados por gentes ingeniosas, bien proporcionadas, trípidas, espléndidas en sus dádivas, y de buena fe.

(2) Ibidem., 5-8

Esta era, podemos asegurar, la primera conformación sobre la edad fingida hecha por un hombre cuya mente estaba en gran parte atiborrada de conceptos medioevales. Un hombre ya de signo mental diferente, Américo Vespucio, encontrará asimismo que las gentes vistas por él viven y se contentan con lo que les da la naturaleza, estimando en poco la riqueza y siendo ende harto

liberales: de aquí a Rousseau, que imagina al hombre viviendo en armonía

(3) Arud. Carta de las Indias Nuevamente Descubiertas en Cuatro de sus Viajes (Edición facsimilar), Imprenta Universitaria, México, 1941, p. 40

con los dictados de la naturaleza, no había sino un trazo que recorrer; y que efectivamente se recorrió cómoda y placenteramente, en resbaladilla, a los largo de dos siglos. Pero dejemos a Rousseau tranquilo, y con él a su siglo tan graciosamente irreverente como sarcásticamente incrédulo, y situémonos en el diecisésis que, al menos en España, fué una centuria de sólidas y santas creencias. Para tal época el hombre natural, el buen salvaje, llegaba a ocupar en cuanto tema su puesto en el santoral de la filosofía racionalista, como antes lo había tenido en el seno de la filosofía moral y jurídica. Además de esto, los literatos de aquel tiempo, pachoncos de finísimo olfato, percibieron la vitalidad del asunto y se lanzaron a zancadas tras él. La nueva edad de oro ya añorada por Virgilio se viste de flamantes galas; pero el tema pasaría bien pronto de las manos españolas reminiscentes, ocasionales y hasta cortesanas— por ejemplo las de Guevara, e incluso

(4) Vide El Villano del Damblío, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 65, pp. 160-165. Este relato de fray Antonio de Guevara es el disfraz retórico que se viste a la crítica cortesana para censurar la colonización española. El Villano representa el planteamiento, por parte del hombre culto y religioso que era Guevara, del tema del hombre natural, del buen salvaje destruido por el impacto de la inmisericorde y villanil edad del hierro. También pudiera ser un desahogo aristocratizante de cortesano contra las habilidades guerreras y conquistadoras de los segundones y destripaterrones colonizadores y conquistadores de América.

las sentimentalmente populares y críticas de Miguel de Carvajal y Luis Hurtado de Mendoza— a las europeas de carácter crítico-polémico originadas y

(5) Véase el Auto de las Cortes de la Muerte, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 35. La novedad de este auto consiste en la inclusión en la danza o cortés de la muerte de unos nuevos y cuitados personajes, los indios, que con este auto toman ya carta de naturalización histórica y literaria. A diferencia de los personajes habituales convocados para tales danzas, los indios alegan ante la Muerte el mal trato y los mil y un daños que han recibido y reciben de los españoles. La llegada de los castellanos a las Indias acabó con la edad dorada. Lo importante que hay que reconocer es que por medio del teatro las capas populares españolas hacían suyos los problemas y controversias de los eruditos acerca de la racionalidad de los indios

y de las causas de justas e injustas guerras.

cebadas en Las Casas, y fundamentadas asimismo en la visión inglesa de paí

(6) Esta corriente polémica y desacreditadora se nutría naturalmente en el tremendo dominio. Las Casas frente al problema del "buen salvaje" más se inclinaba a la interpretación racionalista- como ha puesto bien en claro O. German- que a la tradicional católica; más al immanentismo que a la trascendentalidad (Vide Edmundo O. German, Lucha por justicia, Cuadernos Americano, Núm. 5 (Mayo-Junio, México 1949

salaje y hombres americanos en el siglo XVI.

El primer encuentro de los ingleses con los indios es amistoso y la visión primera de la tierra americana (Virginia) deleitosa. Al Aproximarse a la costa (1584) el Capitán Barlowe percibe como un anticipo promisor de la tierra maravillosa: aromas, fragancias y auras deliciosas: "El día 2 de julio hallamos agua poco profunda y percibimos un tan dulce y fuerte olor como si estuviéramos en medio de un delicado jardín cuajado de todo género de odorísimas flores".⁷ A parte el carácter propagandístico,

(7) Cf. The first voyage to the coast of America, with two barks, wherein were Captaines W. Phillip Amada, and W. Arthur Barlowe, who discovered part of the Countrey Now called Virginia, Anno 1584, written by one of the said Captaines and sent to sir Walter Raleigh knight, at whose charge and direction the said voyage was set forth (Apud Francis Coleman Rosenberger (Editor del Virginia Reader), A Treasury of Writings, P. Dutton & Company, New York 1948, p. 27. Vide también en Hakluyt, vol VI pp. 121-139

que lo tiene y grande, el descorder de la cortina para presentar la primera vista del panorama eldorádico no puede ser más atrayente de lo que es. Pero lo escrito no es sino el comienzo, veamos lo que sigue; El suelo es extraordinariamente rico y fértil; pues los salvajes - escribe Barlowe- recogen tres cosechas cada cinco meses. Y para probarnos la maravilla añade: "Probamos el suelo y sembramos algunas de nuestros guisante, y a los diez días ya tenían catorce pulgadas de altos"⁸ En una palabra la naturaleza

(8) Ibidem, 32

americana- al menos en este primer contacto- se mostraba, según el asombro de cronista, potenciada, agigantada antes bien que rebajada, degenerada y

disminuida: "El suelo- añade Barlowe- es el más abundante, fresco y her-
moso, fértil y saludable de todo el mundo"⁹. que era como debía ser, es de

(9) Ibidem.

cir como correspondía al paraíso, ahora sí; recién descubierta. El tema de la degeneración, que muy pronto prendería en los cronistas españoles. En los primeros contactos, no es motivo de preocupación para Barlowe ni para ninguno de los cronistas ingleses de aquella época; por lo menos, añadamos en nuestro descargo, y curándonos en salud, no lo hemos encontrado en ninguna de las crónicas manejadas por nosotros. Cuando aparece siempre es transferido, como ya tuvimos la oportunidad de ver, a las colonias americanas de España)Supra 1 -1).

Dijimos que el primer encuentro de Barlowe con los indios fué amistoso; efectivamente él quedó gratamente sorprendido al verlos e intentó asimismo sorprender a sus lectores en el relato: "Al siguiente día llegaron hasta nosotros en sus canoas, y en uno de ellos venía el hermano del rey acompañado de cincuenta hombres, gente hermosa y bondadosa que mostró en su conducta y maneras tanta civilidad como la de cualquier pueblo de Europa". No.

(10) Ibid., 29

tase que por lo menos a una primera impresión Barlowe no tenía inconveniente en reconocer la categoría humana de los indios, y la comparación de estos con los europeos lejos de ser foytuita resulta cuidadosamente intencional. La impresión de Barlowe y sus marinos, lo mismo que lo fué la primera experimentada por Colón, es favorable a los indígenas; pero las características,

(11) Vide Edmundo O' Gorman: Sobre la Naturaleza Bestial del Indio Americano fund. revista de Filosofía y Letras, Fac. de Filosofía, México 1941
Num. 1. p. 145

de bondad y belleza que reconoce en ellos les hace conferirles un grado especial humano distintivo y excepcional que se encamina hacia la explicación

pseudoclásica. En Suma los indígenas constituían una humanidad desplazada del tiempo; detenida, no evolucionada hacia la degeneración férrea; fuera de lugar; de otra época ya pasada y más feliz, como lo demostraba el carácter generoso y leal de los salvajes: como correspondía a una gente que vivía aún al modo de la edad dorada: "encontramos a aquella gente más mansa, amorosa y fiel, y desprovista de todo engaño y traición y tal como si estuvieran viviendo en la edad de oro".

(12) Cf. Barlowe, 33

Para que la impresión que recibiera el lector no quedara grunca o por lo menos no derivara hacia el escepticismo se acudió a la representación gráfica, a grabados, acuarelas y dibujos tomados in situ y retocados, como en las fotografías, a gusto, engaño y fantasía del artista. Las acuarelas de John White nos presentan un mundo indígena raro y atrayente,

(13) Se reproducen todas por primera vez así como los grabados de Bry en la obra editada y anotada por Stefan Lorent, intitulada The New World. The Finest Pictures of America, Duell Sloan & Pearce, New York 1946

pleno de euforia bosquimana: pero la aproximación a lo indígena se nos presenta y revela secamente utilitaria, egoísta y casi beligerante, sin mayor alcance que el de la curiosidad: hermosas y fuertes figuras de mansos salvajes- interpretados desde el rellano decorativo, justificativo, renacentis-

(14) En estos tiempos que corren de excesivo respeto para la propiedad intelectual no podemos menos que señalar así sea la mínima inspiración que nos haya venido de fuera. Así pues devolvemos el término decorativo a su genial acuñador, Federico Nietzsche: Apud. Nosotros los Filósofos, en las Consideraciones Intempestivas, vol III de las Obras Completas (Traducción de E. Ovejero y Maury). Editorial Aguilar, Madrid. 1932, p. 296.

ta y clásica- de vivir selvático-romántico: naturalismo prerrousseauiano a tutiplén. Pero carencia de profundidad, falta de auténtica comprensión y cariño para el tema del hombre salvaje despotenciado y caído, ahistórico; satanesco; algo que no faltará después entre los santos y puritanos de la Nueva Inglaterra.

Las crónicas de Harriot y Barlowe, relapreadas por De Bry e ilustradas con los grabados sacado de las acuarelas de White (1600), las relaciones de Smith e incluso las crónicas propagandísticas, especialmente la denominada Mourt's Relation, tienden a presentar al lector un escenario edénico, copioso en elementos nutritivos, sobre el cual los inocentes y hermosos indios conjugan los verbos más placenteros y holgazanes, ajenos a las molestias y perfidias de la civilización europea. Los ingleses como

(15) Mourt es un personaje ficticio, en realidad la crónica fue escrita por William Bradford, Gobernador de Plymouth y por otro connotado "santo", Edward Winslow (Vide George F. Willison, Saints and Strangers. The Cornwall Press, Cornwall, New York, 1945 p. 3) Las exageraciones y bondades intencionadas con que se describe y retrata el escenario americano obedecen en todas estas crónicas, como ya se ha dicho, a lo que bien se podría llamar propaganda americana, intentada con el objeto de atraer a las nuevas tierras los excedentes de la población inglesa. La relación antes citada y la de E. Winslow: "Good news from New England; or a relation of things remarkable in that Plantation; written by C..." and here abbreviated (Apud Purchas, vol. XIX, pp. 344-394; aquí la hemos consultado nosotros) fueron escritas según manifiesta y no sin razón George F. Willison, "Para atraer más colonos, proque ambas relaciones tenían excitantes historias que contar" (op. cit., 3. Efectivamente en estas crónicas casi turísticas hay sin duda relatos atrayentes; vease, verbigracia éste: entre las ventajas que tenía Pennsylvania para el emigrante la principal era lo elevado de los salarios: "la gente pobre, hombres o mujeres, ganaban tres veces más salario por su trabajo en esta tierra que lo que ellos ganan ya en Inglaterra o en Gales" (Apud. Gabriel Thomas, An Historical and geographical account OF THE Province and Country of Pennsylvania, in America (London, 1683). cit. Louis Morton Haker, Op. cit. 87.) Sin variar mucho esta también sería la actitud de Jefferson, más tarde, al preocuparse en descubrir no solamente el escenario americano para defenderlo de las críticas europeas empeñadas en menguarlo (Raynal, Buffon, De Pau, etc.), sino en presentarlo asimismo revestido de sus mejores naturalísticas galas para atraer, cual nuevo canto de sirenas, a los ávidos emigrantes europeos (Vide Gilbert Chinard The man Jefferson, Little Brown & Company, Boston, 1939 pp. 119-120) Las Notes on Virginia responden, pues a ese tipo de literatura que ha sido denominada certeramente "de encargo" (Apud, E. CH Kirkland. Op. cit., p. 37.

el resto de los cristiano occidentales, idealizaban en el paraíso americano su propia nostalgia y cansancio antes los compromisos que les acarrea la civilización.

(16) Cf. Leopoldo de la. Los Etapas del Pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo, El Colegio de México, México, 1949. p. 26

Colón en la carta ya citada por nosotros había afirmado la cis-

tencia de un personaje fabulescamente ficticio, el buen salvaje; pero los cronistas posteriores, insuflados de clasicismo al respecto y no queriendo contrariar la calidad de tal cepa histórica, no harán sino ratificar la creencia previa; contemplar y testificar lo que ya de antemano estaba visto con los ojos de la imaginación y de la leyenda, olvidando o echando en saco roto aquella otra mirada aguilina y negrera con que Colón reparó en los mansos indios de las islas por él descubiertas; disimulando en suma la visión medioeval y mercaderil del Gran Almirante. Tal ocurre, por ejemplo, con los cronistas líneas atrás reseñados y con el acuarelista John White. Las cuarelas de éste realizadas entre los años de 1585 y 1587- que corresponden a los cuatro primeros viajes ingleses a las costas de Virginia- están sobresaturadas, naturalmente, de influencias renacentistas. De Bry, artista flamenco, fué encargado por Richard Hakluyt de grabar las acuarelas, lo que realizó apoyando al trabajo una idealización y delicadeza románticas aun mayor si cabe que las poseídas por los originales. Los grabados resultaron extraordinariamente bellos, y los fondos añadidos por cuenta y riesgo del grabador, que representan escenas de la vida indígena y paisajes americanos convencionales, aumentaron el encanto apolíneo de las figuras representadas: el indio americano, el buen salvaje penetraba en la historia anglosajona bajo el amparo estético y ético de la corriente renacentista, y moviéndose a su gusto bajo este seguro y encantador e inocente palió protector; lo malo vendría cuando tuviera que descubrirse para quedar expuesto a los rayos reformistas y bíblicos; los esfuerzos por encajar al indio en el retablo mental puritano resultarían inútiles y desgraciados para ambos. La tarea primera no fué muy difícil para De Bry -a pesar de que nunca visitó a América- gracias a sus propias concepciones áureas y, sobre todo, gracias al entrenamiento que tuviera al grabar con anterioridad los dibujos de Jacques Le Moyne, cartógrafo contratado por el rey de Francia para que acompañase a Rene Laudonniere en la expedición hugonote a la Florida. (1564)

(17) Los hogonotes franceses se habían adelantado a los anglicanos en la ocupación de la Florida (El proyecto del Gilbert comprendía dos bases de operaciones desde las cuales operar contra la Nueva España: Ferranova y la Florida); pero el establecimiento fundado por las francesas fué arrasado por el implacable e intrépido Pedro Méndez de Avilés, que cumplien ~~su deber~~ e inmisericordes - como correspondía a una época de intensa lucha religiosa - de Felipe II pasó a cuchillo a toda la guarnición francesa del fuerte Carolino y a los soldados que, fiados en la palabra del Capitán más tarde se le entregaron como prisioneros (1565)

18

Los dibujos de Le Moyne, uno de los pocos superviviente de

(18) De las pinturas de Le Moyne, sólo conocidas hasta hace poco por los trabajos de De Bry fué encontrada una en 1901 en un castillo cercano a París. Por este único original que se ha podido conservar (se reproduce en la obra que estamos utilizando: Lám 32) cualquiera se puede dar cuenta de todo lo que influyó el dibujante francés en el grabador flamenco.

la aciaga aventura - fueron a parar a manos de De Bry que los grabó sin alteraciones ni adiciones propias, y ciñéndose lo más posible al estilo y espíritu del inspirado y hábil artista francés. ¹⁹ Los torsos y perfiles de

(19) No hay contradicción con lo expresado más arriba pues ahora hablamos de los grabados a base de los dibujos de Le Moyne; y antes lo hacíamos de los grabados de De Bry a base de las acuarelas de White.

los salvajes representados en las dos series de los originales grabados por el flamenco recuerdan la tradición clásica y poseen además una influencia renacentista tan acusada que nos atrevemos a asegurar que resulta inclusive casi sospechosa. ²⁰ Aparte de esto hay además quien se asom-

(20) La sospecha proviene de la fecha (Francfort, 1590) en que se grabaron las acuarelas de White, que es coincidente con la tormenta de descrédito enderezada contra España y los españoles. La exageración, que se nos antoja intencional, de las figuras romántico-naturalistas de los salvajes, así como los pies aclaratorios de los grabados, tan entusiastamente paradisiacos como acusatorios, hacían aún más cruel y repugnante a la vista de todos el horrible papel de verdugo representados por España. El contraste entre la ignorancia y crueldad españolas y el paraíso indigna por los españoles destruido constituía, sin disputa, una excelente propaganda en contra. Conviene recordar además que el mismo De Bry había realizado un trabajo notabilísimo y por el cual adquiriría fama universal. A él se le encargó de ilustrar convenientemente el famoso panfleto de las Casas (Narratio Regionum ~~et~~ Insularum ~~et~~ Castellarum vs. - siggima, Francfort, 1598. y lo hizo con tan acerado entusiasmo denigratorio contra España que podemos afirmar que gran parte, por no decir que todo, del éxito del librito del dominico en la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII se debió al grabador. El contraste que se establecería en-

tre las ilustraciones inspiradas por el texto de Las Casas y los grabados según las acuarelas de White y los dibujos de Le Moyne sería altamente demostrativo. En un caso la exaltación desmedida de la supuesta felicidad naturalista del buen salvaje, fuerte, hermoso e inocentísimo; en el otro la ferocidad y los tormentos más atroces puestos en práctica por los civilizadísimos españoles para destruirla y destruirla. Contraste consciente o subconsciente intencionado; contraposición de luz y sombra, y sobre todo, elemento básico para la leyenda negra.

bra con ellos no por el valor intrínseco que los mismos posean, más por el que se les confiere cuando se los compara especialmente con los realizados por los cronistas españoles o mestizos sobre análogos temas y sujetos:

Y qué cuadros eran, en ^(de) contras con los crudos y grotescos y frecuentemente absurdos grabados en madera que habían ilustrado por ese mismo tiempo los libros franceses y españoles sobre América! Aquí, en el primer trabajo inglés intentado para describir la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo había grabados muy bien hechos y basados en la realidad vista por el ojo del dibujante, por lo que resultan ilustraciones que recurren lo mismo a lo substancial que al mérito artístico (21)

(21) Cf. Manfrolph D. Adams, An Effort to Identify John White, "The American Historical Review" (cit. J. Lorent, Op. cit. p. 182).

Sin que entremos de lleno en la capacidad estética demostrada por el comentarista antes citado, orientada como es fácil de ver por el principio de la capacidad artística, podemos afirmar que los dibujos de White acusan una apasionante cuanto interesada búsqueda de lo bello; objetivo perseguido con ahínco por la mayoría de los artistas de la época, y gustado por todos sin lugar a dudas. No pretendemos censurar tal objetivo, sino ^(o los) que a ~~los~~ cuatro siglos de distancia intentan sacar partido de su propia inocia y ceguera interpretativas a cuenta de la maestría de De Bry y John White. Los grabados ^(de) españoles que se hace referencia, independientemente de la rudeza de las torpes manos ejecutoras en algunos casos, dan sin embargo, una impresión de realidad extraordinaria dentro de su estilo grotesco y absurdo no precisamente por la semejanza de tipo fotográfico, sino por la esencia que captaron en los modelos al revelar la verdad voluntariosa del ojo artístico que así los vió o quiso verlos, que

es exactamente todo lo que no ha podido ver nuestro crítico- " el que más mira menos ve" reza el refrán- en las ilustraciones de White- De Bry, los cuales también a su modo reproducían su verdad, la inauténtica o antiamericana que llevaban ^{por} dentro. Los unos lo ven todo tras la lente estilística gótica proclive a lo medioeval, tradicional y miniaturesco; los otros (Le Moyne, White, De Bry), tras la renacentista; y no hay en ello capricho alguno, mas una necesidad y voluntas artísticas de primer orden. A pesar de todo resulta paradójico que los primeros acusen más en su estilo, si bien no se lo propusieron conscientemente, la novedad absoluta que los segundos; porque al recurrir éstos a la inspiración renacentista-clásica (que se compadece muy ^{bien} con la intencionalidad artística de la época) para representar la novedad del paisaje y hombre americanos estaban precisamente negando dicha novedad; estaban de antemano poniéndose en guardia contra ella, asegurándose así el rechazo de lo insospechado e insólito. El celofán de la envoltura explicatoria renacentista protegía, según apuntamos, la desnudez histórica del indio americano; pero dejaba ver la desnudez selvática, real y armónica y ahistórica de aquella inexplicable e incatalogable cuarta raza; y los calvinistas de la Nueva Inglaterra, según veremos, nada tenían de miopes metafísicos. La representación del buen salvaje bajo el atuendo somático clásico respondía por una parte a las exigencias literarias y espirituales reclamadas por la edad de oro; pero por otra, a otros requerimientos, por ejemplo el estilístico, estupendo trabajo artístico con el que aparentemente se eliminaba la amenaza de lo satánico, autóctono y antihistórico; pues la exigencia de la cultura cristiana de aquel tiempo imponía especialmente desde el punto de vista religioso de los protestantes, la necesidad de explicar en términos del Génesis y del Éxodo la existencia de los indios en el hemisferio occidental.

En los siglos XVII y XVIII se desempolvaban nuevamente los viejos grabados para ilustrar convenientemente el tema de la inmadurez y degeneración americanas y para atacar la obra conquistadora y evangelizadora de España. La Historia de los Viajes de Prevost y la monumental "Galerie agréable du monde" utilizan los grabados de Teodoro De Bry y los modificaron, cambiaron y saquearon a placer; el estilo del grabador flamenco inspiró a los grabadores dieciochesco y aun les desbordó la fantasía, cuando representan a los embajadores enviados a Moctezuma cabalgando sobre fantásticos elefantes. Las hermosas figuras que había grabado De Bry y la intencionalidad paradisíaca de su obra volverán a utilizarse, aunque ya barrocamente, para poner una vez más de manifiesto la incapacidad y barbarie españolas, y el significativo contraste entre el esplendor oriental de las civilizaciones indígenas con la avaricia y atraso hispanos.

2.- Los primeros fracasos: el olvido de la misión espiritual.

El sueño de Roanoke tan felizmente comenzado por los colonos ingleses acabó cuando los románticos pieles rojas se hartaron de mantener a los blancos. Drake llegó oportunamente (1586) para repatriar a los desesperados colonos que de otro modo se hubieran muerto de hambre. Un anónimo cronista no pudo menos de achar a los buenos pero desconocidos propósitos divinos el fracaso de la intentona pobladora. Relatando el tercer via-

(23) Cf. "An account of the particularities of the improvements of English men left in Virginia by sir Richard Greenville under the charge of Master Barth Lane Generall of the same, from the 17. of August 1585 until the 18. of June 1586. at which time they departed the Countrey: sent and directed to Sir Walter Raleigh" En Hakluyt, vol VI, p. 162. Con toda seguridad este informe al igual que la carta citada pertenece a Lanes.

Je realizado por un navío despachado por Raleigh en 1586 en auxilio de la colonia, se lamentaba el desconocido autor de que la tormenta hubiese destruido los tres bajeles dejados allí por Drake. Empero más importante que el hecho mismo era la explicación que se daba de la desgracia al atribuir la al fracaso de los colonos en la misión evangelizadora: "Porque la mano de Dios vino sobre ellos a causa de las crueldades y ultrajes cometidos por

25

por ellos (los colonos) contra los nativos habitantes de esta tierra. El

(24) Ibidem. , 163

incumplimiento doctrinal, la preterición de la obligación espiritual contraída con los indios, que constituía el argumento básico justificativo de la permanencia de los ingleses en aquella tierra, había atraído sobre ellos la cólera divina; por medio de una horrosa tempestad Dios había destruído la mayor parte de los elementos y medios con que contaban los colonos para ir viviendo. Como lo escribiera también otro testigo presencial de la ira del Señor, el interés de los ingleses se había caracterizado y desviado casi exclusivamente hacia la preocupación de obtener riquezas metalíferas, sin interesarse los más mínimo en allegar recursos para subsistir:

Que como después el oro y la plata no fué por ellos encontrado con la misma ansia con que fué buscado, pusieron poco o ningún cuidado en ninguna cosa salvo atracar sus barrigas: o porque muchos tuvieron poco entendimiento, menos discreción y más lengua larga de lo que era necesario o preciso. (25)

A ninguna otra cosa efectivamente se consagraron los colonos primeros en Virginia, y en lo referente a los excesos de lengua algunos se la desataron más de la cuenta y más de lo que una elemental prudencia aconsejara. Los dimes y diretes tales y tantos fueron que no pararon los colonos hasta que no culminaron en una sedición de consecuencias funestísimas; pero de los indios, de la labor y compromiso evangelizadores ni media palabra, ni el más leve esfuerzo.

Richard Hakluyt reconociendo el interés egoístamente mundano de

(25) Cf. A briefe and true report of the new found land of Virginia: of the commodities there found and to be raised, as well merchantable as other. Written by Thomas Hariot, servant to Sir Walter Raleigh, a member of the Company, and first employed in discovering a full twelve months. En Hakluyt, v. 167.

la mayor parte de los colonos criticaba la indiferencia que sentían los más para con el inexcusable y primario deber espiritual evangelizador. Lo más escribe, ocupados en "ganancias transitorias y mundanas, y esto la ma-

yoría de las veces por medios deshonestos e ilegales; los menos dedicados a salvar las almas de los pobres y ciegos infieles". Si se hacía caso omi-²⁶

(26) cf. Hakluyt, "Prólogo", 230.

so de la recomendación divina; si la única y legítima justificación con que podían contar era de este modo socavada, pocos argumentos podrían hacer valer los ingleses para convencer a los otros pueblos de la legitimidad de los títulos americanos que ellos poseían. Así por lo menos se lo comunicaba Hakuyt por carta a Raleigh expresándole la necesidad que había de modificar el sistema con objeto de atender más a lo espiritual. Único modo además para poder impetrar el favor del cielo:

Empero a causa de que diversas y bien dispuestas personas han entrado ya en este negocio suyo, y como sé que tendís para el futuro la intención de enviar algunos de tales buenos clérigos allí, que podrán verdaderamente decir a los salvajes como lo hicieron los apóstoles: no buscamos lo vuestro sino a vosotros, experimento gran alegría por el éxito que han de lograr estas acciones suyas, y espero que el Señor, cuyo poder suele ser perfeccionado en la debilidad, bendicirá ~~Yos~~ ~~debiles~~ ~~cientos~~ de vuestra colonia. (27)

(27) Ibidem.

Si se quería tener éxito en la tarea colonizadora, había, por lo tanto, que fortalecer el compromiso original enviando predicadores para anunciar a los salvajes la salvación por Cristo; había pues, que evangelizar a los indios. El pecado del olvido había sido tanto más grave por cuanto los indios aquellos poseían una capacidad intelectual superior a la de los indios de México y Perú. Hakluyt veía en esto la garantía del éxito y así se lo hacía notar a Raleigh.

Porque como podéis leer en las últimas palabras de la relación de Nuevo México traducida ahora al inglés, la tierra firme sobre la que vuestra última colonia se ha asentado, está henchida con muchos miles de indios los cuales de mayor ingenio que lo que viven en México y Perú, son, como ha sido informado por aquellos que han tenido alguna experiencia y relación con ellos: por donde se puede inferir que ellos recibirán fácilmente el Evangelio y abandonarán su idolatría en la que hasta el presente la mayor parte de ellos están envueltos y enredados. (28).

(28) Idem.

Al expresar Hakluyt que los indígenas con los cuales los ingleses estaban o iban a ponerse en contacto se hallaban mejor dotados intelectualmente que los que vivían en las posiciones españolas expresaba su firme creencia relativa a la racionalidad del indio; y esta afirmación que sobre tema tan debatido atribuímos a Hakluyt, no la hemos deducido ni mucho menos a la fuerza; algo así como se exprémieramos medio limón despachurrado con el intento de extraerle las postreras posibles gotitas de zumo, mas el propio compilador^(dor) nos lo insinúa al subrayar la diferencia que según sus informes existía entre los indios de una y otra región. Sin duda hay en su afirmación un vivo interés espiritual que le hace ser demasiado optimista, pero Hakluyt, que estaba muy al tanto de las crónicas e informaciones españolas, no podía ignorarlas, como no ignoró según vimos, la apasionante discusión abierta en torno a la racionalidad del indio, bien que sin tomar parte en ella, como asimismo la resolución doctrinal, igualitaria y favorable que se le dió al problema. Al suponer que los salvajes eran más listos y más ingeniosos que los indígenas mexicanos y peruanos estaba equilibrando y llamando la atención sobre la calidad intelectual y racional de aquellos; y esta afirmación nos permite elaborar un concepto claro y preciso acerca del que poseían sobre el indio los ingleses en el siglo XVI. Conocemos el terreno trechoso, y por ende peligroso que pisamos por ser de la hipoteticidad; pero no encontramos otro sentido sino el prescrito a la intencionada indicación de Hakluyt. Él deseaba presentar como fácil y atractiva la acción evangelizadora, sin duda; más en este su propio interés espiritual puede percibirse el matiz racionalista con que caracterizaba al indio, y que resultaba imprescindible para obtener una opima cosecha de futuros catecúmenos. El echo de que los indios, según Hakluyt, sean entes racionales es precisamente la condición que hace factible su evangelización; la garantía constitutiva racional de los salvajes es lo que facilitará su conversión; la fe futura clama por la razón presente, pues que ésta es exigencia de aquella. No creemos que sea violentar demasiado el texto el considerar que la facilidad con que los salvajes han de abrazar el Evangelio y rechazar

la idolatría indica precisamente por parte del indio un acto de libérrima voluntad; porque nadie se adhiere rápida y fácilmente a las nuevas creencias sin antes estar plenamente convencido, persuadido de las buenas razones que las mismas encierran. Con esto descubrimos que la evangelización protestante se caracteriza ya desde sus comienzos, desde sus premisas intelectuales por un único modo de realizar la tarea fundado precisamente en el intelecto y en la razón; su filiación lascasasiana es evidente y sólo

(29) Vide. Edmundo O' Gorman, Fundamentos de la Historia de América, Imprenta Universitaria de México, 1942, p. 32. Véase también de Las Casas, Del Único Modo de atraer a los Pueblos a la Verdadera Religión, Fondo de Cultura Económica, México, 1942 Cap. 50. I.

le faltaría para ser completa la tercera exigencia del método evangelizador propuesto por Las Casas, "la invitación y suave moción (allicio) de la voluntad"; una cosa en la que anglicanos y puritanos novoiingleses estarían

(30) Ibidem.

también de acuerdo, pero que, como tendremos oportunidad de ver, fue ensayada desechada frente a las exigencias reales que imponía la obra misionera.

Los ingleses en el siglo XVI, en términos generales, vieron al indio como hombre, como simiente de Adán, aunque un tanto degenerada; como animal racional, según la fórmula tradicional; pero no iba a ocurrir lo mismo en el siglo XVII, y mucho menos en los dos siguientes que ya correrían por cuenta de los norteamericanos en lo referente a la relaciones de los blancos con los indios.

3.- La naturaleza del indio desde la postura puritana.

Antes de proceder a ello conviene verificar una recapitulación o recuento de las ideas inglesas, que un poco por aquí y por allá se encuentran desperdigadas y utilizadas por nosotros en forma fragmentaria a través de esta segunda parte, relativas a la evangelización de los indios.

y que se refieren al concepto racional de éstos que dicha evangelización racionalista extraña; pues resulta inconcuso que sin un concepto previo del indio en cuanto hombre -animal racional- no podrá haber un programa de adoctrinación. Tal posibilidad y tal caracterización humanas fueron, como vimos, aseguradas por Hakluyt indirectamente al destacar la superioridad de los indios que habitaban las colonias inglesas sobre los que convivían con los españoles en México y Perú. El Capitán Barlowe había también subrayado la característica humana al equiparar a los indios con los europeos, e incluso al hallarseles ciertas ventajas sobre éstos supuesto que aquellos se encontraban, a diferencia del hombre de la Europa férrea, en plena y feliz, y como ~~estancia~~ en el tiempo, edad dorada. La cruz, todavía tenemos que recordar, que según el Dr. Davil Powell era adorada en Acuzamil por los indios, constituía una prueba importante de que desde 1170, tal como lo registraba la Crónica Galea, los aborígenes americano habían sido evangelizados, lo que implicaba la necesidad de reevangelizarlos; de que los ingleses los sacaran de su error para purificar lo que el tiempo, la distancia y el olvido inevitables habían corrompido. La evangelización inglesa se justificaba por los beneficios que con ella habrían de recibir los indios, sobre todo el de la salvación. Al igual que los españoles aunque sin la profundidad teológica de éstos, pues distintos eran no solamente los hombres, sino sus profesiones en este caso, los ingleses admitían que el beneficio debía ser mutuo: "sembrar espiritualidades y cosechar temporalidades"; como lo quería Sna Pablo (Romanos, 15), y como asimismo lo pensaba y aconsejaba Sepulveda; pero la cosecha en esto también concidían británicos e hispanos, serían para beneficio del hombre blanco. La empresa evangelizadora daba tanto a los ingleses como a los españoles derechos sobre las tierras, y como éstas, por otra parte, abundaban y estaban mal repartidas y peor trabajadas y aprovechadas por los indios, los poseedores de aquellos derechos encontraban fáciles o sutiles razones con que justificar las

apropiaciones más descaradas o veladas. Los indios deberían ser enseñados a cultivar propiamente la tierra como parte del programa evangelizador; por que mediante dicho aprendizaje se le ponía en vena de descubrir su "Calling", su auténtica y única vocación. La palabra divina (Biblia y sermones) y el ejemplo inglés serían los dos elementos mágicos con que los indios intentarían convertirse en instrumentos industriales de sí mismos (Supra, p.94); es decir se pondrían en trance de salvación exaltando la mundanidad del hombre indios: típico y diferenciador sistema de salvación y evangelización protestantes. Si los anglicanos insistieron en esto último los puritanos no lo harían menos; y si a esto se añade el aliffo predestinatorio, radicalísimo como ya sabemos desde el punto de vista calvinista, resulta que con dificultad podrían los indios remontar las asperezas de orden material y teológico; en suma que estaban irremisiblemente perdidos.

El programa evangelizador estaba también acuciado por una terrible urgencia, la necesidad de realizarlos cuanto antes, a prisa y corriendo pues que la madurez del mundo, la última edad, así lo exigía; exigencia tradicional de una creencia que, en realidad, ya para entonces había perdido su vivencia dramática. Había también la necesidad de defender y, por supuesto, justificar el derecho inglés a descubrir, conquistar y colonizar los territorios nuevos, y bajo la evangelización que se razona se ocultaba naturalmente dicho derecho, el cual hacía caso omiso de los beneficios temporales que obsequiaba el papa a sus exigentes paniaguados. La justificación espiritual esgrimida por los ingleses encubrían y disimulaba la secular, así parecen probarlo las críticas de Hakluyt por el olvido en que habían caído apenas iniciadas las faenas catequizadoras; y las de Harriot ante la codicia despertada en los colonos con descuido y en detrimento de la misión evangelizadora. Más Dios no podía ser fácilmente burlado, el compromiso original tenía que ser cumplido so pena de quedar expuestos los informales a los castigos a que se hacían acreedores los perjuros. La cólera divina no tarda en desencadenarse y sobre los colonos de Roanoke y Terranova co-

no escribiera el cronista, llueven calamidades como cayeron plagas sobre los israelitas. Los ingleses quedaron en un estado mísero y se vieron constreñidos a abandonar los establecimientos con tantos sacrificios y trabajos fundados. Que la mano de Dios había estado metida en el asunto fué patente, porque inmediatamente después de haber abandonado los colonos su paraíso terrenal llegó un navío de socorro que había sido enviado por Raleigh, pero después de buscar inútilmente regresó a Inglaterra; quince días después llegaba también Sir Richard Greenville con tres bajeles, y no hallando tampoco a los colonos y encontrando desolado el lugar donde se asentara la colonia dejó quince hombres en la isla de Roanoke y puso proa a la Gran Bretaña. (Junio de 1586)

La empresa británica en el siglo XVI había fracasado como todas las europeas que en el mismo siglo no se toparon, como les aconteció a Cortés, Pizarro y tantos otros, con imperios bárbaros que conquistar y despojar.

En el siglo XVII será ya otro el tipo de inglés interesado en las empresas americanas, y aunque las diferencias entre los colonos de Virginia y de la Nueva Inglaterra son profundas, más hondas lo son las de ambos con respecto al hombre del siglo anterior. El colono puritano del siglo XVII es ya en cierto modo un hombre que se encamina irremisiblemente, mas insospechadamente hacia la modernidad. A causa de esto y por la de sus rasgos espirituales, así como por el concepto que forjará para sí y para los otros acerca del indio- concepto del que se derivarán consecuencias extremas para éste, las cuales matizaran e influenciarán el devenir histórico de la nación hasta nuestros días- es por lo que lo hemos preferido a cualquier otro grupo colonial primitivo (Virginia). Las ideas que sobre los indios pusieron en circulación los grupos puritanos de la bahía de Massachusetts (Plymouth Boston, Salem, etc) imprimieron una profunda huella en la mente novoinglesa, que hasta la fecha, estamos seguros, aun no se ha borrado.

Es evidentemente un lugar común el que se hace eco de la llamada

crudelidad anglosajona para con los pieles rojas, y de la que se ha inferido la aniquilación casi total de éstos. Planteado así el problema ha sido fácil levantar una contraleyenda—utilizada como argumento eficaz ya entre los historiadores interesados, ora entre los acomodaticios— para bonificar y defender la obra de España en América. Pero nosotros no nos sentimos con animos para emplear el desacreditado método del más lo eres tú, ni estamos inclinados a sacar los trapitos sucios al sol con el indisimulado intento de probar con tono leguleyo definitivo y sentencioso cual de las dos naciones merece mejor nuestra condenación. Nuestro interés, pues, más que a orientarse a fijar los resultados destructores, ciertamente fatales para los indios de Norteamérica, tiende mejor a determinar las circunstancias y condiciones que acarrearón la actividad devastadora anglosajona; o para ser más claros, paramos fundamentalmente nuestra atención en las ideas que acerca de la naturaleza del indio se forjaron los puritanos ingleses. Esto nos llevará de la mano a preguntarnos por un problema todavía más extremado, el del pensamiento puritano inglés relativo a la naturaleza del hombre. Creemos, no obstante, que no habrá que insistir mucho sobre ello supuesto que en la primera parte de este trabajo se apuntan por aquí y por allá algunos rasgos y perfiles orientadores acerca de la naturaleza que ahora cuestionamos. Desde el punto de vista de la teología calvinista—puritana el hombre no es sino pecado, y la infinita e incognoscible caridad divina distingue, sin embargo sin que le sea posible a los humanos intelecgrir el porqué, de entre el aborto de los condenados a los justos, a los que serán salvos; es decir a una minoría privilegiada, pues los puritanos sin apartarse un ápice de Isaias proclamaban un determinismo teológico que declara que los elegidos son pocos. El hombre vivía intramundamente, mas sus acciones estaban desprovistas de toda potenciación sobrenaturalizadora, exentas de gracia santificante. El indio americano podía ser, por consiguiente, motivo de curiosidad para los protestantes; pero nunca un tema de profundidad teológica o de discusión filosófica supuesto que la respuesta estaba de antemano dada. El indio es hombre, ser humano, a saber corrupción; y en esto nada había que lo hiciera

se primordialmente distinto del hombre blanco. La igualdad se asentaba en la naturaleza pecadora y vil del hombre, y se refería en este aspecto carnal al plano de lo meramente físico; pero como en la teología protestante, especialmente en la calvinista, la doble predeterminación actuaba con una fuerza extraordinariamente selectiva, se brincaba así fácilmente al plano metafísico por ^{el} que se justificaban las diferencias.

El concepto del hombre, y por lo tanto el del indio, esta, pues, embebido en la garapa teológica protestante; todos los hombres son iguales en el plano de lo natural, como también lo quería Ulpiano, más no en el de lo contractual que se origina y se inclina en el impulso trascendente, en la forzosa que le es al decreto divino inherente. La igualdad natural tiene lógicamente por correlato la libertad natural; verbigracia la libertad en la que no es posible establecer distinciones entre el hombre y el animal; la desigualdad contractual ha también por correlato la libertad moral a la que Winthrop, Gobernador de la Nueva Inglaterra (1630-1649), denominará civil o federal; a saber "con referencia al pacto entre Dios y el hombre sobre la base de la ley moral, y con referencia a los convenios políticos y constituciones establecidos entre ellos mismos".³² Fuera del pacto Dios

(32) Cf. Winthrop's Journal, History of New England (1630-1649), editado por James Kendall, Charles Scribners Sons, New York, 1908, vo. I. p. 125

permanecía desconocido; pero dentro del pacto Dios y el hombre podían vivir juntos en amigable y efectivo comunismo.³³ Asociados los hombres en el triple

(33) Cf. Berkmeister, Op. cit., p. 15

pacto, como lo quería Thomas Hooker: el de gracia, el eclesíastico y el civil. Dios estaba obligado a hacer todo lo que El había prometido hacer. El

(34) Cf. Angélica Mendoza, Op. cit., p. 15

es aún el absoluto juez de su obra (soberanía divina); pero mediante el pacto está comprometido a otorgar a su súbditos un estatuto de derechos

inviolables y absolutamente de acuerdo con la racionalidad constitutiva del hombre. Ahora bien, todos los que aceptan el pacto están en vía de salvarse; aquellos que lo rechazan es que se hayan en vida condenados para toda la eternidad. Es, pues, la característica racional del pacto la que suaviza las aristas irracionales y arbitrarias de la selección divina.

(35) Werkmeister, Op. cit., p. 15

La evangelización de los indios, por consiguiente, se ha de entender como un tránsito desde la sociedad natural a la espiritual política, que es precisamente la tarea a la que se dará de lleno John Eliot, el gran educador de los indios.

Y este voto solemne—escribe—hace el Señor acerca de ellos que —siendo ellos un pueblo sin forma alguna de gobierno, y habiendo ahora que escoger, yo me esforzaría ahora con todas mis fuerzas para hacerles recibir el gobierno, así civil como eclesiástico, que el Señor ha ordenado en la Sagrada Escritura, y deducir todas sus leyes de la Sagrada Escritura, para que así sea el pueblo del Señor gobernado por Él solo en todas las cosas. (36)

(36) St. Louis Vernon Parrington, El desarrollo de las Ideas en los Estados Unidos, Lancaster Press, Inc., Lancaster P.A., U.S.A., vol I. p. 121

Ahora bien para que los indios pieles rojas aceptaran el gobierno civil — eclesiástico autónomo imaginado por Eliot se necesitaba pensar los componentes de tal organismo social como entes racionales capaces de convenir en las proposiciones aconsejadas por el Maestro; había que hacer, pues, un llamado al entendimiento de los indios para que éstos pudieran forjar razones sobre la necesidad y bondad del cambio social y político propuesto; y había asimismo que recurrir a ciertas razones que inclinaran la voluntad de los indígenas hacia tales cambios o placenteros trabajos. Empero cuando Eliot habla de fuerza no debe entenderse por tal cosa ninguna coacción o compulsión violentas al estilo franciscano, "La religión por la fuerza"; sino que los esfuerzos de Eliot deben clasificarse entre los eminentemente racionales y pacíficos, porque la violencia le parece antinatu-

ral, una sinrazón; con lo que el misionero puritano se afiliaba a su se-
creto y admirado modelo: lascasasiano. Llegados aquí conviene añadir que
la vieja polémica española organizada para definir la naturaleza del indio
se polarizó en dos opiniones extremas según es sabido: Por un lado existía
el punto de vista de Las Casas que otorgaba al indio una categoría racio-
nal y proclamaba la igualdad natural física del hombre; postura original
que excluía también la idea cristiano tradicional de la servidumbre por na-
turaleza y de la consiguiente barbarie a causa de la incapacidad política
y urbana, y que era precisamente la que sostenía muy tomística y aristoté-
licamente el calumniado Doctor Sepúlveda. Por el otro lado encontramos la
postura franciscana más apegada a los moldes cristiano antiguos y que por
lo tanto no excluía llegado el caso la violencia y la rapidez evangelizado-
ra con tal de no dejar expuestas a millones de almas a merced de Satanás;
en tanto que lenta pácífica y razonadamente se iba convenciendo a los in-
dios uno por uno a que abandonaran sus idolatrías; los franciscanos que-
rían, y lo pusieron en práctica, salvar a los indios de una buena vez, re-
incorporarlos a todos lo más inmediatamente posible (bautizos en masa)-
hoy hacemos aún casamientos en masa impelidos por parecida urgencia- a la
gran corriente alegórica de la Historia Universal Cristiana, no importa
que para ello tuvieran los indios a veces que pagar mediante el castigo
de la destrucción su trágica culpa demoníaca.

La evangelización protestante, según veremos mejor más adelante
estuvo más cerca de la verdad cristiana nueva que proclamaba Las Casas que
de la tradicional, pero digamos ahora que al aceptar el sistema de confe-
sión lento, progresivo, pacífico y razonado estaban más cerca del Padre Las
Casas de lo que tal vez ellos hubieran querido admitir y de lo que también
el Padre hubiera querido conceder. Las Casas y los misioneros puritanos q
querían únicamente convertir a los indios, porque salvarlos era tarea
personal; o por mejor decir sería tarea personal desde el punto de vista
lascasasiano; pero no desde el protestante, porque la doble predestinación

hacía que en última instancia la faena de salvación dependiera exclusivamente de Dios y que solamente fuera imputable a sus inexcrutables designios providenciales. Respira Las Casas un airecillo preheterodoxo-muy de su tiempo, por otra parte- que no puede pasar desapercibido, o que si se ha disimulado modernamente lo ha sido a cuenta de la "docta ignorancia" o de la ceguera voluntaria. Concede el gran conturbador dominicano un papel tan exclusivo y absoluto a la providencia divina que un protestante del pasado o del presente, pero eso sí bien enterado, no tendría inconveniente en aplaudirle el valor casi nulo que concede Las Casas a los mérito humanos y a las obras sobrenaturalizadas de los hombres; vease si no el mezquino papel providencial que representa Colón en la Historia de las Indias. La debilidad que experimentan algunos norteamericanos de altura por el Padre Las Casas no será tal vez la admiración que se siente por un precursor espiritual?

Pese al que tema es tentador tentemos que dejarlo así y volver de nuevo a los pobrecitos indios a quienes Eliot quería congregarse mediante un gobierno civil de inspiración bíblica. El indio era un ser creado por Dios pero que se encontraba, en cuanto hombre, en estado natural, embrutecido. En tanto vivieran en su libertad natural no tendrán la más remota esperanza de salvarse; pero la bondad de Dios predispondría las cosas de tal suerte que el contacto de los pieles rojas con los cristianos vendrá a ser como un camino de acceso hacia la libertad civil; es decir hacia la posibilidad de regeneración. Había que hacer hombres, como quería San Pablo, y para estos nada mejor que el contacto y la convivencia; más el puritano desviaría el mensaje evangélico y desde su pleamar teológica tan de suyo esterilizada sólo lograría a la larga aburrir a los indios.

Sólo las libertades civiles vividas bajo la égida de la Iglesia de Cristo podían proporcionar al indio la característica humana, fuera de esta libertad sobrenatural y racional, no podía ser sino una bestia. El indio necesitaba imperiosa y urgentemente cambiar su sistema de vida social, y por ende espiritual, y adaptarse a las nuevas exigencias, lo cual impli-

caba su conversión completa, o lo que es lo mismo su hipostación desde su libertad natural a la moral, al commonwealth cristiano, a la unión con Cristo, al teocratismo social; en suma a convertirse en el animal político, como lo quería Aristóteles, y en el animal cristiano reformado, como lo deseaba Calvino. El problema para el indio consistían en escuchar con atención y voluntad la palabra guardada en el Evangelio y, en función de la misma, actuar y reaccionar según el ejemplo vivo que le presentaban los hombres ingleses y cristianos.

Los pieles rojas tendrían por consiguiente, que vivir conforme a un pacto con Dios y según un convenio político, libremente aceptado, con los hombres blancos si querían levantarse desde la yeción. Precisamente la diferencia de este pacto con el sistema aristotélico de la organización cotidiana a base de la reunión de unidades familiares perfectas radica fundamentalmente en el sentido trascendental que la predestinación calvinista acuerda al convenio, mediante el cual todos los asociados están en trance de salvación eterna sin que haya siervos y sin que estos tengan que estar doblegados, como lo defendía Sepulveda, al "gobierno despótico bajo el mando de un amo cristiano". Poco a poco la concepción estatal-cristiana de l

(37) O' Gorman. "Sobre la Naturaleza Bestial..." Op. cit. 2, 1941. 310

los puritanos se iba separando de la tradicional católica. El proyecto urbano calvinista no lo podían vivir por sí mismos los indios; pero la generosidad divina había arbitrado medios eficaces para alzarlos: la evangelización contractual.

4.- Pactos alianzas y compromisos.

Inmediatamente que los peregrinos desembarcaron en Cabo Cod (5-XI-1620) eligieron gobernador y oficiales del gobierno, y establecieron las primeras relaciones con los indios gracias al providencial quantum, que chapurreaba inglés por haber vivido en Inglaterra cierto tiam-

(38) Squanto había sido llevado a Londres por el capitán George Weymouth; regresó con la expedición de Smith, pero en 1614 fue conducido con otros veinte patuxetos y siete nausetos a Málaga en donde fueron vendidos como esclavos por el capitán Thomas Hunt, (otras fuentes hablan de otro capitán, un tal Thomas Dernier). Los frailes malagueños rescataron al pobre Squanto a cual pasó poco después de nuevo a Inglaterra como sirviente de Mr. John Slanis, comerciante de Londres. Cuando Squanto pudo definitivamente regresar a su tierra se encontró con que él era el último miembro de su tribu, pues los otros habían desaparecido totalmente víctimas de una misteriosa epidemia; alguna enfermedad, sin duda, aportada por los europeos y contra la cual los indios se encontraron inermes orgánicamente por su inopia de defensas anticuerpos. Por aquella costa y por la de la bahía de Salem había pasado en 1529; Rivero; catorce años más tarde Vallar de Dieppe; en 1602 Bartolomé Gosnold, y después el Capitán Smith. También visitaron estas playas Champlain y el Sieur de Monts que le acompañaba. El primer mapa de esta costa fue precisamente el de Rivero (Vide Frances Pinwar, Britan City The story of Salem, Robert M. McBride & Company, Publishers, New York 1938 p. 6) La presencia de estos europeos fué tan nefasta para los salvajes como la llegada del metro violento que trajera Narváez, para los indios de México.

666

po, el cual fué de gran utilidad para los peregrinos como dragomán o lengua. Mediante sus servicios se pudo firmar la alianza entre el cacique Masasayt y los recién llegados; alianza y paz establecidas con todas las formalidades de rigor, perfectamente articuladas y escrituradas. El pacto de paz se refería a las relaciones de recíproca amistad y buena intención que habían de guardar entre sí indios e ingleses procurando no ofenderse ni ³⁹guerrillar los unos contra los otros. La paz también abarcaba en caso de

(39) Bradford, II, III.

guerra la ayuda mutua contra terceros; de tal modo quedaba asegurada la política colusoria que tan tristísimas consecuencia tendría para los pueblos indígenas.

Los indios pudieron haber destruído, de haberlo querido al grupo inglés desembarcado dado el estado de decaimiento en que se encontraban sus componentes; no lo hicieron, con todo, y hay que suponer que en la adopción de semejante medida influyó poderosamente por un lado el sentido mágico mediante el cual asociaba el salvaje el mundo y su vida: una serie de razones obscuras y complejas agudizadas por el contacto de dos mundos culturales y dos mentes de hombres distintos; y por el otro el tradicional espí-

ritu guerrero del piel rojas incapaz de atentar contra los que de antemano veía vencidos por las privaciones. "quanto llegó a convertirse, vista ahora la cosa por el lado de los colonos," en un instrumento especial enviado por Dios para bien de los colonos allende todas sus esperanzas". Los ⁴⁰ in

(40) La providencia divina va a explicarlo todo, lo mismo la buena voluntad de Squanto que las enfermedades misteriosas que asolaban a los salvajes y los diezmandos que se explicaba, según un connotado peregrino, como un recurso empleado por Dios para hacer lugar en las nuevas tierras a su pueblo elegido. Si a esta creencia se une el concepto de la universalidad de la ley moral que los puritanos heredaron de los hebreos, resulta que todas las cosas, así las más triviales como las más serias; los mismo las favorables que las adversas se ven desde el punto de vista de la gracia o de los pecados del hombre. Una granizada o un dolor de muelas son señales reveladoras de la caída, de la existencia de pecado. Winthrop daba una profunda significación al hecho de que los ratones escogieran de la biblioteca de su hijo el libro de oraciones anglicano, con exclusión de cualquier otro para leer.

dios, encabezados por Squanto ayudaron a los ingleses, que venían desprovistos de todo, a reacomodarse en la nueva circunstancia circundante, enseñándoles a cazar, pescar y cultivar maíz, y a desenvolverse, en suma en el nuevo ambiente. Todo esto recuerda, y mucho, el éxito de Colón y sus ⁴¹ hombres entre los indios en el primer viaje; las empresas colonizadoras su-

(41) Vide Las Casas, Op. cit., Caps. XL al LXIV, passim.

ropeas no sólo coincidieron en sus comienzos, como ya ha sido dicho, sino que para hacer todavía mayor la coincidencia los salvajes de las Antillas y los pieles rojas de Virginia y de la Nueva Inglaterra mostraron la misma favorable y mágica acogida hacia el hombre blanco, los materiales humanos eran en cierta medida parecidos: serían los amasijos espirituales los que poco a poco irían diferenciando los tratamientos y los productos obtenidos. Ahora bien por lo que toca a las empresas colombina y puritana y a la actitud frente al indio que los hombres de una y otra adoptaron, podemos asegurar que la palma del buen trato y de la comprensión se la llevan los ingleses, y bueno será aclarar que éstos obraron a más de un siglo de distan-

cia de la devastación española en las islas del mar de las Antillas y en las del Caribe. Los puritanos, al igual que los españoles, soñaron con una vida ideal en la que ellos representarían el papel del capital... Espiritual, y los indios el del trabajo. Una entre las más interesadas y, por supuesto, falsas versiones acerca de la colonización anglosajona en América nos presenta a los famosos padres peregrinos dedicados a las rudas y nobilísimas tareas rurales desde el punto y hora en que desembarcaron del Mayflower. Pero como ya es archisabido no ocurrió así; los peregrinos estuvieron a punto de morir de hambre—así hubiera ocurrido de no haberlos socorrido, según ya se ha explicado, los indios— dada la imprevisión y escasez de elementos con que arribaron; ni semillas, ni implementos agrícolas, ni ganado, nada, en suma.

Un emprendedor comerciante inglés Thomas Weston, había recibido noticias de que un grupo de puritanos refugiado en Holanda buscaba un lugar a donde dirigirse para eludir las persecuciones religiosas y para practicar libremente su credo calvinista. Weston se presentó en Leyden y propuso a los peregrinos lo siguiente: que él trasladaría a América a los que quisiesen emigrar para fundar junto a la colonia de Virginia una estación comercial y pesquera, y que después de siete años de trabajar para él los haría partícipes de los beneficios de su Compañía. Como los peregrinos tenían poco que perder decidieron emigrar para poder fundar quella nueva Sion ⁴² selvática por la que todos suspiraban. El contrato original convenía, según

(42) Expresión que nos ha sido sugerida por el Título del Capítulo IX (The Fall of the "Wilderness Zion" de la amena y documentada obra de Thomas Jefferson Wertenbaker (A History of American Life, vol. II. de la colección de dicho nombre) "The First Americans". The Macmillan Company, New York 1940, 4a. edición p. 87.

hemos ya adelantado, en siete años de intenso esfuerzo (salinas, comercio de pieles, pesca, tramperías) a beneficio de los empresarios de Londres; y para los peregrinos simplemente era aquello un experimento decisivo. Se estableció un sistema comunal que anuló la propiedad individual ya de la

tierra, ~~quier~~ de los frutos del esfuerzo personal, concentrando así todos los beneficios en el almacén comunal. Sistema comunista que a pesar del absurdo económico en que se fundaba, tanto que puso en peligro la existencia misma de la colonia, se mantuvo contra viento y marea durante los cuatro primeros durísimos años, lo cual sólo se explica por la fuerza espiritual que aquella aventura utópica y teocrática tenía. Pero aparte las imbricaciones e influencias lascasasianas, que a poco que se ahonde se pueden descubrir en esta utópica y racionalista colonización, lo que aproxima dicha empresa puritana a las españolas; y para afinar más lo que la aproxima al proyecto de Las Casas en Texulutlán o "Tierra de Guerra", - hay un elemento común que une la empresa de la Vera Paz con la utopía comunista de la Nueva Inglaterra, el carácter experimental que tienen ambas por partir la una y la otra de un cuerpo de doctrinas subordinado a propósitos prácticos de inmediata aplicación. No se trata - como tampoco ocurrió con el proyecto de Las Casas en la Vera Paz - ⁴³ de una de tantas aventuras casuales, digamos con O' Gorman, de la colonización americana, sino de un ejemplo ilustrativo de lo

(43). O' Gorman. Fundamentos 80.

Sobre el proyecto de Las Casas vease en Fray Antonio de ~~San~~ Histo
ria de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, Madrid, 1619,
libro III, Cap. X

que el historiólogo americano ha denominado certeramente "Conquista Filosófica de América", y que nosotros, aplicándolo modestamente al caso puritano llamaremos la conquista teológica y puritana del Nuevo Mundo.

Teologizando, es decir haciendo teología práctica, que viene a ser de la buena, fué como el diácono Gushman se aproximó al mundo americano para asegurarse el éxito del ensayo comunista. Como un fervoroso partidario del sistema sus fervidos y acelerados sermones acerca de "Los míos y lo tuyo" se enderezaron a poner de manifiesto los males sin cuento que provenían del egoísmo humano "El Peligro del Egoísmo". Aunque los colonos poseían armas y pólvora no sabían como usarlas; aunque trajeron consigo redes y anzuelos ni las unas ni los otros servían maldita la cosa para la pesca del bacalao,

pez que tanto abundaba por aquellas costas; una impremeditación al parecer increíble les había inspirado todos sus proyectos. Las Salinas se les arruinaron, el comercio de pieles era un arte que desconocían por completo, y de la pesca ni siquiera obtenían lo suficiente para alimentarse ellos mismos. Los peregrinos tuvieron que vivir tres años con lo que irregularmente recibían de Inglaterra, y, sobre todo, con lo que aportaban de buen o mal grado los indios mediante el trueque de su maíz por buhoneras inglesas; más cuando el mercado indígena estuvo saturado de ellas se acortaron las provisiones y se aumentaron las hambres, y como de Inglaterra no venía cosa que la remediara los colonos tuvieron que poner fin al antieconómico ideal y dedicarse cada quien a hacer lo que mejor sabía y podía, con especialidad a cultivar las parcelas de tierra que se distribuyeron entre las familias atendiendo a las muchas o pocas campanillas de los personajes y cabezas representativas de las mismas, que para esto lo mismo que para otras cosas la democracia puritana tenía sus virtudes predestinatorias. Se hace difícil ciertamente imaginar como pensaba organizar su Commonwealth el grupo desembarcado en la bahía de Massachusetts:

Durante tres años los peregrinos se sostuvieron en lucha formidable, y sin embargo, ridícula contra la inacción. Lo risible de esta situación radica en que la tierra no carecía de fertilidad, los puertos bullían henchidos de peces, los bosques repletos de bayas y de toda suerte de caza. ¿Qué clase de pueblo era el peregrino que en medio de la abundancia se moría de hambre? (44)

(44) Ernest Bates, American Faith, Ints. Religious, Political and Economic Foundations, W. W. Norton & Company Inc. Publishers, New York, 1946 p.111

Pero hay que pensar que los activísimos padres peregrinos aspiraban a vivir de los mismo que tanto hemos censurado en los españoles, de los indios, así puede asegurarse a la vista de las amonestaciones de John

(45) Bajo el triple pacto político, económico y religioso, los indios se encontraban completamente sometidos a sus maestros. Los ingleses, como ya más de una vez hemos dicho, por su parte obtendrían las ventajas que dicha tutela magisterial entrañaba. Sin meternos en la honduras y distinciones

blancos por las materiales que los indios deberían suministrar. En el fondo el proyecto puritano resultaba ser un experimente racionalmente montado sobre una dificultad insuperable, y como vimos en páginas atrás en los mismos obstáculos con que tropezó Las Casas tropezaron por fuerza los puritanos; el decisivo apego a un método de evangelización persuasiva; el carácter pacífico de divulgación de la doctrina cristiana- no porque la paz en sí misma lo abome, sino porque la fuerza es una mala razón- y la necesidad de convertir a los indios no para salvarlos estrictamente, sino para ponerlos en trance o camino de salvación- por supuesto más radical tal situación en el campo calvinista, pues que se trata de un acto predestinatorio, de una voluntad divina incomprensible al hombre- dieron comodidad al fracaso de los experimentos misioneros de Las Casas y de los puritanos de la Nueva Inglaterra. Vista Ahora la cosa por el lado calvinista anglosajón, el fiasco de la empresa vino a ser asimismo el pago protestante e inglés a América del obligado tributo utópico; una utopía comunista y cristiana, teocrática y puritana. Esta comunidad social de santos y puritanos iba a organizarse a base del reparto colectivo de los bienes producidos por los indígenas, éstos a su vez se beneficiarían dado que el pacto o contrato político-económico los pondrían en camino hacia la libertad moral; en ruta, por con situente, hacia la salvación y atencidad humanas.

El comercio sería uno de los medios más importantes de intercomunicación para indios y blancos, y para los primeros uno de los más coadyuvantes para acercarse y lograr conocer al Dios Verdadero. Sobre lo anterior también Las Casas tiene que ver mucho como fuente de inspiración misionera para los puritanos. Se ha fijado alguien en que el proyecto evangelizador del Padre Las Casas estaba montado sobre el intercambio pacífico de los productos indígenas por las baratijas españolas? El rescate de que habla placenteramente Las Casas le servía para la faena catequizadora, y al ponerle en contacto con Tezulutlán lo primero que hacer es arrear doctrinalmente

por delante de él a tres comerciantes indígenas de la región. Como un hombre ya aposentado casi en la modernidad Las Casas encontraba más cómodo servirse del caduceo de Mercurio que del símbolo marciano; y lo curioso es que no experimentara los mismos ciegos y hipocritillas escrúpulos que experimentan algunos historiadores modernos por el hecho de que los españoles en la operación del rescate adquiriesen metales preciosos a cambio de chucherías.

(48) Haciendo suya una idea de Hernando Cón añade Las Casas por su cuenta y riesgo lo que sigue: "Parece también, si aquellas gentes desde su descubrimiento fueran tratadas por amor y justicia, según dicta la razón natural, y prosiguiera siempre adelante con ellos la vía de comercio y contratación pacífica y moderada, y mucho más si fuera cristiana, como justamente habrían de ellos todo lo que de oro y riquezas tenían y abundaban por nuestras cosillas de no nada, y cuánta paz y amor entre nosotros y ellos se conciliara y por consiguiente, cuán cierta y fácil fuera su conversión" (Historia de las Indias, II. Cap XXIII. 254)

La negación por parte de los indios o el rompimiento del contrato comercial - estimando ahora la situación desde la vertiente protestante - atraía sobre los mismos la cólera divina y, por consiguiente, la de los puritanos, amara y eco fiel de la de Dios, bramos conductores y ejecutores de la ira celestis. Un grupo de indios se negó a traficar (pieles) con los colonos de Plymouth, 7 unos comerciantes holandeses de Nueva Amsterdam, deseando capitalizar la situación, se fueron con los indios pensando aprovecharse de las ventajas; pero no les duró mucho su gozo, pues se les fue en seguida al pozo cuando los salvajes se vieron graciosamente regalados con una espantosa epidemia que los destruyó casi por completo. Sin saberlo los holandeses habían sido instrumentos portadores del encono del safo de Nehová puritano que así tan dulcemente se las gastaba para castigar a los desagradidos disidentes!

(49) Asimismo durante la correría del Capitán Smith por las aldeas indígenas en busca de maíz con que alimentar a los desesperados colonos de Jamestown, los indios de una aldea se negaron a cambiar su grano por las baratijas que el Capitán y los que le acompañaban llevaban consigo; pero al siguiente día, contrariamente a lo que tenía el Capitán llegaron de nuevo

los indios y traficaron gustosamente con él. Smith se alegró bastante y atribuyó a la divina providencia el cambio. Dios era, pues, el motor impulsor del trueque, el incitador de los indios para que estos volvieran a campalachear. Dios servía para todo, lo mismo para atraer a los indígenas que para castigarlos si venía al caso (Vide a true relation of Virginia by Captain John Smith (1580-1631) with an introduction and notes by Charles Deane, Wiggin and Lunt, Boston, 1866, p. 16.

Pero su empresa falló, porque a Dios le plugo visitar a estos indios con una gran enfermedad, y con una tal mortandad que de mil, sobre no viecientos cincuenta murieron, y mucho de ellos por falta de sepultura se podrian sobre el campo (50).

(50) Bradfork Lib. 20., p. 313.

No se tardaría mucho en pasar de la irritación divina a sentirse jueces vigilantes de ésta; todo podría andarse con tal de que no faltasen alientos mesafícos, y con tal de que los ingleses se incrementaran y se ampliaran las perspectivas de expansión. Nada de eso escaseó entre los ingleses y sus descendientes americanos; a lo largo de la historia de ambos pueblos - la misma hasta 1793- se pueden atisbar las coordenadas fundamentales de tales convicciones.

El otro establecimiento puritano fundado fué Massachusetts (1622), que aprovechando muy bien las experiencias de Plymouth se organizó en el terreno económico-político con gran rapidez y seguridad gracias a la emigración encabezada por Whinthrop, y merced a las cualidades enérgicamente dignas y aristocráticas de este hombre extraordinario. Estas ventajas, sin embargo, no pudieron impedir las penalidades y sufrimientos sin cuento que atrozaron a los colonos hasta el año de 1631 en que se sucedieron las ⁵¹incesantes oleadas de nuevos colonos.

(51) Entre 1625 y 1640 arribaron algo mas de 20.000 inmigrantes.

Las primeras relaciones con los indios fueron también amistosas, y se establecieron tratados de paz y ayuda recíproca. El propio gobernador Whinthrop, no tuvo el menor empacho en recibir al cacique Chickatabet y con

tarlo a la mesa, en la cual, como anotó cuidadosamente Winthrop, el cacique se comportó como lo habría hecho cualquier inglés:

El propio cacique, una muchacha india y un gato permanecieron allí toda la noche, y una vez el cacique vestido con vestuario inglés, el Gobernador lo sentó ante su propia mesa, en la que él se comportó con tanta sobriedad etc., como un inglés. (52).

(52) Winthrop, I. 59.

La colonia se aprovechó muy bien de las disensiones que nunca faltaban entre las tribus, y conchabándose ya con unas ora con otras procuró siempre obtener ventajas en el peligroso juego. ⁵³ El Pequoda era uno de los

(53) Ibidem, y en 140 y as.

grupos algonquinos- hay quien supone que se trataba de un grupo Iroqués-más belicosos, y, por eso mismo, uno de los que representaba mayor riesgo para la incipiente colonia; entonces los colonos procuraron que los naraganset dieran contra aquellos, y ni que decir tiene que los ingleses ayudaron al grupo atacante. Endicott, que en Boston tuvo cargo parecido e idéntico papel que el del Capitán Standish- el Capitán Casarón como lo llamara el epicúreo Morton- en Plymouth, dirigió dura e inhumanamente la represión contra los pequodas, los cuales fueron casi por completo aniquilados con excesivo lujo de crueldades. Poco después les llegaría el turno a los naragansetts, cuyo propio cacique Miantunnomoh, fué asesinado, con el agravante de la participación en el drama de los clérigos y predicadores que muy pronto habían olvidado los buenos servicios que les prestara otrera el infortunado reyzeuelo bárbaro. ⁵⁴ El nuevo jefe ahora ensalzado y apoyado por las

(54) El editor del Diario James Kendall Hosmer, pretende suavizar y disimular la injusta y cruel muerte del cacique basándose en la precaria situación en que se hallaba la colonia y en los peligros que la amagaban ante la posibilidad eventual de una confederación entre las tribus mohicanas naragansetts y pequodas). En suma Hosmer se atiene, como juicioso historiador, a las declaraciones hechas por los colonos; en treientos años la verdad, ciertamente, ha avanzado muy poco. La diploia historia de Hosmer no le deja ver, por mirar más de la cuenta; pero tampoco se le puede exigir más supuesto que él se limita estrictamente a transcribir las fuentes y registrar los hechos relatados. Pero el hecho mismo que obligaba a los funcio-

nario eclesiástico a condenar a muerte a Miantunnomoh por haber roto los votos contractuales, único medio, según se sabe, de llegar hasta Dios, resulta invisible para los inquisitivos ojos de Hosmer (Vide, Op. cit., II, p. 136, Note 1).

autoridades coloniales era Onkus, cacique de los mohicanos, que no dilataría tampoco mucho en caer en desgracia, arrastrando en su caída a su pueblo.

Los cinco clérigos que condenaron a Miantunnomoh justificaron su decisión a cuenta de una imaginaria conspiración de todas las tribus que al parecer habían sido soliviantadas por el cacique. Este fue descrito como un inquieto y turbulento rebelde que no cumplía los compromisos políticos y tributarios que había contraído con los colonos. ¿Mas qué corriente subterránea se resume en este hediondísimo proceso? Según Hosmer, asimismo anotador del diario de Winthrop que estamos utilizando, en la decisión de los colonos contó mucho la actitud bondadosa del cacique para con Gorton, un audaz proscrito de Massachusetts que habiéndose saltado a la torera la dura y se-

(55) Samuel Gorton (1-1677) fue el fundador de los gortonitas, de Gorton, Lancashire. Fue un sastre londinense que derivó su heregía de David George of Delft, que se llamaba a sí mismo "El Mesías", y sus seguidores se denominaban "La Familia del Amor". Gorton llegó a la Nueva Inglaterra en 1636 y por sus relaciones con los indios (compra de terrenos) fue fundamentalmente perseguido hasta que se le hizo regresar a Inglaterra (1624). De regreso de Europa se estableció en la ciudad de Shawomet que él mismo había fundado con anterioridad. En su defensa escribió: La Simplicities against covenanting policy (1648) que no se imprimió sino hasta 1835. Publicó también ensayos religiosos con fraseología excentrica (Vide The Dictionary of National Biography (Abreviado), Oxford University Press, London 1930).

ca intolerancia puritana-intolerancia que traducida al lenguaje económico significaba exclusivismo comercial-negociaba por su cuenta tierras y pieles de castor con beneplácito de los naragansettos que así se veían libres del estricto monopolio comercial que los colonos le habían impuesto mediante el convenio secular-espiritual.

A los ojos de las autoridades de Massachusetts, Miantunnomoh era acreedor al castigo suculento que había violado el pacto al asociarse con aquel pérfido aventurero y hereje. Todavía más, al hacerlo el cacique había violado y destruido la cadena político-contractual que tanto a él como a su

pueblo les permitía acercarse a Dios. Por eso los predicadores tronaron con el mayor encono y secretaron que los indios no podían ser sino hijos del diablo; porque no solamente pertenecían a la humanidad irredenta, es a saber, a la humanidad todavía no salvada por la revelación y sacrificio de Cristo, sino que se empeñaban en permanecer condenados al romper el único vínculo que los podía ligar a la cristiandad, el pacto. En un universo social y político en el que, como ya se ha dicho, los acontecimientos más nimios estaban regidos por la providencia divina, la actitud despectiva y desafiante de los indios resultaba intolerante e impía; tan impía, en esto no había distinciones, como la de Roger Williams, la de Morton, la de Anne Hutchinson y la de Corton. El que los magistrados de la colonia se lavaran las manos en el caso del cacique y pasaran la responsabilidad de la condena al cuerpo espiritual director con lo que la sancionaba con antelación, constituye una prueba palpable de la significación trascendental que se daba al convenio político establecido en ambas partes; vía única de acceso hacia la sola, verdadera y única libertad posible: la libertad moral o civil.

(56) Cuando dos personajes tan caracterizados como Roger Williams y la señora Anne Hutchinson, la Jezabel americana, como la llama maligna e intencionalmente Whinthrop a aquella noble, inteligente e iluminada matrona chocaron con el absolutismo terrorista de la teocracia calvinista de la Nueva Inglaterra se vieron obligados a separarse de grado o por fuerza de sus antiguos asociados y abandonar inmediatamente los establecimientos coloniales puritanos. Su desafío a la teocracia consistió fundamentalmente en que ambos insistían en ciertos derechos inalienables concedidos por el Señor a cada individuo para que cada uno buscara en sí mismo, en su propia alma, la verdad de Dios. Frente al "covenant of works" pacto de obras, religión basada en la estricta obediencia a las leyes de la Iglesia y del Estado defendido por el reverendo fantasmón John Wilson, Anne Hutchinson mantuvo el "covenant of grace" (pacto de fe, convenio de gracia), postura antinomísta que aseguraba la gracia sin necesidad de observar escrupulosamente las ordenanzas estatales y clericales del estado-iglesia. Porque por encima de todo importaba lo que se era, no lo que se hacía. Las intuiciones directas de la gracia y amor divinos eran las que establecían la medida de la salvación. Como esto sonaba a herejía Anne tuvo que abandonar Massachusetts (1636 con parte de los colonos que la seguían. Ante este cisma religioso los clérigos no tuvieron el menor inconveniente en incitar indirectamente a los mohicanos para que estos destruyeran la colonia secesionada. Los indios degollaron a todos los colonos; sólo una niña, uno de los tres hijos que tuvo Anne, se salvó de aquella terrible carnicería. Los puritanos muy religiosos y cristianamente vieron en aquella horrenda estanza a la que ellos no eran ciertamente muy ajenos- la mano del dios vengador que así castigaba a todos los que abandonaban su senda y escogían la de Satanás. Para Thomas D

Dudley uno de los más rabiosos cazadores de herejes, el triste fin de Anne Hutchinson fue un acto indudable de la justicia divina. En suma el quebrantamiento del contrato político-espiritual, tanto si se trataba de los colonos como de los indios, ponía a los disidentes fuera de la ley, los reducía a su prístina condición animal; y los hacía hijos de Satanás y, como tales, aspirantes y opositores a la destrucción.

5.- La responsabilidad teológico-política del pacto.

La única libertad admisible era la de la iglesia bajo la advocación de Cristo; apartarse de ella, abandonar el commonwealth, era poner de manifiesto la condenación, era renunciar a Dios y preferir, por tanto, el mal al bien; en suma era abrazar el libertinaje: Omnes sumus licentia deteriores. Escribirá de él Winthrop.⁵⁷

(57) Op. cit. II. 237

Si vosotros os mantenéis firmes por vuestras libertades naturales comprometidas- añadirá Winthrop- hacéis lo que ante vuestros ojos os parece bueno, no podréis soportar el más ligero peso de la ley, sino que murmuraéis, os pondréis a ella y os estaréis siempre esforzando por sacudir tal yugo; empero si vosotros os sentís pagados con gozar tales libertades legales y civiles; las que Cristo os concede, entonces queda y alegremente os someteréis a dicha autoridad, la cual se os impone con todos sus ministerios para vuestro bien. (58).

(58) Ibidem. 239

Es decir dentro del triple pacto se cumple toda la verdad y felicidad prometidas; fuera de las libertades civiles permitidas por Cristo no puede haber sino el yugo de la libertad natural. Con anterioridad a estas declaraciones del teólogo los eclesiásticos reunidos en Ipswich habían acordado la definición y funcionamiento del estado-iglesia puritano. En un commonwealth recta y religiosamente constituido todo poder, todo oficio, autoridad o administración derivaban de Dios; el cambio o alteración del sistema sólo podía admitirse si se hacía ostensible la opinión divina en dicho cambio. Ahora bien la opinión divina nunca podía manifestar en tanto que todas las funciones del commonwealth ordenadas por Dios se realizaran sin trastornos ni alteraciones en el gobierno.⁵⁹ La teocracia funcionaba con una

precisión aterradora, como un pesado rulo sobre terreno flojo. Se comprende ahora cual sería el destino de todo hombre o grupo que se opusieran al nivelamiento.

Los caciques Sacanomo y Punham se pusieron bajo la protección del gobierno de Massachusetts en calidad de súbditos y no de confederados. Los indios aceptaron dicha condición- pérdida de su soberanía natural- porque, como ellos mismos dijeron, se veían empequeñecidos moralmente ante los ingleses; razón por la cual, añadieron, no podían aspirar a más: la desigual

(59) Ibidem. 89
(60) Idem. 125

política era fiel reflejo de la espiritual; sólo organizándose en un commonwealth parecido al de los ingleses podrían ellos abandonar el estado de natural subordinación y esclavitud en que se hallaban inmersos. El pacto que firmaron, redactado como un cuestionario, nos da una fiel idea de la imposibilidad del indígena para remontarse a la altura mínima que exigen los puritanos para considerarlos a tú por tú. Lo que más nos extraña es la incompreensión de los dirigentes puritanos interesados en ser los maestros y paradigmas de los indios; en ser los instrumentos para la salvación de éstos y, sin embargo, sordos y ciegos para con los únicos medios con que podían hacerlo. La incapacidad puritana no sería fruto proditorio de la perversión del intelecto, sino inanidad de los propios principios religiosos.

El cuestionario es, sin lugar a dudas, la encuesta más curiosa y antigua de Norteamérica, y pone de relieve el hecho de que si los indios querían salvarse lo tendrían que hacer por cuenta propia; la teología calvinista no podía comprometerse a más. A la primera pregunta relativa a si ellos adoraban al Dios verdadero creador del cielo y de la tierra, y si no blasfemarían de Él, los indios contestaron que puesto que veían al dios inglés hacer más por éstos que otros dios por otros les gustaría tenerlo por suyo. Aceptaron igualmente no jurar en falso pues ellos, confesaron, no sabían qué cosa fuera jurar; y en cuanto a la honra debida a los padres y

superiores como así mismo la prohibición de matar estuvieron muy de acuerdo por considerarlo bueno y dentro de sus usos y costumbres. El adulterio, la fornicación, la bestialidad y la mentira fueron también rechazados dado que ya lo reputaban ellos mismo como males. Conminados los indios también a guardar el día del Señor lo admitieron con gusto, porque, según respondieron, no les importaba privarse de trabajar un día determinado supuesto que ellos tampoco tenían nada que hacer el resto de la semana. El punto.

(61) Ibidem.

Esta deliciosa e ingenua confesión de ociosidad hecha por los indios andando el tiempo llegaría a ser una temible arma en manos de los puritanos; una especie de ttilísimo boomerang justificar de todas las futuras expropiaciones territoriales realizadas a costa de los indígenas. Los presbiterianos arribados a Filadelfia despues de la muerte de William Penn comenzaron a ocupar las tierras de los indios basándose en que "era contra las leyes de Dios y de la naturaleza que tanta tierra permaneciese ociosa en tanto que muchos cristianos querían trabajarla" Cf. Bates, Op. cit p. 200

último exigía que los hijos de los indios aprendiesen a leer para poder conocer a Dios y para poder así adorarle como convenia ; los salvajes

(62) Winthrop, I. 125

se alegraron de esta oportunidad que se les brindaban y se comprometieron a recibir entre ellos a los maestros ingleses que les fueran enviados.

6.- La significación y proyección territoriales del convenio. Un conflicto inevitable.

El pacto comprendía también la compra de terrenos por los blancos y la transformación virtual de los indios de cazadores en agricultores. El contrato fué debidamente redactado y firmado por ambas partes, comprometiéndose las dos a guardarlo y respetarlo fielmente. Hay por fuerza que imaginas que los dos caciques lo subscribieron estampando sus emblemas totémicos o tribiales en el documento.

Los indios se entregaron a la tutela inglesa alegres y confiados, su preocupación, desde ese momento, fué procurar imitar en todo a sus pro-

teutores; los ingleses por su parte se hicieron responsable de gobernar a sus nuevos súbditos y, principalmente, se comprometieron a darles a conocer la palabra de Dios contenida en el Antiguo y Nuevo Testamento. El convenio había sido a gusto de ambos: trueque de lo espiritual por lo temporal; pero eso sí bien asegurado y por escrito, para que mañana nadie se llamase a engaño.

(63) Ibidem. - 125-126

Ciertamente no había habido dolo o mala intención a ninguna de las dos partes comprometidas: más los ingleses sabían perfectamente el alcance del paso dado y los indios no. Los indígenas subscribieron el acuerdo para acercarse a Dios por el único camino que les era asequible, para ponerse en camino de salvación: los ingleses al fabricar los títulos de posesión de las tierras mañosamente sustraídas a los indios, lo hacían para sincerarse y exculparse: la insuficiencia teológica hacía imperiosamente necesario el compromiso; es decir la prueba escrita con la cual justificar el derecho de propiedad así adquirido en las Indias Occidentales.

Explorando cierto día una partida de peregrinos de Plymouth la región de cabo Cod situada más allá de Easthan, preguntaron a un indio que encontraron acerca de los propietarios de la misma. La respuesta del indio no se hizo esperar, y lisa y llanamente, pero desde su punto de vista contundente, contestó que de "nadie", queriendo significar con ello que aquella porción de tierra era de todos. Muy contentos los peregrinos se respondieron a sí mismos interpretando la contestación del indio como mejor les convenía: "En este caso" - se dijeron - "es nuestra" a los ingleses

(64) Cit. G. Willinson, Op. cit. p. 391

les extrañaba la facilidad con que los indios vendían sus terrenos de ca-
sa; por siete jubones, ocho azadas, nueve hachuelas, diez yardas de tela
de algodón (poco más de nueve metros y medio), veinte cuchillos y cuatro.

pieles de castor recibieron el capitán Miles Standish y dos traficantes más Samuel Nash y Constant Southworth, catorce millas cuadradas (3,624 hectáreas) en Bridgewater.⁶⁵ Se comprende por estos ejemplos que los in-

(65) Ibidem.

dios poseían otro criterio sobre el concepto de propiedad muy distinto, por cierto, del que tenían los británicos. Los indios eran dueños efectivamente de algunos objetos personales, y la posesión tenían, pues que ser estrictamente individual; así el arco y las flechas las pieles y todo aquello en que intervenían su industria y habilidad manual: objetos diversos fabricados por sus manos, y los productos obtenidos en la caza, pesca, recolección y siembra de maíz. Pero la tierra en general, nos dice Willinson, los bosques, los arroyos y todo lo que en ellos se contenía pertenecía a todo el mundo y estaba allí para uso de todos los hombres.⁶⁶ En realidad lo que hacían los indios al vender a los blancos las tierras era otorgar a éstos el derecho de usarlas a la par que ellos. Los blancos compraban ciertamente las tierras a los indios; pero lo que éste vendía "no era el suelo efectivo, sino solamente el derecho a ocupar la tierra en común con él mismo".⁶⁷ A pesar de la defensa que del sistema puritano de

(66) Idem.

(67) Cf. Charles M. Andrews, The Fathers of New England. The Chronicles of American Series, Allen Johnson, New Haven: Yale University Press, 1919

p. 138.

⁶⁸

compras hace Lloyd C.M. Hare, y a pesar de las autoridades de peso que in

(68) Vide su Thomas Mayher, Patriarch to the Indians (1593-1652), D. Appleton and Company, New York-London, MCMXXXII, pp. 65-74.

voca para tal faena se convendrá con nosotros en que el efecto legal de la venta permanecía absolutamente incomprendido para el indio; éstos enajenaban su futuro sin tener la menor sospecha de ello. Si de tratados muy famosos de nuestro tiempo se ha dicho, y por personajes de quilates y de

relumbrón, que no valen siquiera el papel donde están escritos, se coincidirá con nosotros en que para un hombre aposentado en plena barbarie, como le ocurría al piel roja, el contrato firmado con el blanco no podía tener mayor valor salvo el mágico que su mentalidad primitiva confiriere al papel. Dígase si no a la vista del contrato que a continuación transcribimos, tan reglamentario y estricto desde el punto de vista de su estructuración económica-legal y occidental, que parece que sólo le faltan los timbres fiscales correspondientes para dar comienzo al pleito judicial; por que apostamos cien contra uno a que una de las partes contratantes, el cacique, jamás entendió el verdadero alcance jurídico del documento:

Por el presente se hace saber que yo, Cheesechamuck, cacique de Bolmas, por estos presentes: [una vaca 17 libras en metálico y ropa] vendo y otorgo y transfiero para siempre a Thomas Mayhew el Viejo, de Vineyard, una cuarta parte de toda la tierra que se llama Chickemson, para el dicho Thomas Mayhew y sus herederos; la dicha cuarta parte de tierra de Chickemson comienza en el arroyo de Itchpoquasset y sigue grillas abajo hasta llegar al mar, y así la dicha cuarta parte de la dicha tierra se entra en la isla desde el mar y se extiende hasta la línea media de la susodicha tierra llamada Chickemson; el sobredicho Thomas Mayhew tiene derecho también a cuatro palmas en redondo de la parte media de toda ballena que arribe a las playas de dicha cuarta parte, sólo a dichos cuatro palmas y no más tiene el dicho Thomas Mayhew derecho: la caza de venados es común, pero las trampas que se pongan no.

En conformidad con esta operación de venta firmo este documento en el décimo día de agosto del año de mil seiscientos y cincuenta y ocho.

La Marca

X

69
del Cacique Cheesechamuck.

(69) Cf. Ibidem. 70

Hay que suponer que una vez que los indios estos u otros se comieron la vaca, gastaron la ropa y disiparon el dinero acudieron a los colonos ingleses, como era costumbre, para que les repitieran el tributo; pero que en realidad esta era la única operación que entendían bien los salvajes, y al enajenar sus terrenos de caza ellos creían obtener así una pe-

chería constante de los blancos, como es de suponer los ingleses bien pronto los sacaron de su error, y entonces fué cuando los indios sintiéndose engañados acudieron a venganzas atroces a las cuales respondieron los colonos con otras no menos edificantes.

Ningún absurdo mayor para los indios que el ver sus tierras escaqueadas por los setos y límites de cada propietario blanco; acostumbrados a vagar a sus anchas por el bosque no iban a ser precisamente las cercas las que los detuviesen; y efectivamente nada los detuvo salvo la certera puntería con que los ingleses dispararon los arcabuces y mosquetes.

Los puritanos habían llegado a la Nueva Inglaterra, según ya se ha dicho, para realizar el reinado de Dios sobre la Tierra; para fundar y vivir en la Ciudad de Dios agustiniana, y no iban a ser los míseros indios, como no lo fueron en su tiempo los filisteos frente a los israelitas -pueblo elegido- los que pudieran oponerse a los intereses divinos y humanos. En la asamblea puritana reunida en Lilford (1640) se votaron varias resoluciones que si bien se las mira resultan ser un silogismo formidable y como tal- concedida la mayor- lógica y terriblemente aplastante: la tierra toda pertenecía a Dios, ésta había sido dada por El a los santos; y los santos no eran otros, no podían ser otros, mas los colonos.

(70) Cf. Willinson, 391.

El indio era un ser degradado y satánico; es decir al margen de la revelación, de aquí que fácilmente pudiera ser despojado de todo sin el menor remordimiento para el blanco. Antes que se desencadenara la sanguienta "King Philip's War" (1675-1676) ocasionada por las continuas extorsiones que los ingleses ocasionaban a los indios, ⁷¹ aquellos se aseguraron

(71) A pesar de los generosos esfuerzos de Roger Williams no se pudo evitar la guerra entre blancos e indios; mas el hecho de que en medio de la tempestad desencadenada "Rhode Island, colonia fundada por Williams, se encontraba en los dos sentidos, entre dos fuegos- no se atacaran los puertos de aquel padre de los indios, nos está diciendo de la justicia que así

tia por derecho natural a los pieles rojas para atacar a aquellos colonos que con mil pretextos y argucias legales les arrebataban sus cotos de caza y pesca.

la no beligerancia de los grupos indigenas cristianizados ("Praying Indians") para evitar que fueran arrastrados, por evidentes simpatías raciales, hacia el lado de sus hermanos. Lo que nos interesa hacer notar aquí es la propia declaración de neutralidad de los indios - no por cierto redatada por ellos - en que se pone de relieve el valor de salvación que poseía el convento; único camino seguro de que disponían para escapar de la esclavitud del demonio; esto es para convertirse en hombres libres y cristianos:

Respecto a los ingleses y nosotros, pobres indios, somos de un mismo linaje, como lo expresa el Acta XVII 26, porque nosotros pobres indios, confesamos que vivíamos cautivos de Satanás y de nuestros caciques y propagábamos sus mandatos que respiraban muerte, como dice el Salmo 146, 3, 4 y en el Exodo, 15, 1. 2 Pero ahora sabemos que vosotros que es mejor confiar en el gran Dios y en su fuerza, Salmo 115 8 y 9; y además nosotros éramos como lobos y leones que nos destruíamos los unos contra los otros...por tales razones queremos y deseamos entrar en pacto con los ingleses por lo que toca a nuestra fidelidad, como en Isaías: XI, 6 (72)

(72) Cf. Willinson, 393.

Por supuesto tras de cada pacto firmado pasaban más lotes de tierra a los colonos. El convento liberaba a los indios de Satanás; pero no de la rapacidad de los hombres blancos. En 1672, Philip, el cacique de

(72) Massasoit o Sattasoit tuvo dos hijos, Wamsutta y Metacomet. El cacicazgo le correspondía por ser el mayor al primero; pero habiendo sido asesinado recayó en el segundo. A la muerte de su padre los jóvenes guerreros, siguiendo la costumbre indigena, cambiaron de nombre, Wamsutta recibió el de Alejandro, y Metacomet, el de Philip (Vide Lloyd O.M. Hare, Op cit., p. 42)

los wampanoags, que había sucedido a su padre el viejo Massasoit, fué prisionero por los colonos para que se tornase cristiano; más fiel a las creencias de sus mayores se opuso a ello, y respondió a las insinuaciones que en tal sentido le hiciera el bueno y sabio John Eliot, que él hacía

tanto caso del Evangelio como de un botón de la casa que el reverendo llevaba puesta.⁷³ Ya que no se pudo lograr la conversión de Philip, la Cor-

(73) Cf. Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana or the Ecclesiastical History of New England* (Notas introductorias por el Rev. Thomas Robinson; "A Memoir of Cotton Mather" por Samuel G. Drake, y traducción de los textos griegos, latinos y hebreos por Lucius F. Robinson) Hartford: Silas Andrus and Son, 1855, vol. II. Lib. VI, Cap V, p. 390

te General de Plymouth exigió del cacique, a cuenta de ciertos rumores y sospechas - que no eran otros sino la decidida oposición de Philip a vender más tierras- la firma de un tratado mediante el cual tenía que pagar cien libras en efectivo y un tributo anual consistente en cinco pieles de lobo. El tratado estipulaba también de modo humillante para Philip que éste no podría disponer a voluntad de las tierras de sus súbditos; para toda venta o traspaso de las mismas debería contar primero con la autorización del Gobierno de Plymouth. Teóricamente la cosa era favorable a los indios porque se intentaba tal cláusula del contrato para evitar las ventas escandalosas e irreflexivas que a veces concertaban los indios con aventureros blancos poco escrupulosos; más en realidad aquella imposición sobre Philip era el reconocimiento de que el monopolio económico y político puritano se convertía en definitivo. Philip hizo astutamente añadir otra cláusula por medio de la cual los colonos no podrían demandar durante siete años más tierras, y especialmente que no se instalarían los blancos en Mounagup (Mount Hope Neck), al Sur de Sowams, en donde se hallaba su wigwam real y en donde los wamponogags estaban concentrados.⁷⁴ El gobier-

(74) Esta mansión real del rey Felipe daría lugar a una perla cartográfica de muchos orientes, pues los mapas ingleses señalaron con toda seriedad dicho punto e indicaban que se trataba de una residencia campestre del rey español Felipe IV (doble perla porque entonces reinaba el desdichado Carlos II (1665-1700) sita entre los bosques septentrionales de América (cit. Hare, Op. cit p. 42).

no de Plymouth asimismo socarronamente accedió de momento a las ilusas pretensiones del avisado y temeroso cacique; pero bien pronto solicitaron la presencia de Philip en Plymouth para discutir con él ciertos asuntos.

Philip, sospechando la encerrona, rebuyó la citta empleando, en verdad, una diplomacia y redacción que hablan bien alto de las enseñanzas que impartiera el colegio indio de Harvard, pues que la carta que como excusa enviara Philip fué escrita de puño y letra por su secretario Massamon, uno de los indios educados en la famosa institución; y para que el lector se goce con su lectura preferimos estamparla aquí en el inglés original:

"To the honored governir, mr. thomas prince, dwelling at plymouth. honored sir.

King Philip desires to let you understand that he could not come to the court, for tom, his interpreter, has a pain in his back, that he could not travel so far and philip's sister is very sick, philip would entreat that favour of you, and any of the magistrates, if any english or indians speak aboute anyland, he pray you to give them no answer all all. the last summer he made that promise with you, that he would not sell no land in seven yeares time, for that he would have no english trouble his before that time. he has not forget that you promised him. he will come as sune as posible he can to speak with you, and so I rest your very loving friend, dwelling at Mount hope nek". (75)

(75) Cit. Willinson, 475.

(75) Cit. Willinson, 475.

"Nuestra traducción reza así: Al Honorable Gobernador Mr. Thomas Prince, en Plymouth. Honorable Señor: El Rey Felipe desea hacerlos ocomprender que él no puede comparecer ante la Corte a causa de que su intérprete Tom tiene un dolor en la espalda, que le impide viajar tan lejos, y a causa también de que la hermana de Felipe está muy enferma. Felipe les suplica acceda a tal favor, y si cualquiera de los magistrados, y si cualquier inglés o indio os hablan acerca de tierras, él os ruega que de ninguna manera le deis respuesta a la demanda. El pasado verano él os hizo la promesa de que no vendería ningún terreno en los siete años por venir, por lo que a él no le gustaría tener ninguna molestia antes de dicho tiempo. Él no ha olvidado lo que vos le prometisteis. Tan pronto como la sea posible él irá a esa y podrá hablar con vos. Queda Usted vuestro amadísimo amigo que vive en Mount Hope Neck"

Philip quería sin duda ganar tiempo, porque bien sabía que una vez que los ingleses habían aprehendido el camino de la velada exigencia, estas no cesarían sino irían cada vez en aumento mayor. Las demandas siempre crecientes y jamás saciadas de la población blanca que se multiplicaba en la colonia y de la que arribaba sin cesar de Inglaterra obligaban a los gobiernos coloniales a no respetar los pactos firmados con los indios. Las violaciones, entendámonos, no fueron exclusivamente inglesas, sino que ellas hicieron acto de presencia en América, y en dondequiera que han surgido los

inevitables conflictos que hasta la fecha prosueven en cualquier parte la tierra las exigencias del hombre y cultura occidentales.

Sólo una voz podría haberse levantado en la Nueva Inglaterra contra aquellos pactos unilaterales que despojaban a los Indios de sus tierras a cambio de imposibles promesas, la de Roger Williams. Partiendo de San Agustín él pretendía armonizar las ordenanzas divinas con la ley natural; pero este activo y elocuente herético—fué un peritano intelectualizado, un "seeker" (inquiridor o buscador) que pronto derivaría hacia la doctrina separatista y niveladora— que quería hermanar en el señor de Jesucrista a todas las razas y credos protestantes, fué expulsado de Massachusetts en 1635 no solamente por poner en duda el fundamento de la autoridad real para disponer y repartir a su antojo las tierras americanas, sino también por dudar de los títulos de posesión comprados por los ingleses a los indios, ⁷⁶ pero, a pesar de ello, no derivados de los buenos deseos de estos últimos.

(76) La postura religiosa e independiente de Roger Williams le atrajo la animadversión de santos y puritanos. Sus ideas liberales relativas al gobierno civil y su simpatía por los indios lo hacían un enemigo terrible de la intransigencia de los hombres puros. A pesar de haber condenado ásperamente la violencia usada contra los indios y a pesar de haberse opuesto a los despojos que estos sufrían de sus tierras tuvo que someterse a la condena de sus ideas hechas por los agrios ministros de Boston. Al no en contar los puritanos ingleses títulos justos con que asegurarse la posesión de las tierras tuvieron que recurrir a la legalización de las mismas por medio de un ajuste contractual acordado voluntariamente por indios e ingleses. Precisamente las críticas de Rogers se referían a que con demasiada frecuencia se violaba la condición voluntaria del contrato. Presionado por los ministros de Boston tuvo Williams que ceder e incluso quemar parte de un manuscrito en que hacía la defensa de sus ideas. Los teólogos noingleses consideraron las suposiciones de Williams erróneas y temerosas porque en ellas podía esconderse la traición (Vide Hanke, Op. cit., 425).

Has que cambiar bienes materiales por espirituales, como todos los ingleses y el resto de los europeos pensaban, Roger Williams soñaba con una interacción de indios e ingleses que fuera beneficiosa para los dos pueblos."

Lo que él tenía en su mente" —escribe Bates—"era una tan profundísima origianización y mutua amistad que implicaban un cambio de astitud por parte del hombre, como por la del indio, y en ambos total". ⁷⁷

Lo que efectivamente quería evitar con dicha correspondencia era la amenaza del imperialismo del hombre blanco; los peligros del egoísmo cristiano y occidental desencadenado, bien que él no le daba estos nombres. Pero Williams fué para sus contemporáneos un chillado; según Cotton Mather, que lo deploraba hipocritamente, parece ser que en lugar de cabeza cargaba un molino de viento, porque ¿qué otra cosa podía tener un hombre que se atrevía a llamar solenne embustero a Jacobo I por haber sostenido éste que por sus méritos se descubrió América? Mas los peligros no era llamar embustero al rey, sino declarar que los indios eran los únicos propietarios legítimos de aquellas nuevas tierras, y que por lo tanto las patentes reales no podían conferir ni legitimar ninguna posesión a los súbditos británicos. Como es natural para el espíritu teocrítico que avasallaba a Mas-

(78) Conviene señalar que la patente real estaba sujeta al derecho de posesión previo del indio. Lo que los ingleses compraban a éstos era el derecho a ocupar las tierras; en verdad que siempre las adquirieron muy baratas, mas no es menos cierto que los ingleses jamás ocuparon terrenos que no hubieran previamente pagado. A veces efectivamente no se las compraron a sus legítimos dueños, sino a otros que se decían serlo, pero esto son intromisiones morales que desde el punto de vista mercantil de Occidente poco o nada tienen que ver en materias de contratos.

sachusetts y que influyó también aunque tíbiamente en Plymouth, las ideas de Roger Williams resultaban obsoletas, nocivas, repugnantes y hasta carentes de patriotismo. Téngase en cuenta que para los puritanos de entonces la palabra de Dios, la Biblia, poseía una vigencia vital que hoy con dificultad aprehendemos: la palabra de Dios era real y verdaderamente y vitalmente la palabra de Dios, y en ella encontraban argumentos de fuerza con los que justificar de sobra el montaje legal y espiritual construído para despojar a los indios. John Cotton, Winthrop, Bradford e incluso Eliot, entre otras cabezas puritanas prominentes, no admitían más que una verdad, la revelada en los Evangelios; de aquí que venerasen por encima de todo las Escrituras: "Scripturae plenitudo adoro" escribirá con

ciega unión el primero de los citados. En los libros sagrados encontraban los puritanos toda su inspiración, consejo y belipotencia, y, como muy pronto veremos, iluminado Eliot por aquellos creará la teocracia indoamericana: la palabra divina contenida en los libros santos constituía la más pura y sublime fuente de inspiración política.

La actitud generosa de Roger Williams para con los indios fué posible porque este Magister de Cambridge jamás actuó como un verdadero puritano: lo que explica su tolerancia religiosa posterior, indulgencia que asimismo justifica el que la estableciese para todas las sectas protestantes en la colonia fundada por él en Rhode Island, ⁷⁰ (1636), y que también

(79) Especifica que esta libertad de conciencia no se hacía tampoco extensiva a los católicos; el catolicismo, se recordará, era el enemigo histórico y espiritual con el que no cabían pactos ni componendas.

Así como el que estableciera en la misma ciertos avances democráticos: la soberanía popular y la libertad de conciencia; beneficios que con amplísimo criterio y generoso impulso quería hacer extensivos incluso a los indios adocotrados:

Por precio asentimiento no se puede negar que los indios más salvajes de América no se puedan poner de acuerdo (y entre los de tal condición lo hacen en grados diversos) sobre algunas formas de gobierno; y que no puedan tanposo congregarse en ciudades, unos más civilmente, otros monjes. Así también no se puede rechazar que su gobiernos terrenales y civiles sean tan legales y auténticos como cualquier otra forma de gobierno en el mundo; y por eso, en consecuencia sus gobernadores y defensores de la iglesia o de entradas tablas (considerado que alguna iglesia de Cristo pudiera erigirse entre ellos), y por tal razón, digamos en conclusión (si Cristo les ha confiado y encargado el poder civil de su Iglesia) que los indios tienen que ser juzgados de acuerdo con sus conciencias indígenas y americanas, porque otras conciencias no se puede suponer que ellos posean

(80) Apud. "Cloudy Tenent of Persecution" (1644) Dr. Louis M. Hacker Op. cit., p. 109

Williams resultaba tan original con su gobierno democrático y su iglesia indiana entre los severos puritanos como Las Casas con su método evangelizador en medio de la jauría hambrienta y ambiciosa de los conquista-

tadores hispanos. Por otra parte no hay que ser muy lince para descubrir todo lo que le debe Roger Williams al Padre Las Casas, del que, sin duda, leyó la Brevísima Relación, pues esta obra y la de Hemmesal ya anotada sirvieron de fuente de inspiración para la tarea evangelizadora protestante en América. El reconocimiento que hace Williams de los gobiernos terrenales y de sus diferentes clases entre los indios, con lo que se liberan éstos de su catalogación como siervos por naturaleza, es típicamente lascasiano, y basta sólo hojear la Historia de las Indias para verlo estampado en múltiples sitios; con lo que no queremos insinuar que los misioneros puritanos se inspiraran en esta obra, porque ella, es muy sabido, tardó más de trescientos años en imprimirse (1675).

Desde luego la andanada democrática de Roger Williams a favor de la libertad espiritual y de la autonomía contractual en materias gubernamentales iba dirigida con afinada y destructora puntería contra el estado-iglesia puritano. La alusión al probable gobierno indio es puramente ilustrativa, lo que no quiere decir que Williams no pensara en ello seriamente.

Si en la Nueva Inglaterra hubiesen escuchado la voz contemporizadora de Williams tal vez jamás habría estallado la guerra contra el rey, Felipe, y posiblemente la evangelización puritana que se estaba llevando a cabo con enorme esfuerzo y entusiasmo no hubiera tenido el mal fin que tuvo.

Los indios se lanzaban a la guerra con indudable justicia; los colonos puritanos, amparándose tras la denominación de "guerra justa", emprendían una campaña de represalias terribles; el mismo título justo que se invocara para destruir a los mahicanos, naragansettos y pequodas se invocaría ahora contra los wampanoags y confederados de Philip. La lucha fué terrible y sangrienta pues el cacique probó ser un extraordinario conductor de hombres. Como ya dijimos a la muerte de su hermano heredó Philip el cacicazgo, y temerosos los ingleses de una posible unificación de todas las tribus emprendieron una política de presiones sobre él que no sirvieron sino para envenenar más aun las tirantes relaciones, ya de suyo a pun-

to de estallar, porque Philip sospechaba, y fundadamente, que su hermano Wamsutta había sido asesinado por los colonos. En 1675 el Gobierno de Massachusetts queriendo eludir la amenaza de la guerra mandó llamar a Philip; le envió además un otro emisario que en nombre de los ingleses exigió la paz; pero el cacique respondió arrogantemente diciendo que él, como rey, lamentemente podía tratar con su hermano e igual Carlos, soberano de Inglaterra (Carlos I) y no con vasallos de éste. Esta violenta situación había sido promovida por los colonos cuando al descubrir que ^{el} Cassamon, el antiguo se

(81) Cassamon se había educado en el colegio indio de Harvard; allí se graduó y fué destinado a la ciudad de Natick en donde ejerció el cargo de ~~maestro de los indios de oración.~~

cretario de Philip, que se había pasado al bando de los ingleses, había sido asesinado en Asswompssett Pond, Middleborough, agarraron a tres indios de los del cacique, que con toda seguridad eran ajenos a aquel incidente, y los juzgaron y condenaron a muerte ante un jurado de doce ingleses y seis indios; estos últimos, sin duda, para dar apariencia legal al juicio. El cumplimiento de la sentencia fué la señal para el cumplimiento de las hostilidades. Philip no esperó ya más y reuniendo el mayor número de tribus ⁸² que pudo se lanzó sobre los establecimientos de los blancos. El primero

(82) La influencia y prestigio de que gozaba Williams entre los indios le valieron el que Philip lograra confederar todas las tribus, lo que salvó a la Nueva Inglaterra.

que cayó ante el empuje imponente de aquella salvaje furia desencadenada fué Swansea. Desde el primer momento ingleses e indios se dieron cuenta de que la guerra era sin cuartel; una lucha a vida o muerte. No nos toca hacer lo ni lo queremos tampoco reseñar esta que más que guerra fué una horrorosa y continua carnicería practicada por los dos contendientes; Tras los primeros éxitos de Philip, obtenidos gracias a la rapidez del ataque así como a la dispersión de los establecimientos ingleses, los colonos se fueron concentrando, recuperando, agrupando fuerzas. Habiendo resistido el fren-

tico empuje inicial del ataque indio los ingleses pudieron llevar a cabo un nuevo tipo de degollina total que a la larga les dió la victoria. Philip fué derrotado y puesto en fuga. Acosado, perseguido noche y día y sin permitírsele el menor respiro es claro que no tardó mucho en ser destruido; un indio de la propia escolta de Philip le aborrió el trabajo a los perseguidores y eliminó a su jefe disparándole un pistoletazo; otras versiones explican la muerte del cacique por un disparo con muerte realizado por uno de los colonos. La cabeza de aquel "Blasphemus Leviathan" fué exhibida en Boston para que sirviera de escarmiento al resto de los indios. Más de una vez Cotton Mather la extrajo de la picota donde estaba expuesta, y separando la mandíbula del cráneo se dió a profundas y hamletianas reflexiones. Todavía por 1785 sobre los muros del viejo Ayuntamiento de Salem colgaban cubiertos de polvo y resacos, al decir de algún viajero, muchos de aquellos pavoresos trofeos (cabelleras de indios) de la "King Philip's War". En un libro de asiento de la Corte de Massachusetts perteneciente a aquella fecha todavía se pueden leer las partidas acordadas para pagos de las cabelleras de los indios cazados por los colonos. Con meticulosidad digna de mejor causa se especifican en el viejo libro las diversas tarifas según se trate de apéndices capilares obtenidos bien por sorpresa, ya en lucha abierta, ora ganados en cualesquiera otras circunstancias.

(83) Magnalia vol I, Lib. 3o. Cap. III, p. 556
(84) Cf. invar., Op. cit., p. 65

Aquella guerra fué decisiva para colonos e indios. Entre estos últimos ni los ya cristianizados se pudieron librar de los furores ingleses provocados por el temor y el recelo histórico colectivos. Las ciudades fueron destruidas y sus habitantes llevados a Long Island y Deer Island en lo más crudo del invierno. Los clamores del viejo Eliot para mitigar el dolor y sufrimientos de aquellos pobres nuevos cristianos no sirvieron de nada. Pese a todo los indios cristianos se mantuvieron fieles e incluso muchos de ellos coadyudaron activaa y fundamentalmente a forjar la

victoria como aliados de los ingleses. Tras de aquella guerra la potencia bélica de los indios se redujo tanto que a partir de aquel momento las colonias inglesas que hasta entonces habían vivido con el alma en un hilo ante la amenaza de una insurrección general de todas las tribus fundada en la evidente superioridad numérica, pudieron vivir tranquilas. Los indios habían sido triturados y el recuerdo de la amarga derrota impediría en el futuro cualquier otra confederación. Por lo menos la semilla del odio sembrada entre las propias tribus a causa de la amistad y alianza que muchas de ellas guardaron con los ingleses durante la guerra imposibilitaría para siempre una resistencia de conjunto contra la lenta pero inexorable penetración anglosajona. A partir de aquella guerra, decimos, toda amenaza seria contra los establecimientos ingleses se desvaneció; hablar en lo sucesivo del peligro indio será en las colonias un modo de justificación política encubridora de un proyecto de despojo a costa del piel roja, o una moda literaria y romántica; pero nunca será mentar un riesgo efectivo capaz de levantar una auténtica zozobra en cada pecho novoiinglés, salvo tal vez en los que lo daban en la novediza raya fronterera.

Anulado el indómito espíritu guerrero del indio un eco leve de éste fué a refugiarse tristemente en la literatura aventurera, románticamente arriscada y praderil del siglo XIX (Cooper, (1789-1852), Katherine M. Sedwick (1789-1867), "el Cooper femenino" y Longfellow (1807-1882) con sus baladas sobre temas indígenas; pero el vía crucis por el que ha tenido y tiene aún que pasar el alma india del piel roja ha llegado a ser todavía más doloroso en el siglo XX a causa de la hollywoodense mitificación cinematográfica de que ha sido objeto para gloria y contento de todos los niños gordos y rufos que en la civilización occidental sea, hayan sido y serán tal vez.

Otro hombre también no puritano, William Penn, mantuvo hacia los indios una actitud comprensiva y amistosa; su formación espiritual fuera le permitió interesarse por ellos hasta el punto de participar en sus juegos y diversiones, con muy buen éxito, por cierto, en el salto de lon-

gitud en el que era imbatible. Penn, sin embargo, no estaba exento de la preocupación contractualista del protestantismo, por eso antes de fundar en tierras americanas la ciudad del amor fraterno, Filadelfia (1682), procuró legalizar la situación comprando, aunque por una bicoeca, la tierra a los indios y pactando con ellos; como puede verse en el ingenuo y encantador cuadro de Edward Hicks, pintor colonial, primitivo y original de Norteamérica, en el que se ve a Penn, y otros personajes, que señala con su m

(85) Voltaire tan mordaz como injusto para con la colonización y evangelización españolas calificará el tratado firmado por Williams Penn con los indios en Shackawon como "el único tratado entre estos pueblos ("los indios americanos vecinos" de Penn) y los cristianos que nunca ha producido discordancia y que jamás ha sido roto" (cit. Lettres Philosophiques. Acad. Oeuvres Complètes de Voltaire (Lettre sur les Quakers), Librairie Hachette et Cie., Paris 1890, vol. 23, p. 56). Voltaire tenía razón para alabar al gran cuáquero Onas, que llamaron amorosamente los pieles rojas al generoso William Penn. Pero lo que no pudo comprender el sardónico y caustico filósofo de la Ilustración era que el trato comprensivo y pío para con los indios podía venir sin duda, - con las restricciones teológicas consiguientes - de cualquier secta cristiana, salvo la puritana y sus váteres, siempre que al frente de una de ellas estuviese un hombre del temple espiritual de Penn. Apenas faltó él, y apenas penetraron nuevas migraciones escocesas presbiterianas en la colonia, las relaciones entre indios y blancos sufrieron grave daño, se hicieron imposibles. El reinado de la tolerancia, de la severidad paternalista y del mutuo entendimiento pasó a la brutalidad dando entrada, por contra, a la incomprensibilidad odiosa y a la brutalidad ilimitada: "El ejemplo de Penn hubiese sido seguido de otra parte, los indios podrían haber sido absorbidos pacíficamente para enriquecimiento de la nación norteamericana, en lugar de ser exterminados, y el extraordinario desenvolvimiento de la brutalidad de los últimos pioneros americanos podría haber sido evitada ampliamente" (Bates, 109). En general hay que añadir, los puritanos fueron enemigos declarados de todos los que no conculgaron con sus ideas. Los propios cuáqueros, tan próximos a ellos por su sentido austero de la vida, fueron siempre mirados como enemigos, no solamente en la nueva sino también en la vieja Inglaterra; sobre todo por la disposición amistosa, casi nunca desmentida, de esta secta hacia los indios: "Entre las causas por las cuales Dios ha comisionado a los bárbaros paganos a levantarse contra los puritanos, la Corte General de Massachusetts dio a las siguientes razón como número 5: "Por tolerar que los cuáqueros viviesen con ellos" (Cit. G. Meyer History of Bigotry in the United States Randon House, New York, 1943, p. 10.) Hemos subrayado el caso porque no siempre la actitud fue leal, como por ejemplo la de Thomas Penn al recurrir a una ingeniosa trampa para arrebatrar las tierras a los indios que vivían en las inmediaciones de Filadelfia ("Walking Purchase") en 1737 (Cit. Libert Russell The History of Quakerism, The Macmilland Co., New York 1943 pp. 208-209). Híbilera sido curioso haberle podido preguntar a Voltaire tan admirador del padre de Thomas, qué es lo que pensaba de aquel engaño hecho a los indios. Los cuáqueros, como su religión les prohibía guerrear no podían arrojar a los delawares de aquellas tierras, entonces recurrieron a los iroqueses - enemigos de los otros - y así pudieron quedarse con los ricos terrenos de caza que los infelices delawares no se atrevieron a defender frente a sus implacables enemigos.

no izquierda una tira de papel a medio desenrollar en la que se puede leer claramente la palabra "Pennsylvania" ; el famoso "Elm Tree Treaty"

Penn no llegó a brillar en el firmamento misionero con la misma luz que sus antecesores: Eliot, Williams, Los Mayhew, Edwards, etc, tampoco en el arte de inculcar a los indios las prácticas de autogobierno rayó a gran altura; pero es indudable que tanto él como sus partidarios se esforzaron en sus relaciones con los indígenas en poner en acción los principios cristianos tal como ellos los entendían. Por otra parte Penn sostenía, y en esto se parecía a Roger Williams, que la propiedad de la tierra pertenecía a los indios ^(y) que por tal motivo las concesiones y patentes reales no eran legales.

Como hemos intentado demostrar en este apartado mediante diversos ejemplos el pacto emergía del fondo mismo de la teología portesistente; acercarse al indio era posibilitarle la entrada en la sociedad civil-moral. Pero esto no podía efectuarse sino por un convenio entre las partes; por un triple contrato mediante el cual los salvajes se comprometieran a vivir conforme a los principios, medios y elementos del estado-iglesia calvinista; lo que implicaba siempre una renuncia voluntaria o forzosa para los indios de la mayor parte de sus tierras, como lo prueba la respuesta del viejo cacique Ponduck, de Hartford, a las insinuaciones de Eliot que quería ganarlo para la causa del dios cristiano: "No, hemos perdido la mayor parte de nuestras tierras; pero no queremos llegar a ser también los sirvientes del hombre blanco" ⁸⁶ El indio sabía por experiencia que su con

(86) Cf. Willinsen, 289.

versión significaba siempre la legalización del despojo, y la razón de ello estribaba en que hacerse cristiano no era solamente adquirir la religión de los intrusos, sino civilizarse, es decir cargar a las espaldas los elevados, y elaborados durante siglos, conceptos sobre la propiedad privada que siempre resultaban nuevos por absurdos, para los indios. El paso de la economía cazadora a la agrícola-sedentaria para los indios

fue siempre fatal. En 1738 los indios de Nueva York se quejaron a William Johnson de que pronto "no podrian cazar un osos en el hueco de un árbol, porque algún inglés reclamaria derecho de propiedad, diciendo que el árbol era suyo"⁸⁷ Las comunidades puritanas, por desgracia, no podían hacer más

(87) Cf. Wynne, History of the British Empire in America, 2 vol., 1770 (cit. L. Hanke, Op. cit., p.).

sino asegurar las cláusulas del pacto tras de poner a los indios en vía de salvación; el futuro de indio, y la seguridad de su redención eran cosas que únicamente competían a Dios; mas es bien comprensible que el brinco desde la libertad natural a la cristiana, exigido por el calvinismo re formado de las colonias inglesas de la Nueva Inglaterra, no podía ser dado fácilmente por los salvajes. Así lo comprendieron hombres magnánimos como Roger Williams, como el propio Fox y como William Penn; pero ellos en medio de la tormenta de pasiones e intolerancias puritanas no fueron sino debísimos claros; suficientes, con todo y por contraste, para iluminar el triste hado de una raza trascendentalmente condenada, la india.

El pacto en sí mismo no tenía para los indios un valor de rescate total; mas vivir según sus cláusulas era estar en un andén eventual por donde de un momento a otro habría de pasar el convoy liberador: un pacto en suma, intramundano, sirviendo de base a una auténtica y civilizada vocación.⁸⁸ Cuando Winthrop, como ya hemos relatado, vió realizados

(88) El pacto puritano lo mismo que el requerimiento de los conquistadores españoles procedía de la sima teológica peculiar; un formalismo político espiritual fundado en razones predestinatorias e intramundanas.

sus sueños; es decir vió aceptados a los caciques Soconoco y Puham (1643) en el commonwealth escribió al respecto lo que sigue:

Vimos aquello como un fruto de nuestras oraciones, y este primer fruto de nuestras esperanzas no parecía que atraería a otros; lo vimos también como el medio empleado por Dios para atraer a los indios a la civilización y al conocimiento y conversión y abrazo del Evangelio a su debido tiempo. (89)

"Come Over and Help Us"

(1) Tras el acuerdo a sus llegaron Roger Conant y el capitán John Endecott al establecimiento fundado por el primero en Taunton, y recibió el nombre de Indian. La Compañía de las Indias de Massachusetts permitió al Capitán un sello para el nuevo establecimiento (1630): un óvalo en plata en cuyo centro se veían la figura de un salvaje el cual tiene en una mano el arco y en la otra una flecha; protección simbólica y abundante una guirnalda de hojas le cubren hasta la cintura. Los confesos se levantaba a cada lado de guerrero, y una al fondo otra muy reducida para dar la impresión de perspectiva. Se ve boca del soldado sale una leyenda en espiral con esta inscripción en mayúsculas: "COME OVER AND HELP US" (VEN Y AYÚDANOS). En Winwar, Op. cit., p. 17. Un indio llamado por su abstracción, con la cabeza hacia (Op. cit., p. 33). Del leopardo, sin embargo, no fue recibida por la compañía, - sino que, según se lee en Cotton Mather, le fue inspirada a Elliot por el espíritu profeta (parte II, lib. 2o., cap. 111, 366).

7. El mandato evangélico y la destrucción de los indios

Siendo por los resultados el catolicismo español logró en su tarea evangelizadora buena parte de lo que se propuso: incorporar espiritual y materialmente al indio a la cultura cristiana; mas no se puede, por

(2) Cf. Armando O' Gorman, Reflexiones sobre la Distribución Urbana Católica de la Ciudad de México, (Anl. Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación), México, Holtom VIII, p. 20.

desgracia, y en verdad que es de lamentar, aligerar lo mismo sea protestan-
tismo inglés que se incorporara en la misma brega. Para ser justos debemos ad-

(3) Advirtiendo la diferencia, aunque sólo a medias, se ha podido contribuir lo suficiente, "mientras que el catolicismo tuvo en muchos países, en sus misiones para con los nativos, un mejor registro que el de las iglesias protestantes" (ver Armando O. Gorman, Religion in America, Cambridge University Press, The Macmillan Company, New York, 1946, p. 136).

Admirar que el éxito y el fracaso respectivos no dependieron tanto de las cualidades de los hombres que actuaron en las tareas misioneras - lo que no quiere decir que sea una cosa defendible - cuanto del espíritu que los informaba. En parte a sacrificios, entusiasmo, sufrimiento y, sobre todo, celo misionero los evangelizadores británicos de la Nueva Inglaterra no desmerecen nada junto a los españoles que actuaron en Hispanoamérica: los

evangélica. Muerto también le sucedió en el cargo su hijo mayor Experien -
ce, gran maestro en lenguas indígenas, y falleció éste en 1758 continuó
la ingrata y santa tarea su hijo Macarías que dirigió las misiones hasta
1806 en que murió; en suma más de siglo y medio de ininterumpida tarea
misionera! aun si fuese único este ejemplo, sería no obstante más que su-
ficiente para poner en evidencia la enojosidad o ignorancia de ciertos ju-
cios, por ejemplo éste: "Además los ingleses no fueron un pueblo misione-
ro. Con rudas cualidades fué como ellos comenzaron a hacer su tarea ameri-
cana "; o este otro: "Pero estas leves evidencias de intención (la obra mi-

(5) Cf. G.E. Carrington, the British Churches. Exploits of a Nation of Shopkeepers, Cambridge. At The University Press, 1950, p. 25.

sionera protestante) son ciertamente pobres al lado del heroico celo de los
jesuitas españoles en América y Asia". Pero juzgar así solamente es posi-

(6) Ibidem.

bis cuando se guía uno exclusivamente por los resultados, y cuando se con-
denan, por ignorarlas, las causas que los originarán; lo que ha éndo lugar
a opiniones temerarias, como cuando se ha hablado de la hipocresía inglesa
en materias de evangelización. Naturalmente que hubo diferencias entre es-

(7) Cf. Eric A. Walter, The British Empire. Its Structure and Spirit, Ox-
ford University Press, London-New York-Toronto, 1943, p. 7.

pañoles e ingleses en la adopción del método misionero respectivo; pero co-
mo hemos visto en un principio las empresas europeas corren parejas sin
distingos nacionales característicos y profundos para ir poco divergiendo
y respondiendo al genio político, económico y espiritual de cada nación.
La discrepancia en el método misionero entre españoles e ingleses nació con
el distinto concepto que los unos y los otros, como hemos dicho, se adere-
baron del hombre; por supuesto del hombre indio, ser caído. Asimismo el di-
sentimiento estriba en la distinta concepción que del trabajo misional po-

seyeron ambos, considerando incluso la inspiración que le vino a los pro-
testantes por el lado de Las Casas. Mas todavía hay otro rasgo diferen-
ciador. A pesar del rechazo que de las obras hicieron los puritanos, --
por una inversión naturalmente egoísta el misionero protestante ejerció
su trabajo sin perder de vista su vocación, su "calling" ; por lo cual
no pudo impedir que en su tarea persiguiera y aspirara, aun sin ser con-
ciente de ello, a la santidad y glorificación de sus desvelos evangéli-
cos. Ante la resistencia tozuda que oponían los indios a ser evangeliza-
dos los misioneros no quisieron ver que parte de la falla está en el método

(8) Cf. Dr. Ola Elizabeth Winslow, Jonathan Edwards: A Biography, The Mac-
millan Co., New York, 1941, pp. 273- 274.

que ellos utilizaban, y engrendid con su única e inalterable verdad jamás
intentaron cambiarla o reformarla. Además la tarea competía fundamentalmen-
te a Dios, a Él los éxitos y a Él los incomprensibles --para los humanos--
fracasos. El misionero católico, por contra, por lo mismo que sabía el al-
cance que podían las obras no podía ambicionar sino el desprendimiento y
la humildad, evitando así los angustiosos de la soberbia. El misionero
español tuvo también siempre mayor ductilidad, mayor poder de adaptación
frente a la circunstancia evangelizadora, frente al sujeto paciente recep-
tor de la acción misionera; adaptando el método a la realidad indígena, y
no ésta --como pretendieron los puritanos-- a aquel. Los puritanos no tui-
eron más que un solo método y cuando este les falló ya no supieron que ha-
cer; los españoles, en cambio los intentaron todos con mejor o peor fortu-
na; incluso el disparatado aconsejado por las Casas, que imaginaba a un
indio excesivamente capacitado por la bondad y la razón, con lo que a la
postre el método resultaba impracticable por desorbitadamente ingenuo y
confianzado.

(9) Excesiva confianza puso en efecto Las Casas en la racionalidad cong-
nitiva del indio, como lo prueba su proyecto, ya reseñado, en Tezulutlan.
A Las Casas únicamente se le podía ocurrir, argumentando contra el Dr. Be-
rtrélez, que apoyado en la muerte del dominico Fr. Luis de Cáncer -- por lo

indígenas de la Florida-defendía su posición, escribir lo que sigue: "aunque aquellos indios hubiesen dado muerte a todo los frailes de Santo Domingo y a San Pablo con ellos, esto no aumentaría en un ápice el derecho que antes había para someterlos, que era ninguno" (cf. Juan Antonio Florente, Collección de las Obras del Venerable Obispo de Chiapa, Don Bartolomé de las Casas, Paris, 1822, Tom I. p. 48

En 1634 el rey Carlos I. de Inglaterra había recordado a la Comisión pro Colonias que la licencia real había sido otorgada "no solamente con el intento de aumentar los territorios del imperio, sino principalmente por un pío y religioso efecto y deseo de propagar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo". En el pacto firmado por los peregrinos a bordo del Mayflower poco antes de desembarcar se insistía también en los mismos propósitos de la patente real; verigracia el progreso de la fé cristiana y la gloria de Dios, amén de la suletilla patriótica y monarquizante. Se reconocía implícitamente la necesidad de la misión espiritual, convertir a los indios, para poder extender así el reino de Jesucristo- como escribe Bradford- y para gozar de la libertad del Evangelio pura y pacíficamente. ¹⁰

(10) En Bradfor, II, Apéndice II, p. 415

(11) Ibidem. II. 382

tono dramático Francis Higginson había expresando las razones de su grupo y las que él mismo argumentaba para abandonar Inglaterra (1629): practicar la parte positiva de la reforma eclesiástica propagar el Evangelio en América y evitar la corrupción. ¹² Se seguía pensando en términos de compenetra

(12) Magnalia, I. Lib. III, 362

ción religiosa con los indios; ideal inmarchitable a pecar de que desde 1625 John Robinson- el pastor amado que nunca pudo reunirse con sus queridas ovejas puritanas emigradas-había escrito a Bradfor desde Leiden ¹³ advirtiéndole de la necesidad de no verter sangre indígena, y constriñiéndole a no derramar sino la de unas cuantas cabezas principales por

via de escarmiento, compensándolas desde luego con la conversión aunque
fuera tan sólo de unos pocos indios: por encima de la matanza necesaria

(13) Cit., Bradford, II, 172

se erguía el ídolo evangelizador.

Lo que Robinson le proponía también a Bradford y los suyos era que se convirtieran en el coco de los indios, que recurrieran al terror antes que a la destrucción; a una expiación redimitoria en la que la sangre vertida fuera poquísima. En ello había por supuesto una gran compa

(14) Ididem.

ción; pero poco o ningún amor. La evangelización era una vista desde la orilla teórica europea; y otra desde la práctica y experimental americana, porque el fallo del proyecto de hacer buenos cristianos de los indios causaba por un lado—insistamos una vez más en ello—la impotencia teológica puritana que convertía en inoperante la acción evangelizadora; y por el otro, el hecho de que los experimentos puestos en marcha fueran—a diferencia de los de España—"resultado de empresas privadas que nada tenían que ver con la política gubernamental" el ideal religioso y el político no se

(15) Cf. Lewis Hanke, The First Social Experiment in America, Harvard University Press, Cambridge, 1939, p. 55

desarrollan coextensivamente. El problema evangelizador en la Nueva Inglaterra no contó con un cuerpo doctrinal uniforme, tampoco pudo fortalecerse con el respaldo de una verdadera política gubernamental, pero sí contó con una base segura de política localista colonial variable de colonia a colonia. Con motivo de la "King Philip's War" se preguntaba Roger Williams asombrado como era posible conservar el buen nombre de Dios entre dos fuerzas o principios contradictorios, como ocurría cuando se hablaba a la vez de la gloriosa conversión de los indios en la Nueva Inglaterra y de las numerosas cesarias guerras y cruces destrucciones realizadas contra los indios. 16

Williams no acertaba a comprender las causas que motivaban la aniquilación de los indígenas, y no entendía tampoco por qué si le parecían los indios inocentes, a otros le parecían culpables; por qué si él era capaz de perdonarles sus faltas, otros no les pasaban ni la más mínima; por qué si los indios habían aceptado pacíficamente la presencia de los ingleses, éstos no pensaban sino en destruirlos.

¿No son todos los ingleses que viven en esta tierra (generalmente) un pueblo perseguido en su suelo nativo? Y no ha hecho el Dios de la paz y Padre de las Mercedes más amistosos a estos n. tivos en esta salvatiqués, que lo que son nuestros compatriotas en nuestro propio país? ¿No han pactado los indios ligas de amor con nosotros y hasta la fecha continúan apaciblemente su comercio con nosotros? ¿No se han establecido entre ellos familias y ciudades que se están desarrollando en paz entre las nuestras? - Ante lo cual yo humildemente pregunto: ¿cómo puede concordarse con la ingenuidad cristiana el recurrir en ciertas ocasiones a su destrucción? Porque en este caso aunque se apunte solamente a las cabezas resulta, como la experiencia nos enseña, que los tiros recaen sobre el cuerpo y sobre el ingente. (17)

(16) Carta de Roger Williams (6-VI-1654). Cit. Elizabeth Deering Hanson *The Heart of the Puritans* (Selección de cartas y diarios), The Macmillan Co. New York, 1917, p. 121.
(17) *Ibidem*.

Fiel a sus principios Williams abogaba por la paz y libertad para los indios independientemente del concepto que le merecían algunos de ellos. Los salvajes podían ser, pensaba él, blasfemos, paganos, idólatras, ociosos, ladrones, traicioneros, lascivos, dados a la brujería y simiente degenerada de Adán; ¹⁵ empero por encima de todo los estimaba como hombres, dignos

(18) Así es como correspondía a unos seres que se empeñaban en vivir bajo la tiranía del demonio.

nos de que se les extendiese la mano salvadora y misionera. Pero es que Williams jamás quiso aceptar la realidad que imponía la doctrina de la predestinación; la terrible fuerza del precepto divino que era imposible evadir, del que no se podía escapar. El mismo hubo de experimentarlo y no tuvo más remedio que huir, alejarse de aquellos rígidos puritanos; nuevos canes del Señor que como los otros famosos tampoco pasaban por movimiento mal he-

cho. El precepto, la terrible fuerza del precepto fué la que condenó misericordemente a los pobres indios, como lo descubriera siglos después Washington Irving:

Washington Irving- escribe Adams- al escribir sobre el tratamiento puritano a los indios, ha dicho: "Ellos, los indios, fueron sobrios, frugales, castos y fieles a su palabra, pero aunque ellos habitualmente actuaban correctamente, resultaba todo en vano al menos que no lo hicieran así bajo la presión del precepto". (19).

(19) Wm. Ephraim Douglas Adams, The Power of Ideals in American History, New Haven: Yale University Press, MCMXXVI, p. 98

El precepto envolvía la obligatoriedad del pacto, y entre tanto que este no se cumpliera, o en caso de que este se traicionara el indio estaba perdido. Inútil será por tanto, que Eliot, le refrescara al Honorable Gobierno y Consejo de Boston (13-VIII-1675) la patente real que recomendaba no la devastación mas la conversión de los salvajes; o le recordase la misión evangélica para la que Dios había traído a América a los ingleses. Sin el precepto, sin la orden intimatoria divina y humana no había salvación; sin el Decálogo materializado en el convenio-mandato trascendental el indio era un ente despreciables. Eliot además les evocaba justamente a sus correligionarios todos los compromisos contraídos con motivo de la obligación adoctrinadora, que no destructora, so pena- en caso de no cumplir- de parecerse y comportarse como los crueles españoles. Pero

todo
(20) Carta de Eliot al Gob. de Mass. Apud. E.D. Hasoon. Op. cit., p 127

todo en vano, los ingleses deseaban ver, sin duda alguna, a los indios en el cielo, mas no en la tierra, en donde resultaban ser un estorbo. Los

(21) Apud. Theodor Parker, Collected Works, X:121 (cit. L. Hanke, Op. cit. p.175 de la edición inglesa de la Lucha por la Justicia).

puritanos querían traer pacíficamente a los indios a la fe cristiana, pero si estos se oponían a ello no era cosa que preocupara mucho a sus maestros, pues en el rechazo no veían la terquedad, la incomprensión o la impo-

sibilidad espiritual del alma indígena para remontarse, sino la obstinada resistencia, la empecinada soberbia del indio; manifestación del porfiado poder de Satanás; expresión, en última instancia, de la misteriosa cuanto terrorífica voluntad divina.

El viejo aprieto humano ente la alternativa pacífica y la guerra, el doble propósito espiritual y material tenía que traducirse forzosamente en destrucción. Anulada la labor intercesora de la Iglesia y de la jerarquía eclesiástica medianera los indígenas se encontraban sin energías para poder llegar ellos solos a constituirse en una sociedad moral, que tal era el requisito indispensable que se le exigía; en suma permanecían y se empecinaban en una sociedad natural-animal sin derechos, sin alma y sin personalidad. Ayunos, pues, de la característica humana, según este punto de vista puritano, se les declaró irredentos, imposibilitados de salvación. La codicia del hombre al no encontrar el menor obstáculo conde- naba a los indios a una rápida y brutal desaparición.

Este conflicto no pudo resolverse en un día o en dos; ni en meses, ni en años, mas a través de los diversos proyectos puestos en práctica por los predicadores y maestros puritanos. Infortunadamente los experimentos no pudieron sino limitarse a dos tipos de actividades: conocimiento de las Sagradas Escrituras e incitación al Commonwealth a través de la imitación y el ejemplo; pero siempre con restricciones y reservas por parte de los puritanos. Una vez fracasó ^{de} el plan educativo propuesto para los indios se creyó que ya no había más que hacer, y los indígenas fueron clasificados en una escala tan baja que, sin dificultad, se hallaba al mismo nivel que la de los animales y bestias; "hombres (el subrayado es nuestro) brutales y salvajes, que de arriba abajo pueden ser clasificados poco mas y no de otra suerte que como las mismas bestias". Pero esta opinión de Bradford

(22) Op. cit., I. 46

no era la única, ya hemos visto que en términos parecidos omís o menos de

había expresado Williams, y ahora veremos que estos fueron los que priva también en otros importantes personajes: Gookin, que incluso sufrió privaciones de sus conterráneos por proteger a los indios cristianizados durante la "Indian War" (1756-1765) escribió lo siguiente: "bárbaros e ignorantísimos hombres situados no muchos grados sobre las bestias"; y el Rev. John Wilson los definió así: "la porción más sórdida y despreciable de la especie humana; Eliot, el grande y generoso Eliot que tanto hizo por los indios no escatimó vituperios tampoco: "la escoria del género humano"; y para no ser menos el famoso Hooker añadió por su cuenta: "ellos eran la mayor ruina del género humano sobre la faz de la tierra." ²³ Con todo y con ser tan

(23) Cit. Lloyd C. M. Hare Op. cit, p. 38

desconsoladores estos juicios no por eso ha des parecido de ellos la idea de considerar al indio como hombre aunque degenerado, y nuestros subrayados tiende precisamente a hacer resaltar dicha característica; pero como también puede verse por las definiciones trascritas los atributos racionales de tales hombres salvajes han quedado reducidos a casi nada. Bradford y todos los otros olvidaban que sin aquellos salvajes las colonias inglesas no podrían haber sobrevivido a los tres primeros años de privaciones y miserias horrosas, empero la caridad y el agradecimiento no eran virtudes que pudiesen florecer en el agostado corazón puritano. La induración espi-²⁴

(24) Baste este hecho significativo para demostrarlo: En el año de 1634 la viruela asoló las aldeas indígenas que rodeaban Boston no perdonando sino a muy pocos la terrible enfermedad. Dos familias inglesas, los Maverick y los Winesmett, de filiación episcopaliana esta última, se dieron en cuerpo y alma a la caritativa tarea de auxiliar a los enfermos, enterrar a los muertos y recoger a los huérfanos. Winthrop no pudo menos que reconocer que ambas familias se hicieron "dignas de un recuerdo perpetuo" (I, 115). Pero es curioso la aclaración que nos hace el editor del Diario relativa al sentimiento de los puritanos ante aquellas acciones misericordiosas mercedoras de eterna memoria: "Este estimable hombre (Mr. Winesmett) a cuenta de su credo episcopaliano era visto en la comunidad, con desdén, y aunque se le reconocía como hombre digno y de sustancia, no se le nombró para ningún cargo público. Una evidencia de la tirría de los puritanos se pone de manifiesto en el hecho de que bien Winthrop o alguno de sus sucesores ha tachado del manuscrito, rayándolo, la palabra "perpetual" que se había escrito como atributo a la humanidad de Winesmett"

ritual provocada por la predestinación había fosilizado completamente los rasgos efectivos de la personalidad. Según Morton, siempre exagerado, egocéntrico y mal dispuesto- tenía sus razones- para con los puritanos, éstos no ayudaban a nadie:

No puedo entender cómo los separatistas hacen confesión de ayudar a nuestros pobres, aunque ellos exaltan las prácticas que contribuyen al mantenimiento de sus santos, cuando por lo que respecta a algunos de los que están entre el número de los que ellos llaman privados (aunque estuviesen enfermos) en el momento de desembarcar en nada los ayudan, siendo que con unas pocas vituallas nuevas los harían recobrar la salud; como todo no hallan los desembarcados así ninguna asistencia por parte caritativa de los separatistas.

(25) ~~Edif. Thomas Morton~~ The New English Canaan (Introducción y notas por Charles Francis Adams), Prince Society, Boston 1883, p. 120

Desde luego los puritanos eran implacables con sus enemigos- así lo fueron con Morton, lo que justifica los desahogos de éste- y severísimos para con ellos mismos; su corazón y su bolsa estaban solamente abiertos y eso con excesiva preocupación y rareza, para los huérfanos y las viudas de sus correligionarios fallecidos. Como ha escrito Werkmeister, la beatería de los predicadores llegó a ser espantosa: "Allí no hubo ni una sola generosa y humanitaria figura entre ellos".

(26) Op. cit., p. 20

3.- La vía evangelizadora puritana.

En el año de 1647 comenzó John Eliot, ~~Maestro~~ Maestro de la Iglesia de Roxburg sus lecturas sobre la Biblia en las aldeas indígenas de Watertown y Dorchester. El propio Gobernador y otras personas principales entre los ingleses acudieron a las primeras reuniones confraternales en las que se procedía de la siguiente manera: Se comenzaba rezando una oración en inglés; después el mismo Eliot leía un párrafo de la Biblia traduciéndolo al lenguaje

Je indio. Hecho esto se repetía el párrafo ahora en inglés y acto seguido predicaba durante una hora a los indios en el idioma de estos, lo que —

(27) Cf. Winthrop, II, 318.

acreditaba la pericia alcanzada por el extraordinario misionero en el algonquino. El sistema pedagógico de John Eliot comprendía fundamentalmente la catequización de los niños, y para tal objeto él les proponía diversas cuestiones que si contestadas satisfactoriamente por la chamaquería daba a ésta la gran felicidad de ser premiada con manzanas asadas y pasteles rellenos. Esta especie de Ripalda propuesto a los niños era como sigue:

1. Pregunta: ¿Quién te creó a tí y a todo el mundo?
Respuesta: Dios.
2. Preg.: ¿Quién te salva y redime de tus pecados y de ir al infierno?
Resp.: Jesucristo.
3. Preg.: ¿Cuántos mandamientos te ha dado Dios para que los guardes?
Resp.: Diez. (28)

(28) Vide John Eliot, The Day-Breaking of the Gospel with the Indians, Publicado por "Old South Leaflets", Num. 143, Boston, Mass. (El tomo consultado por nosotros que pertenece a la Biblioteca del Congreso de Washington (Referencia: 6- E 1730.44) tenía mutiladas las diez páginas primeras, de aquí que no podamos dar la fecha de la publicación), p. 7 (387).

Después seguía la recitación de memoria de los diez mandamientos. Tras esto preguntaba el Maestro a los jefes indios y guerreros principales si habían comprendido bien y si tenían algunas preguntas que hacer. Aclaradas todas las dudas, cosa no siempre fácil según veremos, Eliot procuraba resolver las cuestiones de la mejor y más inspirada manera posible, aunque a veces, como le ocurrió a otro misionero, Shepard, se vió en aprietos para dar una respuesta apropiada. A Shepard un guerrero indio le demandó consejo sobre cuál de sus dos mujeres es la que debía dejar para cumplir con el precepto:

El informó -escribe Hare- que la primera era "estéril y no podía tener niños, y que la segunda era fecunda y le daba lindos hijos... y que si él apartaba de sí a la primera que no podía tener criaturas, entonces rechazaba a la que Dios le había indudablemente dado, siendo que no tenía

otro defecto sino la falta de niños; pero si él se desprendía de la otra, entonces no sólo perdía a ella sino también a sus hijos a los cuales él quería mucho". No sabemos como la ingenuidad puritana resolvió esta embrollada disputa entre ética y religión. (29)

(29) Op. cit., p. 50.

Así pues en las reuniones con los indios los misioneros procedían del siguiente modo: oraciones, sermón sobre las verdades fundamentales de la fe cristiana, y ruegos y preguntas. Una reunión podía durar hasta tres y cuatro horas, pues los indios eran incansables, como lo son aún en todos sus festejos. Además para los indios el espectáculo de dos o tres de aquellos severísimos predicadores vestidos de negro y accionando teatralmente sebió ser subyugante. El énfasis que los puritanos pusieron en la palabra hablada era gratísimo a los salvajes, porque ellos también acostumbraban a conversar larga y gravemente, lacónica y sentenciosamente durante los consejos tribales. Tal dominio alcanzaron los puritanos, tal majestuosidad y grandeza en el uso de la palabra que no era difícil ver que tras uno de aquellos vibrantes sermones parte de los indios asistentes a la asamblea lloraban incesantemente. Terminadas las prédicas se repartía tabaco entre los concurrentes y el largo y humeante calumet de paz pasaba y repasaba de boca en boca haciendo las delicias de los indios y también, por qué no, de gran parte de los ingleses.

Pero Eliot se dió cuenta bien pronto ^{de} que le faltaba algo importante para poder progresar en la labor emprendida; había algo que la entorpecía a pesar de sus buenos deseos y pese a la bonísima voluntad que los indios mostraban sin excepción: hombres, ³⁰ mujeres y niños. Comprendió que

(30) Cf. Winthrop, II, 320.

si quería instruir y educar a la juventud indígena tendría primero que ponerle en las manos el libro imprescindible, la Biblia; instrumento valiosísimo inspirador de toda la evangelización puritana. Decidido Eliot a ³¹ ello emprendió la ingente tarea de traducir el libro sagrado al algonquino

(31) Según parece la traducción fué hecha en Natick, dialecto del lenguaje algonquino. Vid. Marshall H. Saville, The John Eliot Bible, Apud "Indian Notes", vol. III, Núm. 2 (Abril, 1926), Publicado por el "Museum of American Indian", Heye Foundation, New York, p. 120.

sin importarle lo avanzado de su edad, sus múltiples y agobiadoras ocupaciones y, sobre todo, su escasez de dinero. El quería llevar la luz; es -- decir enseñar por medio de aquella traducción a los niños y a los jóvenes; enseñarles a leer para iniciarlos así en el conocimiento del Dios verdadero. Por fortuna había una bien dispuesta juventud apta para hacerlo; todo era cuestión de hallar los medios adecuados:

Además hay muchos jóvenes dispuestos y fecundos, no inclinados viciosamente, sino con buenas disposiciones e ingenio, a las cuales se podría enseñar recluyéndolos, y fundando para este objeto una escuela si tuviésemos medios. (32)

(32) Carta de Eliot a Mr. Winslow (8-X-1648), Apud E.D.L. Hanscom, Op. cit., p. 125

La tarea de traducir la Biblia fué muy penosa para el Maestro;
33
pero le llenó de entusiasmo. El se daba por satisfecho con tal de poder

(33) El primer trabajo de investigación sobre la lengua indígena no fué, sin embargo, el de Eliot, porque en 1643 Roger Williams escribió "A key into the Language of America". Por esta obra así como por su humana y generosa labor con los indios mereció tanto como Eliot el título de Apóstol de los Indios (Vide Charles M. Andrew, The Colonial Period of American History, Yale University Press, New Haven, 1932, vol. II, p. 22). Todavía antes que al trabajo de Eliot es la traducción hecha por el sueco Campanius del Pequeño Catecismo de Lutero (1648). John Campanius acompañó a John Printz, Gobernador de la primera colonia sueco-luterana en América. Esta colonia había sido fundada por Recrus Torckillus (Vide Adiel Ross Wentz, The Luther an Church in American History, The United Lutheran Publication, Philadelphia, Penn, 1923, p. 42.

mediante ella amamantar a los indios con la leche de la palabra, y con tal de poderlos alimentar con el pan de la vida. Eliot no temía partir del mar do, lo que le desazonaba era el tener que dejarlo sin haber podido antes dejar su obra a los indios: "partiré gozoso si pudiese dejarles la Biblia, porque es ella la palabra de vida".
34

(34) En carta de Eliot a Robert Boyle (Apud E.D. Hanscom, Op. cit., p. 12

Eliot tenía depositada toda su confianza en el libro inmortal; con él se podía intentar algo así como una Ginebra Indiana, una Commonwealth indígena; en suma una teocracia puesto que las Escrituras revelaban la ley de Dios, y con ella la de gobierno civil. La Biblia, ya lo dijimos, fué -- para los protestantes algo así como lo que fué para los hombres clásicos la Historia: la maestra de la vida; y para un puritano especialmente lo fué todo: causa, objeto, fin y alegoría de su vivir; la fuente inextinguible -- inspiradora de sus pequeñas y grandes acciones. Eliot no hallaba mejor consejo que ella para las faenas de gobierno, y esperaba confiado que los hijos también la utilizarían para regirse y ayuntarse sabiamente. En la Biblia podían encontrar los indios todo lo que buscaran: un Legislador, un Rey un Juez y un Salvador. La Biblia era una Suma, síntesis total de lo secular y divino: política, economía, artes y oficios, instituciones sociales, jurídicas y religiosas. En el ensayo teocrático intitulado "The Christian Commonwealth" (1649) desarrolla Eliot su teoría política fundada en la Escritura: un solo Soberano, un solo gobierno, una sola Palabra, una sola Fe y una sola Verdad; están de sobra, pues, todos aquellos sistemas humanos que no se inspiren en la Biblia. La pasión ciega de Eliot por la Biblia, su bibliolatría, le hace rechazar por imperfecto y sacrilego todo sistema o forma de gobierno que no sea bibliocrático. Inspirado Eliot en el Exodo -Capítulo VIII- imaginaba una escala decimal para la Magistratura; es decir grupos de 10, 50, 100, y 100 electores que nombraría a sus representantes, éstos a su vez a los que los representarían en los consejos superiores hasta llegar a integrarse el Consejo Supremo Nacional por votación indirecta. Cuando se imprimió su ensayo (1660) se levantó gran revuelo no únicamente en la Nueva Inglaterra, mas también en la Vieja en donde la situación política algo confusa (Restauración) hacía poco grato el ensayo teocrático de John Eliot.

(35) Vide Samuel Eliot Morison, Builders of the Bay Colony, Houghton & The Riverside Press Co., Boston and New York, 1930, pp. 201-203.

Este sistema divino de gobierno es el que quería Eliot imponer a los indios; mas para lograrlo había primero que cumplir con el programa evangelizador. Tres motivos tenía Eliot para realizar su proyecto: la gloria de Dios, la compasión hacia el indio y el cumplimiento, por las dos anteriores, de una misión, la realización de su vocación. El evangelizar a los indios implicaba necesariamente el doble programa de civilizarlos y -- cristianizarlos. Se quería que los indios se gobernaran eligiendo lugares donde asentar sus ciudades para poder vivir en ellas con todo orden y policía y, sobre todo, aparte de los bañcos; el mismo error de principio ^{en el} que incurrió la evangelización española; alucinación utópica no desprovista, sin embargo, de reales fundamentos. Los oficios deberían ser comunes a todos; el cultivo intensivo de la tierra se constituía en la base económica sobre la cual desarrollar todo el impulso creador; y la lectura atenta y cuidadosa de la Biblia proporcionaría la base sobre la cual asentar la -- religión y la moral. La Sociedad Londinense para la Propagación del Evangelio suministró los primeros fondos a los que se sumaron veinte libras -- anuales cedidas por la rica y piadosa viudad Lady Mary Armine. El agente de Massachusetts, Edward Winslow, obtuvo del Parlamento Largo (1649) la educción para organizar con dieciséis ^{píos} e influyentes puritanos la Sociedad para el Fomento y Propagación del Evangelio de Jesús en la Nueva Inglaterra 36

(36) Con motivo de la restauración de Carlos II (1660) la Sociedad hubo de disolverse; pero los buenos oficios de Richard Baxter lograron una nueva autorización, ahora real, que restauró la sociedad primitiva, la cual -- pasó a llamarse Sociedad o Compañía para la Propagación del Evangelio en la Nueva Inglaterra y Partes Adyacentes. Esta nueva denominación no solamente indica que ya para entonces los establecimientos se habían ampliado, sino que, y es lo más importante, al cabo de una decena de años había necesidad de ampliar el título para dar cabida en él a las nuevas ambiciosas pretensiones.

una corporación con sede en Londres que demandó de todas las parroquias de Inglaterra y Gales una contribución monetaria; contribución que también aportaron con gran entusiasmo muchos particulares y hasta soldados del ejército cromwelliano. De esta forma Eliot en Massachusetts, los May-

hows en Martha's Vineyard con los indios hayheads, y James Fitch en Connecticut pudieron comenzar o proseguir sus trabajos de evangelización. Es de justicia indicar que tres años antes que comenzara Eliot lo hicieron los Mayhows, y que el primer indio converso fué Hiaccomes, que andando el tiempo llegaría a ser Maestro de la Iglesia Indiana (1670) en Martha's Vineyard.

Hubo necesidad de comprar instrumentos de labranza y los aperos de diversos oficios para repartírselos a los indios. El pobre Eliot se ³⁷ encargó

(37) En 1656 la Asamblea de Plymouth prohibió vender a los indios las herramientas que éstos más necesitaban y prohibió asimismo que se les vendieran caballos, yeguas y potrillos; botes, velas y aparejos de pesca; armas de fuego, municiones, pólvora y ron. Los incipientes gremios novoingleses, como los novohispanos, se defendían de la competencia posible. Aparte esto se pone de manifiesto también que la gran contradicción entre los propósitos evangelizadores y la negativa de venderles precisamente aquello que, salvo el ron, más necesitaban los indios para civilizarse y para llegar a este ser buenos y activos cristianos.

peñó, aunque sin éxito, en enseñar a las doncellas indígenas a hilar y tejer a la usanza inglesa; ^(rueca) verbigracia con huso y telar europeo. En 1651 se inauguró la primera reunión en Natick con asistencia de la Corte General de Massachusetts. Natick fué una aldea fundada por Eliot a 18 millas al Suroeste de Boston, situada entre las dos riberas del río Charles, las cuales se unían por medio de un desafiante puentecillo de madera. En el centro de la ciudad se alzaba la Casa de la Reunión a la que acudía cada quince días el Maestro para predicar a los feligreses. Cada familia india tenía un lote de tierra propio y una participación en la milpa y prá-
do comunales. Aunque era una economía que tendía hacia lo comunitario, no había llegado ni al comunismo primitivo ni a la economía agraria aislada que se practicaba en Martha's Vineyard. Las casas de los indios participaban ³⁸

(38) Cf. Wish, Op. cit., p. 40.

de un estilo semieuropeo, mitad jacal mitad vivienda popular inglesa del siglo XVI, y se hallaban algo dispersas por aquí y por allá bien que sin dejar todo el conjunto de poseer un decidido sentido de urbanización que regulaba la posición central de la Casa de la Reunión. Recordemos que las

Casas establecía dos exigencias ineludibles para poder realizar la tarea adoctrinadora: que los indios dispersos se juntasen formando pueblos, y que fuesen libres, ³⁹ condición esta última que permitía la otra. Precisanen

(39) Cf. Remsal, Lib. III. Cap. XVII, p. 143.

esto era también lo que exigía Eliot de sus pieles rojas: urbanismo y libertad, coincidencia que nada tiene de rara supuesto que, como ya más de una vez se ha dicho, la corriente lascasiana inspiró enormemente la obra misionera puritana de la Nueva Inglaterra. El éxito de Natick hizo que muy pronto se fundaran otras ciudades: Wamesit, que fué la segunda en importancia, Nashobah y Punkapog; y en breve el número de estas ciudades congregacionales se elevó a siete, siguiendo las fundaciones el contorno de la costa de la bahía de Massachusetts. En 1673 el infatigable Eliot y su ayudante Cookin ⁴⁰ fundaron siete más en en la región denominada Nipmuc (actual cop

(40) Perseguido este puritano por el Gobernador Berkeley, pasó de Virginia a la Nueva Inglaterra; fué representante de los indios y mostró por ellos gran interés y sentimiento humanitario. Escribió dos libros sobre los indígenas: Historical Collection of the Indians in New England (1674), publicado en 1793; y The Doings and Suffering of the Christian (1677), publicado en 1836 (Vide Winship, Op. cit., p. 25).

gado de Worcester). Un próspero vecino de la ciudad de Sandwich consiguió poco más tarde que en la parte superior del brazo que forma el cabo Cod se les reservaran a los indios de oración (Praying Indians) cincuenta millas cuadradas; y en 1685, año en que murió Bourne, que este era el nombre del rico y generoso vecino que también predicó a los indios, el prolífico pastor Samuel Treat, ministro de Eastham (Nauset), en unión de cuatro predicadores indios y de cuatro maestros —alos primeros les escribió él los sermones en el idioma aborígen— emprendió una activa tarea evangelizadora entre las tribus indígenas de su jurisdicción. Su conocimiento del idioma nativo (tradujo la Confesión de Fe luterana) y su estentóreo voz ⁶ zarrón (se le podía oír, cuentan sus contemporáneos, a media milla de distancia) le ayudaron a tener gran éxito como evangelista; mas que nada por

la admiración que despertaba entre los indios el magnavoz que guardaba en su garganta:

Para 1651, seguimos en esto a Increase Mather⁴¹, los indios que

(41) Carta dirigida al Dr. Leusden y otros colegas de la Universidad de Utrecht sobre los progresos del Evangelio entre los indios. Traducida del latín al inglés por Cotton Mather (Apud Magnalia, I, 562-571).

Antes vivían como bestias salvajes en plena y esclavizadora selvatices se habían congregado en ciudades y habían formado sus gobiernos civiles alrededor de un pacto social o contrato. Eliot, según vimos, extrajo la forma de gobierno, que aplicar a aquellas ciudades, de la Biblia, supuesto que hasta entonces los indios no habían tenido ninguna práctica, ninguna idea acerca de una fórmula eficaz de gobierno. La Corte General de Boston permitió que se desarrollara el experimento de Eliot y autorizó que los indios, guiados por su sabio y buen Maestro, eligieran sus propios gobernadores, fuvieran su pequeño Corte y conservaran aquellas costumbres y usos propios no incompatibles con la doctrina cristiana ni con la teoría del gobierno civil defendida por los puritanos. La ciudad de Natick quedó organizada previa aceptación del siguiente "Covenent" por todas los habitantes:

Nosotros somos los hijos de Adán; nosotros y nuestros padres hemos estado durante mucho tiempo perdidos por nuestros pecados; pero ahora la gracia del Señor ha comenzado a justificarnos de nuevo; por esto, como la gracia del Señor nos ayuda, nosotros y nuestros hijos nos damos a Dios para que seamos su pueblo. El nos gobernará en todos nuestros asuntos; el Señor es nuestro Juez; el Señor es nuestro Legislador; el Señor es nuestro Rey; El nos salvará y la sabiduría que el Señor nos ha enseñado en su libro nos guiará. ¡Oh Jehová! enséñanos la sabiduría; envía el Espíritu Santo a nuestros corazones; tómanos por pueblo tuyo y permítenos que tú seas nuestro Dios. (42)

(42) Ibidem, 564.

En 1652 Thomas Mayhew el Joven, inspirado sin duda en Eliot, redactó a su vez un "excellent covenent" para la Iglesia Indiana de Vineyard; un pacto en el que de modo parecido al de Eliot se pone gran énfasis sobre el carácter bibliocrático de tal contrato social-cristiano:

Nosotros los afligidos indios de Vineyard (o indios de Nape según el nombre de la isla), que allende toda memoria hemos estado sin el Dios verdadero, sin un Maestro, sin una Ley - nosotros los verdaderos sirvientes del Pecado y de Satán- y sin Paz, por lo que Dios justamente nos ha vejado por nuestros pecados, y habiendo últimamente por medio de su ~~Gracia~~ oído el nombre del Dios Verdadero, el Nombre de su Hijo Jesucristo, con el Espíritu Santo el Consolador, tres personas pero un solo Dios Glorioso, cuyo nombre es Jehová, alabamos su Gloriosa Grandeza y en la tristeza de nuestros corazones, y con vergüenza en nuestras caras, reconocemos y renunciamos a los grandes y muchos pecados en que nosotros y nuestros padres hemos vivido, y por ellos y por la causa de Cristo queremos ganar su merced y perdón; y esto lo hacemos hoy por medio de la bendición de Dios que haya de caer sobre nosotros, y confiando en su graciosa ayuda nos damos nosotros mismos y por medio de este pacto nos unimos nosotros, nuestras Mujeres y Niños para servir a Jehová: Y nosotros en este día escogemos a -- Jehová para que sea nuestro Dios en Jesucristo, Nuestro Maestro, nuestro Legislador por medio de su palabra, nuestro Rey, nuestro ~~Padre~~, nuestro Gobernador a través de sus Magistrados y Ministros; nos comprometemos a temer a solo Dios y a Confiar en él únicamente para nuestra salvación, a la vez del cuerpo y del alma en esta vida presente, y en la eterna por venir, por medio de su gracia en Cristo Jesús nuestro Salvador y Redentor, y por el poder del Espíritu Santo, al cual con el Padre y el Hijo, pertenecen toda la gloria eterna. Amén. (43)

(43) Cit., Hare, 108.

Aceptado el pacto se establecía algo así como unas ordenanzas municipales. Para dar una idea de estas nos serviremos de las que se formularon y originaron para la ciudad de Negocijo (Nooatomen) puesto que podemos imaginar que las de Watick no habrían de haber diferido mucho de éstas:

1. Que si cualquier hombre está ocioso una semana o cuando más una quincena deberá pagar cinco chelines.
2. Si cualquier hombre soltero estuviere con una mujer soltera pagará -- veinte chelines.
3. Si cualquier hombre golpear a su mujer, se le atarán las manos a la espalda y será llevado al lugar de la justicia para que allí sea severamente castigado.
4. Cada hombre joven, si no es sirviente, y si no está casado, se le obligará a que levante y clave un wigwam para sí mismo, y no se le permitirá que viva levantando aquí y mudando allá y cambiando su wigwam.
5. Si cualquier mujer no recogiere su cabello y lo atare, sino que lo dejare suelto o lo cortare como lo llevan los hombres, pagará cinco chelines.
6. Si cualquier mujer fuere con el torso desnudo pagará dos chelines y seis peniques.
7. Todos los hombres que lleven trenzas largas pagará cinco chelines.
8. Si cualquier persona se dedica a matar sus piojos triturándolos con los dientes y comiéndoselos, pagará cinco chelines. (44)

(44) Aoud, Elliot, 20 (469).
Los indios lo hacían, según explicaban, para vengarse de estos anima-

les; interpretación curiosa y lógica de la ley del talión.

El Sábado, Día del Señor, se reunían en las asambleas eclesiásticas no sólo los indios ya conversos, ~~sino~~ también los neófitos ^(los) iniciados y los curiosos. En las asambleas para catecúmenos los indios eran examinados rigurosamente por los ministros de las iglesias adyacentes reunidos para este fin. Las preguntas versaban sobre los dogmas fundamentales de la fe cristiana había indios que hasta lograban aprender de memoria el famoso catecismo del predicador William Perkins y sobre ciertas cuestiones éticas. Las respuestas de los indios, traducidas por hábiles intérpretes, se tomaban por escrito; luego eran examinadas una por una por los ministros y se las aceptaba o rechazaba tras de haber sido seriamente discutidas. Tan gravemente procedían los indios en los servicios eclesiásticos que se celebraban en sus iglesias que ni los mismos ingleses tenían a veces inconveniente de asistir a ellos. ⁴⁵ La diferencia entre el servicio inglés y el

(45) Cf. Magalia, I, 567.

indio estribaba en que para este último sólo se reunían los indígenas el Día del Señor o en ocasiones solemnes, además que como eran indios de oración practicaban las ceremonias sin fórmulas aprendidas, mas de corazón; o dicho sea en la expresión famosa de Tertuliano: "sine monitore quia de peccatore".

(46) Ibidem, 569.

9. Unas preguntas incisivas

⁴⁷ El Natootomahtekasuk; es a saber el día dedicado a hacer pre-

(47) Ibid., 565.

guntas, fué instituido por los predicadores para examinar, según dijimos, a los indios; pero mucho antes que se estableciera esta piadosa costumbre los nativos habían implantado en cada asamblea, a instancias de los misio-

neros, el uso de los ruegos e interpelaciones. Como asimismo dijimos, a veces los predicadores ingleses se vieron en apuros ante las preguntas que los indios les espetaban; como cuando quisieron saber como escaparía el alma de un indio metido en una caja de hierro herméticamente cerrada y puesta al fuego. Las cosas que querían saber los indios lo mismo versaban sobre problemas del mundo natural que ~~del~~ sobrenatural, su visión panteísta, por otra parte, no veía diferencias entre uno y otro. En el primer "meeting" tenido por Eliot con los indios del cacique Waaubon (28-X-1646) éstos se interesaron por saber las causas originadoras del trueno, de las mareas y del viento. También expresaron sus dudas sobre el conocimiento de Dios, porque ¿cómo podrían conocerlo ^{si} ellos no sabían leer la Biblia? ¿Cómo podría asimismo Dios entenderlos acostumbrado como estaba a oír el idioma inglés? ¿Había habido en otros tiempos ingleses ignorantes de Dios? Y por último, ¿si por el diluvio todos los humanos se habían ahogado, cómo se había después henchido la tierra de hombres? En la segunda reunión (11-XI-1646) un viejo indio se levantó para preguntar si no le era ya demasiado tarde para conocer a Dios; ¿valdría la pena que él lo buscara y se arrepintiese de sus pecados considerando ya lo cercano de su muerte? ¿De qué modo podrían ellos llegar a conocer a Dios; y por qué los ingleses lo conocían más si como se les acababa de decir blancos e indios tuvieron un padre común? Otro indio preguntó si sobre el hijo bueno recaerían las faltas de un padre malo dado que se les había predicado que las faltas de los padres recaerían sobre los hijos. Un otro se interesó grandemente en las causas que originaban el que el agua del mar fuera salada y la de la tierra dulce.

(49) Apud The Day-Breaking, 5 (385).
(49) Ibidem, 10 (390).

Pero la cuestión más interesante la hizo un indio cuando preguntó si en caso de que violara la ley moral impuesta por Dios, sin transgredir por ello la social -ya por no haberla ora por ignorarla el cacique, como por ejemplo en el robo o en el adulterio- el pecador sería castigado. En el

tercer debate los indios quisieron saber si podían orar al Diablo y si podían creer en los sueños. Indagaron qué cosa era un espíritu y que significaba la palabra humillación que ellos oían pronunciar frecuentemente en la iglesia. Demandaron asimismo ^(a) los ingleses por qué éstos los llamaban indios, y por qué sabían tanto acerca de Dios y ellos tan poco. Como era de esperarse las respuestas de Eliot y sus tres acompañantes no siempre fueron convincentes para los indígenas. Algunas veces al excederse en las razones científicas o pseudocientíficas de los fenómenos, como el propio Eliot nos confiesa: "sin embargo les dimos las razones de ello fundándolo en causas naturales lo cual entendieron menos"; otras por razones tan puramente

(51) Idem.

teológicas que los ~~ingleses~~ ^{indios se} quedaban por fuerza a oscuras: "y por medio de ello para mostrarles cuán ignorantes son los indios, a causa de que esto también era difícil en demasía para ellos, y a causa de que la historia de la Biblia se la reservamos (si Dios quiere) para que sea abierta en ocasi⁵¹ón más conveniente en su propia lengua". Consternado por las exigencias de

(52) Ibid., 10 (390).

una cultura cristiana que conscientemente se hacía heredera espiritual y material de la tradición bíblica, para ser más explícitos del Antiguo Testamento, Eliot tuvo que confesar a los salvajes que la diferencia en el

⁵³
(53) Tolstói censuró el error, según el, de la Iglesia que reconoce en el Antiguo Testamento un origen divino (Apud: ¿Qué es el Evangelio?, Edición de los Evangelios, Universidad Nacional de México, México, 1923, p. 413.

conocimiento de Dios que distinguía a los ingleses de los indios radicaba en el hecho de que estos fueron como rebeldes chiquillos que desoyeron la palabra divina que originalmente les fuera revelada; de lo que se trataba,

(54) Op. cit., p. 9 (389).

indiquémoslo desde ahora, era de una reevangelización. La pedagogía que se recomienda al indio es, a primera vista, bastante sencilla; pero las dificultades iban a aparecer en cuanto el indio intentara ponerla en práctica para llegar a ser cristiano. Si quería salvarse, esta fué escuetamente la respuesta de Eliot; los indios deberían hacer lo que los ingleses: leer la Biblia, arrepentirse de corazón por los pecados y orar contritamente al Señor. Este era el único camino para conocer a Dios: rogar y pedir; pedir y rogar una vez, y ciento, con incansable y afflictivo arrepentimiento: "Señor, hazme conocer a Jesucristo, porque yo no lo conozco"⁵⁵. Como se ve bien poca;

(55) Ibidem, 3 (383).

una breve súplica nada más, pero nada menos! El indio no tenía por qué preocuparse de su idioma, que Dios bien lo conocía; en lo que debía interesarse era en pedir aquello de todo corazón, que lo demás sobraba de momento por lo mismo que se hallaba ínsito en aquel al parecer simple e ingenuo ruego, como muy pronto lo veremos. A la pregunta de que por qué denominaban los ingleses a los aborígenes indios, Eliot no supo que contestar ciertamente, porque no lo sabía; como nadie lo entiende aún con profundidad salvo los que lo hayan sabido por el que conoce el secreto de cabo a rabo⁵⁶

(56) Wide O'Gorman, "La Idea...", Op. cit., passim.

Estando predicando otro día Eliot en la aldea del cacique Cutshamekin se levantó un venerable indio y le formuló la pregunta siguiente: ¿Qué razón había al parecer para explicar que hubiera ingleses pobres siendo que todos conocían y adoraban al mismo Dios? La pregunta llevaba doble filo pues con la contestación que diera Eliot los indios se respondían a sí mismos sobre las causas de su miseria en comparación con la prosperidad de sus maestros y mentores. Eliot no entendió o no quiso entender la interpelación de que era objeto y evadió el problema echando mano de unos recursos teológicos y explicatorios que el propio Calvino le hubiera aplaudido; pero que por lo mismo jamás convencerían a nadie, y menos por supuesto a los indios

La respuesta aludía al secreto de la predestinación divina, lo cual implicaba la resignación de los oyentes e interpeladores:

1. Que Dios, respondió Eliot, sabe muy bien que es mejor para sus hijos ser buenos que ser ricos; que El sabe además que si algunos de ellos poseyeran riquezas, haría mal uso de las mismas y se haría orgulloso y disolutos, etc. y que por eso El no les da más riquezas, sino la que necesitan ellos, para que se guarden de ser orgullosos, etc. y para que así dependan de El; 2. que El por este medio haría conocer a los hombres que El daría favores celestiales más bien a los hombres buenos que a los ricos, etc. y que su mejor hacienda estaba en el cielo, etc. (57).

(57) Cf. Winthrop, II, 319

Aquí los etcéteras no disimulan la ignorancia de Winthrop, sino que se refieren a cosas de religión que por sabidas no necesitaban ser repetidas, y que aludían a la serie de males que acarreaban las riquezas a los hombres; frente a los bienes que aportaba la conformidad con la pobreza. ⁵⁸
Doctrina de pura esencia calvinista, sin duda, pero que nunca atrajo a los

(58) Vide Institucion Religiosa escrita por Jean Calvino el año de 1536 y traducida al castellano por Zipriano de Valera. Segunda vez fielmente impresa en el mismo numero de paginas en Madrid, imprenta de José López Cuesta, 1858, 3o., VII, 10, 947; y 3o. X, 3, 487.

hombres puritanos acostumbrados a ver en el éxito mundanal (económico fundamentalmente) los rasgos manifiestos de la gracia, del distinguido santificante, de la salvación; porque, como escribe Rowe, "el pueblo eclesiástico generalmente creía que la miseria era la consecuencia del pecado individual o del enojo del Todopoderoso". Pero no solamente el pueblo puritano era -- ⁵⁹

(59) Cf. Henry Kallose Rowe, The History of Religion in the United States, The Macmillan Co., New York, 1929, p. 95.

el que pensaba así, pues, como hemos visto, también los indios tenían sus dudas y expresaban su desconfianza a la miseria. Ocurría con ella lo que con el zumbador, ese gracioso juego de prendas en el que los del corro se pasan rápidamente un objeto de mano en mano para no pagar multa en el momento en que al que hace de moscardón se le acabe el resuello, ya de modo intencionado o naturalmente. Nadie quería afrontar seriamente el

problema, ni siquiera Eliot, lo cual explica que él rehuyera recoger en su Day-Breaking el enojoso incidente promovido por el astuto indio. Gracias a Winthrop, que era un político y no como Eliot un escriturario, conocemos la intencionada pregunta y la evasiva respuesta. En la reunión segunda que ya hemos reseñado, recuérdese que tras la pregunta del apenado indio que indigaba si todavía estaba él en edad para salvarse, Eliot pone la del otro venerable que le preguntó de qué modo podrían llegar él y los demás al conocimiento de Dios. Precisamente la cuestión que escamoteó Eliot es la que líneas arriba transcribimos de Winthrop; cuestión como se ve candente, y que como un ascua viva ningún predicador o teólogo quería retener en la mano. No hay razones teológicas, según ya analizamos, que se contrapongan en el calvinismo; mas las hay posiblemente psicológicas que hacen que el hombre prefiera la riqueza a la pobreza, pues siendo ambas resultantes de la pre-ordinación divina es natural que el ser humano se decida por la primera -reflejo de la bondad de Dios- y no por la segunda -proyección de su cólera-. Así lo entendió también el caco indio, como lo indica su ladina pregunta; así también ~~se~~ adivinó la intención de la misma el habilísimo Eliot, lo que explica su respuesta y, sobre todo, aclara su complejo de ocultación o disimulo. Aunque por razones que hacen preferir la riqueza a la pobreza son difíciles de comprender ⁶⁰ de no intentar explicarlas a través de la doc-

(60) "Es verdad", escribe Sperry, "que el calvinista devoto siempre hizo frente a la posibilidad de que él podría ser 'condenado para la gloria de Dios' y en teoría admitió de buena gana y aceptó dicho destino. En la práctica, y por razones que nunca han podido ponerse completamente en claro, él parece haber asumido que él era personalmente un recipiente de la gracia de Dios y ejemplo de la limitada divina selección" (Op. cit., p. 144).

61

trina del "calling", no lo resulta tanto si nos atenemos en última instancia

(61) William W. Sweet ha procurado una explicación a nuestro juicio plausible que concuerda con nuestra tesis, en la cual todo el mecanismo descansa en el significado y valor de la vocación. A ella se debe, como justamente se desprende de las ideas de Sweet, la racionalización de la doctrina espiritual y su proyección en el terreno de la acción y de la vida de cada día, lo cual hizo del hombre nevoinglés "un hacedor del mundo" (p. 117). Por

tiendo de los estudios de Weber, Troeltsch, etc, quienes se esforzaron en subrayar la participación decisiva que la doctrina calvinista tuvo para el desarrollo del capitalismo y la irrupción de la clase media burguesa, el autor arriba indicado escribe lo siguiente: "Pero si la piedad novocinglesa y el éxito económico marcharon de concierto, no fué debido a ningún deliberado complot por parte de los puritanos novocingleses para obtener ventajas materiales, Mas bien ello aconteció como una consecuencia natural derivada de la doctrina del 'calling'; es a saber la doctrina que sostiene que una persona es llamada divinalmente a ser comerciante cristiano, a ser capitán cristiano de un navío o a ser un cristiano granjero del mismo modo que se puede ser destinado divinalmente a ser ministro de Dios. Este énfasis, naturalmente, condujo por sí mismo al éxito en los negocios, y como una consecuencia de esto la Nueva Inglaterra a despecho de su suelo pedregoso y de su inhospitalario clima se preparó largamente para producir, a causa de la ética puritana y del puritano estilo de vida asimismo, un nuevo tipo de hombre y de mujer que tenían solamente interés de preparar a sus hijos tanto para la prosperidad de la familia, de la iglesia y del commonwealth, así como lo de cada día para procurar un modo de vivir. El puritanismo de la Nueva Inglaterra fué un experimento en el modo de ganar la vida cristianamente, un experimento mediante el cual se aplican principios cristianos a cada fase de la vida diaria" (Véase The American Churches, Abingdon-Cokes Bury Press, New York, Nashville, 1948, p. 118).

La condición egoísta y hedonística del hombre. Si bien es exacto, como ha sido dicho, que el puritano vino a ser como un atleta moral; tampoco es menos verdad que su ascetismo peculiar lo convirtió en un atleta práctico azacaneado y apremiado por el deseo de batir las mejores marcas de la ganancia, como le ocurriera a Robert Keaine en la Nueva Inglaterra.

El frenesí por el tráfico que animó ^(a) las clases en Inglaterra durante los siglos XVI y XVII, así como el amor por el dinero que penetró en la vida y en el sentimiento de la gente no se limitaron a la vieja Inglaterra, sino que también se expandió y con gran virulencia por la Nueva. Lo que más se cotizaba en Boston eran las buenas y ricas costumbres y

(62) Cf. Charles A. Beard, The rise of American Civilization, The Macmillan Co., New York, 1941, p. 21.

la prosperidad en los negocios; señales ambas de la bondad divina, barruntos celestiales de salvación. En 1639 ante la represión y clamor de las fuerzas populares de la colonia hubo de incoarse un proceso contra Robert Keaine que esquilaba tan inocente como ambiciosamente a sus correligionarios al obtener en la venta de los artículos el cincuenta y hasta el sesen-

ta y seis por ciento de ganancia. Se llevó a cabo el juicio y el comerciante desaprensivo fué condenado a pagar una multa de cien libras, y a retratarse públicamente. Ambas cosas las hizo con gran humildad declarando que él había pecado efectivamente, pero que él había sido el primer sorprendido de ello supuesto que buscando la prosperidad él estaba seguro que marchaba por el buen ~~camino~~ y verdadero camino de su vocación salvadora. John Cotton, el Solón de la colonia, se sintió en el caso obligado de intervenir, y en su sermón atacó al día siguiente del proceso la usura y la codicia humanas; pero precisó que Keaine había pecado por ignorancia y por apoyarse en falsos principios. Entre tanto la Corte General se había dividido, y como no existía una base legal y doctrinal en que apoyarse los partidarios del comerciante, que formaban mayoría, pudieron justificar a su defendido con los atenuantes siguientes:

1. A causa de que allí no había ninguna ley en vigor que limitase o dirigiese a los hombres en asuntos de provecho en sus negocios. 2. A causa de que es una práctica común en todos los países el que los hombres capicen la ventaja de elevar los precios de sus artículos. 3. A causa de que (aunque en este caso él era el principal culpable, sin embargo no era el único que había incurrido en esta falta). 4. A causa de que en la comarca todos los hombres dedicados por toda ella a la venta de ganado, maíz, trabajo, etc, eran culpables de iguales extrasos en los precios. 5. A causa de que no se podía hallar ninguna regla que igualase la proporción o tasa entre el comprador y el vendedor, aunque mucho trabajo se ha gastado en ello y a pesar de las muchas leyes que se han hecho con este objeto; las cuales, no obstante, han sido rechazadas por no ser seguras ni satisfactorias. Y por último, y especialmente, a causa de que la ley de Dios no indica otro castigo en este caso sino la doble restitución; y, en algunos casos, solamente la mitad añadido a la principal cuando el ofensor libremente se confiesa y hace su ofrecimiento. (63)

(63) Cf. Winthrop, I, 316.

Los principios escolásticos sobre el comercio, la usura y el justo precio acababan de ser arrumbados; aquello era la sanción legal reconocida al comercio, y el reconocimiento de que la economía se regiría en lo sucesivo por el interés y no por disposiciones éticas y virtuosas; cosas ambas hacia las cuales ya apuntaban solapadamente Calvino. Este célebre proceso marca precisamente el comienzo de la supremacía de la vida económica so-

bre la espiritual en la Nueva Inglaterra, y aunque Cotton se esforzó al día siguiente del juicio en crear un código moral de restricciones sobre el comercio y de reglas sobre la ganancia legítima ⁶⁴ -disposiciones inspiradas en

(64) Ibidem, I, 317.

apenas si influyó nada en la futura mercantilista dirección de la colonia. La Institución, y por lo mismo de cierto aflujo medioeval -dicho código -- Para el desarrollo de la civilización comercial de la Nueva Inglaterra las disposiciones de Cotton no fueron un obstáculo porque nadie, ni siquiera tal vez él, las tomó en cuenta.

Para un diputado de la Corte General reunida en Boston en el mes de Diciembre de 1641 la cosa estaba bien clara; la pobreza significaba para él, sin lugar a dudas, una prueba fehaciente de la reprobación de Dios. - Aquí ya no se trata de la opinión del pueblo, plóbe inconsulto, según la democrática opinión de los magistrados, sino de la de un hombre de posición y representación en la colonia; un hombre que con relación al problema opinaba igual o de modo parecido a como lo pensaba la masa ignorante:

En esta sesión Mr. Nathorn, uno de los diputados, y usualmente uno de los presidentes de la cámara, hizo una moción para que algunos otros de los diputados removieran del salón de sesiones a dos de sus más antiguos magistrados a causa de que éstos se habían empobrecido, y sobre esta proposición habló él por vía de impropio u oprobio acerca de aquellos dos. (65)

(65) Ibid., 2, 49.

En la lectura del día siguiente Cotton reprobó esta actitud de Nathorn y sus secuaces, y expuso que si las propiedades de los dos ancianos diputados habían decaído y sufrido mermas había sido porque sus poseedores en días difíciles para la colonia se habían dedicado abnegadamente al servicio de ella con olvido de ellos mismos y de sus intereses particulares; por cuya razón, añadía Cotton, él estimaba justo que los dos ancianos siguieran ocupando sus puestos, haciéndose caso omiso de la indigencia er

que se hallaban aquellos dos hombres. Mas las amonestaciones y la defensa del predicador sirvieron de poco: los ancianos fueron desprovistos de sus cargos, y por lo que siguió desde entonces, añade Winthrop, "pareció que el fuego del cual aquello brotó, solamente se amortiguó en vez de apagarse, como será mostrado en seguida".⁶⁶ No necesitamos, empero, de futuros ejemplos.

(65) Idem.

nos basta y sobra con los transcritos, en los que se pone de manifiesto el valor trascendental -salvación revelada- que la gente común y corriente acordaba al éxito mundano, y que por lo mismo condenaba a los pobres y fracasados, porque en su fallo y pobreza se transparentaban su condenación. ¿Y -cuestionará alguien posiblemente- qué relación puede tener todo lo anterior con la pregunta del anciano indio, una cuestión que no dejó páginas atrás volando? ¡Bicha, según se achara de ver, porque si a un vivo comerciante se lo condena -quizás por serlo- tan blandamente, y si a dos diputados de la colonia son repudiados precisamente por ser pobres, sin que les sirvan de eximentes justificatorios sus anteriores sacrificios y sus muchos años, ¿qué podían esperar los indios, pobres de solemnidad, extraños al trabajo y miseros casi por naturaleza? ¿qué se les podía agradecer a aquellos indios en cuyos hábitos, costumbres y medios de vida se revelaba ya su condena trascendental y la esclavitud en que catenados los tenía sujetos? Es indudable que en uno y en otro caso muy poco, ya que si los colonos tuvieron que considerar despreciables a dos de los suyos por pobres, no se podía esperar ni exigir que con gentes que les eran totalmente extrañas y contrarias que tenían tantas prevenciones se comportaran mejor.

La pregunta del viejo indio había penetrado muy honda aunque no lo fuera tanto la intención, en este caso, con que el anciano venerable la propusiera. Los indígenas veían rebullir y horniguear, y aumentar el almacenaje de wampura a aquellos blancos; y aunque al comienzo el espectáculo

(67) El wampura lo formaban cuentecillas talladas, con la espiral interior

de las conchas, las cuales cuentecillas enhebradas servían de adorno y de valor de cambio. Los ingleses pronto se dieron a fabricarlas en serie; pero más pronto aun los indios advirtieron el engaño y comenzaron a rechazarlas prefiriendo las que ellos mismos manufacturaban. El wampum llegó a ser utilizado incluso por los ingleses como dinero. Según Mather 6 cuentecillas blancas ó 3 azulnegras valían un penique (Op. cit., I (lo.), 558).

les pareciera absurdo y casi rayano en la insania, por no poder entender la causa de tanto trajín, los resultados positivos y la prosperidad cada vez mayor de la colonia les hizo comprender que aquella incesante actividad era beneficiosa aunque repugnante, y que, desde luego, el dios de los ingleses era excelentísimo pues que les dispensaba a éstos favores y riquezas. Ya no tiene, por consiguiente, la pregunta del indio ningún misterio; los abofegados querían saber si adoptando ellos el dios de los recién llegados podrían asimismo prosperar. Pero habiendo observado que entre los ingleses los había pobres desearon saber la causa de tal anomalía, no fuera a resultar que a ellos les tocara, como quien dice, bailar con la más fea. La respuesta de John Eliot los dejó, por supuesto, desconsoladísimos. No, no bastaba con aceptar al nuevo dios; pero entonces, ¿en dónde estaba la raíz del éxito que ellos veían florecer rápidamente y donde quiera que los ingleses ponían las manos? No tardó, pues, en formularse la segunda pregunta; mas ahora recelando los indios de las complicaciones teológicas del Maestro acudieron a uno de aquellos simples y sobrios colonos, afanosos como las abejas, en busca de respuesta; pero dejemos que nos lo relate Winthrop en su llano estilo siempre interesante, atrayente y sincero:

The Indians grew very inquisitive after knowledge both in things divine and also human, so as one of them, meeting with and honest plain Englishman, would needs know, that were the first beginnings (which we call principles) of a commonwealth. (69).

(69) "Los indios se fueron haciendo muy preguntones acerca del conocimiento de lo divino y de lo humano asimismo, y así tropezando uno de ellas con un hombre y sencillo inglés le explicó que él necesitaba saber cuáles eran los primeros principios (como así nosotros los llamamos) de un commonwealth" (Op. cit., II, 520).

El inglés, añade Winthrop, no siendo ducho en tales materias y

complicaciones, y no queriendo tampoco evidenciar su ignorancia delante de los indios les respondió que eran tres: la sal para conservar la carne y pescado excedente; el hierro para abatir árboles, construir casas y cultivar la tierra; y los bueyes para llevar lo sobrante y traer lo necesario, como ropa, vino, etc.*Ayi (dijo el indio) entonces me temo que nosotros nunca seremos un commonwealth, porque ni podemos hacer sal, ni hierro, ni barcos

(70) Ibidem.

Ni por el lado religioso ni por el práctico encontraban los indios una explicación que les conviniera y convenciera; las doctrinas preordinativa y vocacional no les servían de nada; ante su conciencia y ante la de los puritanos Dios los había abandonado, y de nada les valían sus deseos y desvelos por saber. Eliot confesaba que poco se podía hacer en tanto que los indios no fuesen más civilizados; por eso sus esfuerzos fueron deliberadamen

(71) Op. cit., p. 15 (395).

te lentos y orientados hacia la tarea civilizadora fundamentalmente; por otra parte a los misioneros no les quedaba otra cosa que hacer sino orar fervientemente para que Dios inspirase el corazón de los salvajes; éstos debían, pues, rogar a Adonai para que les enviase su Espíritu Santo para que así pudieran los misioneros enseñarlos mejor. Sin embargo parece que Dios se

(72) Ibidem., II (391).

complacía en retrasar lo más posible el momento. En él radicaba el poder de iluminar el corazón del indio; pero por razones de suyo inexplicables parecía querer dejarlo en eterna obscuridad:

«Pero parece que entre ellos no se manifiestan sinó pocas obras del espíritu divino; lo cual me produce muchas horas de aflicción. Mas permítame recordar que nosotros tenemos que pasar muchas tribulaciones antes de que podamos entrar en el reino eterno de Dios y de la paz y del reposo. (73)

(73) Cf. Hanson, "Carta del predicador David Brainerd", p. 137.

Estas palabras se escribieron a un siglo de distancia, casi (30-IV-1743) del experimento de Eliot, por un pastor puritano que vivía cristiana y misioneramente entre los indios de la aldea de Kaunaumuck, cerca de la

(74) Ibidem, 136-137.

actual Albany. Mas la falla no estaba, como dijimos, en los hombres, sino en el sistema teológico que en 1743 era casi igual al de un siglo antes, y lo sería también al de un siglo después. Ciertamente la gran renovación o reavivamiento religioso experimentado principalmente en la Nueva Inglaterra a principios del siglo XVIII, que se conoce con el nombre de El Gran Despertar (Great Awakening), se tradujo en una elevada intensidad y actividad religiosas y misioneras entre los indios. El movimiento fué comensado por Jonathan Edwards, gran misionero él también y desenvuelto por Joseph Bellamy y Samuel Hopkins. La base teológica del nuevo sistema consistía en una modificación de la doctrina calvinista; no es que se redujeran las prerrogativas divinas de la predestinación ni se rebajara la majestad de Dios, sino que se ponía mayor énfasis en el amor divino y se daba un resquicio de libertad al libre albedrío. Esta nueva religión del corazón como se la lla-

(75) Vid. Frank Hugh Foster, A Genetic History of the New England Theology. The University of Chicago Press, 1907, passim.

mó enseñaba que la verdad de la salvación podía ser intuitivamente revelada a través de una interna y sobrenatural luz; pero hablando en términos más místicos aquella nueva religión era un intento de reconciliación entre el calvinismo y el pietismo, y un ensayo de suturación de la teoría del conocimiento de Locke y la filosofía idealista del amor platónico. Como pue-

(76) Cf. Wish, 167.

de verse la renovación aquella en nada podía alterar el método puritano de evangelización; despertó, eso sí, grandes entusiasmos entre los misioneros, que se contagiaron de amor platónico y de ansias contractuales; pero se pa-

só de aquí la reforma.

En la nueva hornada de misioneros además del propio Edwards merecen destacarse los siguientes: los otros dos ya citados; además J. Sergeant, que vivió entre los indios en Stockbridge, al Occidente de Massachusetts; D. Brainerd, también en Stockbridge y después en Nueva Jersey, que muerto tempranamente ⁷⁷ fué reemplazado por su hermano; y S. Kirkland que estuvo con los indios oneidas, les construyó una iglesia y les prohibió toda clase de licores. Pero el gran triunfo misionero de este siglo fué la conversión de San-

(77) Para estos datos así como para otros ya reseñados vease en Latourette, Op. cit., vol. I, pp. 220-221.

són Oocom, un indio nacido cerca de Nueva Londres, Conn., que fué tocado por Dios a través del misionero Eleazar Wheelock. Este evangelista instruyó cuidadosamente a Oocom, el cual, ayudado por sus excelentes dotes naturales ⁷⁸ llegó a ser misionero a su vez entre los indios de Montauks, Long Island.

(78) *Ibidem.*

Cuando Oocom estuvo en Londres causó sensación; fué allí enviado para recaudar fondos para el movimiento. Se suponía, y no hubo en ello equivocación, que la presencia en Inglaterra de un pastor indio constituiría una gran propaganda y un incentivo, por lo mismo, para aumentar la recaudación. Sin exagerar podemos decir que lo que fué Hiacoomes para el siglo XVII lo fué Oocom para el XVIII. Salvo el hecho positivo que representa esta simpática figura la renovación misionera dieciochesca no dió mayores frutos. Como decíamos líneas arriba la falla no estaba en los hombres. Los salvajes a pesar de los esfuerzos de los predicadores no alcanzaban a elevarse hasta el concepto y práctica del "calling", aquello estaba en realidad demasiado espiritualmente esterilizado. Para los misioneros no hubo ya dudas, era el mismo Dios, como ya se ha señalado, el que no alumbraba suficientemente a los indios por mera voluntad de Su inescrutable designio. Ahora bien si él desahuciaba a los indios, ¿qué menos podían hacer los hombres sino facilitarle la tarea a este nuevo y terrible Jehová que tomaba a los blancos por

brazos ejecutores de su terrible cuanto incomprensible voluntad predestina-
da? No ha habido sistema religioso más absoluto que el calvinista, que
pone al hombre frente a Dios en medio de una ^{soledad} ~~soledad~~ impresionante y exco-
sivamente racionalizada. ¿Empero, qué papel podía representar el indio en es-
te tremendo diálogo? En realidad ninguno, porque le faltaba no solamente el
entrenamiento práctico que da una civilización avanzada, sino que además -
se encontraba privado del que, a diferencia de los puritanos, proporcionaba
milenio y medio -cuentas redondas- del coloquio con Dios. Aun sin quererle
el puritano tenía por suya la intensa y lata experiencia cristiano-occiden-
tal; el piel roja la de los bosques y llanuras animados por el hálite del
Gran Espíritu, del Manítoá animista y panteísta.

Parece imposible que los novoingleses no se percataran del enorme
abismo que les separaba de los indios; pero todavía lo es más que aun sabien-
do pretendieran salvarlos o, mejor será decir, ponerlos en camino de sal-
vación por medio de razonados sermones y lecturas fundamentalmente; mas la
extremosidad, ^{calvinista} al igual que su esotérico modelo e inspirador lasocassiano no
podía echar mano de otros recursos sino de estos tan excesivamente inte-
lectualizados y prerracionalistas. Con nada mejor se pueda comparar la -
evangelización puritana que con la absurda definición de inercia que de jó-
venes aprendidos: se suponía que una vez el móvil -en este caso el método
misionero- puesto en movimiento ya no había nada más que hacer; la marcha
estaba asegurada para siempre.

10. La Iglesia Indiana

Hobhamock o Chepian, los paw-waws (diables menores) y los powwows
estaban interesados en obstaculizar naturalmente los progresos del Evange-
lio, pero no lo estaban menos los sagamores y los caciques; ¿En qué situación
planteaban ellos a los misioneros novoingleses, quedarían después de ser
reengendrados en Cristo? ¿En qué situación los powwows? Los caciques y he-
chiceros querían saber las consecuencias que se derivarían tras su conver-
sión en los órdenes social, y político, porque sospechaban que la mudanza
acarrearía trastornos tanto a ellos como a su gente. Y efectivamente no se

equivocaban. Con la evangelización los indios adquirirían ciertos derechos naturales del hombre, y el gobierno arbitrario y opresivo de los caciques se debilitaba; la situación de privilegio de que gozaban los brujos sufría también grave quebranto; en suma los indios se liberaban de la inicua servidumbre a que los tenían sometidos sus irresponsables señores. Los indios comp

(79) Cf. Latourette, I, p. 93.

nes hacían también, como ya sabemos, sus preguntitas; a Mayhew se le acercaron gran número de ellos deseosos de saber qué tanto se harían ricos después de que abrazaran el cristianismo. Y otros, no sin recelo, demandaron qué qué pasaría con los sagamores y powwows. Como se ve altos y bajos estaban interesados en el mismo problema.

Como la religión puritana no puede ser por obligación impuesta, lo indios no podían ser compulsados o violentados para hacerlos cristianos, todo se dejaba al factor vocacional. Mayhew procuró desde el primer momento atraerse a los indios de tal modo que pareciese que eran ellos los que deseaban ser regidos por un buen gobierno. La imitación, el ejemplo de la prosperidad inglesa eran modelos alentadores para los indios. El estilo de vida que llevaban los ingleses era lo que los indios debían imitar. Los de Natick, por ejemplo, rápidamente, según nos cuenta Mather, aspiraron "a un medio de vida decente e inglés, y a una más sólida y fija cohabitación".

(80) Magnalia, I, 564 (Not., 4)..

Una vez que los indios expresaban su deseo de vivir conforme a un commonwealth indiano, lo que hacía Mayhew — que se adelantó en esto bastante a Eliot — era tratar de convencer a los caciques y sagamores de que la situación de ellos no cambiaría. Les hacía ver la diferencia entre ser legislador, como lo fué Moisés, y ser sacerdote como lo fué Aarón; queriendo indicárselos con este ejemplo bíblico de que el no pretendía invadir la jurisdicción política de los jefes: religión y gobierno, se esforzaba en aclararles, eran dos cosas distintas. En cuanto a los powwows no hubo grandes dif

altades aunque muchos de ellos opusieron una tenaz resistencia, pero la mayoría optó por aceptar la nueva situación de las cosas y decidió hacerse cristiana; incluso una buena parte se convirtió en auxiliar de la nueva religión, con lo que así aseguraban sus antiguos privilegios. Tequanonia, un famoso hechicero, después de una rudísima lucha pudo desembarazarse del vasallaje a que le tenía sometido su particular deamón o paw-waw. En la conversión de este brujo jugó papel importante una conversación de poder a poder que sostuvo con él Mayhew; por ~~su~~ otro lado su ~~propio~~ fracaso por no haber podido curar a su propia mujer víctima de cierta dolencia. En otra aca-

(81) Cf. Hare, 118.

sión Mayhew convirtió de golpe y porrazo a dos powwows, esto aumentó extraordinariamente su prestigio. Para 1652 ya llevaban convertidos los Mayhews más o menos unos 282 indios sin contar los niños; entre los conversos ocho habían sido antes hechiceros. Esta fué la gran ventaja de la iglesia puritana, pues a diferencia de la católica aceptó como cristianos a aquellos expowwows, e incluso los utilizó en muchos casos como auxiliares dado el asistente que los tales tenían entre los indios; el método lento y persuasivo de conversión disipaba las sospechas de catequización engañosa; en la batalla dialéctica contra el Diablo los argumentos del ministro puritano habían obtenido la victoria. La iglesia católica jamás pudo hacer nada parecido, y durante la evangelización de los indígenas los famosos papas de los cronistas fueron perseguidos rabiosamente como servidores de Satanás y embelecadores de los indios.

El primer converso de talla que logró Mayhew fué el indio Hiacoomes. Nada había en el aspecto físico de este indio que le hiciese distinto de los otros. Pero Hiacoomes, que sin duda era un espíritu superior pese a su apariencia insignificante, va a ser el primer elegido de Dios para salvar a sus hermanos, por lo que al sentirse tocado en lo más profundo de su corazón y llamado a una ineludible vocación no pudo menos de transformarse

de transfigurarse de manera asaz sorprendente. Ante Mayhew, que ya desesperaba después de haber predicado inútilmente a los indios en Monatan y Dorchester se presentó un buen día el indio Hiacoomes para expresarle su vivo deseo de llegar a ser cristiano. Hiacoomes aprendió rápidamente a leer y a escribir, y aun más pronto llegó a estar empapado de los misterios y dogmas elementales de la fe puritana. El tuvo, con todo, que aguantar el vacío que le mediamente sus hermanos de raza hicieron en torno suyo, y no únicamente a vacío sino a veces befas y hasta malos tratos. Cuando los indios lo veían gresar al wigwam lo señalaban con el dedo y entre grandes risotadas le llamaban "el inglés". Mas Hiacoomes lo sufría todo como buen catecúmeno cristiano y seguía progresando suave y convincentemente a través de su desierto espiritual. A las injurias respondía como el dulce Maestro con una sonrisa y con el perdón: "Tengo", se decía, "dos manos; una para las injurias, la otra para Dios; en tanto que con la una recibo daño, la otra está al servicio y sostén de Dios". El peligro mayor para Hiacoomes procedía, sin embargo, de

(82) Magnalia, I, 567 (Not., 6).

los powwows, éstos realizaban toda suerte de maleficios y conjuras para poder al réprobo; pero él resistió con fe inquebrantable todos los ensalmos disparados en su contra, y prefirió su único y flamante dios a los 37, entre buenos y malos, del panteón indígena. Para 1643 la conversión de Hiacoomes era completa; dos años justos había tardado Mayhew en su apostolado, y en convencer y convencerse; la sinceridad del neófito era a todas luces cierta. Hiacoomes se convirtió en un auxiliar extraordinario de los Mayhew, no tardó en ser maestro de los otros indios, con lo que al cabo de tres años de haber sido convertido al cristianismo lograba convencer a dos jefes poderosos, Myoxco y Towanquatick, a que renunciaban a sus creencias gentiles. En 1646 una de aquellas epidemias tan frecuentes entre los indios desde la llegada del hombre blanco hizo estragos en ~~entre los indios de la~~ ^{Martha's Vineyard;} pero Hiacoomes ni ninguno de su familia tuvieron que sufrir lo más mínimo con aquella terrible dolencia; y los indios tomaron por prueba del poder del nuevo

dios de Hiacoomes lo que tal vez se debió a una inmunización previa realizada por el constante contacto, amén de las prácticas sanitarias e higiénicas que él copiara de los ingleses y del nuevo tipo de alimentación adoptada. El dios de Hiacoomes subió mucho en la estima de los indios, y el nuevo cristiano en el horizonte valorativo del indio se convertía en un instrumento del poder divino mediante el cual los desdichados indios iban al fin a ser redimidos y regenerados en Cristo. Los powwows no se dieron por vencidos y arriesgaron con nuevo ardor en la lucha contra Hiacoomes; pero este se había hecho inmune completamente contra toda clase de tabús; su nueva coraza espiritual le preservaba de los terrores ancestrales y lo defendía contra los hábitos psicológicos tradicionales; incluso la muerte de un hijo de cinco ^{días} de nacido la aceptó resignadamente como una prueba a que le sometía Dios y no como una demostración del poder de los brujos.

Nos cuenta también Mayhew que la mujer de Momonequam, indio principal, estuvo durante tres días aquejada de dolores de parto sin que por ello el esposo se decidiera a llamar a un powwow (como es sabido en las culturas primitivas el brujo es también el comadrón) que vivía a dos tiros de flecha de su vivienda. "No sabemos", escribe con gracejo Haro, "lo que la mujer de Momonequam pensó acerca de esta ejemplificación de la fe sin las obras, pero probablemente aquello no tuvo gran significado, porque las mujeres no fueron materia de gran importancia durante el siglo XVII, al menos entre los indios. No siempre hubo indios conversos con el temple espiritual

83

(83) Op. cit., p. 99.

de un Hiacoomes o de la fortaleza psíquica de un Momonequam; por ejemplo el indio que instruyera el reverendo holandés Johansen Megapolensis se cayó un buen día de la libertad civilizada y se volvió a su antigua esclavitud bárbara en respuesta, sin duda, al secreto llamado de la tierra, de la raza y de las rutinas y hábitos psicológicos. Como nos relata el Reverendo el indio "se dió al brandy, pateó la Biblia y se tornó conforme a la --

regla bestia, haciendo más mal que bien a los indios^{o+}. Para un caso como

(84) Cf. Wish, Op. cit., p. 95.

este el puritano estaba desarmado, o demasiado armado, que todo será ~~según~~ ^{según} ~~esta~~ ^{esta} el lado que se mirare la cosa; pero que de todos modos atraía la obligación del Señor sobre los indios. Desarmado en el sentido de que no habiendo compulsión adoctrinadora el indio era libre para aceptar el vivir o no en la misión, pues que esta le había sido llevada, y no a la inversa, como ocurrió en la evangelización española. Con el piel roja no ocurría lo que con el indio de las misiones California o Paraguay, que era una especie de soldado sometido a una disciplina cuartelera, porque en la misión puritana el piel roja permanecía voluntariamente y podía abandonarla dejando la libertad civil que en ella respiraba para irse a disfrutar la libertad natural, selvática y animal. Ahora bien este destierro voluntario era para el indio muy peligroso, porque desde el momento en que se apartaba de la disciplina eclesiástica se condenaba irremisiblemente, pues dejaba de ser hombre al recobrar su pristina condición animal; es decir regresaba o retrocedía al punto original de partida en el que no había mayores diferencias entre un oso, un coyote o un indio. El misionero puritano ante este lamentable abandono no reconocía como el católico la flaqueza de la carne para insistir de nuevo y una y mil veces si se hacía preciso ya de modo apacible o violento, sino que atribuía a Dios la situación regresiva en que el indio había caído; así pues armado de poderosas razones teológicas decretará con una indiferencia, que resulta espantosa si no se conoce el mecanismo conceptual predestinatorio, la destrucción total de los réprobos o de los indígenas que se resistiesen a la penetración y prédica espirituales.

Como ya sabemos para un misionero puritano del siglo XVII la regeneración en Cristo significaba para el indio la posibilidad beatificante de levantarse desde la yeción; era además para él, añadamos, la contingencia de penetrar del brazo de la religión cristiana en la última etapa de la Historia Universal. Al indio lo ve además el misionero protestante co-

culpable, pues tal es la característica general del género humano; pero fundamentalmente lo juzga caído porque el indio había perdido la luz de la gracia; bastará, pues, que la reciba de nuevo para que se iguale y codee con los ingleses. La sociedad civil eclesiástica sobre la que se ha de alzar la Iglesia Indiana garantizará si no la salvación total por lo menos sí el camino de la redención. Los Mayhews soñaban y lo soñarían también Eliot y Edwards con una iglesia indiana tan pura como la inglesa; además que fuera americana, autóctona, de casa. La nueva iglesia iba, sin embargo, a nacer con un inconveniente muy serio; a diferencia de la iglesia asimismo india-⁸⁵na imaginada por los Cortés, Motolinías y Sahagunes no podía contar con un

(85) Vide Luis Villoro, Los Grandes Momentos del Indigenismo, El Colegio de México, México, 1950 (véase sobre todo la parte intitulada "Primer Momento", pp. 26, 75, 76, 87).

orden eclesiástico tradicional para respaldar y encauzar la ingente obra espiritual, sino como ministros aislados y entusiastas. Tampoco iba a contar, como ya se ha dicho, con un orden político protector de carácter o -- inspiración nacionales. Como ya indicamos para 1652 había logrado Mayhew reunir a los indios en sociedades congregacionales gobernadas eclesiásticamente. Anterior a esto había estado Mayhew asistiendo a las reuniones sabbatinas organizadas por Hiacoomes, que ya era Maestro y adoctrinaba a los indios dos veces al día, y por Mumanequem; también Maestro de una aldea indígena situada a ocho millas de la que dirigía Hiacoomes. Cada fin de semana⁸⁶ se reunían los dos maestros con Mayhew para recibir instrucciones. El 22 de

(86) Cf. Hare, Carta de Thomas Mayhew al Reverendo Whittifield, fechada en Great Harbor, Martha's Vineyard (16-X-1651), p. 106.

Agosto de 1670 quedó organizada definitivamente la "Indian Church" de Martha's Vineyard a completa satisfacción de la "English Church". Thomas Mayhew el Viejo invitó a la ceremonia de inauguración a Thomas Prince, a Eliot y al reverendo John Cotton. La iglesia indiana iba a tener oficiales nativos e iba a ser presidida por un pastor indio ordenado. Eliot y el reveren-

de John Cotton -Thomas Prince no asistió a pesar de la invitación atenta de Mayhew por cierto pique que tenía con éste- con todas las formalidades rituales de rigor -orden congregacional- y con la mayor emoción y solemnidad imaginables impusieron sus manos sobre Hiacoomes que fué así declarado pastor; sobre John Tackanash, que fué elegido maestro, y sobre John Mahmo se y Joshua Mowatchegin que fueron nombrados "ruling elders"(dignatarios del Estado-Iglesia-Indiano). A los dos años de estar funcionando esta iglesia tuvo que dividirse: una parte quedó en Edgardtown quedando como pastor de ella Tackanash; la otra en Chappquiddick, y de pastor Hiacoomes. Tackanash llegó a ser un hombre extraordinario por sus virtudes y sabiduría, baste señalar que ni los propios ingleses desafiaban recibir el pan eucarístico de sus manos; su fama eclipsó incluso la adquirida por Hiacoomes. El tercer pastor indio de que tengamos noticia fué Japhet, que recibió ordenación de manos del propio Hiacoomes.

Para que podamos apreciar en una visión de conjunto el panorama que ofrecía la obra evangelizadora puritana tenemos que utilizar la carta de Increase Mather porque es una fuente riquísima de información. Para 1687 fecha de la carta, el proceso catequizador seguía desarrollándose por toda la Nueva Inglaterra. En Natick, a la muerte de Eliot, se había hecho cargo de la iglesia indiana el indio Daniel; había allí además cuatro asambleas -doctrinadoras dirigidas todavía por predicadores ingleses. Cincuenta millas al Norte de Natick, en Mashippaug, había otra iglesia que dirigía un pastor inglés que conocía muy bien el idioma indígena; y no lejos de este punto funcionaban cinco asambleas de "praying indians". En Plymouth, John Cotton, hijo del famoso Maestro de la iglesia de Boston, les predicaba a los indios cada semana, y administraba grandes congregaciones nuevas asistidas por predicadores indios dirigidos por Gabriel Treat, pastor de Eastham, y gran predicador en el idioma algonquino. En Martha's Vineyard funcionaban las dos iglesias ya reseñadas y había además varias asambleas conducidas por Juan, hijo de Hiacoomes. En Nantucket existía otra iglesia india gobernada por un pastor aborigen; se ejercitaban además los indios catequizados.

nes en varias asambleas. En Connecticut el sagrado y agudo Mr. Fitch, pose

(87) Cf. Magnalia, I (Lib. I), pp. 562-569.

a sus esfuerzos no podía catequizar al cacique de aquel territorio, entonces acudió Mr. Pierson que logró convencer al testarudo indio y lo tornó cristiano por cuya hazaña adquirió fama extraordinaria. En Plymouth Samuel Tros y un tal Mr. Tupper empleaban sus riquezas en adoctrinar a los indios; y en Massachusetts el piadoso Mr. Daniel Cookin, el industrioso Mr. Grindal Rawson y el virtuoso Mr. Peter Thacher estaban evidentemente atareados en sacar a los indios "de la obscuridad para llevarlos a la luz, y en quitarlos a Satanás para entregárselos a Dios". Y no lejos de allí en Washipp-

(88) Cf. Magnalia, I (Lib. I), 562-569.

aug, predicaba John Cotton cada semana en lengua india a los nativos de cinco grandes congregaciones.

La iglesia indiana fundada por los puritanos respondió, pues, a la meta esencial del mandato evangélico: plantar, que no trasplantar como se vio constreñido el catolicismo español, la Iglesia de Cristo en el corazón de cada pueblo. Congregación (ekklesia) nacional, autóctona; pero regida y supervisada naturalmente por la organización de la iglesia puritana de Inglaterra (separatistas) desde el punto de vista espiritual. De carácter pasado, salvo en lo que tenía de utopía monástica, fué la iglesia indiana que los frailes misioneros españoles del siglo XVI, sobre todo los franciscanos que fueron los primeros, quisieron erigir en las Indias; pero que no pudo llevarse a cabo por obstáculos de orden material y político insuperables y especialmente por la nueva ortodoxia tridentina (1545-1563): la Iglesia Indiana como los libros de Sahagún, sólida primera piedra del sistema, no pudieron hallar acomodo frente a la cerrazón espiritual y económica de la Contrarreforma.

El puritanismo tuvo, pues, una gran ventaja sobre el catolicismo

hispano; pero no pudo, ni quiso ni supo aprovecharse de este gran triunfo que tenía entre manos.

Para nutrir la iglesia indiana los puritanos pensaron con muy buen acuerdo preparar a los jóvenes indios que andando el tiempo llegarían a ser los dirigentes y rectores de las congregaciones indígenas. En esto cumplían con el mandato de Cristo y seguían al mismo tiempo la ruta trazada originalmente por los misioneros españoles y franceses en las Indias Occidentales. También se inspiraron en lo que los holandeses hacían en las Orientales, y fundamentalmente en lo que ya había estado en vía de ejecución en Virginia: el Indian College, en Henrico, y la East India School para indios en Charles City, que servía para preparar a los indios para el ingreso en el colegio superior. El alzamiento de los indios en 1622 destruyó las ciudades de Henrico y Charles y puso fin a la aventura pedagógica. En la

(Vide Evelyn Crady Adams, American Indian Education, Kings Crown Press, New York, 1946, p. 15.

Nueva Inglaterra se distinguieron también como pedagogos Eliot y el reverendo Eleazar Wheelock. Eliot se dedicó en Natick a instruir a los jóvenes indios más inteligentes y bien dotados, y tuvo la satisfacción de ver que algunos de sus discípulos se familiarizaban con Aristóteles, Burgerdicio y con la Medullae Theologiae. Los resultados obtenidos por Eliot no fueron inferiores, pongamos por caso, a los conseguidos en Tlateláhuac y en San José de los Naturales, y especialmente, dentro del ámbito doctrinal protestante, el Indian College de Harvard. La Sociedad Misionera de la Nueva Inglaterra contribuyó con cien libras a la edificación del colegio; una construcción de dos pisos, de treinta pies de largo por veinte de ancho, para recibir alumnos internos ya blancos o indios. Conectado con el colegio funcionaba una Grammar School en la que se enseñaba principalmente latín y griego. Los graduados en esta escuela preparatoria pasaban al Colegio para iniciar sus estudios de Teología. El único indio que terminó su Bachillerato en Artes fué Caleb Cheesahahteaumick, el Indus, como le gustaba a él firm

90
sus composiciones latinas, que recibió su título en el año de 1665. Tan

(90) Otras veces lo hizo muy serio bajo el de Senior Spista.

ta afición puso Caleb en el estudio que murióse de consunción en la ciudad de Charleston. Otro famoso estudiante fué el indio Joel; pero un accidente imposibilitó que pudiera terminar sus estudios. El siglo XVIII puritano se caracterizó también por los proyectos educativos a favor de los indios; — Waeelock fué el alma de esta nueva experiencia pedagógica que a diferencia de la que llevava a cabo Eliot en el siglo anterior se caracterizó por el hecho de educar a los indígenas aparte de su ambiente tribal por completo.

(91) H.C. Adams, Op. cit., p. 18.

Una vez perfectamente enseñados y entronados eran enviados los indios con misioneros blancos a las tribus para evangelizar a todos los demás indígenas.

Los Enemigos de la Evangelización Puritana

II. Cristianografía utópica

Según Cotton Mather, que entre otras cosas fué un hombre que tuvo la gracia de acuñar nuevos y favorecidos nombres, la Geografía de Estrabón en su marco clásico, no comprendía lo que por el tiempo de Mather abarcaba la Iglesia de Dios. La Iglesia, como simbólicamente lo había visto San Agustín en el reparto de la túnica del Señor realizada por los sayones, había desbordado por las cuatro partes del mundo:

Quadrupartita vestis Domini Jesu, qudripartitam figuravit ejus - Ecclesiam, toto scilicet, qui quator partibus constat, terrarum orbe diffusam.

Ahora bien a esta descripción geo-cristiana le hemos de añadir el remoquete de utópica porque habrá que convenir con nosotros que en esta diáspora cristiana europea y en esta su convergencia en la Cuarta Parte del mundo llamada después América, lo utópico, como ya tuvimos ocasión de ver, representó un papel esencial. Si se recuerda, la expansión anglosajona del siglo XVI había arribado a este continente llevando desplegada la bandera del anglicanismo y de la edad dorada. La Iglesia de Inglaterra, como clásica, se avenía bien con los mirajes gentiles; pero la puritana no podía

(1) Respondiendo tal vez a ello se denominó a la colonia fundada por los ingleses en el siglo XVI Virginia. Pero tal denominación abarcó un vasto territorio. Se sabe que el informe de Adams y Barlowe ~~que~~ ~~dió~~ ~~ocasión~~ que Raleigh, favorito entonces de la reina Isabel, le ofreciera a ésta aquel territorio y le propusiera llamarlo en honor de ella Virginia. También es conocido, aunque menos divulgado, que dicho nombre bien pudo ser un corrompido del que tenía el cacique de aquella región, Wingina. Y Raleigh en su Historia del Mundo lo hace derivar de la palabra Wyandaccoia, que en el dialecto indígena significaba "tu llevas buena ropa", que es lo que los indios decían a los ingleses. Mas esto último creemos que es un desahogo de Raleigh, la explicación de un profundo resentimiento. En 1587 nació una niña en Roanoke, el primer súbdito inglés nacido en América; era hija de Anne Dare y nieta de nuestro conocido acuarelista John White, que había sido enviado por Raleigh como gobernador y guía de un cuerpo de 150 colonos ingleses. La niña recibió el nombre de Virginia; es a saber una alusión a lo puro y verdaderamente inapolluto; denominación que por igual convenía a un recién nacido como a un territorio recién descubierto.

enarbolar semejante pabellón. Ella también suspiraba y soñaba por un retorno; mas a lo evangélico, no traçada con el quitón o la toga clásicos, sino con la túnica bíblica.

Respondiendo a esta necesidad y gusto el paisaje novoiuglés quedó bautizado con nombres evocadoras y significativos: Salem (La Paz), que recordaba, sin duda, la firmada entre Conant y Endicott (supra); pero que asimismo podía ser una alusión a la felicidad y tranquilidad halladas por encontrarse fuera del alcance de las persecuciones religiosas de la vieja Europa. A Cotton Mather le gustaba denominar a la Nueva Inglaterra, Nueva Jerusalén, a otros los encantó llamarla Nueva Sion, el incluso el mero Morton, el Señor del Desorden (Lord of Misrule) no tuvo empacho para calificarla como Nueva Canaán; la Ciudad de Dios agustiniana estaba en marcha.

El espíritu primario que impelió a los europeos fué, como ya ha sido expresado, el ansia de lucro y de aventuras; buscaban fundamentalmente un nuevo mundo donde poder hallar oportunidades que ^(en) Europa ya no podían encontrar; en esto no había distinciones especiales, portugueses, franceses e ingleses, holandeses y suecos buscaban todos lo mismo. Paralelo a este sueño de ambición se desarrolló asimismo la idea de un mundo mucho mejor y más próspero, menos cálido e inficionado que Europa. Según Gabriel Thomas los niños cristianos nacidos en América acusaban positivas ventajas físicas y espirituales sobre los nacidos en Inglaterra; para Morton la Nueva Canaán era

(2) Cf. Hackers, Op. cit., p. 92.

tan saludable que hasta los enfermos procedentes de Virginia recobraban allí sus fuerzas, lo cual era debido a que la Nueva Canaán estaba situada en la "Golden Meane"; es decir en un lugar, como dijimos, privilegiado situado entre la zona frígida y la tórrida; expresión en la que se conjugan

(3) Morton, Loc. cit., p. 116 (Vease supra, Not.).

la tradición astrológica medioeval y las nuevas razones de la experiencia; sobre la mente racionalista y mercantil del flamante hombre inglés se enca

balgaban naturalmente las creencias y vivencias del pasado. La idea de la superioridad americana que apuntamos arriba, superioridad fundada en el carácter inmaturo del continente, es típicamente anglosajona. Por supuesto no todos los colonos y descubridores piensan así, pero sí la mayoría. Sin embargo una gran tacha ensombrecía el espléndido paraíso americano, el poder que ejercía Satanás en él; mas la batalla contra el Maligno acababa de ser declarada y los puritanos estaban seguros de que les sonreiría la victoria.

En el siglo XVIII, habiéndose ganado en parte la batalla, Jonathan Edward no se morderá la lengua para declarar que América se caracterizaba ya por haber sido la gloriosa renovadora del mundo.⁴ Y siguiendo la corriente,

(4) Cf. Curti, Op. cit., p. 49.

te optimista y potencializadora declarará John Adams en 1765 que "Europa deplorará la pérdida de su fama en tanto que Filadelfia se convertirá en la Atenas del género humano".⁵ Maravillado ante la colonización inglesa la

(5) Ibidem.

definirá como un designio providencial intentado para libertar a todos los habitantes del planeta. Aquí lo utópico se matrimoniala, como puede verse,

(6) Idem.

con la teoría de lo que en el siglo XIX será llamado Destino Manifiesto.⁶ La idea de Adams viene, pues, a reforzar nuestra tesis acerca del origen de dicha doctrina política.

Estas ideas de Edward y Adams pertenecen a lo que bien se pudiera llamar sin rubor idealismo utópico; albarda sobre albarda parecerá sin duda pero de alguna manera habremos de apedillarla para distinguirla de la teoría puritana que es con la que nos interesa entablar relaciones. A bordo del Mayflower los puritanos redactaron un pacto famoso,⁷ mediante el cual,

(7) El entusiasmo democrático de algunos historiadores norteamericanos ha querido ver a posteriori en el Pacto el comienzo de la democracia estadounidense; pero en verdad que tiene tanto que ver él con la democracia como la no menos célebre Carta Magna (1215) con el desarrollo democrático de la Gran Bretaña.

que estaba modelado según los principios congregacionalistas, se comprometieron a constituirse en un cuerpo político-civil y religioso. Inmediatamente que desembarcaron -20 de Octubre de 1620 según el cómputo de la Iglesia de Inglaterra- procedieron los peregrinos a poner en práctica lo acordado, y las tierras a ser repartidas "con el espíritu del comunismo apostólico". Aquello le pareció a Bradford naturalmente una fantasía platónica -extraída, por supuesto, de la República: activos y perezosos, torpes y hábiles, señores y hombres de la gleba, caballeros y menestrales, altos y bajochicos y grandes, todos sin excepción recibieron tierras para ser beneficiadas a la mayor gloria del commonwealth comunista y puritano. Aquello era, vale la pena repetirlo, el tributo utópico que cobraba América a las huellas de Calvino y de Knox. La utopía, como ocurriera con la que llevaron a cabo los misioneros españoles, sin ir más lejos Don Vasco de Quiroga, agobaba las orejas; queremos decir que se convertía de hecho en terrabable, digamos con la frase feliz del infortunado Dmas.

Este ensayo de comunismo apostólico no fué exclusivo de los puritanos; el retorno al patriarcalismo bíblico, como creemos que será mejor de dominar a la utopía protestante en América, también arraigó entre ^{las} algunas res, los cuales encabezados por Fern vinieron al ~~Antes~~ ^{Nuevo} Mundo para fundar unas colonias en las que se pudiera vivir libre de las asechanzas y de las corrupciones del Viejo. En suma a través de la colonización angloajonesa se puede percibir una firme corriente conductora: unos hombres que abandonan su mundo en torno tras la ilusión de hallar otro a su alrededor menos hostil y más auténtico. Se busca, pues, construir una vida más bella y feliz, menos comprometida, en un mundo sin poluciones y sin degollinas ya ocasionadas por causas políticas o religiosas.

En esta aspiración coincidieron todos los europeos que vinieron

a América; y las dos, la ibérica y la anglosajona coincidieron asimismo y sin proponérselo en el ensueño inespacial; en la soñaduría del "no hay lugar". Esta verdad utópica no debe, sin embargo, taparnos otra mayor. Si bien recordamos la colonización anglicana del siglo XVI y comienzos del XV XVII se nos presentó con un carácter típicamente agresivo, se intentaba crear una Inglaterra indiana, una Nueva Inglaterra transmarina, pero a cogta de los establecimientos españoles. La utopía inglesa presentaba, pues, un carácter eminentemente político -¿y qué utopía no lo exhibe?- aunque todo el se disimulaba bajo una sincera apariencia de regeneración espiritual, de renovación religiosa, de reevangelización si se mira la cosa desde el punto de vista misionero. Los ensayos de Terranova y Guiana y el proyecto de la Florida fueron, sin que haya lugar a dudas, utopías marciales y espirituales; ni más ni menos que lo fué el grandioso esquema de Sir Philip Sydney en el que se equilibraban perfectamente las ansias colonizadoras, las aspiraciones evangelizadoras y las ambiciones piráticas.

La colonización puritana tenía por fuerza que heredar todo aquel hermoso pasado histórico. Los puritanos también querían construir un mundo nuevo y mejor, libre y teocrático. Frente a la oclocracia dinástica que, según ellos, gobernaba a Europa creían ~~en~~ el gobierno de Dios. Utopía puritana que no sólo iba a encontrar en América el obstáculo inaudito del poder demoníaco, sino también el odioso del Anticristo: las colonias de España. Cuando el reverendo Francis Higginson salió de Inglaterra lo hizo para evitar la corrupción y para poder practicar libremente la parte positiva de la iglesia reformada; pero con toda seguridad que no ignoraba al salir

(8) Introducción de Kendall al Diario de Winthrop, I, II.

de allí que en llegando a América se habría de topar con el enemigo papista tradicional, con el español que a un paso de la frontera virginiana ergía horribles Babilonias de perdición. Desde muy temprano los peregrinos declararon que ellos tenían un objetivo primordial: "levantar un baluarte contra el reinado del Anticristo que los jesuitas por medio de sus esfuerzos

levantaban alrededor del mundo entero"; es decir esto era lo mismo que ha-

(9) Magnalia, I (Lib. I); IV, 5.

bían pensado los Raleighs y los Peckhams, y con ellos toda la ilustre castrova de aventureros anglicanos del siglo XVI. Cotton Mather no lo decía únicamente por los jesuitas españoles, sino también por los franceses que desde el Canadá difundían entre los indios las más absurdas y engañosas supersticiones. Lo más importante que se destaca de todo esto es que la decantada utopía puritana llevaba por dentro, atenazándola, el trago de la reyería religiosa. Así pues la utopía americana no se ha de entender como una, sino como dos: la católica y la protestante; o para precisar más: la española y la inglesa.

El odioso y enconado conflicto europeo que se había querido evitar, Reforma y Contrarreforma, saltaba al escenario americano con toda su cruda realidad; pero como justos, los puritanos sólo prolongaban el conflicto, pues este, como se recordará, había comenzado en el último tercio del siglo XVI con los primeros intentos de colonización anglicanos. Con el tiempo los resortes espirituales se embotarían o desaparecerían para quedar únicamente los políticos y económicos; pero la inercia del pasado sería tan potente que de vez en cuando aparecerían aquellos agitando furiosamente los brazos y reclamando su puesto. Los argumentos espirituales, como esos fantasma de mirar polifémico que aun aparecen por los publicitos serranos, o como el coco que todavía las madres usan para dormir a sus tiernos retoños, harían acto de presencia y exigencia lo mismo en la guerra contra los franceses (1755) que contra los españoles (1817); igual en 1835 que en 1847.

12. Desafío misionero

El recelo de los puritanos habrá de fructificar en la competencia misionera. El término puede parecer todo lo deportivo y poco serio que se quiera; pero no lo hemos traído a cuento sin cierto fundamento. Por ejem-

plo en la Magnalia es fácil tropezarse de vez en cuando con pensamientos de este tenor: "en este tiempo espero que habré detenido las exclamaciones calumniosas de la Iglesia romana contra la Iglesia de la Reforma", por el cargo de descuido en evangelizar a los nativos de las Indias". Vease que

(10) Loc. cit., I (30.), 574.

⁽¹⁰⁵⁾ críticas católicas ponían el dedo en la llaga más dolorosa, y para curársela recurren los puritanos al procedimiento alopático entonces como hoy tan en boga; al ataque del contrario: "Una comparación entre lo que los -- neeingleses han realizado para la conversión de los indios y lo que han -- hecho en otras partes los católicos romanos". Las cosas, pues, andaban a

(11) Ibidem, 571 (Not., 9).

la greña. Católicos y protestantes se acusaban mutuamente de incapacidad misionera, y si hiciéramos caso de lo que cuenta Mather resultará que fueron los católicos los que se atrevieron a mojar la greña; es decir a protestar "con sus clamores contra la Iglesia reformada". Pero sería tarea en

(12) Idem.

verdad muy difícil de precisar quien fué el que comenzó la reyerta. Según parece las primeras críticas en América vinieron, empero, del lado de los propios colonos puritanos, los "vulgares", la gente común y corriente. Esto es lo que nos relata Eliot, el cual defiende la empresa misionera y justificadora lenta cosesha a causa de la "vasta distancia a que se hallaban los nativos de la civilidad y aun de la humanidad misma". Eliot arremete a cog

(13) Op. cit., p. 14 (394).

tinuación contra la Iglesia católica y le censura la práctica de las conversiones y bautizos en masa propugnados por ella según el método tradicional rápido. Los medios de atracción y conversión que utilizaban los frailes franciscanos --Las Casas desde su tumba ha de haber asentido satisfactoria-

mente. Los medios de atracción que utilizaban los frailes los reprueba sin contemplaciones:

Si nosotros los forzáramos (como lo hacen los españoles en Guaco Perú y México, tras haberlos enseñado unas cortas respuestas, o unas o dos cuestiones papistas) o si nosotros los sobornáramos dándoles casaca y ca misas para atraerlos (como algunos otros han hecho (14) podríamos haber -- reunido muchos cientos y aun miles podrían estar formando iglesias; pero -- nosotros no hemos aprendido el arte de acuñar cristianos, ni a poner nombre cristianos, ni por amor propio a imponer apresuradamente la imagen de Cris to. (15)

(14) Eliot se refería a lo que se hacía en las misiones católicas franci canas establecidas en Maryland. Los frailes regalaban camisas a los indios para convertirlos y bautizarlos, y éstos accedían gustosos a cuenta del regalo. Pero como los indios no sabían lavarlas, cuando las prendas negras -- allí ya de mugre o se caían a jirones de puro desechos acudían a los frailes para que los diesen otras. Si estos accedían miel sobre ojuelas; pero si se negaban los indios se quitaban lo que les quedaba por canija y renunciaban al bautismo. Por supuesto que esta versión nos viene a través de la dudosa garantía que ofrece Kather (Op. cit., I (Lo.), 573).

(15) Eliot, Op. cit., p. 14 (394).

Eliot quería hacer cristianos de hecho, no de nombre; por eso su labor adoctrinadora tenía que ser por fuerza lenta, calculada, desechando los frutos todavía verdes y esperando que estuvieran en la debida sazón para recogerlos amorosamente en su regazo. Además, de todas las doctrinas protestantes la secta puritanista era la que tenía menos confianza en el hombre por el gran peso predestinatorio que, siguiendo a Calvino estrechamente, ellos ponían sobre cada alma. De asuntos de religión había que proceder, según aconsejaba el Maestro, con la mayor reserva y cautela; había -- que imitar a la naturaleza, que según entonces se creía no progresaba "ab extremo ad extreme nisi per media". Esta era la misma vía media que un siglo antes recomendara, según vimos (supra), Purchus: "medio tutissimus ibis". Y bien pudiera Eliot haber reformado el eslogan latino escribiéndolo así: Religio non facit saltus. Eliot no exigía, pues, a cada indio un conocimiento refinado y exhaustivo de los puntos doctrinales de la religión puritana; pero aun dentro de la simplicidad que él mismo exigía una clara comprensión de los problemas teológicos fundamentales. Mas aun antes de decidirse a dar la comunión a un indio lo pensaba mucho. En la

carta ya cántada que Increase Mather le enviara al Dr. Lausden el 12 de Julio de 1637 desde Boston haciales observar a los miembros de la universidad de Utrecht la diferencia de método evangelizador empleado por Eliot y los franciscanos; ¹⁶ la diferencia que se expresaba en el empleo exclusivo que hacía el primero de la Biblia en su labor misionera:

Nuestro Eliot fué muy diferente a esos franciscanos (subrayadomes tro) los cuales al escribir a Europa se vanagloriaban de los muchos miles de indios a quienes habían convertido; pero nuestro Eliot escribía 'que él deseaba que sus amigos le enviaran ese libro llamado la Biblia, porque él había oído que en Europa existía semejante libro, el cual le podría ser de alguna utilidad'. Ni siquiera nuestro Eliot hubiera podido vivir sin un libro semejante para sí mismo; él habría repartido sus estados entre todostan pronto como se hubiera percatado de que había perdido una hoja de él; y nuestro Eliot sabía asimismo que dicho libro sería para los indios indispensable y que les serviría de algo más que de algún uso. (17)

(16) Cf. Magnalia, I, 564 (Nota 3 de Cotton Mather).
(17) Ibidem.

Esto explica ahora la imperiosa necesidad que sentía Eliot de traducir la Biblia. A diferencia de la obra famosa de Sahagún, Eliot no tradujo la Biblia para facilitar a los futuros misioneros y demás eclesiásticos un arma espiritual de trabajo; un arma con la que combatir el esotérico poder del Diablo, y con la cual liberar a la nueva tierra de su tiránico dominio. Eliot tradujo la obra inmortal al algonquino para que cada indio en lo particular pudiera sostenerse y vencer a su traidor Enemigo. El resultado sería el mismo: expulsión de Satanás y reentronización de Cristo en el continente que hacia siglos le había sido usurpado; se trata de la expiación y redención de un continente y de sus habitantes nativos; un camino para elevarlos desde la yección y levantarlos desde la caída en que la tierra y el hombre nuevos habían estado; pero se trata de una redención personal no colectiva: de un salvamento individual. El método misionero tenía que ser forzosamente distinto del católico: jerarquía medianera en éste; en aquél sacerdocio universal. La Biblia y las buenas razones de los predicadores puritanos eran más que suficientes para convertir al indio; así pensaban los puritanos sin darse cuenta de que con la exigencia de tener que leer el indio por sí mismo la Biblia más que favorecer obstaculizaba el proceso de conversión; pero el puritano, como ya sabemos, no tenía prisa porque se

bía muy bien que 'los elegidos eran pocos'. Por otra parte el leer venía a ser una exigencia racionalista muy a tono por cierto del protestantismo en general y en particular del nuevo hombre reformado y predestinado; el leer, complementemos la idea, era una exigencia del método racionalista de evangelización. El poco éxito alcanzado por la evangelización puritana debe adscribirse según Curti, y no le falta razón en ello, "al énfasis que el protestante ponía en la habilidad de la lectura de la Biblia, un énfasis", añade, "que hizo la labor de los misioneros protestantes más difícil que la de los misioneros católicos españoles y franceses en las distantes llanuras del Suroeste y en los valles del Ohio y del Mississippi. Todavía para

1760 un sínodo luterano proclamará que para los niños la Biblia debería ser como "una caja de bombones"; pero para esta fecha los pobres indios ya estaban empalagados y archihartos de ellos.

El método que puso en práctica Eliot era además introspectivo. El indio quedó espiritualmente limpio en su alma y listo para erigir dentro de ella, tras el bucear inquisitivo del Maestro en ella, una religión nueva extraña al formalismo y enemiga decidida, tal vez para su mal, de todo ritual. La religión puritana había realizado una purga a fondo de todos los elementos mágicos de la moral; esta quedó, pues, exenta, pura, racionalmen

(18) Op. cit., p. 20.

(19) Vide Karl Mannheim, Diagnóstico de Nuestro Tiempo (Versión de José Medina Echevarría), F.C.E., México, 1946 (2a. Edición), p. 95.

te desnuda; lo cual era sin duda excelente para la espiritualidad del hombre blanco, pero no para la del hombre cobrizo. Una moral como la puritana tan de suyo intelectualizada podía dar buenos resultados, como los dió efectivamente entre los ingleses; mas entre los indios, que desconocían el gozo de la exaltación moral, no dió ninguno. La obligatoriedad del precepto moral como un acto de pura conciencia era algo ininteligible para los pieles rojas. Con una religión sin obras y con una moral tan aséptica el

indio estaba sin remedio perdido.

El otro requisito indispensable para llevar a buen término la tarea misionera tenía que ser el conocimiento del idioma aborigen. Los Cottons, los Mayhews, los Eliots, etc no excedieron pero si igualaron a los misioneros españoles del siglo XVI. La dificultad mayor no estaba, sin embargo

(20) John Cotton alquiló a un indio para que le enseñara el idioma en 50 días, a razón de 12 peniques por día; pero habiendo recibido el indio su paga se largó a los 20 días de estar dando la clase. Sin embargo fueron estos más que suficientes para Cotton. Eliot lo aprendió de viva voz de una india que tenía de sirviente y a la que observaba cuidadosamente cuando hablaba.

go, en el idioma nativo, sinó el espíritu del indio como veremos. Los indígenas objetaban contra aquella religión que se les ofrecía por la austeridad extremada que presentaba un ritual que prohibía rigurosamente la menor asociación entre este y ciertos usos y costumbres peculiares de los indios: cantos, danzas, juegos, etc. El rito puritano les resultaba a los indios, una vez perdido el atractivo de la novedad, excesivamente severo y fastidioso: pláticas, lecturas y rezos ("Talkings and Prayings") solamente un culto demasiado frío e intelectualizado. Incluso hoy -ha dicho algún prominente católico- entrar en una iglesia calvinista es algo que encoge el ánimo; se diría que estuvieran en plena mudanza. Todas las manifestaciones paganas, aquello que con el tiempo se constituye en el subfondo, en el subsuelo folklórico fueron con el tiempo desterradas, una por una e implacablemente; al revés de lo que hicieron los misioneros católicos, que las aceptaron tras quitarles su calidad diabólica mediante la purificación. El puritanismo tuvo horror a la simbiosis espiritual y ni siquiera aceptó la yuxtaposición de elementos; con ambas cosas, justo es decirlo, el catolicismo fué infinitamente generoso y mostró más colmillo antropológico que el

(22) Cf. Hare, Op. cit., p. 76.

protestantismo. Este temor a la contaminación saca a la luz el porqué de

la rígida disciplina que se exigía a los indios para pertenecer a la iglesia puritana; examen de ingreso rigurosísimo, declaración de fe y señales manifiestas y auténticas de arrepentimiento. Los derechos del Reino de los Cielos no se otorgaban así como así a los aspirantes. Lo que Eliot quería

(22) Magnalia, I (10.), 565, Not., 4.

es que los indios llegasen al mismísimo Evangelio puro, al culto llano de las Escrituras. Los puritanos ponían al alcance de los indios un crede; el

(23) Ibidem, I, 571, Not., 3.
(24) El 1635 ó 1636 tradujo Eliot un Catecismo que se imprimió en Cambridge; en 1661 se imprimió su traducción del Nuevo Testamento, y en 1663 la del Viejo (Cit. Mare, 76).

mismo, según Cotton Mather, que tuvieron los primeros creyentes. En lugar

(25) Cit. Mather, Magnalia, I, 571).

de los estragos y bellaquerías utilizados por los católicos -Mather se refería a un eclipse que los jesuitas franceses del Canadá habían utilizado, como lo hiciera también Colón en su Cuarto viaje, para amedrentar a los indios y prosperar en el negocio evangélico- amén de otros puntillos de doctrina y moral que dejaban bastante que desear, y que por deliciosos vale la pena que los estampemos aquí.

Se refiere Cotton Mather a un catecismo escrito por un misionero jesuita en el Canadá. El catecismo estaba en iroqués y francés; y tenemos que reconocer que es tan pedagógicamente objetivo que no queremos sino llamar seriamente la atención del lector para que recapacite sobre él. Confesamos además que si en lugar de haber aprendido "par oeur", como dicen los franceses mejor que nosotros cuando quieren expresar que una cosa la aprendieron de memoria, el Catecismo de Ripalda, cuyas definiciones por excesivamente intelectualizadas y apegadas a la ortodoxia tridentina atormentaron nuestros juveniles años, hubiéramos aprendido algo así como este catecismo

para iroqueses tal vez no le hubiéramos perdido el respeto, bien sabe Dios cuanto lo lamentamos, a ese infierno ripaldesco "conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno". En cuestión de infiernos el chisporroteante del catecismo iroqués es infinitamente superior al pobre infierno que define al Padre Ripalda; y a las pruebas nos remitimos si es preciso:

Sobre el Infierno

Pregunta.- ¿Qué clase de tierra es la del Infierno?

Respuesta.- Una tierra perversa y llena de calamidades; y en su centro hay además un abismo ardiente.

P.- ¿Hay alguna claridad en el Infierno?

R.- No, allí está siempre obscuro; eternamente ~~oscuro~~ hay humo y los ojos constantemente lloran; además los condenados no pueden ver allí sino a los diablos.

P.- ¿Qué cosas son los diablos?

R.- Son cosas malas; ellos van por todos lados y llevan máscaras puestas para aterrar a los hombres condenados.

P.- ¿Qué es lo que se come en el Infierno?

R.- En el Infierno siempre se está con hambre, y los condenados tienen allí que alimentarse con culebras y cenizas ardientes.

P.- ¿Y qué es lo que se bebe en el Infierno?

R.- Un agua espantosa; plomo derretido.

P.- ¿Se muere uno en el Infierno?

R.- No, sin embargo se comen los unos a los otros todos los días; pero en seguida Dios restaura y renueva al condenado que ha sido comido, tal como si se tratara de una planta que en poco tiempo germinara.

(25) Ibidem.

La descripción del cielo no es menos deliciosa para nosotros de lo que fué seguramente para los iroqueses, correspondiendo a aquel infierno no sensitivamente horripilante, un cielo objetiva y sensualmente deleitoso.

Sobre el Cielo

P.- ¿Qué clase de país es el Cielo?

R.- Es un hermoso país en el que no se necesitan alimentos ni abrigo; basta tener un deseo para verlo cumplido.

P.- ¿Hay que trabajar en el Cielo?

R.- No, allí no hay nada que hacer; el campo produce maíz, frijoles, calabazas y todo lo demás sin necesidad de cultivarlo. (Para las pieles rojas esto hubo de ser extraordinariamente reconfortante).

P.- ¿Qué clases de árboles hay allí?

R.- Siempre verdes y florecientes.

P.- ¿Existen en el Cielo el mismo sol, el mismo viento y las mismas tormentas que aquí abajo?

R.- No, allí arriba siempre brilla el sol y siempre hace un tiempo hermoso.

P.- ¿Cómo son los frutos del Cielo?

R.- Poseen una cualidad que los hace superiores a los nuestros; nunca acaban, y tan pronto como has arrancado uno ves otro colgando del mismo sitio donde estaba el anterior. (26)

(26) Ibidem, I, 572.

Tocante a las cuestiones de índole moral a que nos referimos antes, algunos casos de conciencia que extrema Mather con decidido intento crítico poseen una sabrosura refinadísima. Un iroqués, según Mather, le preguntó al Padre Brutas lo siguiente: ¿Está obligado un cristiano a pagar el servicio de la p... que ha alquilado? El Padre tras un embarazoso y meditado silencio, contestóle así: "Aunque en justicia está obligado, considerando, sin embargo, que vosotros los bárbaros no seáis cumplir los compromisos contraídos a tal efecto, el cristiano puede escoger entre cumplir o no cumplir el suyo en este caso". Sintiendo, empero, ciertos escrúpulos de conciencia y dudando tal vez de su casuística tan de manga ancha y larga, acudió el buen Padre Brutas al Padre Pierron en busca de una respuesta apropiada. El Padre no dilató mucho: "El cristiano", dijo, "no está de ningún modo obligado a hacerlo, por lo mismo que ningún hombre está compulsado a pagar a la mala bruja que lo ha seducido; y el asunto que aquí se me plantea es de índole parecida a ese". ²⁷ Otro iroqués presentó a su vez su

(27) Ibidem.

problema cuya resolución exigía no menos tacto pues que no era menos difícil y delicado que la cuestión anterior: "Si un indio roba a un holandés", indagó el salvaje, "¿está obligado a restituir lo robado?" La respuesta del Padre Pierron no se hizo tampoco mucho aguardar: "Si se tratare de un holandés", abaró, "que ya hubiere traficado con los indios, el ladrón no estará obligado a restituir lo robado, si consideramos que el holandés probablemente habrá robado más en su comercio que todo lo que pudieren valer las mercancías que hubiese vendido durante todo el año a los indios". ²⁸ La competen-

(28) Ibidem.

cia misionera no era, pues, simplemente espiritual, la rivalidad comercial tenía mucho que ver en ello.

Pero dejemos a un lado estas críticas puritanas y vayamos de nue-
ve a otras de mayor enjundia que los ministros novoingleses enderezaban con-
tra los sacerdotes y ~~fratiles católicos~~. Según los puritanos ellos habían
puesto a disposición de los pieles rojas la luz de la verdad; habían sembra

(29) Loc. cit., I, 573, Not., 9.

do espiritualidades -lo que era verdad- sin recoger temporalidades- lo que

(30) Los novoingleses, asegura Mather, "no adquirieron ni siquiera un pie
de tierra en el país, sin antes no hacer una hermosa compra y obtener el
consentimiento de los nativos" (I (lo.), 573, Not., 9); contrariamente a lo
que hicieron los españoles. En lugar de arrebatárles las tierras, y sabien-
do las autoridades novoinglesas lo odiosos que de ellas eran los colonos
sin contar antes con el permiso de la Corte (Ibidem).
hicieron una ley para que nadie pudiese comprar las tierras de los indios

no lo era-; y no se habían preocupado, como los clérigos franceses, en acu-
mular plata y pieles de castor -lo que lo era aún menos-. Sobre todo, ar-

(31) Ibid.

guía Mather, hemos realizado nuestra labor misionera sin avaricia, sin falsed
dad y especialmente sin la crueldad de que han hecho gala y usan aún los e-
pañoles. "Incluso un obispo de su nación", añade Mather, "ha publicado una h-
toria muy trágica de las crueldades realizadas por los españoles contra lo
indios en el mundo occidental. Y tales fueron estas crueldades que los in-
dios han declarado finalmente que 'prefieren ir al infierno donde están
ancestros antes que al cielo en unión de los españoles'".

(32) Iidem

Aunque nuestro estudio no es efectivamente una exposición compa-
tiva entre las dos formas de evangelización, nos hemos visto por fuerzas
eizados a resaltar las diferencias y a señalar las influencias que nos s-
lieron al paso. De vez en cuando también nos hemos visto constreñidos a p
ner contrapuestos y a contraluz los métodos de evangelización porque sól

mirándolos así es como se pueden señalar las imbricaciones y dependencias. Ahora bien esta declaración previa no quiere decir que ya nos hayamos enrgado al bando impugnador de la evangelización puritana o al de la penagiritá. No nos gusta hacer como Hare, que tal vez por motivos patrióticos o sentimentales se emperra en disimular las fallas; o proceder como Charles Lummis que solamente tuvo ojos para ver lo negativo o tético. Lummis aseguraba que el único misionero protestante digno de tal nombre fué Eliot: el primero y el único, añade; juicio temerario y absolutamente erróneo como hasta ahora hemos podido demostrar. Y Hare, para que citar otro, con tal de sacar a sus héroes a la luz se olvida de las sombras, y bajo apariencia de imparcialidad oscurece bastante en uno que otro lugar su hermoso libro trayendo a colación la labor misionera de los españoles para criticarla. Las páginas que especialmente dedica a la comparación entre las misiones católicas de California en el siglo XVIII y las de los Mayhew en Martha's Vineyard son de lo más flojo de todo su libro y revelan que el autor no ha sabido o no ha querido ver en donde radican las diferencias verdaderamente. En lugar de buscarlas Hare en las generalidades y en los accidentes externos podría haber hurgado con más éxito en la espiritualidad soterraña distintiva que diferenciaba a los dos credos. Por otra parte Hare olvida que la evangelización de las Californias no fué sino un capítulo, brillantísimo por cierto, de la obra misionera española. Recuérdese que la evangelización puritana estaba encaminada a hacer de los salvajes hombres civilizados y cristianos capaces de convivir en sociedad a través de un triple pacto; se trataba, en suma, de un salto desde el estado natural^(a) social y cristiano; de la anarquía natural al gobierno teocrático. Precisamente esta falta era la que criticaba un viajero norteamericano en el siglo XIX (1843) con motivo de la evangelización española efectuada en California un siglo antes. Comparando este viajero lo realizado por los misioneros protestantes norteamericanos en las islas Hawai con la labor llevada a cabo por los franciscanos en California la ventaja y el éxito los hallaba en los primeros y no en los segundos. En 1820, habían llegado los primeros misioneros protestantes a Ha

mi y se habían encontrado con un pueblo vicioso, sensual, asesino, sin ley, sin justicia, traicionero, borracho y pagano; eran una banda de salvajes que vivía en un suelo riquísimo del que apenas extraían lo suficiente para vivir; pero después de veinte años de labor misionera se habían hecho prodigios: "se les había enseñado el valor que poseía la tierra; se les había atraído al redil de la cristiandad; se les había también enseñado la dignidad y la utilidad del comercio". Pero eso no era todo los nativos habiendo sido adiestrados en la ciencia política, erigieron una Constitución,

(33) Vide Brantz Mayer, Mexico as it was and as it is, New York & J. Winchester New World Press; London and Paris; Wiley and Putnam, MDCCCXLIV, p. 361

escribieron un código y establecieron un gobierno con patrón norteamericano se multiplicaron las ediciones de la Biblia, las iglesias y las escuelas. De este modo, añade Mayer, una nación ha sido creado por medio de unos cuantos maestros sin necesidad de armas y sólo por influencia moral. Junto a es-

(34) Ibidem.

te brillante panorama de acción misionera contrastaba la miserable realidad alcanzada por las misiones católicas en California: 21 misiones franciscanas después de un siglo de improbos trabajos y 23,000 indios acogidos a ellas y sometidos, según Forbes, que es el inspirador y la fuente de Mayer,

(35) Alexander Forbes, California. A History of Upper and Lower California, Smith, Elder and Co., London, 1839, p. 35.

a una esclavitud absoluta:

Ellos -los indios de las misiones californianas- son holgazanes, faltos de ánimo, débiles, y no han hecho el menor progreso ya en las artes necesarias para el confort personal era en las de un gobierno nacional. (36)

(36) Mayer, Op. cit., p. 362.

Por supuesto se trata de una justificación política del futuro despojo fundada en razones espirituales; viejo procedimiento que venía usad

dose desde el siglo XVII y aun desde el siglo XVI como tuvimos oportunidad de ver. La tarea misionera protestante se justifica ahora como se justificaba entonces; por razones de autogobierno y de prosperidad personal; y Mayer y Mather aunque separados en el tiempo se dan la mano en lo que se refiere a la argumentación espiritual. La competencia misionera se defendía en el siglo XIX con argumentos parecidos a como se defendió en los dos anteriores. Resulta sumamente ilustrativo que la defensa de Mayer de la evangelización protestante se apoye en razones bien añejas y que a su debido tiempo clasificamos como resultantes de la influencia del Padre Las Casas; es decir evangelización pacifista y por sola influencia moral, que es como la caracteriza Mayer y que es asimismo como la defendía el dominico famoso a base del buen ejemplo y de las mejores razones: ascendente ético.

No estaban a pesar de todo los puritanos de los siglos XVII y XVIII muy seguros de ganar en esta especie de campeonato misionero, y recelando bastante de sus contrarios se apresuraron a hacer declaraciones en las que por todos los medios trataban de convencer a los indios de la Nueva Inglaterra de los sacrificios, trabajos y sudores pasados por los ingleses para adoctrinarlos. Una proclama de esta especie escribió Cotton Mather y si nos interesa conocerla es porque en ella se desarrolla de modo esquemático el típico método puritano de evangelización, o por lo menos las exigencias que dicha evangelización entrañaba. Este curioso bosquejo redactado por Mather revela también entre líneas, especialmente las del comienzo, el recelo que experimentaban los puritanos hacia los jesuitas que desde las colonias francesas del Canadá iban empujando lentamente la frontera de la civilización católica al par que construyendo un imperio mestizo y occidental. Este avance era un reto y a él respondieron los puritanos, digamos en términos toya-bebianos, con un reto-respuesta cuyo primer paso fue la captación de los indios amigos; a este intento responde el manifiesto de Cotton Mather:

¡Y vosotros, oh indios, ved aquí cuánto amor, cuánta solicitud ha sido empleada por los ingleses, y a cuánto costo, para la salvación de vues

tras preciosas almas inmortales! y no nos hemos interesado en vuestro bien porque nosotros esperásemos algunas ventajas temporales de vosotros; no, porque ha sido Dios el que nos ha instado a desear su gloria con vuestra salvación; y nuestros oraciones se han cubierto piadosamente de sangre al veros cuán terriblemente el demonio es tenia oprimidos en este mundo y os vorihémosos puesto en camino de que lleguéis a ser felices así en la tierra -en tanto viváis en ella- como en el cielo cuando muráis. Pensad en lo que vendréis a parar si menospreciáis todos estos gloriosos ofrecimientos y os fuerzos! Créome, pues, que os diréis a vosotros mismos: Vitoh web Kittime ni quoh humman misharantamog ne mohsag wadchnittu onki. Todos estáis firmemente convencidos de que vuestro Maestro Eliot fue un hombre bueno, honrado y animoso, y vosotros consideraría: una gran felicidad el estar para siempre con él. Sin embargo, vengo a deciros que si no sois real y cabalmente por cristianos, ya no tendréis jamás una visión consoladora de él. ¿No recordáis cómo él os vistió y asimismo cómo os enseñó? ¿No sabéis que cuando os hallá bais afligidos sentía por vosotros la misma piedad que él hubiera experimentado de haber sido vosotros los hijos carnales suyos? Pero si el día del juicio os encuentra entre los malvados, cosa contra la cual él os previno frecuentemente, entonces se convertirá en un terrible testigo en vuestra contra, y cuando Jesús, el Señor, os fulmine con esta sentencia: 'Apartad malditos, para siempre idos con el demonio y sus servidores al fuego eterno', incluso vuestro propio Eliot a todo ello dirá anén.

Tratemos ahora de otro penoso asunto: hay dos vicios hacia los cuales sois también inclinados y que son absolutamente incompatibles con una verdadera vida cristiana. Uno de esos vicios es el de la ociosidad. Si estuviéseris dispuestos a poner en práctica una recta vocación, qué es lo que os impediría aumentar vuestra hacienda tanto como la engrosar considerablemente muchos de vuestros vecinos ingleses? Más aun, ahora sois pobres, miseros, harapientos, hambreados, desgraciales e infelices, y en lugar de que sois capaces como vuestros vecinos los ingleses de guardar los mandamientos de Dios los desobedeceis, siendo que estáis obligados a cumplirlos para mantener estas sagradas ordenanzas entre vosotros, y asimismo por otros muchos beneficios que las tales poseen. ¿Habéis olvidado el mandamiento del Señor que con tanta frecuencia se os ha explicado: 'Trabajarás seis días, por vergüenza os debírais dedicar a una labor que os pusiera en circunstancias más favorables que en las que en el presente os halláis. El otro vicio es el de la ambrosuag. Hay vecinos ingleses bondadosos de quienes debírais aprender a orar; mas entre vosotros andan algunos que prefieren aprender a haber de otros vecinos impíos y disolutos. Pobres criaturas, esta es la causa de que Satanás tenga en su poder vuestras almas; y como con frecuencia se os ha repetido, 'el obrero no heredará el reino de los cielos', suplicaos que os percatéis del daño a que tal cosa os expone, y que nunca osáis escapar a la "venganza del fuego eterno" si os entregáis a ese vicio tan execrable. Esto os digo porque siempre he deseado que el Evangelio de Jesús, el Señor, se difunda y se glorifique entre vosotros! (37)

(37) Mather, Loc. cit., I, 574, Not., 9.

38

13. Taumatografía neumática

(38) Precioso epígrafe inventado, cómo no, por Cotton Mather, y que a la tra quiere decir: Descripción de prodigios inmatériales; es decir relativo a las maravillas del mundo invisible, sobrenatural. Todo el Cap. VI del v lumen II está dedicado a dar pelos y señales, en catorce ejemplos del mundo espiritual y duendáril, de los poderes ocultos de Satanás (Op. cit., 446-479).

El enfoque puritano sobre América pone de manifiesto el carácter sobrenatural del continente; un carácter, un ser y una significación que a miradas naturales no se perciben. El punto de vista natural antes bien, según pudimos ver, tendió a realzar las características físicas de la nueva tierra. Si a la luz de la naturaleza América aparecía vestida con las mejores y más brillantes galas, a la luz de la revelación se expresará como un ser nefando y satanésco; en ambos planos de apreciación estarán de acuerdo los misioneros católicos y los protestantes. Cotton Mather al igual que

(39) Para el punto de vista católico en Luis Villoro, Op. cit. Cap. II.

todos los demás puritanos de la Nueva Inglaterra creía a pie juntillas en los prodigios que podía ejecutar el Diablo; portentos que solamente eran explicables en un continente que, como el americano, había olvidado o apagado la luz original de la revelación y había escogido al Demonio por aliado. El y sus innumerables huérfanos podían hacer hervir el agua sin necesidad de fuego; podían mover rocas y hacer bailar los árboles; podían aparecerse como hombres ardiendo en llamas, y especialmente podían embrujar a los pobres indios y hacerles oíeros, miles de jugarteras y aflaganas. Uno se queda en verdad porplejo antes estas afirmaciones sostenidas por gente muy seria y además de no vulgar talento; pero es que aquellos hombres poseían entonces una vivencia del diablo que nosotros con dificultad podemos modernamente aprehender y experimentar. Cotton nos relata el caso de un

(40) Cotton Mather habla de Satanás como del "viejo terrateniente y señor usurpador de América" (Loc. cit., I, Cap. I, p. 556).

bre cacique al que se le apareció el Diablo en la figura y apariencia de Eliot, el querido Maestro ya fallecido. El Diablo aconsejó perversamente al cacique que fuera leal con sus vecinos y que cumpliera con el precepto; pero maliciosamente no dijo una palabra siquiera acerca de Cristo. El cacique debiera haber recelado de aquella sola exaltación de las obras, mas no

sospechó nada y creyendo que el Diablo fuese el propio siguió sus
sejos. Teniendo ya segura su presa el Maligno se presentó tentando al infe-
lis indio, que estaba bien lejos de entender las sutiles traiciones teoló-
gicas de su enemigo, con la ilusión demoniaca de la resurrección. Seducido
por el sueño y ansia de inmortalidad el cacique se ahorcó en espera de re-
suscitar al día siguiente; pero, añade Mather, "podéis estar seguros que los
conseguió aunque sin la esperada ⁴¹resurrección". El cuitado cacique había -

(41) *Ibidem*, I, 566, Not., 5.

pagado bien cara su esperanza de eternidad y su confianza en las meras obras.
Para Morton no había duda que Satanás colaboraba estrechamente con los in-
dios. El cacique de los narragansettes, Papisquineo, barandero también de
sin igual mérito, podía atravesar un anchuroso río por debajo del agua, y
fabricar hielo a placer. ⁴²En suma el indio era un ser diabólico y degradado;

(42) Morton, *Lo. cit.*, 150.

ni por el lado ético ni por el religioso tenía justificación. Si el indio
en sí, visto desde su interior, no tenía salvación, considerado supraindi-
vidualmente la tenía menos. Como los pieles rojas no eran creadores de nin-
guna de aquellas culturas prehispánicas que tanto asombraron a los primeros
evangelizadores en Mesoamérica, no pudo intentarse por parte de los misio-
neros puritanos una salvación de la intencionalidad íntima del propio indio
y de su peculiar mundo; de la vida espiritual y de la civilización indige-
na no se podía conservar nada porque era una satanidad por defecte -anar-
quía natural, demoniaca-. Lucifer campaba por sus respetos en el gobierno
incipiente de los indios: "El joven [indio] es gobernado y dirigido por el Vie-
jo, el Viejo es dominado por los Powahs (brujos), y los Powahs por el Demó-
nio. ⁴³Así pues para edificar la Nueva Jerusalén había que luchar contra el

(43) *Ibid.*, 178.

Enemigo y vencerlo; lo cual no era muy fácil dado el tiempo que ta llevaba

ensoforocado de la tierra. El indio era esclavo del Demonio; éste por medio de los powwows los tenía aterrados y en estado de grey sumisísima; pero — peor aun que todo esto era que a través de los indios actuaba Satanás contra los colonos ingleses: las herejías novoinglesas, los amargos conflictos entre las iglesias y la proliferación de las brujas eran señales más que seguras de que Satanás había aceptado el reto puritano y de que no estaba dispuesto a ser fácilmente derrotado y destronado. El pueblo elegido de Dios estaba, pues, en gravísimo peligro, y la amenaza más grave procedía del sector indígena por la contaminación que podía ejercer sobre los ingleses. Como primera medida de profilaxis espiritual se prohibió la relación carnal con las indias, y los colonos que descara^(da) u ocultamente mantenían relaciones — esas — aquellas fueron vistos casi como demonios. No fué por consiguiente la repugnancia racial ni el color obscuro de la piel de las indias lo fué tampoco los que vedaron las relaciones sexuales de los ingleses con ellas, sino el terrible temor de los primeros a los súcubos, a Chepian, digamos con un término indígena, en figura de mujer india. En la proscripción de Morton y en la destrucción de su establecimiento colonial tuvo mucho que ver el sagrado horror y temor puritanos para con el ejemplo disolvente de los felices habitantes de Merry Mount. Morton con la promiscuidad urbana y racial atacó

(44) En 1626 (?) en donde hoy está asentada la ciudad de Quincy, el Capitán Wollaston fundó la ciudad de su nombre: Mount Wollaston (hay quien asegura que se encontraba a 85 millas al Norte de la actual Quincy). En 1627 el aventurero se fué para Virginia con sus sirvientes indenturados a los cuales vendió allí a muy buen precio. Wollaston no llevaba patente real para fundar su establecimiento en la Nueva Inglaterra; pero esto no fué para él mayor obstáculo. Al frente de la colonia quedó Morton, que según su propia cuenta había sido abogado en Clifford Inn, y que al quedar solo cambió el nombre de la colonia y la rebautizó Mare Mount (La Merry Mount como irónicamente la llamaron los escandalizados separatistas). La base económica de esta ciudad fué el comercio y trueque de pieles con los indios, motivos más que suficientes para atraerse la animadversión de santos y puritanos. Morton festejaba a los indios y fué el introductor de una vieja costumbre pagana inglesa, el "May pole" (especie de poste fálico) alrededor del cual indias, indios e ingleses bailaban, brincaban, bebían más de la cuenta y se emparejaban. Esta ciudad aunque tuvo una brevísima existencia (fué atacada y destruida por los puritanos al mando de Standish), fué un oasis renacentista en medio del desierto y resequeadad espiritual puritanos de la Nueva Inglaterra. Aunque suene a desenfado o herejía podemos afirmar que en lo que se refiere a la salvación de los indios más hacia Morton con su "May pole" que todos los puritanos con el sistema de evangelización).

ba a los ojos de los santos y puritanos el principio de protección del indio fundado en el rígido aislamiento. El principio de separación entre indios y blancos y la prohibición que tenían estos últimos para visitar los wigwams y las ciudades congregacionales recién fundadas se establecía precisamente para defender a los nativos del contacto y defenderse también -- ellos; y como puede verse los puritanos seguían de cerca también los lineamientos conceptuales empleados para la fundación de las llamadas repúblicas de indios ~~por~~ los misioneros católicos, y los no menos defensivos que se pusieron en juego para las trazas de las ciudades coloniales cuando estas se superponían sobre las hispánicas.

46

Nada tiene de extraño que en la Nueva Inglaterra tanto el Diablo

(45) Vide, O'Goeman, Reflexiones, Op. cit., passim.

(46) Sobre los poderes sobrenaturales del diablo en América consúltese a Robert Ricard, La "Conquête Spirituelle" du Mexique, Paris, Institut d'Ethnologie, 1953 (Hay versión española de Angel María Caribay publicada por la editorial "Jus" y "Polis", México, 1947). Según nuestras noticias Ricard fué el primero que reparó en el carácter satanésico que los misioneros del siglo XVI acordaron a América. Para los descubridores y colonizadores ingleses del siglo XVI los ídolos indígenas fueron asimismo disfraces del demonio: "una mera ilusión y engaño del diablo" (Amadas y Barlow, Op. cit., VI, 131).

como las jorguinias fueron personajes que alteraron las plácidas digestiones teológicas de los predicadores. Bradford tuvo contra el primero un natural rencor dada las cualidades sin cuento que prodigara sobre las colonias; calamidades que en el año de 1643 culminaron en peligrosos desencadenos: ebriedad, incontinenencia entre casados y los que no lo eran, y la -- pero de todo sodomías. Satanás, como puede verse, arremetía en la lucha; poseído de un poder especial continuaba sembrando el mal con todo su sucio cortejo de pecados capitales y veniales, y a pesar de la severísima -- vigilancia puritana y de los atroces castigos los ingleses no podían escapar a los males que a voleo sembraban los diablos. Bradford tenía que --

reconocer que el Diablo poseía más poder en América que en ninguna otra tierra: "Pensaría más bien que Satanás tiene más poder en estas tierras paganas, como algunos han pensado, que en las naciones cristianas, y que sobre todo lo ejerce sobre los sirvientes de Dios que viven en aquellas". Tal

(47) Bradford, Op. cit., II, 365)

era también el criterio de Winthrop para quien los impostores y los herejes no eran sino instrumentos utilizados por el Enemigo en su pérvida — lucha contra el pueblo de Dios. Increase Mather y Cotton Mather tuvieron un encano particularísimo contra las brujas; el primero, sobre todo, tenía un privilegiado olfato para descubrirlas; su detector brujeril le permitió localizar y perseguir a centenares de ellas. Sólo en Massachusetts, escribe Pablo Martínez del Río, "no menos de 19 personas... fueron ajusticiadas por habérseles supuesto complicaciones en prácticas de hechicería. Dieci-

(48) Vide Alumbardo, Porrúa Hermanos, México, 1937, p. XVIII del Prólogo.

nueve personas tan sólo en Salem; unas cuantas menos, por cierto, que las que achicarró vivas la Inquisición novohispana en sus trescientos años de existencia.

(49) Según J. García Icazbalceta el total de los ajusticiados en 477 años de existencia del Tribunal alcanza 41 personas reales y 99 en effigie. De las primeras más de la mitad fueron quemadas después de haber sido agarradas (Vide Bibliografía Mexicana del Siglo XVI, Librería de Andrade y Moscoso Sacs., México, 1886, p. 389).

Las principales victorias las lograba Satanás sobre los indios; el contrario era más flaco y más adecuado para someterse bien por la violencia o por el engaño. El diablo persuadía fácilmente a los indios y los incitaba a abandonar el nuevo sistema de vida ensayado por los ingleses. Las asambleas indígenas quedaban desiertas y el aprendizaje de la lectura

y escritura olvidado. Satanás obstaculizaba, pues, todo el proceso educativo salvador y civilizador.

(50) Winthrop, Op. cit., I, 260.

En la lucha entablada entre Hobbamock -el diablo indigena, nombre que en el lenguaje algonquino se asociaba a la idea de hombre muerto- y el Jehová puritano todas las de ganar estaban de parte del primero,

(51) Con una lógica simplista, pero tan aplastante como las preguntas epícuras acerca de las pruebas sobre las existencias de Dios, un indio le preguntó al misionero Samuel Tread que por qué si Dios era tan poderoso como se afirmaba no mataba al Diablo que tanto más hacía a los hombres (Cit. Willoughby, Op. cit., p 478, Net. 8).

to que él podía a través de los terrores e ignorancia animista indígenas hacerse presente en las desgracias. El dios perverso podía conversar tranquilamente con el indio por medio del terror ancestral que este experimentaba hacia él. Salvo casos extraordinarios, uno por ejemplo, el de Hiawatha, los indios acataban ciegamente la voluntad de Hobbamock, porque acercarse al dios de los cristianos les resultaba imposible. ¿Cómo podía el salvaje hacer lo con un Dios todo él pura razón? ¿Cómo platicar, dialogar con él? ¿De qué podía servirle la angusta soledad excogitada por el calvinismo al indio? Absolutamente de nada, porque sin las andaderas interesoras y auxiliares de la jerarquía medianera eclesiástica y compulsora el indio no podía ende cristianizarse ni civilizarse. El protestantismo había proclamado el dogma del sacerdocio universal individual, y abolió, por tanto, las escalas medianeras; y al hacerlo así ayudó al hombre occidental en la gran carrera del individualismo ya por lo mismo, lo comprometió en la fascinante aventura de la libertad; mas para el indio los efectos del dogma fueron contrarios pues lo encarrilaron primero hacia la servidumbre; después, hacia la destrucción total.

14. El enemigo el francés

En cuanto los ingleses entraron en posesión permanente de una ^{una} parte de la América del Norte estuvieron en conflicto con los establecimientos fundados por los franceses en la región de los grandes Lagos. Se puede decir que el aprieto comenzó a agudizarse desde el momento en que los puritanos y santos se asentaron definitivamente en el litoral que forma la bahía de Massachusetts. Se ha dicho con justicia que desde 1608, año de la fundación de Québec por Samuel Champlain, hasta 1763, en el que se firma el Tratado de París que puso fin a la guerra de Siete Años, tratado por el que Francia perdió el Canadá y los establecimientos situados al Este del Mississippi, salvo la isla sobre la cual está sentada la ciudad de Nueva Orleans, la pugna fué ininterrumpida excepto en ciertos momentos de calma que eran aprovechados para reagrupar elementos y tensar fuerzas. Franceses e ingleses echaron mano de los indios como elementos auxiliares; los hurones y algonquinos fueron los aliados de los franceses, quienes ayudados por sus famosos "coureurs de bois" y los no menos célebres y eficacísimos jesuitas pudieron mantener en jaque a los colonos y soldados ingleses. Los colonos anglosajones se aliaron con los iroqueses, crearon una réplica de explorador y cazador fronterizo, el "pioneer" y ayudados por las tropas inglesas y la supremacía naval de Inglaterra lograron derrotar a los franceses. En los llanos de Abrahán se forjó el destino brillante de la civilización novoinglesa. Alguien ha dicho que el papel que representaron los indios en esta prolongada lucha fué el de equilibrio de fuerzas entre los dos antagonistas europeos; pero la balanza de poder acabó el día que los franceses fueron derrotados completamente: los días de la cultura mestiza gallo-indígena estaban contados.

Pero antes de precipitar acontecimientos debemos de situarnos en 1636, año en el cual el principal enemigo de los puritanos era el francés, pues que éste reclamaba como suyos los territorios comprendidos entre el cabo Sable y el cabo Cod. El gobierno francés había enviado de gobernador a Port Royal a un tal La Tour, el cual ante las reclamaciones inglesas,

que ponían en entredicho la autoridad de su mandato y de su nación, respondió a los colonos puritanos que su espada era razón más que suficiente. Los holandeses fueron también motivo de recelo para los establecimientos ingleses; pero la aproximación espiritual entre aquellos y los puritanos les hizo que fueran menos odiados por éstos que como lo fueran los católicos franceses.

Para 1703 las relaciones entre franceses e ingleses habían empeorado muchísimo, y Winthrop acusaba a los clérigos franceses de haber promovido el alzamiento de los indios contra las colonias orientales de la Nueva Inglaterra, y de ser los responsables directos de las matanzas de los blancos protestantes. Los clérigos franceses a que se refería Winthrop no eran otros sino los jesuitas, enemigos por partida doble de la corona inglesa y de la religión protestante al decir de los comisionados en una carta (25-VIII-1679) dirigida al Secretario de Estado, Conde de Sunderland

(52) Cf. Myer, Op. cit., p. 92.

A los representantes de la Compañía de Jesús se les atribuían los levantamientos indígenas y la ruina del comercio de pieles; inclusive adquirieron fama de envenenadores al incitar, según se decía, a los aliados indios a envenenar a las tribus contrarias y enemigas; como ocurrió en el caso novelesco de Decansirer, la mujer del cacique de los onondagas. Según los co-

(53) Ibidem.

lonos los jesuitas habían sido los responsables de la sangrienta guerra del Rey Felipe; mas como lo explicara más tarde Edward Randolph ante la Cámara de Comercio de Londres, lo que motivó la guerra fué una expropiación de tierras hecha a los indios en represalias a unas supuestas depredaciones realizadas por éstos contra el ganado de los colonos puritanos. En Inglaterra, según había observado Sir Thomas More en la centuria anterior, los borregos devoraban a los campesinos ingleses; en la Nueva Inglaterra

terra eran las vacas y terneros los que poseían dicha capacidad destructora fatalísima para los indios.

Los ingleses veían en la competencia comercial de los jesuitas del Canadá un peligro extraordinario. Todo programa evangelizador presupone necesariamente unas premisas económicas sobre las cuales desarrollarse, porque la tarea es primordialmente civilizadora. La evangelización francesa en Norteamérica y la española en todo el Continente tuvieron por supuesto una, y las características de la misma variaron de acuerdo con los recursos y con el medio en que se iba a desenvolver, amén de la capacidad social, política y económica de los grupos indígenas. No fué lo mismo el sistema en el Paraguay que en el Canadá o que en la Nueva España; incluso dentro de esta última hubo notables diferencias nacidas de los métodos diversos empleados por las distintas órdenes religiosas, entre las cuales la jesuita siempre destacó por sus proyectos ajustados a las circunstancias, prácticos y positivos. Como cuando el padre jesuita Un Amigo del Bien Común aconsejaba para domar a los indios salvajes de Sonora (1762) que no se fiase mucho en los milagros; que las causas segundas hicieren lo que es tuviere de su parte para ayudar a las primeras; que bien valía clamar a D^h Dios, pero confiar no menos en las propias manos; o como agrega acudiendo al añejo refrán: "(a Dios clamando, y con el mazo dando, dice el adagio),
54
no lo uno sin lo otro".

(54) Cf. Rudo Ensayo, Tentativa de una Prebengional Descripción Geográfica de la Provincia de Sonora, San Agustín de la Florida, Año de 1863 (Buckingham Smith, Munsell, Printer Albany), p. 202.

Como lo indicara Miguel Othom de Mendizábal, el querido Maestro, "los sistemas que implantaron [los jesuitas] en sus misiones del Noroeste de México, particularmente por lo que se refiere a la organización de los pueblos indígenas, fueron más racionales que los de las demás órdenes religiosas y contribuyeron a disminuir los daños inevitables que la colonización iba a traer para los indígenas" (Vid. La Evolución del Noroeste de México, Pub. del Depto. de la Estadística Nacional, México 1930, p. 74). La tarea catequística de los jesuitas sobre las tribus del Noroeste fué diferente a la empleada por otras órdenes religiosas (s. XVI) en el Centro y Sur de México; fué en su ma, una religión inculcada en forma individual, (Ibidem, 88).

La evangelización anglosajona en América, especialmente la puritana, partió asimismo de una base real, de un sistema económico basado en la

explotación agrícola, en el aprovechamiento de los recursos naturales y en la organización mercantil de la pesca y de la caza y de las peleterías. La estrecha liga establecida entre el proyecto evangélico y el económico y político subordinó totalmente lo espiritual a lo material, y acabó por ahogarlo completamente. El egoísmo y el espíritu de lucro medraron a costa de la labor misionera que aspiraba toda ella a ser sacrificio, compasión y renunciamiento;

Los comisionados de Boston mostraron simpatía hacia las tareas de los misioneros; pero naturalmente ellos estaban más interesadas en el comercio indio y en la lealtad indígena, sobre todo en tiempo de guerra, y consideraron las misiones como medios valiosos de promover la amistad y de dirigirla hacia aquellos fines económicos. Para Jonathan tal cosa sería un resultado de su trabajo misionero; pero no un motivo para hacerlo. Por esta razón aunque las agencias locales de cooperación se habían mostrado amigables, él habría hallado bastante difícil el compartir sus responsabilidades pastorales con aquellos que pensaban que "los trabajos de Dios eran una inversión provechosa que había que fomentar con fines egoístas". (55)

(55) Cf. Winslow, 278.

En la misión proyectada y llevada a cabo a instancias del coronel John Stoddard con los restos de los indios houssatumuckas en Stockbridge (1734) no se buscaron tanto las bases económicas sobre las cuales poder asentar y desarrollar la futura acción misionera cuanto los intereses políticos y militares que aconsejaban levantar una barrera de indios leales catequizados contra la amenaza iroquesa de las seis naciones confederadas. No es que esta política defensiva fuera mala o ilegítima, las órdenes religio

(56) Cf. Perry Miller, Jonathan Edwards, William Sloane Associate Inc., 1949, pp. 247-249.

sas las emplearon también en México en su lento, pero firme avance sobre el Septentrión bárbaro, sino que persiguiendo objetivos demasiado seculares, excesivamente pegados al suelo se olvidaba el mandato espiritual primario sin que importara sacrificar a una figura tan señera y egregia como Jonathan Edwards.

Los jesuitas galos tenían un sistema de catequización que no podía fallar; sembraban primero para cosechar después. En su método evangeli

sador todo estaba permitido con tal de que contribuyese al fin último que era cristianizar y civilizar a los indios. El poder de adaptación de los jesuitas facilitaba mucho las operaciones que, eso sí, iban encaminadas hacia el gobierno espiritual de Cristo sin tropiezos ni obstáculos entre los salvajes: los jesuitas utilizaron todos los argumentos, así los pacíficos como los contundentes; y emplearon todos los métodos, así los más tradicionalmente taumatográficos como los más razonables. Por lo que se refiere al estilo del gobierno civil implantado entre los salvajes las misiones estaban totalmente supeditadas a las directrices espirituales mantenidas y defendidas en cada caso por los padres. Recelosos los jesuitas, en esto como todas las órdenes, de la llegada de los colonos por el impacto desastroso que en los hábitos y en la mente indígenas se causaban, fueron un obstáculo formidable para la colonización de los blancos. Soñando con la utopía india y monástica no se dieron cuenta del peligro que suponía la penetración pionera anglosajona que acabaría con los indios antes que los padres hubieran tenido tiempo de hacer de las tribus verdaderos valedores de misiones católicas. Es un dato muy significativo el que registra Mendizábal al estudiar la situación en que quedaron las misiones jesuitas del Noroeste de México al ser expulsados de la Nueva España los "frailes prietos". El progreso de la civilización criolla y mestiza se hizo a costa de los indios una vez que sus protectores fueron extrañados. También puede servirnos de

(57) "Los efectos económicos de este trascendental acontecimiento", escribe Mendizábal, "no tardaron mucho en dejarse sentir: en 1763, cinco años antes del extrañamiento de los jesuitas, existían en Sonora 29 misiones, más o menos prósperas por las incursiones de los apaches, seris y pinas altos sublevados; 3 curatos, 22 reales de minas y poblaciones españolas incluyendo cinco presidios y dos ranchos, en tanto que se habían des poblado recientemente 43 reales de minas y 126 ranchos. En 1793, sin haber mejorado en nada las condiciones de seguridad contra los ataques de los indios, existían según el censo de Revillagigedo: 1 ciudad, 2 villas, 46 pueblos, 15 parroquias, 43 misiones, 20 haciendas y 25 ranchos. En la misma época Sinaloa se contaba con 5 villas, 92 pueblos, 30 parroquias, 14 haciendas y 450 ranchos. Excusado es decir que gran parte de los progresos de la población española, criolla y mestiza, se habían hecho a costa de los bienes de las misiones que pertenecían en realidad a los indígenas" (Op. cit., 110).

para ilustrar el problema de la evangelización católica la política colonial seguida por las autoridades españolas en la Florida. Pocas concesiones territoriales se hicieron, y a poquísimos españoles, salvo los indispensables y los que ya estaban radicados allí desde antiguo, amén de los soldados encargados de custodiar los presidios y misiones, cuyo número nunca sobrepasó los que tenía entonces una compañía (unos cien), se les permitió residir en dichas posesiones de la Corona. "La política española en la Florida en relación a los indios trabajó tendidamente para atajar la expansión de la ⁵⁸ civilización colonial incluso en las áreas más favorecidas". Dicha política de

(58) R. Hall Brown, *Op. cit.*, p. 72.

colonización estrictamente religiosa fué la que se siguió con escasas variantes en California, Nuevo México, Arizona e inclusive Texas, pues si bien es verdad que a estas extensas regiones llegaron colonos españoles y mexicanos, lo hicieron como en gotero; y no es atribuible, como ingenuamente se cree, a que el ímpetu de la raza u otras zarandajas por el estilo ya estuviera muerto o desfalleciente. Pero juzgar este fenómeno como una demostración de decadencia es no haber entendido un sistema que precisamente por no haberse podido realizar o cumplir se le condena como decadente. El avance hispánico a lo largo y ancho de esta inmensa frontera fué intencionalmente lento y antímoderno, como lo fué también el francés por el Norte; es decir antieconómico desde el punto de vista de la civilización egoísta

(59) "Cuando España escribió Richard J. Morrissey, "trató de ampliar su dominio en América como un acto eminentemente defensivo, se perdió el interés personal que había impulsado al agricultor, al rancharo y al explotador, y la ocupación militar fronteriza, aunque estuviera acompañada del fervor religioso, no fué suficiente para volver española la tierra de Texas o California. Faltaba el sentido de la oportunidad, característica esencial de cualquier frontera. El peso del latifundio o de asfixiantes impuestos y de una burocracia anodina, y la falta de un incentivo poderoso contribuyeron a minar el vigor y la persistencia que habían hasta entonces caracterizado el avance español" (*Vide Historia de Dos Fronteras, Anud Revista de América, Unión Panamericana, vol. 3, Núm. 2, Washington, 1951, p. 41*). Morrissey ve claramente en donde estaba la falla económica; pero no acierta a entrever los fundamentos espirituales que la produjeron. Tampoco se da cuenta de que si la Corona y la Iglesia favorecieron el desarrollo del latifundismo fué para así ayudar a la incorporación misionera del indio, lo que no quiere decir que no hubiera otras razones de tipo geográfico y económica

co-político que contribuyeron a la creación y ampliación del latifundio. - Ahora bien esta actividad evangelizadora, esta colonización a cámara lenta, no obedeció a motivos pasajeros, sino que fué debida al tremendo viraje que se le imprimió a la historia de España tras la reforma tridentina. España marchaba como los sabinos del cuentecillo ruso: dos pasos adelante y uno atrás; avance lento sin duda, pero seguro en el programa que se había propuesto. Lo malo del caso es que había quien avanzaba a la carrera; y aunque esporádicamente Aquiles nunca llegara a la meta, lo cierto es que los anglosajones dejando atrás los obstáculos trascendentales y los ~~escrupulosos~~ católicos alcanzáronla antes y con mayor provecho. *escrupulosos*

del hombre blanco; pero generosas y humanas desde el punto de vista espiritual defendido por las órdenes religiosas y aprobado por la Corona. Toda la colonización católica en Norteamérica obedeció a unas directrices espirituales monopolizadoras; y lo tremendamente paradójico es que en pleno siglo de la razón se siguiera experimentando la utopía indiana y monástica, despótica e ilustrada, y con procedimientos racionales extraídos del ambiente y de la corriente intelectual de la época; pero que resultaban intencionalmente antieconómicos pese a todo. Lo terriblemente dramático, empuro, del problema es que por fuerza tenía que ser insoluble: o se guardaba la tie-

(60) Insolubilidad que especialmente vista desde los extremos es irreductible; sin embargo por el lado español siempre se podía contar con la presencia amortiguadora y protectora de la Iglesia.

rra por medio de la colonización intensiva y extensiva aunque sufrieran los indios; o se perdía aquella y desaparecían además los infelices nativos, víctimas de la rapacidad del pionero y del colono anglosajón. Ante esta disyuntiva luz debería interpretarse el grandioso esquema -no importa si real o fingido- del Conde Aranda; no se pudo ~~llevarlo~~ ^{ni se} llevarlo a cabo; pero en 1847 se consumía lo que inútilmente se había intentado atajar. En 1846 había en las misiones de California unos 60,000 indios, diez años más tarde difícilmente se podían reunir unos 300: los indios habían desaparecido al impacto despiadado del hombre blanco, y las tierras habían pasado a ⁶¹ ~~manos~~ *manos*

(61) "El impacto de los establecimientos estadounidenses", escribe S.F. Cook, "fué allí California tres veces más riguroso que lo fué el de la co-

aculturación preamericana". Y más adelante añade: "El conflicto de los nativos con los colonos procedentes de los Estados Unidos se caracterizó por muchísima mayor violencia que la que ejercieron los invasores de Latinoamérica" (Véase The Conflict Between the California Indian and White Civilization, University of California, Berkeley and Los Angeles, 1943, pp. 92-94.

nos infinitamente más activas y productivas y emprendedoras; pero también menos humildes, magnánimas y cristianas. Esta fué asimismo la suerte que corrieron las colonias francesas del Canadá y del Mississippi; en punto a un hado trágico no salieron mejor librados los indios y colonos del Canadá que los de las colonias españolas arrebatadas a los herederos legítimos de España.

Esto que estamos relatando sucedió ya hacia los finales de las etapas coloniales de Francia y España respectivamente; mas en sus comienzos la pugna misionera se interpretaba, como lo hacía Bellmont, de otra -

(62) Bellmont quería misioneros jóvenes para que pudieran aprender el lenguaje indio; quería además que fuesen hombres "de vida sobria y ejemplar y buenos escolares para que pudieran instruir a los indios y estar capacitados a encontrarse con los jesuitas en puntos argumentales" (cf. Gustavus Mye. Op. cit., p. 93.

suerte. Bellmont, personaje importante de Albany, solicitaba con toda urgencia que se le enviaran jóvenes misioneros bien preparados y dialecticos para combatir la preponderancia francesa entre los indios. A pesar de que, según Cotton Mather, los indígenas catequizados por los puritanos confundían a los adoctrinados por los padres franceses, había el temor, como se -

(63) Apud Hanscom, Carta de Winthrop (13-IX-1703), p. 128.

desprende de la petición de Bellmont, de que todos los indios fuesen acaparados espiritualmente -y comercialmente- por los jesuitas. Ingenuamente pensaba este miembro importante de Albany que para vencer la resistencia de los padres se necesitaban misioneros puritanos bien entrenados. El no acertaba a ver que si las simpatías de los indígenas se inclinaban por los franceses era a cuenta del concepto que del indio se habían éstos forjado; un concepto muy distinto por cierto, como nos hemos esforzado en páginas atrás en demostrar, del que se habían urdido los puritanos ingleses y novohispanos pa-

ra uso y provecho propios.

El 9 de Agosto de 1700 el temor y odio contra los jesuitas alcanzaron en la Nueva Inglaterra su punto culminante, su catástrofe dramática; porque, en efecto, el desenlace de los sucesos posteriores constituyó un terrible drama. En Nueva York se publicó en dicha fecha el decreto de interdicción contra los jesuitas y se señalaron con gran lujo de detalles las penas no solamente contra éstos, sino también contra aquellos que les ayudaran. Pero frente al sistema de atracción francés del indio los puritanos estaban desarmados y nada podían hacer. Winthrop reconocía que los indios a semejanza, según él, de los franceses eran pérfidos y perjuros; mas el hecho de tener que reconocer la incapacidad puritana para hacer de los indios súbditos fieles y creyentes de la Iglesia puritana es más que demostrativo de la superioridad del método catequizador francés. Allende este habia otro factor por medio del cual prosperaban los jesuitas franceses ^{en la} ~~evangelizadora~~ ^{evangelizadora}, el mestizaje racial que ellos favorecían; es decir algo de lo que más abominaban precisamente los ingleses, casi tanto o más que del diablo:

Infierno, pues, que los franceses y especialmente los padres que que viven entre los indios, no descuidarán de exhortarlos a la destrucción de los heréticos, y piadosamente los auxiliarán en tal tarea; además los franceses al mezclarse con ellos por medio del matrimonio, lo que hacen con frecuencia, logran con los indios unos lazos que están muy por encima de todo lo que nosotros podamos conseguir, y lo cual los indios valían más ~~que~~ de toda proporción, y porque también ellos saben que es una cosa que a los ingleses incluso pensaría les es odioso. (64)

(64) Op. cit., p. 169.

De esto también se dió cuenta, aunque más tarde naturalmente, el coronel William Byrd (1674-1744), rico agricultor de Virginia y la personalidad más deslumbradora del Sur antes de Jefferson, según expresa Wish.

(65) Loc. cit., 169.

Dicho culto e influyente plantador, refiriéndose a los colonos puritanos, escribía lo siguiente:

Ellos, los primeros aventureros de 1607, habían hecho las paces con los indios, pero allí no había ni uno siquiera que quisiese que la paz prosperase y fuese duradera. No había modo que los nativos se persuadieran de que los ingleses eran sus cordiales amigos, porque desde antiguo habían desafiado los casamientos mutuos entre ellos. Y si los ingleses hubiesen de veras tenido en cuenta su propia seguridad y el bien de la colonia, habrían intentado civilizar o convertir a estos gentiles, y habríanse inclinado a abrazar esta prudente alianza. (66)

(66) Dividing Line (Cf. Worman Foerster, American Poetry and Prose, Houghton Mifflin Company, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1947, p. 82 (fragmentos)).

En un estilo bocacciano indenfundible prosigue Byrd indicando que las indias eran muy altas, lo que compensaba la obscuridad de la piel; por esto el mejor método para convertir a los indios le parecía que era, y no se equivocaba, el amoroso. Un hombre enamorado valía por todo los misisneros que se les pudieran enviar a los indios. Las indias eran talludas, ⁶⁷ no

(67) Ibidem.

renas, bien formadas, trabajadoras, sufridas como bestias de carga; Brereton las encontraba "muy bien favorecidas"; el caballero John Josselyn ha-

(68) Hare, Loc. cit., 48.

llaba que "muchas de ellas tenían muy buenas facciones", y William Wood las

⁶⁹
(69) Ibidem.

en todos los aspectos muy por encima de sus maridos: "más afectuosas, más dignas de lástima, más modestas, dulces y precavidas y trabajadoras que sus perezosos maridos". Un siglo antes Raleigh había encontrado asimismo

(70) Idem.

que las indias de Guiana y Manoa eran más atractivas y tan saludables y

bien conformadas que le parecieron apropiadas para regenerar la sangre inglesa de la aristocracia decadente de su tiempo. Las indias poseían, pues, suficientes atractivos físicos para enamorar a los ingleses; pero el pudor puritano y la hipocresía religiosa ignoraban a posta los dictados del corazón o los encandilamientos sexuales, y levantaban una muralla de prejuicios difíciles de vencer. El horror al súcubo fué antes que nada el temor de trasgredir el precepto mosaico que prohibía el cruzamiento del pueblo de Dios con los de Satanás; herencia hebrea que pasó íntegramente al calvinismo y de él a todas las sectas separatistas o puritanas. El proceso de mestizaje no pudo ser ni siquiera iniciado y no por orgullo de casta británico, como apunta Morison ⁷¹, sino por temor a errar en el único y verdadero

(71) Op. cit., 296.

camino de la vocación particular; mas aun, una montaña de obstáculos morales insalvables impedía las relaciones entre blancos e indios, toda la Nueva Inglaterra hervía llena de tétricos y miserables doctorillos Chillingworths.

La mezcla de las dos razas hubiera traído consigo unas relaciones más amigables entre blancos e indios, tal vez una mayor riqueza espiritual y somática, y posiblemente un tipo humano nuevo y quizás superior; pero resultó más horriblemente grato verter la sangre que hacerla fructificar. -- Byrd afirmaba que los ingleses podrían haberse ahorrado mucha sangre indígena recurriendo al matrimonio con doncellas indígenas, además de que por tal medio hubieran tenido más facilidades para apropiarse lotes de tierra. En cuanto a la color, añade Byrd, no tendrían porqué haberse preocupado mucho, en dos generaciones los descendientes de inglés e india hubieran sido blancos.

Además los pobres indios hubieran tenido menos motivos y razones de que quejarse de que los ingleses les arrebataban sus tierras, si éstos las hubieran recibido por vía de dote o participación con sus hijas. Si tales afinidades hubiesen sido al comienzo contrahidas, cuánto sangre se hubiese ahorrado, y cuán populosa sería la comarca y consecuentemente cuán importante. Ni hoy día significaría la obscuridad de la piel ningún motivo de oprobio, porque si un negro puede lavarse y hacerse blanco en tres genera-

ciones, sin duda un indio lograría blanquearse en dos. (72)

(72) Byrd, Op. cit., 82.

Byrd no veía más que un solo camino de salvación para aquellos indios infelices, el casamiento: "Si los ingleses lo hubieran hecho así cuando fundaron los primeros establecimientos coloniales, la infidelidad de los indios se hubiera roto y acabado junto con su tez morena, y el país bulliría hoy con gente bastante más que lo hace con insectos". Sin duda era de-

(73) Ibidem.

masiada la novedad para el temperamento anglocolonial, y ello explica que el Diario del desahogado coronel así como la Historia de la Línea Divisoria no se publicaran sino hasta hace relativamente poco tiempo, especialmente el confidencial y punzante diario.

Ahora bien esta evangelización ayudada por el método conubial exigía previamente el reconocimiento de ^{las} ~~del~~ características humanas en el indio: simiente de Adán; pero ante todo también la proclamación de la igualdad de todos los hombres en el plano predestinatorio trascendental; una cosa que no estaban dispuestos a compartir los puritanos. Invariablemente las indias que les eran entregadas como regalo a los puritanos eran devueltas a sus parientes, y los indios se extrañaban del hecho de que las regresaban tan puras como cuando fueron donadas. El entibiamiento del rigo sacramental del bautismo no bastó para hacer de una salvaje una cristiana; contrariamente, como es sabido, a lo que pensaban los españoles y franceses para quienes el sacramento y unos ligerísimos ~~temas~~ rudimentos de la doctrina eran más que suficientes para otorgar la gracia santificante y con ella la igualdad trascendental y natural que posibilitaban las relaciones amorosas entre las dos razas y eliminaba los temores al gúcido y al incubo con aquellos los de condenarse para siempre.

Habiendo fallado el sistema evangelizador puritano se pensó en

1710 renovarlo; y como se creía que la pifia había estado en los instrumentos utilizados se urdió un nuevo plan que alampaba por la anglicización total de las tribus indígenas hasta conseguir una "English Generation"; es -
74

(74) El nuevo plan se intituló así: "El intento de proseguir el divino trabajo emprendido por Eliot y el propósito opuesto de anglicizar a los indios con toda rapidez con el objeto de salvarlos como cristianos y como súbditos británicos" (Copiado por Samuel Sewall, Amud E.D. Hanscom. Op. cit., p. 130-131).

decir una generación de habla y costumbres inglesas. Había que desechar el viejo ideal de Eliot y enseñar ahora a los indios en inglés; porque la rudeza de la lengua nativa y los cambios semánticos constantes dificultaban no solamente las traducciones, mas cualquier intento serio de intercomunicación entre ambos pueblos.

La lengua inglesa les proporcionaría una llave para todos nuestros tesoros y los haría dueños de una especie de biblioteca bien distinta, por cierto, a cualquiera que jamás fuere vista en su bárbara lengua. Y aquellos que entre ellos pudan hablar en inglés se encontrarán acomodados para la conversación y comunicación de conocimientos en mayor escala que los tuvieron antes. (75)

(76) Amud "Un completo plan de educación y evangelización propuesto por el reverendo Jonathan Edwards para reintegración de los indios occidentales en cuyo plan se anticipan muchos de los recursos y sistemas empleados en los cientos años" (Cit. E.D. Hanscom, Op. cit., p. 133).

Parece ser que a Cotton y a Bronfield, autores del nuevo proyecto, les hicieron caso, y pronto hubo en cada tribu un maestro inglés intentando enseñar a chicos y grandes, sobre todo a los primeros, el inglés. Por las casa de la gente acomodada de la Nueva Inglaterra se repartieron niños que en calidad de sirvientes aprendían el inglés. Hacia 1751 los adelantos eran escasos y lentísimos aun, y se hacía sentir cada vez más la fuerza de la catequización que los jesuitas iban realizando, a la par que aumentaba el temor entre los colonos novoingleses a que se perdieran las tribus indias amigas: "Ellos los indios nos hablan con mansas palabras...per-

76

sus corazones están con los franceses". Efectivamente estaban con los fran-

(76) Ibidem, 131.

ceses, porque estos hablaban un lenguaje espiritual que los indios podían captar; un lenguaje que, a diferencia del que hablaban los novoiñgleses, no se limitaba a promesas incumplidas o a acuerdos violados: "Lo que yo prometo", decía un sagamore a Mayhew, "o lo que yo hablo siempre es verdad; pero vosotros los ingleses, vuestros gobernadores, lo que prometen o hablan nunca es verdad; porque vosotros no podéis hacer que vuestras palabras e intenciones lo sean; sin embargo las mías siempre son verdaderas; porque yo hago que lo sean". Las promesas de la Iglesia puritana tampoco podían cum

(77) Cf. Magnalia, II (Lib. VI), p. 425.

plirse porque carecían de imperium, y sin él era difícil contener o limar al ambicioso colono dispuesto siempre a no respetar lo pactado si ello con venía a sus intereses. Una economía como la novoiñglesa regida por el interés y egoísmo humanos y no sofrenada por ninguna rienda espiritual actual te no podía dar sino protervos frutos en el trato con los indios. El cora zón de los indios se iba, pues, tras los padres franceses, que interpuestos entre el indígena y el colono francés -y las más de las veces hasta opues to a éste- amortiguaba el impacto. Pero esto sacaba de sus casillas a los colonos puritanos porque tras de los padres se iban también las ganancias obtenidas en el lucrativo comercio de pieles de marta y de castor y en los contratos leoninos de compra de tierras a los indios; cosas que, fran camente, los colonos ingleses no estaban dispuestos a dejarse arrebatar.

El problema era, por consiguiente, de competencia económica y es piritual, y comprendiéndolo así el Reverendo Edward propuso un nuevo méto do de evangelización cuya única novedad, añadamos de paso, fué el no tener ninguna con respecto a los planes anteriores. La misma recomendación de que a los niños indígenas se les colocara como sirvientes entre las familias honorables y de que asistiesen a la escuela junto con los niños blancos pa

ra aprender a hablar, a leer y a escribir como éstos. Encarecía además la necesidad de renovar el mobiliario escolar, los edificios escolares y el dormitorio y los internados anexos; en suma más énfasis sobre lo administrativo que sobre lo metodológico. Edward planteaba asimismo la necesidad de aumentar el número de maestros a dos por escuela, y la de preparar a tres indios de los más aventajados para el sagrado oficio de predicadores.

(78) Hanscom, Op. cit., 131.

Más los planes del Reverendo tuvieron el mismo fin que los otros puesto que el yerro no estaba tanto en los hombres sino en el espíritu de la religión calvinista que a pesar de la inyección arminiana no podía sobreponerse al tremebundo y desconsolador sentido otorgado a la predestinación. Los franceses no tenían, no podían tener por eso competidores en su apostolado y programa evangelizador; y sólo el desenlace aciago para ellos y sus aliados de la guerra de Siete Años en su versión y escenario americanos -"French and Indian War", según los textos estadounidenses (1755)- permitió el triunfo de los colonos de la Nueva Inglaterra que por esta guerra, que les fué favorable, frustraron, como ya en páginas atrás insinuamos, la creación de un gran país mestizo (francoindio); los vencedores al acabar con el proceso de mestizaje sellaron para siempre el triste destino de la raza indígena.

(79) Relatar las burlas, engaños, incumplimientos, violaciones guerras y mil entuertos más, sufridos por los indios de Norteamérica de parte de los colonos ingleses para obligarles a malbaratar sus tierras sería no solamente prolijo sino horroroso; sería también agotar todos los ejemplos que la maldad humana más encarrujada y cruel haya podido discurrir para daño de la especie; el más trapisondista y cínico tibur tendría con ellos mucho que aprender en cuestión de malas mañas y fechorías.

En 1763 los indios canadienses, que habían perdido el apoyo de los franceses y que iban siendo lentamente despojados por los victoriosos ingleses organizaron una gran conspitaación entre todas las tribus para ex-

pulsar a los intrusos. El gran guerrero Pontiac fué el alma de la resistencia y por sus dotes geniales de organizador logró confederar a los hurones, a los wyandotes y algonquinos dispersos. No lejos de Detroit, a la orilla del río Ecorces sostuvieron los guerreros su gran consejo de guerra. Tras haber sido suada la cachimba tradicional se levantó Pontiac y con voz firme y pausada expuso ante los indios los agravios que les infligían los ingleses. Su discurso es también una prueba palpable de cuán hondamente -- había penetrado la influencia paternalista francesa en el afecto de aquellos salvajes:

Mirando en torno sobre sus salvajes oyentes --nos describe Parkman comenzó el guerrero a hablar con fiero gesto y con voz alta y apasionada; y a cada pausa se respondían sus palabras con profundas y guturales jaculatorias de asentimiento y aprobación. El prorrumpió en invectivas contra la arrogancia, la rapacidad e injusticia de los ingleses, poniéndolos en contumacia con los franceses a quienes habían aquellos expulsado del país. Declaró que el comandante británico le había tratado con desduido y desprecio; que los soldados de la guarnición habían abusado de las indias; y que uno de ellos había golpeado a uno de sus propios acompañantes. Presentó el peligro que sobrevendría por la supremacía inglesa. Estos habían expulsado a los franceses, y ahora sólo aguardaban un pretexto para volverse contra los indios y destruirlos. Entonces, teniendo en alto un ancho coñidor de wampum, dijo al consejo que él lo había recibido de su gran padre el Rey de Francia como señal de que había oído la voz de sus rojos hijos; que su sueño había ya acabado; y que sus grandes canoas de guerra pronto navegarían río San Lorenzo arriba para ganar de nuevo el Canadá y tomar venganza de sus enemigos. Los indios y sus hermanos los franceses una vez más codo con codo como lo habían hecho siempre; ellos derrotarían a los ingleses lo mismo que los habían puesto en fuga había ya muchas lunas cuando sus grandes ejércitos marchaban abajo el Monongahela, y como cuando ellos habían tirado en emboscadas contra los ingleses al igual que sobre una bayada de palomas en el bosque. (80)

(80) Vide Francis Parkman, The Conspiracy of Pontiac and the Indian War after the Conquest of Canada, Little Brown and Company, Boston, 1935 (Edición centenario), vol. 1, p. 410.

Los indios fueron completamente derrotados después de una lucha tenaz y sangrienta; pero para darse cuenta uno del afecto que sentían por los franceses, que esta vez no les pudieron ayudar contra los ingleses, -- debemos recordar las palabras que un cacique de los chippewas, que por una época ya tan alejada de la guerra como lo es el año de 1829 se lamentaba -- aún de la derrota gala y de que sus antiguos maestros hubieran sido cambiados por ingleses y poco después por norteamericanos: "Ellos [los franceses]

vinieron y nos besaron", decía el cacique, nos llamaron hijos y nosotros los estimamos como padres. Vivíamos como hermanos en la misma vivienda, y siempre taníamos con qué abrigar nuestros cuerpos. Nunca se mofaron de nuestras ceremonias y jamás turbaron el lugar de nuestros muertos. Siete generaciones han pasado y nosotros no los hemos aún olvidado. Cerca, ⁸¹ muy cerca estaban de nosotros". Muy al contrario de lo que había opinado Fran-

(81) Cit. James Truslow Adams, The Epic of America, Little Brown and Company, Boston, 1931, p. 32.

ois Parkman, la influencia francesa, o para ser más justos, la influencia -
jesuita no había sido sembrada en una roca; al menos las conmovedoras pala-
bras del cacique constituían una prueba de que las tempranas semillas toda-
vía se hallaban en terreno abonable.

(82) Op. cit., 215.

15. ¿Crueldad anglosajona?

Habíamos dicho (supra,) que es un lugar común aquel que se hace eco de la pretendida crueldad anglosajona para con los indios; pero ha llegado el momento de poner en claro en qué consiste ese lugar común con el cual vamos a absolver a la colonización anglosajona de América. Se ha expresado hasta la saciedad que dos fueron las causas que originaron la desapaición de los pieles rojas: una, la incapacidad de éstos, como cazadores-recolectores que eran, para adaptarse a las nuevas condiciones de vida material y espiritual que su conversión implicaba; otra, la incomprensión y maldad anglosajonas para con el indio ora por incompatibilidad de ambos, quier por innata y cruel barbarie inglesa. Empero las tribus algonquinas no estaban ni con mucho en pleno salvajismo, sino que más bien se encontraban en el momento que llegaron los ingleses en la atapa media de la barbarie, retrazada como opina Engels, que sigue en esto a Morgan, para los aborígenes

de Norteamérica; en suma de las crónicas inglesas de la época y de las historias sobre los indios, por ejemplo la de Daniel Gookin, la del Dr. Cadwallader Golden, y la de John Lawson, puede deducirse que el estado cultu-

(83) Perseguido por Berkeley, Gobernador de Virginia, este puritano se refugió en la Nueva Inglaterra. Fue representante de los indios y mostró por ellos gran interés y sentimientos humanitarios. Escribió dos libros - sobre ellos: Historical Collection of the Indians in New England (1674) que no se publicó sino hasta 1792; y The Doings and Sufferings of the Christian Indians (1677), publicado en 1836 (Cit. G. Parker Winship, Op. cit., p. 28).

ral de los indios de la Nueva Inglaterra o, para ser más explícitos, de los algonquinos, hurones e iroqueses era parecida al que habían alcanzado los grupos indígenas del Noroeste de México que en gran parte fueron evangelizados por jesuitas y franciscanos. Los indios de Martha's Vineyard, por ejemplo, eran bastante sedentarios; más que depender económicamente de la casa, pesca y recolección vivían del cultivo del suelo (maíz). En general siempre se ha exagerado el carácter nómada de los pieles rojas. Según Wood el piel roja podía estar las veinticuatro horas del día entregado a los juegos de azar sin cansarse y sin chistar ya ganase o perdiese; también podía gastar su tiempo persiguiendo incansablemente el rastro de un animal; empero estar más de seis horas entregado a un trabajo tan rudo, rutinario y, sobre todo, esclavizante, como el de cavar la tierra era para él excesivo y no solamente signado más allá de sus posibilidades físicas, sino, y esto es mucho más importante de sus posibilidades psíquicas. Con todo no fué su incapacidad física la que le acarreó la destrucción, mas su impotencia para adaptarse al nuevo orden espiritual, social, político y económico exigido por los ingleses. Pero esta inhabilidad de adaptación era recíproca, queremos decir que gran parte del desconcierto y error de la pedagogía puritana evangelizadora se debió a los propios mentores. Mirando superficialmente las cosas y sólo atendiendo al eco sentimental que despiertan las palabras, las siguientes de Cotton Mather resultan, sin disputa, monstruosamente tanto más cuanto que es un clérigo el que las escribe:

El glorioso Señor Jesucristo, al que ellos los narragansettes habían desairado, estaba con nuestro ejército, y el día fué maravillosamente ganado contra los curtidos infieles. Su ciudad quedó reducida a cenizas. Veintede sus capitanes aproximadamente fueron muertos; una desolación proporcional extirpó a los salvajes de categoría inferior; una enfermedad mortal y una horrible hambre persiguieron a los restantes de tal modo que podemos decir que ninguno de ellos quedó vivo sobre la faz de la tierra. Tal fué la rápida venganza, ¡oh Jesús bendito! tomada contra aquellos paganos que no querían conocerte ni invocar tu nombre! (84)

(84) Cf. Magnalia, II, 390.

Pero si nos esforzamos por ver estas palabras sub specie theologiae, de la puritana por supuesto y, sobre todo, con los ojos históricos de su tiempo, la monstruosidad se aminora bastante. 85 Que en nombre del dul

(85) Seamos justos añadiendo que este rasgo no fué tampoco exclusivo de los clérigos protestantes, pues aunque parece raro aparecen también en los misioneros jesuitas, especialmente en el siglo XVIII. El padre Eusebio Francisco Kino (Kühn) en su obra "Favores Celestiales de Jesús y de María Santísima y del Glorioso Apóstol de las Indias, Francisco Javier", escribe lo siguiente: "Hallamos a los hijos Pimas de Quiburí muy joviales y muy amigables y que estaban bailando las cavelleras y los despojos de 15 enemigos - Hocomes y Janos que pocos días antes habían matado, cosa que nos fue de tanto conzuelo, que el Sr. Capitán Christobal Martín Bernal, y el Sr. Alférez y el Sr. Sargento y otros muchos entraron en la rueda y bailaron gustosos en compañía de los naturales" (Cit. Mendizábal, "La Evolución...", Op. cit. p. 124). También podríamos citar otros ejemplos a que recurre el candoroso Amigo de Bien Común autor del "Rudo Ensayo de la Provincia de Sonora" (Op. cit.), pero creemos que con el anterior basta.

ce Rabí de Galilea se desate la destrucción y se justifique la venganza -- parece inhumano, más aun anticristiano; pero para comprender la actitud de Mather y su iracundia adjetival no hay que perder de vista el carácter satánico que se le había otorgado al indio como correspondía a un hombre - esclavo del Demonio por la propia voluntad divina. No hubo, pues, esa crueldad inglesa que la antileyenda negra se esfuerza en poner de manifiesto, ni tampoco existió ese neandierismo absoluto, entre los indios, del que nos quieren convencer. Si la Iglesia puritana hubiera tenido otros ojos y otros hubieran sido sus métodos no cabe duda que hubieran realizado con aquellos semi salvajes hazañas apóstólicas tan humanas y brillantes, pongamos por caso,

como las llevadas a cabo por los franciscanos, con fray Junípero Serra a la cabeza, en California. Fué la Iglesia española, y no nos duelen prendas el así reconocerlo, la que logró salvar al indio de la destrucción total. Con frecuencia se afirma que fué la riqueza potencial del indígena ^{mesoame-} ~~americano~~ ~~americano~~, su capacidad de trabajo y sus hábitos agrícolas los que preservaron a los indios; porque el español conquistador o colono, como sucedió en efecto, se dió maña para que la riqueza producida por los nativos, que antes se vertían en las manos del grupo chichimeca-pame dominante, la superestructura mexicana, se desviara después de la conquista hacia las suyas. Ahora bien lo que a sabiendas se ignora es que sin el freno moral y material de la Iglesia el español aventurero, con toda y su exaltada y sincera catolicidad, hubiera destruido a los indios, como los destruyó en las Antillas, persiguiendo beneficios rápidos y exhaustivos. El indio, pese a toda su innegable habilidad manual e intelectual hubiera desaparecido abrumado por trabajos excesivos e inhumanos, pues su capacidad de resistencia física a pesar de ser mucha no estaba dispuesta ni material ni psíquicamente para poder competir con la del siervo de gleba europeo o con la del negro. Si el trabajo de un esclavo africano valía por el de tres o cinco indios, es claro que hubiera sido más económicamente beneficioso traer negros -como pronto se hizo- que esquilmar a los nativos. El trabajo en las minas ^(en) y las plantaciones en las regiones tropicales bajas junto con las enfermedades nuevas aportadas por los europeos los habrían pronto acabado, y creyéndolo así fué por lo que las Casas aconsejó que se trajeran negros, gente más habituada a trabajos duros y más adaptada a los climas insalubres; un pecado del que después se arrepentiría naturalmente el fogoso clérigo y que esperaba se le excusase en el juicio divino. ^{86. Lo que importa subrayar es que por dondequiera se} Lo que importa subrayar es que por dondequiera se

(86) Historia, Op. cit., II, Cap. CXXIX, 275.

atacase el problema todo conspiraba contra los indios.

En la Nueva Inglaterra ni el hábito seminomádico de los pieles rojas ni la crueldad anglosajona fueron los causantes de la destrucción de los indígenas; en la Nueva España no fué a su vez la capacidad productiva del indio, con todo y que la tuvo grande la que lo preservó de la destrucción, sino la noble acción interesadora y redentora de la Iglesia que desde el primer momento se interpuso entre el vencedor y los vencidos.

(87) Sólo ignorándolo es posible escribir cosas como estas: "Sin embargo aunque parezca extraño (subrayado nuestro), los españoles a despecho de todas sus crueldades y deseo de oro no erradicaron a la población nativa tan completamente como lo hicieron los anglosajones" (Vide Paul Radin, The Story of the American Indian, Garden City Publishing Inc., New York, 1927, p. 364). Expresión demostrativa de la ignorancia teológica propia con que se abarda el problema, porque la crueldad no es una causa sino una consecuencia, so pena de negar la formación espiritual protestante que sin duda posee el autor aunque tal vez no sea consciente de ella.

La Iglesia puritana aspiró también a realizar algo parecido y sus intentos fueron asimismo caritativos; pero no contó, como la católica española, ni con el apoyo real ni con la autoridad curialesca suficiente para poder hacerlo. La teocracia fué, ante todo, un régimen espiritual de comerciantes e industriales interesados en las virtudes económico-morales; todo lo que se opusiera a la consecución de las ganancias legítimas era desechado como contrario a Dios y a los hombres, pues sólo en el éxito mundanal, como es bien sabido, demostrativo del acierto vocacional y de la autenticidad del ascetismo intramundano, se aseguraba la elección. La protección a ultranza del indio, como lo hizo el católico, resultaba antieconómica, y los puritanos podrían tener todos los defectos habidos y por haber menos uno, el despilfarro. La Iglesia puritana podría, pues, haber realizado algo parecido, y este fué, seamos justos, su intento generoso si hubiera podido; mas no pudo hacerlo y no por causa del estado cultural en que vivía el pieles rojas -recuérdese lo que hizo el Apóstol de California con indios de un nivel cultural parecido al alcanzado por el algonquino o el iroqués- sino más bien por razones de profundidad teológica.

Otra causa habría que añadir a las ya conocidas y que nos expli-

carían el porqué del fracaso del método evangelizador puritano así como la razón del ségo incompasivo o indiferente que se le ~~da~~ al sujeto receptor de aquél. El puritano, contrariamente a los que se podía esperar de él utilizó un método apostólico antitradicional, antievangélico; desechando la tradición primitiva de la Iglesia, es decir el sistema de evangelización utilizado por los primeros apóstoles Pedro y Pablo, creó o recreó con inspiración lascarasiana su propio sistema individual que, en contraposición con el franciscano, vamos a denominar lento; es a saber un método más empeñado en convertir y conducir a los indios que en salvar sus almas; cosa que no debe extrañarnos puesto que lo que se propone siempre el puritano fué poner -como ya sabemos- al hombre en vía de salvación, porque la felicidad eterna, la elección de la gracia, la selección predestinatoria competían única y exclusivamente a Dios. El catolicismo como estaba empeñado primordialmente en salvar las almas tuvo que utilizar el método primitivo, el rápido empleado por los primeros apóstoles. Lo que interesaba primero -

(88) Vide R.P. Arando van der Mens Broughe, Método Misional Histórico To. I de la Bibliotheca Hispania Missionum, Barcelona, 1930.

En su evangelización en el siglo XVIII por el Noroeste de México los jesuitas adoptaron el método a la circunstancia dispersiva, ácrata y seminomádica del indio, y utilizaron el sistema individual aunque a diferencia del puritano era coactivo y centralizador en misiones. Salvo por lo que se refiere al aspecto espiritual y otros de tipo administrativo el Gobierno de los Estados Unidos tuvo al fin que desecher el ideal contractual y ciudadano de Eliot y adoptar la solución jesuita para constituir las famosas reservaciones.

era bautizar a cientos, a millares de indios, a millones, que después vendría, como vino en efecto, la selección de los mejores cristianos para formar con ellos la Iglesia Indiana (monacal) que algunos evangelistas del siglo XVI señalaron. En el fondo la divergencia de métodos está ya en la raíz diferenciadora de las dos teologías: la calvinista y la católica. Los puritanos de la Nueva Inglaterra emplearon el método lento individual, para ellos el único seguro y garantible, y la inspiración les vino, a parte de las lecturas lascarasianas directas o filtradas, de lo que vieron hacer a los calvinistas holandeses en Java y Formosa. Añadamos por prueba de la bondad del

sistema calvinista que hoy hay tantos puritanos javaneses y formosanos como pieles rojas protestantes en Norteamérica.

LA desaparición de los pieles rojas no fué por consiguiente causada por la perversidad de los hombres, tampoco por la tibieza misonera no veinglesa. No hubo una predisposición inglesa ingénita contra los indios, si no más bien, permítasenos repetirlo una vez más, una actitud espiritual típica frente al problema del hombre y, por añadidura frente al problema del indio. El concepto sobre éste llegó a ser tan radicalmente taxativo que que el más avisado podía quedar cogido entre las despiadadas pinzas de la corrupción natural y la predestinación. Si la igualdad por virtud de la dicha predestinación ^{es} es decir si se revelaba o no Dios a través del doble "calling" en el alma del hombre, programa íntegro de individual de existencia- era uno hecho entre los ingleses puritanos, ¿cómo no lo iba a ser también entre los indios para con los cuales Dios parecía siempre mostrar tan poca simpatía? Como John Endicott dijera a dos candidatos públicos, Samuel Skelton y Francis Higginson, en 1629 en Boston, el "calling" interno era - aquel que Dios ponía en el corazón del hombre moviéndolo a tomar su vocación; el externo era simismo el que impulsaba al creyente a pectar socialmente con el prójimo. En el indio, ya fuera visto individual o colectivamente, fallaban ambas vocaciones lamentablemente. El indio estaba como sordo y ciego a todo llamado intramundano y trascendental; pero la culpa no era suya, sino del mismísimo Dios. Si bien resultaba verdad que había muy pocos elegidos entre los ingleses, entre los indios la cosa era peor y más trágica, porque ni tan siquiera había uno. El ideal de la sociedad moral salvadora no podía, por lo mismo, realizarse.

Jamás en toda la historia de Occidente hubo un caso tan desesperado como el de aquellos infelicitísimos pieles rojas abandonados al terrible decreto predestinatorio que los convertía en poco menos que animales dafinos. Nunca con más glacial indiferencia han obrado los principios teológicos puritanos que como en el trato con los indios. Al amparo de los funda-

mentos religiosos se realizó la casi total destrucción de una raza y de una incipiente civilización. Mil años de civilización y cultura occidentales no pueden compensarnos de la falta de este núcleo de seres desaparecidos; y el hombre americano (norteamericano) como ellos mismos gustan apedillarse tal vez en un intento compensatorio -expresión también de un subconsciente colectivo que se ve y se siente arraizado- llegará un día en que perciba, si no es que lo percibe ya ⁸⁹, la nostalgia de observarse incompleto y extraño.

(89) Síntomas de eso ya encontramos en Ernest S. Bates, Op. cit., p. 109 (Vide supra, 151, Not. 85).

a sí mismo, forastero, ajeno a su ~~substantia~~ circunstancia y mundo en torno; o dicho sea brevemente, telúricamente desarraigado. Y no sirven las arqueologías ni antropologías reemplazadoras como substitutos, el humos espi
ritual humano vale por todos los museos y catálogos ⁹⁰.

(90) Hay sin embargo quien se resigna con su suerte jugando sin duda - desde un punto de vista estrictamente egoísta; por ejemplo J.P. Kinney, descendiente de pieles rojas y blancos, es decir un mestizo norteamericano, para el cual el continente que perdieron los progenitores cobrizos lo ganaron los rostros pálidos, beneficiándose las dos ramas en el forzado intercambio (Vide A Continent Lost a Civilization Won, Indian Land Tenure in America, The John Hopkins Press, Baltimore, 1937.

La influencia norteamericana ~~sobre~~ ~~sería~~ el continente sería pueril considerarla únicamente como resultado del imperialismo económico, que efectivamente existe y añadido al cultural, que siempre le sigue tal como la sombra al cuerpo; porque si bien se mira dicha influencia es también expresión de insuficiencia, de carencia de auténtica americanidad, lo que explica su aproximación continentales. Norteamérica se da ya cuenta de que para llegar a ser plena, vitalmente, necesita saturarse de pasado, revivir lo; mas de un pasado que no sea simple trasplante. ¿No será esta afición desmedida y de calidad que experimenta el norteamericano de cierta talla intelectual por las cosas de Hispanoamérica -reencuentro con lo tradicional indígena (Oriente) e hispánico (Occidente)- algo más que mera curiosidad.

(91) Recuérdese el título de la obra ya famosa de Northrop: "El Encuentro de Oriente y Occidente".

y posibilidad de ocio ético gracias al espléndido desarrollo económico? No será más bien la expresión de una necesidad urgentísima de amestización cultural o de transculturación? No obedecerá la doble corriente transcultural entre ambas Américas al hecho de sentirse una de ellas inauténtica, Anglosamérica?

92

(92) Northrop recurre al catalizador étnico -el indio americano- para justificar lo que él denomina "cultura panamericana". El inglés americanizado de los norteamericanos le parece que delata una espiritual influencia indígena (Vide Los Factores en la Cultura Panamericana, Suplemento Literario de Novedades, Núm. 83 (3-IX-1950)).

Por cierto que esta influencia piel roja en Norteamérica ya la había observado y hecho motivo de especulación Hermann Keyserling en su Europa. Análisis Espectral de un Continente.

Al parecer bien lejos nos ha llevado el estudio de la crueldad anglosajona para con los indios de Norteamérica; pero qué otro sentido podríamos hallar a todo lo que hemos escrito hasta ahora, salvo el que nos impulsa a poner en claro aspectos pocos conocidos o muy turbios de las relaciones interamericanas? Solamente el conocimiento mutuo y la claridad necesarias nos conducirán, estamos seguros, a una verdadera y limpia comprensión entre las dos Américas.

CONCLUSIÓN

Tomemos por un momento la vista atrás para abarcar en una visión de conjunto la ruta hasta ahora seguida. Lo que vemos constituye el paisaje extraño y rico del apostolado novoinglés y anglosajón en el Nuevo Mundo; paisaje desconocido que a lo largo de nuestro camino se nos ha ido revelando con los tonos más insospechados y atractivos.

La Primera Parte constituye una exploración previa de nuestro viaje. Asistimos a la pugna económico-espiritual entre las naciones europeas por el monopolio mercantil de las tierras americanas recién descubiertas. El conflicto principal durante el siglo XVI estalla entre Inglaterra y España por las posesiones coloniales y por el dominio de las flamantes rutas económicas. Inglaterra apresurábase a justificar posiciones y a dar razones de sus legítimas ansias u ambiciones transmarinas; justificaciones y razones que repiten los mismo argumentos que las otras naciones emplean para asegurar sus derechos de posesión y exclusividad. Pero a la arribada un tanto tardía de Inglaterra a la hora del reparto produce en ella un resentimiento natural que teniendo por fondo, a espiritualidad protestante -predestinación, desconocimiento del libre albedrío, vocación ("calling") y ascetismo intramundano- dará a la larga en una rivalidad encarnada contra la colonización y evangelización católicas y contra la esencia típica hispánica, que será expresada en una doctrina que en el siglo XIX recibirá su consagración apelativa: Destino Manifiesto. Las críticas inglesas del siglo XVI contra el sistema evangelizador de los españoles constituirán la base de aquella doctrina y justificarán la legalidad y autenticidad cristianas del método evangélico inglés de salvación de los indios. Así pues el estudio substancial aunque somero de la rivalidad espiritual y económica hispanoinglesa durante la centuria décimo sexta constituyen la necesaria base conceptual sobre la cual montar la parte siguiente.

La Segunda Parte es cuantitativa y cualitativamente la más importante. Con ella intentamos demostrar fundamentalmente una cosa: como partiendo las empresas europeas coloniales de premisas casi idénticas - el fondo cristiano fundamenta las ^{similitudes} ~~diferencias~~ por encima de las diferencias doctrinales, sociales, políticas y económicas derivadas de la Reforma - los resultados que se obtienen serán distintos no sólo por la vertiente secular, sino también por la espiritual. Embarcados especialmente en la segunda tarea estudiamos la evangelización puritana desde su bajamar teológica, lo cual nos arroja estupendos resultados: se demuestra, - sin que haya lugar a dudas, la existencia de un vasto y entusiasta esfuerzo misionero entre los santos y puritanos novocinglenses desde los siglos XVII al XIX inclusive, que puede ser comparado, si no se juzga previamente por los resultados, a la conquista espiritual de América realizada por los misioneros españoles; se demuestra asimismo que el fracaso misionero inglés no se debió a la dureza de corazón, a la indiferencia o a la falta de entusiasmo, mas a la elaboración teológica puritana de un concepto sobre el hombre y por extensión del hombre indio. La destrucción de los indígenas fué un resultado lógico al ponerse en juego los principios espirituales calvinistas frente a un hombre indio diabólico incapaz de adaptarse al triple pacto salvador que le brindaban sus maestros, o sordo y ciego por expresa e incomprensible voluntad divina a toda insuflación vocacional. Conviene insistir por última vez que el estudio comparativo iniciado entre ambas formas de evangelización, la protestante y la católica, es meramente auxiliar e ilustrativo, y no un análisis a fondo de sus puntos de contacto y de divergencia. Ahora bien la inspiración lascasiana que hemos ido subrayando en el método misionero puritano no es tan importante que, aunque en forma fragmentaria, hemos llamado la atención del lector sobre el indudable contacto. No cabe duda que el método propuesto por Las Casas, que tanto difería del franciscano primitivo, se acomodó muy bien, y no creemos que por puritimo azar a la con-

ciencia puritana para dar forma a su sistema de apostolado. Si la inspiración fué liberada no lo podemos por ahora plenamente demostrar, lo único que nos parece patente es que existió tal inspiración lascasasiana coincidência demasiado sospechosa para ser fortuita. En la corriente española de la explotación colonial ~~asimiladora~~ y asimismo en la tendencia evangelizadora ya no nos cabe hoy la menor duda que Las Casas dentro de ellas representó una novedad, una voz que resultaba insólita, desaforada, incomprensible, fuera de tono y casi, casi heterodoxa.

I

Al igual que otros países europeos discurrió Inglaterra justificaciones fundadas en razones inmanentes y pruebas históricas para demostrar sus derechos a América. Los ingleses representativos sienten la insularidad de su nación providencialmente y la cantan con exultante tono laudatorio. Dicha insularidad, antes un obstáculo, representa ahora tras el Descubrimiento y vencimiento oceánicos una ventaja; la envidia medioeval inglesa se termina, pero percibe Inglaterra en cambio la de los demás clavadas sobre tan venturosa tierra. Se agudizan, pues, las diferencias caracterológicas entre los principales pueblos europeos de entonces -comienzos de la Edad Moderna- y cada grupo nacional reclama con razones propias, pero en el fondo semejantes las tierras americanas desequilibradoras del tradicional cosmorama.

La espiritualidad distintiva impide a Inglaterra recurrir a la potestad del Santo Padre; pero entonces discurren los ingleses rivalizar con sus contrarios por medio de la moda imitatoria; con la regla de la emulación en la mano disputan a España la participación colonial y mercantil. El sistema, conviene aclarar, era universalmente practicado, mas los ingleses le conferían un grado especial emulatório.

Imitando la expansión colonial española se pretende desterrar parecidos vicios y males medioevales y también la salvación de los in-

dios es lo que se intenta. Emulando la obra española Inglaterra podía salir asimismo de su letargo medieval y ponerse a la altura de los gigantes mercantilistas. Los ingleses descubren, pues, el mar y en él encuentran el apropiado de su actividad vocacional e incorporan definitivamente el Océano, permitásenos expresarlo aunque con incongruencia filológica, al ocumene tradicional; buscando ventajas económicas el mar se convertirá en un bien; en cambio para españoles y portugueses inclusive, a pesar de sus óbitos descubridores y mercantilistas, el mar seguirá pesando su vieja y tradición latina, mediterránea y obstaculizadora, de indomable y leviatanesca "otredad".

La rivalidad colonial anglohispana y el natural resentimiento inglés por los éxitos españoles ponen los cimientos de la doctrina traymática del destino manifiesto. El siguiente fundamento pertenece a la misma solera aunque adopta un revestimiento espiritual: el derecho inglés a difundir el Evangelio entre los salvajes para liberarlos de su satanesco paganismo y libertarlos de toda contaminación católica y española. Se trata también, como en el caso español, de trocar materialidades de indígenas por espiritualidades inglesas, y la operación de trueque se siente urgida por la creencia ya desvitalizada de la "última edad del mundo" y por la manifiesta decisión divina de reservar terrícola y racialmente las posesiones americanas septentrionales para Inglaterra; exclusivo habitat anglosajón sobre el que habrá de rematarse el ciclo expansivo evangelizador de carácter protestante. Dicha región americana podía reclamarse a cuenta de los descubrimientos de los Cabotos; pero en mejor hacerlo con alegatos trascendentales mediante los cuales se demostraba que la providencia divina había delimitado dicha zona para su pueblo elegido; región suya privilegiada y perfectamente adecuada a la calidad moral y física de los ingleses. A estas razones se añadían otras: la tranquilidad de que gozaba Inglaterra a diferencia de sus vecinas (Francia y España) y el derecho de seguridad que imponía sobre los ingle

ses la necesidad de arrebatarse a España sus posesiones americanas ya reales o nominales -para hacer de Inglaterra una nación rica y poderosa- o por lo menos que les obligaba a obstaculizar el comercio español por medio de la piratería. Un argumento hay que añadir aún para completar la doctrina, la obligación en que se hallaban los indios de cultivar intensiva y extensivamente la tierra virgen americana se pena de quedar despojados de ella -como en efecto ~~se~~ quedaron- por no saber extraerle el debido rendimiento. Había que cumplir el mandato divino consistente en hechar la tierra de hombres y hacerla producir el máximo. El incumplimiento justificaría el despojo de los indios durante tres siglos, y en el XIX el realizado a costa de México.

De esta suerte la doctrina Destino Manifiesto aparece ante nos

(1) Hay quien asegura muy seriamente que esta frase llegó a convertirse en un reclamo en el año de 1846 durante el debate sobre los límites de Oregón, cuando Robert Winthrop, de Massachusetts se acordó de la alusión famosa de Francisco I, y manifestó en la "House of Representatives" lo siguiente: que él se uniría a los abogados del destino manifiesto para gobernar el Hemisferio Occidental el día que ellos le mostraran la cláusula de el testamento del Padre Adán, mediante la cual se les había hecho este legado. La frase subrayada corrió como "slogan" de moda, pero no tuvo su confirmación escrita populachera sino hasta que un periodista, John L.O Sullivan, en la edición de Julio-Agosto de la "Democratic Review" (1845) la consagró en un artículo relativo a Texas en el que defendía y justificaba en nombre de "our manifest destiny" la desmembración sufrida por México (Vide Julius Pratt, "The Original of 'Manifest - Destiny'", American Historical Review, XXXII (1927), pp. 795-798).

otros como la desaparición de un complejo tradicional; como la culminación de un largo proceso de resentimiento cuya raíz y razón hay que buscar en el mero meollo de la ruptura religiosa y política acotenciada en el siglo XVI; un lafquisimo capítulo del dilatado conflicto angloespañol.

II

Concentrados así los fundamentos de nuestra travesía primera, podemos ya abordar la Segunda Parte que, en definitiva, es la más esencial. Hemos presentado hasta ahora una especie de escenario histórico sobre el cual habrá de representarse inmediatamente el drama o auto sacra

mental -sin redención ni victoria final- de la evangelización puritana. Tuvimos por fuerza que partir de la situación económica y política con que el descubrimiento de América apresuró el doloroso desgarramiento europeo y en rápido resumen vimos como el conflicto colonial hispanoinglés se fué agudizando y dando paso a una doctrina históricamente paterne y compensatoria. Dicho esto podemos añadir que la historia de dicha doctrina pone en seguida al descubierto las relaciones y deudas anglosajonas de Norteamérica. La herencia estadounidense no es únicamente espiritual, sino también política y económica; y esto último no lo deducimos por el simple parangón físico, mas porque precisamente el fondo religioso y cultural -insistimos sobre todo en lo primero- de la Metrópoli y su colonia fué común.

Dicho lo que antecede podemos abordar ya la visión anglosajona de América. Para los ingleses lo mismo que para los españoles (siglo XVI) la primera visión de América es paradisiaca y potenciada; la nueva tierra es la mejor del mundo sin disputa. El indio que la habita es el hermoso y bien salvaje renacentista al que se dota con los mejores dones físicos y morales. Se hace la apología del indio empleando todos los procedimientos de expresión y representación. Aunque inocente el indio es civilizado; es decir ajeno al mundo de egoísmos y codicias de la Europa férrea. El cliché mental acude, pues, a la explicación clásica que embellece y poetiza la gentil apostura y bondad del piel roja; pero que lo desampara ante el galibo bíblico, predestinatorio, por el que habría de pasar y ser modificado para quedar situado en el panorama espiritual protestante. Los primeros ensayos de evangelización, verbigracia de la identificación humana de los indios, fueron llevados a cabo por simples colonos anglicanos; pero faltos éstos, naturalmente, de un auténtico espíritu evangélico pronto olvidaron la primordial misión, y en lugar de desbrar espiritualidades se dedicaron a explotar a los indios y exigirles temporalidades sin importarles nada la tarea adoctrinadora. Pero como -

el dios puritano era menos paciente que el católico pronto desató su cólera y los castigos divinos acabaron con la colonización anglicana del siglo XVI.

El puritano también se vio constreñido a justificar su presencia en América por motivos espirituales y misioneros; pero ello implicaba el encararse primero y comprobar también, como tenía que ser, la categoría humana del indio. Decidida por el puritano la calidad de animal racional del salvaje, ya pudo lanzarse a la tarea adoctrinadora con toda confianza. Las condiciones para lograr la regeneración del indio, su cristianización, debían ser tres: predestinación (que no dependía de él, sino de Dios), vocación (descubrimiento de un quehacer intramundano encaminado hacia la prosperidad, el éxito y el trabajo productivo) y policía ciudadana (triple convenio político-eclesiástico-divino acordado libremente entre los futuros ciudadanos). La esencia corruptiva de toda naturaleza humana identificaba, desde el punto de vista teológico puritano, al indio con el inglés; la igualdad comenzaba por abajo, por la vía del pecado; pero las diferencias predestinatorias y vocacionales así como el triple pacto comenzarían bien pronto a subrayar las divergencias y diferencias, pues a simple vista se observaban las dificultades que encontraba el salvaje para levantarse desde la yección en que estaba caído - al vivir inmerso en la sociedad natural o inhumana de su existencia casi animal. Desde el punto de vista puritano la cosa parecía bien sencilla, el indio no tenía sino que abandonar la libertad natural y escoger la civil o política; la servidumbre social y cristiana que se les brindaba debía ser aceptada libre y voluntariamente, porque el camino hacia la salvación era individual y selectivo, decisión racional y voluntaria en medio de la esclavitud y de la compulsión y tuteladas paternalistas. Se trata, en suma, de brindar a los indios una experiencia, una evangelización contractualista, un convenio religiosopolítico; un pacto mediante el cual se compromete a Dios a que cumpla lo prometido (estatuto de derechos naturales). A disposición de los indios se ponen las verdades -

de la fe puritana y las experiencias de gobierno civil, teocrático. Para llevarlo a cabo los colonos puritanos exigían de los indios una paz escriturada con todas las exigencias de rigor; un pacto político-económico que imponía el trueque ya conocido de espiritualidades por temporalidades, y entre estas últimas la venta, que no usurpación, como hacían los españoles, de las tierras y la compra subsiguiente de las mismas. - Los peregrinos que desembarcaron del Mayflower intentaron la conquista de América por medio de un proyecto teológico y comunista que fué llevado a la práctica inmediatamente que desembarcaron en cabo Cod; una utopía también comercial e intramundana en la que los puritanos representaron el papel del capital espiritual y mercantil, y los indios el del trabajo (tramperías). Este primer contacto utópico entre ingleses e indios se legalizó asimismo mediante un contrato secular-espiritual; mas en el cual el rompimiento de sus cláusulas por parte de los indios no sólo ponía fin a la aventura imposible, sino a toda posible futura convivencia; porque al romperlo, el indio - a los ojos puritanos - lo que había era regresar a su libertad natural satanésca, a su condenación segura; es decir a su pristina condición animal e irracional.

Habiendo acabado por consunción el intento utópico se pisó ya en terreno más firme para establecer la sociedad puritana sobre bases más seguras; se puso fin a la aventura comunista y se comenzó la individual y egoísta. Pero por lo que tocaba a los indios el pacto quedó vigente. Lo difícil del pacto estaba en poder armonizar los intereses distintos de indios e ingleses; ponerse en relación espiritual unos con otros aunque embarazoso no era imposible; las dificultades comenzaban en el terreno material cuando las exigencias insaciables de los colonos respecto a las tierras de los indios chocaban con los justos intereses de éstos.

El diferente significado que indios e ingleses daban mutuamente al contrato de compraventa, y el consiguiente incumplimiento por el indio de la articulación legal del mismo y las crecientes demandas puri

ritanas no pudieron resolverse y estallaron terribles y crueles guerras al sentirse sinceramente ambos contendientes engañados. Desde el punto de vista inglés ellos no quitaban nada a los indios, sino que procuraban retener lo ya adquirido legalmente, pues jamás ocuparon tierras que no hubieran previamente pagado; desde el punto de vista indígena las engañosas y subterfugios contractuales los ponían ^(en) el disparadero de la venganza y de la guerra. Sin un freno espiritual y político poderoso y contrario a los intereses de los blancos, emanados de un monarca y de una Iglesia nacional no era posible, como sí lo fue ^(- por tenerlo -) en el caso de los españoles, sofrenar los ambiciosos y desbocados apetitos de los colonos. Además Biblia en mano los ingleses podían justificar sus apropiaciones en vista de la abundancia de tierras y del poco rendimiento que extraían de ellas los pieles rojas; además los indios por un incomprensible juicio divino se veía que hacían pocos progresos en el camino de la regeneración cristiana y civilizadora, lo cual a los ojos de los puritanos era señal infalible de condenación trascendental, y qué más, entonces, podían hacer ellos sino ayudar a Dios a clasear aquellas tierras de tales alimañas? La indiferencia de Dios era manifiesta hacia aquellos salvajes que seguían siendo hijos de Satanás ante tan patente como secreto juicio divino.

El misionero puritano intentó remediar aquel mal y se apresuró a realizar la obra salvadora adoctrinando a los indios. Respondiendo al mandato de Cristo llevó el Evangelio al corazón del indio, y sus sacrificios, desvelos e inteligencia evangelizadoras rayaron a gran altura, por lo menos casi a la misma alcanzada por las órdenes religiosas españolas que se empeñaron en parecida obra civilizadora y cristiana; por desgracia la labor misionera protestante no se desarrolló coextensivamente al ideal político y económico. El apóstol puritano tradujo la Biblia, se empeñó en enseñar a leer a todos los pieles rojas, pues que la salvación es, como ya sabemos, personal, y asimismo se obstinó en civilizarlos haciéndolos vivir según el recto y cristiano ejemplo de las

comunidades inglesas transmarinas; es a saber los quiso rehacer según el modelo inglés intramundano. Inspirados los misioneros en las Escrituras fundaron ciudades congregacionales para los indios las cuales organizaron bajo un sistema de gobierno bibliocrático. Muchas de estas ciudades se establecían a parte, lejos de la influencia de los blancos para evitar contaminaciones y malos ejemplos. Los indios eran adoctrinados por maestros y ministros puritanos hasta en tanto que se pusieran en condiciones de erigir sus propios mandatarios espirituales y su propia Iglesia. Las prácticas evangelizadoras además de las ya dichas consistían en pláticas y sermones sobre las verdades fundamentales de la fe, apreci disaje del catecismo y ruegos y preguntas en las asambleas catequizantes.

Una vez acallados los recelos expresos de los caciques y saga moken, que sentían serias inquietudes ante el nuevo status que imponía la Iglesia indiana, comenzó la lenta pero firme tarea de la evangelización; los brujos fueron asimilados a la nueva iglesia y se convirtieron en muchos casos en maestros y hasta en ministros de la misma. En cuanto hubo elementos indios preparados los misioneros protestantes se retiraron y se convirtieron en simples inspectores, vigilantes y orientadores de las asambleas de indígenas cristianizados. La Iglesia indiana había sido plantada en América en lucha abierta o cerrada contra Satanás. El nuevo Estado-Iglesia indio se organizaba, pues, según el modelo inglés y los indios acogidos a él se hallaban por consiguiente en buen camino, en vía de salvación. Pero los indios que no aceptaban aquel compromiso social-espiritual o que lo abandonaban voluntariamente juzgándolo insostenible, y volvían a su demoníaca y esclavizadora selvaticuez, se hallaban en inminente peligro de destrucción, pues su vida se convertía en algo todavía menos valioso que la del víbora animal según en líneas atrás vimos. Para llevar a buen término la tarea se fundaron escuelas y colegios en donde los indios mejor dotados podían prepararse para su futuro magisterio.

comunidades inglesas transmarinas; es a saber los quiso rehacer según el modelo inglés intramundano. Inspirados los misioneros en las Escrituras fundaron ciudades congregacionales para los indios las cuales organizaron bajo un sistema de gobierno bibliocrático. Muchas de estas ciudades se establecían a parte, lejos de la influencia de los blancos para evitar contaminaciones y malos ejemplos. Los indios eran adoctrinados por maestros y ministros puritanos hasta en tanto que se pusieran en condiciones de erigir sus propios mandatarios espirituales y su propia Iglesia. Las prácticas evangelizadoras además de las ya dichas consistían en pláticas y sermones sobre las verdades fundamentales de la fe, aprendizaje del catecismo y juegos y preguntas en las asambleas catequizantes.

Una vez acallados los recelos expresos de los caciques y sage mores, que sentían serias inquietudes ante el nuevo status que imponía la Iglesia indiana, comenzó la lenta pero firme tarea de la evangelización; los brujos fueron asimilados a la nueva iglesia y se convirtieron en muchos casos en maestros y hasta en ministros de la misma. En cuanto hubo elementos indios preparados los misioneros protestantes se retiraron y se convirtieron en simples inspectores, vigilantes y orientadores de las asambleas de indígenas cristianizados. La Iglesia indiana había sido planteda en América en lucha abierta o cerrada contra Satanás. El nuevo Estado-Iglesia indio se organizaba, pues, según el modelo inglés y los indios acogidos a él se hallaban por consiguiente en buen camino, en vía de salvación. Pero los indios que no aceptaban aquel compromiso social-espiritual o que lo abandonaban voluntariamente juzgándolo insostenible, y volvían a su demoníaca y esclavizadora selvaticuez, se hallaban en inminente peligro de destrucción, pues su vida se convertía en algo todavía menos valioso que la del vis daffino animal según en líneas atrás vimos. Para llevar a buen término la tarea se fundaron escuelas y colegios en donde los indios mejor dotados podían prepararse para su futuro magisterio.

América se presentó a los ojos anglicanos y puritanos como un extraordinario mundo de perfección redención; nueva tierra prometida, en la cual había antes que vencer y defenderse de los filisteos americanos ya autóctonos o arribados. Entre los seguidos los más odiados eran los católicos (franceses y españoles) que auxiliados por el Demonio contribuían a empalidecer y adulterar la primigenia bondad paradisiaca del Nuevo Continente. América aunque a la luz natural se presentaba potenciada, a la sobrenatural resultaba terriblemente demoniaca: continente satanésco poblado de servidores (indios) y de siervos del Anticristo (católicos). La lucha contra tan perversos enemigos era una cosa muy seria e inexcusable para los ingleses; añadamos que la contraria era también válida. La empresa misionera puritana posee un carácter ofensivo - dirigido especialmente contra el avance jesuita francés; la competencia económica agudizada por la de los credos llegaba a extremos hoy inimaginables en uno y otro bando. La pugna espiritual encubría la económica; es decir el monopolio pelotero y el colonial; los puritanos no se olvidaban de señalar la falla fundamental del apostolado jesuita: la servidumbre y aun esclavitud a que sometían al indio; la coerción, la falta de libertad, de autogobierno y prosperidad; todo lo cual tenía por fuerza que traducirse, según la segura convicción del pastor protestante, en holgazanería y salvajismo.

De 1619 a 1763 la pugna francoinglesa por el control de toda la América del Norte no cesó sino tras brevísimos respiros preparatorios de la reanudación bélica; los franceses cedieron al cabo porque su sistema colonial ardientemente católico, al igual que el español que se desarrollaba paralelamente en la frontera Sur y Oeste, imposibilitó la colonización del hombre blanco ya francés o hispánico. Pruébalo el hecho de que en vísperas de la última guerra los colonos franceses desperdiciados por el inmenso territorio no sobrepasaban la cifra de ochenta y cinco mil, en tanto que los anglosajones pasaban con creces del millón se-

un territorio infinitamente menor. Cuando en 1685 Luis XIV derogó el Edicto de Nantes declaró fuera de la ley a sus súbditos hugonotes y no sólo los derrotó y desterró de Francia, sino que les prohibió ir a radicarse a las colonias; el temor a la contaminación espiritual que pudieran recibir los indios fué superior desde el punto de vista real, católico y jesuita francés al peligro inglés y nevoinglés. La utopía india y monástica católica estaba por encima de todo interés político y económico en última instancia; como lo comprueba asimismo la dirección colonial política española que a pesar de haber visto el malhadado fin de las barbas de su vecino familiar no pusieron las suyas a buen recaudo y mejor remojo ante el peligro que entrañaba el mismo caso.

Por último nos toca destacar los puntos sobresalientes del método de evangelización puritano para desde él intentar absolver a los anglosajones del sambenito de la crueldad que un poco a la ligera les ha ido colgando por vía de compensación y despecho a cuenta de la destrucción que llevaron a cabo de pieles rojas. Insistamos que todo derivó primordialmente del concepto del indio como ser caído por el que Dios no se interesa ni poco ni mucho. La predestinación divina es totalmente negativa y condenatoria para el salvaje, porque lo que era imposibilidad física y cultural se tradujo con lenguaje teológico puritano en sordidez vocacional y diabólica ausencia de autogobierno, prosperidad y actividad. El método puritano era además individual, persuasivo y lento, con lo que se dejaba a la mayoría de los indios incapacitados para atender a la nueva verdad; moral provisional llena de peligros y que no pareció preocupar mucho a los apóstoles protestantes, otro rasgo también que los alarma muchísimo al Padre Las Casas. Asimismo la inexistencia dentro de esta Iglesia indiana protestante de la jerarquía medianera -el sacerdocio universal hace de la tarea salvadora una actividad estrictamente individual- en lugar de ayudar a los indios aumentó los obstáculos para la salvación social y transterrena. A esto hay que añadir aún otro rasgo -

decisivo, la inutilidad para el indio de una ética que, como la protestante, se halla desprovista de toda magia operativa de redención personal santificante. Esta salvación individual exigida por las sectas anticatólicas se realizaba en soledad y misterio excoigilantes; una exigencia muy útil para el nuevo hombre inglés reformado, pero una exigencia racionalista que resultaba inane para el indio que se encontraba acosado por rutinas y terrores tradicionales.

Incapacitado para progresar con una religión tan rarificada - el piel roja readquirió su primitiva animalidad y fué condenado sin remedio. No fué, pues, la etapa cazadora-recolectora la que destruyó a los indios, sino el tremendo poder de unos principios teológicos que hizo a los ingleses indiferentes, que no crueles, hacia unas criaturas no consideradas prójimo.

Un ardiente celo evangélico había impulsado a los ingleses hacia América y habíales servido para justificar su permanencia en ella, porque se trataba nada menos de reconstruir la Ciudad de Dios arrebatada al Demonio y a su aliado el Anticristo sus inocentísimas víctimas, a los indios. Un fogoso celo religioso llevaría poco después a los anglosajones a la casi total destrucción de los pieles rojas al haber querido poner en manos de éstos unos instrumentos espirituales demasiado complicados para su primitivo intelecto y su sencilla mundo circundante. Pero no dejará de ser absurdo condenar a los puritanos por crueles a cuenta de dicha devastación, porque sería mucho más fácil y lógico hablar de crueldad de Dios, del calvinista por supuesto, porque a nadie le no a El habría que hacerle cargar la terrible responsabilidad de la desaparición de los indios, pues que por una decisión suya, incomprendible para los humanos, no había querido encender en el alma indígena la chispa de la gracia. Pero hablar de crueldad o bondad divinas, desde el punto de vista puritano significa intentar penetrar el misterio insondeable de Dios, esforzarse temerariamente en hallar las razones de los juicios sobrenaturales; lo cual para todo buen protestante es sencillamen-

te absurdo además de monstruoso; en suma un horrendísimo pecado.

BIBLIOGRAFIA

Adams, Ephraim Douglas, The Power of Ideals in America History, New Haven: Yale University Press, MCLXXVI.

Adams, Evelyn Credy, American Indian Education, Kigg's Crown Press, New York, 1946.

Adams, James Truslow, The Epic of America, Boston, Little Brown and Company, 1931.

A brief and true report of the new found Land of Virginia: of the commodities there found and to be raised as well merchantables as others. Written by Thomas Hariot, servant to Sir Walter Raleigh, a member of the Colony and there employed in discovered a full twelve moneth (Vide, Hakluyt, VI).

American Poetry and Prose (editor Norman Foerster), Houghton Mifflin Company, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1947.

An account of the particulates of the employments of English men left in Virginia by Sir Richard Greenville under the charge of Master Ralph Lane Generall of the same, from the 17 of August 1585 until the 18 of January 1596, at which time they departed to the Countrey: sent and directed to Sir Walter Raleigh (Vide, Hakluyt, VI).

Andrews, Charles M., The Colonial Period of American History, Yale University Press, New Haven, 1932.

The Fathers of New England, The Chronicles of --
American Series, Allan Johnson, New Haven: Yale University Press, 1919.

An extract of Master Ralph Janes letter to M. Richard Hakluyt Esquire and another Gentleman of the Middle Temple, from Virginia (Vide, Hakluyt VI).

A relation of the commodities of Nova Hispania and the manners of the inhabitants, written by Henry Hawks merchant, which lived five yeeres in the sayd countrey, and drew the same at the request of M. Richard Hakluyt Esquire of Eaton in the county of Hereford (In Hakluyt, VI).

A true relation of Virginia by Captain John Smith (1580-1631) with an introduction and notes by Charles Deane, Wiggin and Lent, Boston, 1866.

Aventuras del Capitán Alonso de Contreras, Colección Aventureros y --
Tranquillos, Edición de La Revista de Occidente, Madrid, 1943.

Bates, Ernest, American Faith, Its Religious, Political, and Economic Foundations, W.W. Norton & Company, Inc., Publishers, New York, 1940

Beard, Charles A., The Rise of American Civilization, The Macmillan Co., New York, 1941.

Beer, Max, Historia General del Socialismo y de las Luchas Sociales, A.P. Márquez, Editor, México, 1940, 2 vols.

Black, J.B., The Reign of Elizabeth (1588-1603), Oxford, At the Clarendon Press, 1949.

Bosh García, Carlos, Dos Diplomacias y un Problema, Revista de Historia Mexicana, Num. 1 (Julio-Septiembre), México, 1952.

Bradford's History of Plymouth Plantation (Editado por J. Franklin Jameson), Charles Scribner's Sons, New York, 1908. 2 vols.

Branch, Edward D., Westward. The Romance of the American Frontier, D. Appleton Century Company, Inc., New York-London, 1938

Brown, Ralph Hall, Historical Geography of the United States, Hartcour Brace and Company, New York, 148.

Bryant, Samuel Wood, The Sea and the States. A Maritime History of the American People, Thomas Y. Crowell Company, New York, 1947.

Buchan, John, Sir Walter Raleigh, Thomas Nelson and Sons, Ltd., London Paris-New York, 1938 (7a. Edición).

Carta del Almirante D. Cristóbal Colón al Sr. Rafael Sánchez, Tesorero de los Reyes (Edición facsimilar), Imprenta Universitaria, Mexico, 1939

Carrington, G.E., The British Overseas. Exploits of a Nation of Shopkeepers, Cambridge, At The University Press, 1950.

Calvino. Jean, Institución Religiosa escrita por Jean Calvino el año de 1536 y traducida al castellano por Zipriano de Valera. Segunda vez fielmente impresa en el mismo número de paginas, en Madrid, Imprenta de José López Guesta, 1853.

Carvajal, Miguel de, y Lxís Hurtado de Mendoza, Auto de las Cortes de la Muerte, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXXV.

Cadas, Bartolomé de las, Del Unico Modo de Atraer a los Pueblos a la

Verdadera Religión (Versión de A. Santamaría), F.C.E., México, 1942.

Historia de las Indias, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1951, 3 vols.

Camoens, Luís, Los Lusíadas (Traducción de Luís Gómez de Tapia), Montaner y Simón, Editor, Barcelona, 1913.

Castro, Américo, España en su Historia, Cristianos, Moros y Judíos, Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.

Cervantes (Vide, Miguel de Cervantes Saavedra).

Clark, William H., Ships and Sailors, L.C. Page & Company, Boston, 1939.

Concas y Palau, Víctor M., La Escuadra del Almirante Cervera, Librería de San Martín, Madrid, (Sin fecha de impresión).

Colmeiro, Manuel, Historia de la Economía Política en España, Imprenta de Cipriano López, Madrid, 1883, 2 vols.

Cook, S.F., The Conflict Between the California Indian and the White Civilization, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1943.

Coronado, Consuelo, El Diálogo Hispano-Inglés (Tesis para la Maestría en Historia Universal, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1947).

Curti, Merle Eugene, The Growth of American Thought, Harper and Brothers Publishers, New York and London, 1943.

... * ...

(The) Chief Dramatist British, Editor Paul Robert Liedart and Brander Mathews, Mifflin Company, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1924.

Chinard, Gilbert, Thomas Jefferson, Little Brown & Company, Boston, 1939.

... * ...

Description of Virginia by the Captain Smith (Edición y selc. de J. Franklin Jameson, "Original Narratives of American History"), New York, 1907, vol. 1.

Díaz Gámez, Gutiérrez, El Victorial. Crónica de Don Pero Niño. Edición Espasa y Calpe, Madrid, 1940.

(The) Discovery of the large, rich and beautiful Empire of Guiana, with a relation of the great and foldier citie of Manoa ... by Sir Walter Raleigh, 1595 (Vide Hakluyt, VII).

(The) Dictionary of National Biography (Abreviado), Oxford University Press, London, 1930.

Dryden, John, The Spanish Friar (Apud "The Mermaid Series", Introduction y notas por George Saintsbury), London: Ernest Benn Ltd; New York, Charles Scribner's Sons, 2 vols. (Sin fecha de impresión).

... * ...

Estada, Rafael, El Almirante Don Antonio de Oquendo. Espasa y Calpe Madrid, 1945.

Eliot, John, The Day-breaking of the Gospel with the Indians, Editado por "Old South Leaflets", Núm. 143, Boston, Mass.

... * ...

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo, Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firtas del Mar Océano (edición de José Amador de los Ríos, Publicación de la Real Academia de la Historia), Madrid, 1851

Fernández Duro, Cesáreo, Amada Española, Editorial Suces. de Rivadeneira, Madrid, 1897, 5 vols.

Fernández Sergio R., Ideas Sociales y Políticas en el Infierno de Dante y en los Sueños de Quevedo, Edición de la Universidad Nacional, Imprenta Universitaria, México, 1930.

Fernández, Fray Benito Jerónimo, Cartas Eruditas, Clásicos Castellanos, Ediciones La Lectura, Madrid, 1933, vol. 4.

(The) first voyage to the coast of America, with tow banks, wherein were Christopher M. Columbus, and J. Arthur Barlowe who discovered part of the Countrey now called Virginia, Anno 1484 (Vide, Hakluyt, vol. VI).

Ferbes, Alexander, California. A History of Upper and Lower California, Smith Elder and Company, London, 1849.

Forster, Worman, American Poetry and Prose, Houghton Mifflin Company, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1947.

Postor, Frank Hugh, A Genetic History of the New England Theology, The University of Chicago, Press, 1907.

... * ...

García Granados, Rafael, Cortés ante la Juventud, Sociedad de Estudios Históricos, Editorial Jus, México, 1949.

García Icazbalceta, Joaquín, Bibliografía Mexicana del Siglo XVI, Librería de Andrade y Morales Sucs., México, 1936.

Gracián, Baltasar, El Criticón, Biblioteca Mundial Sopena, Buenos Aires, 1940, 2 vols.

Guevara, Fray Antonio de, El Villano del Barabio, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 85.

... * ...

Hale, Edward, A report of the voyage successae thereof, attempt in -- the yeere of our Lord 1585 by Sir Martin Gilbert Knight, with other gentlemen assisting him in that action intended to discover and to plant Christian inhabitants in place convenient, upon those large and ample countrey extended from the caps of Florida ... (Vide, Hakluyt, VI).

Hacker, Louis Morton, The Shaping of American Tradition, Columbia University Press, New York, 1947.

Hakluyt, Richard, The Principall Navigations, Voyages & Discoveries of the English Nation, Everyman Library, J.M. Dent & Sons Ltd., London, 1919, 3 vols.

_____, A notable historie containing foure voyages by certain French Captaines into Florida ... by Monsieur Laudonniere (Ibid., VI).

Hanke, Lewis, La Lucha por la Justicia en la Conquista de América (Traducción de R. Iglesias), Editorial Obrera Americana, Buenos Aires, 1949.

_____, The First Social Experiment in America, Harvard University Press, Cambridge, 1939.

Hanscom, Elizabeth Deering, The Heart of the Puritans, The Macmillan Co., New York, 1917.

Hare, Lloyd G.N., Thomas Mathew, Patriarch to the Indians [1593-1682], D. Appleton and Company, New York-London, 1932.

Harong, Clarence H., Comercio y Navegación entre España y las Indias (Versión española de Emma Salinas), Fondo de Cultura Económica, México, 1939.

Huizinga, J., El Otoño de la Edad Media (Traducción de J. Gaos), Publicación de la Revista de Occidente Argentina, Buenos Aires, 1947.

... * ...

Información en derecho del Lic. Quiroga sobre algunas provincias del Real Consejo de Indias (Vida "Don Vasco de Quiroga", compilación de Rafael Aguayo Spencer, Biblioteca de Historia, Editorial Polis, México, 1940.

... * ...

Jiménez de la Espada, Marco, Juán de Castellanos y su Historia del Nuevo Reino de Granada, Madrid, 1899.

... * ...

Mendall, James, Introducción al Diario de Winthrop (Wide Winthrop's Journal).

Kid, Thomas, The Spanish Tragedy (Asid "The Chief British Dramatist" Editores Paul Robert Liederh y Brander Mathews), Haffin Company, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1924.

Finney, J.P., A Continent Lost and a Civilization Won Indian Land Tenure in America, The John Hopkins Press, Baltimore, 1937.

Kirkland, Edward Chase, Historia Económica de los Estados Unidos (Traducción de E. Gaos). F.C.E., México-Buenos Aires, 1947 (2a. Edición).

John, Hans, Historia del Nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

... * ...

Latourrette, Kenneth Scot., A History of the Expansion of Christianity. Three Centuries of Advance A.D.-1500 * A.D.- 1800. Harper and Brothers Publishers, New York and London, 1939, 7 vols.

Letters Patents of King Henry the Caboto (Vide Hakluyt, V).

Letter Patent granted by Her Majesty to Sir Humphrey Gilbert (Ibid.)

Letter Patent granted to M. Walter Raleigh (Ibid)

Libel of English Policie (Vide, Hakluyt, I).

López de Gómara, Francisco, Historia de la Conquista de México (Introducción y notas de F. Ramírez Garbajas) Editorial Pedro Robredo, México 1943, 2 vols.)

_____ , Historial General de las Indias, Biblioteca de Autores Españoles, vol. I, Fop. 52.

Lorent Stefan, The New World. The Finest Picture of America, Duell Sloan & Pearce, New York, 1946.

Lucas, Samuel, Charts of the Old English Colonies in America, London, John Parjet, 1950.

... * ...

Llorante, Juan Antonio, Colección de las Obras del Venerable Obispo de Chiapa, Don Bartolomé de Las Casas, Paris, 1822, 2 vols.

... ..

Mannheim, Karl, Diagnóstico de Nuestro Tiempo (Versión de José Medina Echevarría), F.C.E., México, 1946 (2a. Edición).

Martínez del Río, Pablo, Alumbado, Porrúa Hermanos, México, 1937.

Mártir de Angleria, Pedro, Décadas del Nuevo Mundo (Edición y versión del Dr. Joaquín Asencio) Editorial Ariel, Sa. Sa., 1946.

Mather Cotton, Magnalia Christi Americana or the Ecclesiastical History of New England (Notas introductorias por el Rev. Thomas Robinson; A Memoir of Cotton Mather" por Samuel S. Drake, y traducción de los textos hebreos, griegos y latinos por Lucius F. Robinson), Hartford: Siles Andrus and Son, 1855.

Mayer, Brantz, Mexico as it was and as it is, New York: J. Winchester; New World Press; London and Paris: Wiley and Putnam, MDCCCXLIV.

Mendoza, Angélica, Fuentes del Pensamiento de los Estados Unidos, Colegio de México, México, 1950.

Mendizabal, Miguel Othón de, La Conquista Espiritual de la Tierra de Guerra y su Obstrucción por los Conquistadores y Pobladores, Cuadernos Americanos, Núm. 2 (Marzo-Abril), México, 1943.

_____, La Revolución del Noroeste de México, Publicación del Depto. de la Estadística Nacional, México, 1930.

Mens Drouge, Armando van der, Método Misional Histórico, Bibliotheca Hispania Missionum, Barcelona, 1930.

Miguel de Cervantes Saavedra, Los Trabajos de Persiles y Sigismunda, Obras completas, Edición Aguilar, Madrid, 1946.

Miller, Perry, Jonathan Edwards, William Sloans Associates Inc, New York, 1949.

Morrissey, Richard J., Historia de Dos Fronteras, Revista de América, Unión Panamericana, vol. 3, Núm. 2, Washington, 1951.

Horison, Samuel Eliot, Builders of the Bay Colony, Houghton Co., The Riverside Press, Co., Boston and New York, 1930.

Myer, Gustavus, History of Bigotry in the United States, Random House, New York, 1943.

Nietzsche, Federico, Nosotros los Filósofos (En las "Consideraciones Intempestivas"), vol. 3 de las Obras Completas (Traducción de B. Ovejero) Editorial Aguilar, Madrid, 1932.

Neale, J.E., Queen Elizabeth, The Salford Historical Series, London, 1944.

Northrop, F.S.C., El Encuentro de Oriente y Occidente, E.D.I.A.P.S.A. México, 1918.

_____, Los Factores de la Cultura Panamericana, Suplemento Literario de Novedades, Núm. 33 (3-IX-1950).

Nueva Relación que contiene los viajes de Tomás Gage a la Nueva España (Prólogo y notas de Artemio del Valle Arizpe), Ediciones Xóchitl, México, 1947.

O'Gorman, Edmundo, Fundamentos de la Historia de América, Imprenta Universitaria, México, 1942.

Estudios Filosóficos, La Idea del Descubrimiento de América, Centro de Estudios Filosóficos, Imprenta Universitaria, México, 1951.

Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica, Imprenta Universitaria, México, 1947.

Lucha pro Justicia? Cuadernos Americanos, Núm. 5 (Mayo-Junio), México, 1948.

Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México (VIII o. Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación), México, DOMXCVIII.

Sobre la Naturaleza Bestial del Indio Americano, Revista de Filosofía y Letras, México, 1941, Núms. 1 y 2 (Enero-Marzo; Abril-Junio).

(The) Observations of Sir Richard Hawkins in his voyage into the South Seas Ann., 1591 (Vic. Purchas, XVII).

Ortega y Gasset, José, Ideas y Creencias. En Obras, Editorial Espasa y Calpe, Madrid, 1943, 2 vols.

... * ...

Parkhurst, A., A letter written to M. Richard Hakluyt of the Middle Temple, containing a report of the true state and commodities of Newfoundland, 1587 (En Hakluyt, V).

Parkman, Francis, The Conspiracy of Pontiac and the Indian War after the Conquest of Canada, Little Brown and Company, Boston, 1935 (Edición Centenario), vol. I.

Parrington, Louis Vernon, El Descubrimiento de las Ideas en los Estados Unidos, Lancaster Press, Inc., Lancaster, P.A., U.S.A., 3 vols.

Plym, Edward John, Voyages of the Elizabethan Seamen (Notas adicionales por E. Raymond Leasley), Oxford: At the Clarendon Press, 1936.

Beckham, Sir George, A true report of the late discoveries and negotiations taken in the right of the Crowne of England of the Newfoundland by that valiant and worthy Gentleman, Sir Humphrey, Knight ... written by ... the chiefe adventurer and furtherer of Sir Humphrey Gilbert voyage to Newfoundland (Vida, Hakluyt, VI).

Pérez, Antonio, Norte de Principes, Editorial Americana, Buenos Aires, 1947.

Pereira, Carlos, Breve Historia de América, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1939.

Praedl, Fritz, Estudio del Siglo de Oro (Apéndice Núm. 4: "Rodrigo de las Torres"), Editorial Auzluc, Barcelona, 1929.

Powell, David, The Most ancient discovery of the West Indies by Madoc sonne of Owen Gwyneth of Northwales, in the yeare 1170: taken out of the History of Wales lately published (Vida, Hakluyt, I).

Trampalini, Santiago, Historia Universal de la Literatura, UENSA Argentina, Buenos Aires, vol. VII.

Burchard, Hakluyt Posthumus of Burchard his Pilgrimage, James Maclehose and Sons, Published to the University of Glasgow, 1844.

Radin, Paul, The Story of the American Indian, Garden City Publishing Inc., New York, 1937.

Rawlinson, H.C., "Introduction" a Narratives from Burchard his Pilgrimage, Cambridge, At the University Press, 1931.

Welsh, Sir Walter, A report of the truth of the fight about the Isles Azores, the last August, betwixt the Revenge one of the Portugall shippes and an Arcade of the King of Spaine (in Hakluyt, V).

Needs, H.L., Success in Making of Money and how to make it, Hart-Herd, Conn. S.E. Scrantom & Company, 1878.

Remond, José Antonio de, Viajes de la Expedición de San Vicente de Chiapas y Guatemala, Madrid, 1800.

Ricard, Robert, La Conquête Spirituelle du Mexique, Institut d'Ethnologie, Paris, 1933.

(A) report of the voyage and the voyages and success thereof, attempted in the yeere of our Lord, 1583 by Sir Humphrey Gilbert ... written by W. Hale (Vide, Hakluyt, VI).

Robertson, William, History of the America, Printed for W. Strahan, T. Cadell, London, MDCCCLXVII.

Rowen Henry Kallee, The History of Religion in the United States, The Macmillan Co., New York, 1929.

Rosenberg Francis Coleman, A Treasury of Writings, P. Dutton & Company, New York, 1948.

Russell, Elbert, The History of Quakerism, The Macmillan Co., New York, 1943.

Rydjord, John, Foreign Interest in the Independence of New Spain, Duke University Press, Durham, North Carolina, 1953.

... * ...
Sáenz, Vicente, Latin America Against The Colonial System, Publicación de la Unión Democrática Centroamericana, Dpto. Editorial, México, 1949.

Saville, Marshall H., The John Elliot Bible, En "Indian Notes", vol. III, Núm. 2 (Abril, 1929), Publicación del Museum of American Indian, Heye Foundation, New York,

Scarpa, Roque Esteban, Lecturas Medioevales Españolas, Editorial Zig-Zag, S.A., Santiago de Chile, 1941.

Schurz, William L., The Battle Galleon, P. Dutton & Co., Inc., New York, 1933.

Sepúlveda, J.J., Tratado sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

Shakespeare, The Complete Works of Shakespeare, Editado por George Lyman Kittredge, Ginn and Company, New York, 1936.

Smith, Justin H., The War with Mexico, The Macmillan Company, New York, 1919, 2 vols.

Sperry, Willard S., Religion in America, Cambridge University Press,

The Macmillan Company, New York, 1944.

Groot, William W., The American Churches, Abingdon, Cokesbury Press, New York, Nashville, 1948

... * ...

Taylor, B.G.P., The Original Writings and Correspondence of the Two Richard Hakluyt, London, 1935.

Thomas, Robert, A Declaration of the Indies and lands discovered and subdued unto the Emperour and the King of Portugall, and other partes of the Indies and richo counteis to be discovered, which the worshipful M. ... merchant of London (who dwelt long in the citie of Sevil in Spain) exhorted King Henry the eight to take in hand (Vide, Hakluyt, I).

... The best land by the right worshipful M. R... T... to Doctor ... and ... for the King Henry the eight, to Charles the Emperour, being an information of the parts of the world discovered by him and the King of Portugall and also of the way of the Moluccas by the North (Hakluyt, I).

Teletski, Leon, Qué es el Evangelio Edición de los Evangelios, Universidad Nacional de México, 1935.

Travelyan, G.M., Historia Social de Euzkatorra (Traducción de R. Iglesia), Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

... * ...

Un Arigo del Abate Corán, Una Reserva Particular de una Prebendal - Descripción Geográfica de la Provincia de Sonora (San Agustín de la Florida, Año de 1853), Bickelham Smith, Russell Printers Albany.

... * ...

Valdés, Alfonso de, Diálogo de las Gran Guerridas en Roma, Ediciones La Lectura, Clásicos Castellanos, Madrid, 1928.

... Diálogo de Mercurio y Corán, Ediciones La Lectura Clásicos Castellanos, Madrid, 1929.

Vespucio, Américo, Carta de las Islas Nuevamente Descubiertas en Cuatro de sus Viajes (Edición Facsímil), Biblioteca Universitaria, México, 1941.

Villaro, Luis, Los Grandes Momentos del Indigenismo, El Colegio de México, 1950

Virginia Verger: Or a discourse shewing the benefits which may grow to this Kingdom from America English Plantations and specifically of Virginia and Summer Islands(Purchas, XIX).

Voltaire, Lettre sur les Quakers, (Vide "Lettres Philosophiques", en Ouvres Complètes), Librairie Hachette et Cie., Paris, 1890, vol. 23.

... * ...

Waldman, Milton, Sir Walter Raleigh, Collings Clear-Type Press, London and Glasgow, 1943.

Walter, Eric A., The British Empire, Its Structure and Spirit, Oxford University Press, London-New York-Toronto, 1943.

Westmann, Luis, Las Pulgas Alejandrinas de 1493 o la Teoría Política del Papado Mediceval, Publicación del Instituto de Historia, Editorial Jus, México, 1949.

Woinberg, Albert F., Manifest Destiny. A Study of Nationalistic Expansion in American History, The John Hopkins Press, Boston, 1935

Wentz, Adol. Forss., The Lutheran Church in American History, The United Lutheran Publications, Philadelphia, Penn, 1923.

Wertenbaker W. Jefferson, The First American, The Macmillan Company New York, 1940 (4a. Edición).

Willinson, George W., Saints and Strangers, The Cornwall Press, Cornwall, New York, 1945.

Winship, George Parker, Travellers and Explorers (Apud "The Cambridge History of American Literature"), The Macmillan Co., New York, Cambridge, England. At the University Press, 1940, vol. I.

Winslow E., Good News from England: or a relation of things remarkable in that Plantation: written by ... and here abreviated (En Purchas, XIX).

Winslow, Oia Elizabeth, Jonathan Edwards. A Biography, The Macmillan Co., New York, 1941.

Winthrop's Journal. History of New England (1630-1649), Editado por

James Kendall, Charles Scribner's Sons, New York, 1908, 2 vols.

Winwar, Frances, Puritan City, The Story of Salem, Robert M. MacBride & Company, Publishers, New York, 1938.

Wood, Williams, Elizabethan Sea-Dogs, Yale University Press, New Haven, 1918.

... * ...

Zea, Leopoldo, Los Estados del Pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo, El Colegio de México, México, 1949.

... * * * ...